



“También es semejante el Reino de los Cielos a una red que echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen los buenos en cestos y tiran los malos”. (Mt. 13,47-48)

El cristiano que no vive el Evangelio es como un pez fuera del agua, no podrá «vivir» mucho tiempo.

Lo *único positivo* para Dios es el Evangelio, pues éste es la vida de Su Hijo en la tierra y el Reino de Dios es *consecuencia* de esa «*vivencia*».

Ningún alma podrá entrar en el Reino de Dios sino es mediante la *vivencia* del Evangelio, si no lo vive *totalmente* en la tierra tendrá que «vivirlo» en el Purgatorio.

No es cristiano el que recibe el bautismo solamente, sino el que *vive* la vida de Cristo.

Las órdenes religiosas hoy, son como lagunas secas donde quedan algunos «pozitos de agua» en que «agonizan» algunos pececillos; para éstos que no han muerto todavía es la llamada del Señor:

*«Cumplido es el tiempo,
y el reino de Dios está cercano;
arrepentíos
y creed en el Evangelio.»*

(Mc. 1, 15)

Su llamada se extiende también a todas las almas de «buena voluntad» que padecen «hambre y sed» de Verdad, Justicia y Amor.

¡IMPORTANTE!

No leas las explicaciones sin haber leído antes el texto del Evangelio, aunque te lo sepas de memoria. Léelo como si fuera la primera vez que lo lees. La palabra del Señor siempre es nueva y te puede decir más de lo que me ha dicho a mí en estas «aclaraciones.»

Procura no mirar al «instrumento» que las escribió, mira a Dios, y aquello que El te diga en tu conciencia eso es lo que quiere para tí. Sólo así, con esta disposición, descubrirás el «secreto» que Cristo quiere revelarte en estas «declaraciones» de su Evangelio. Los errores son propios del «instrumento», no le des importancia, quédate con aquello que consideres de beneficio para tu alma.

PARTE I

VIVIENDO EL EVANGELIO
CON LA MADRE

Cristo en el alma

CAPITULO I

ANUNCIACIÓN

(Lc. 1, 28-38)

¿Has escuchado la palabra de Dios? ¿Ha llegado esa “palabra” a tu corazón?

“Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.” (Lc. 1, 28)

Ya es una gracia para el alma haber recibido la palabra de Dios en su corazón.

¿Por medio de la predicación? ¿Por medio de un libro, una conversación o inspiración?

No importa en qué forma te llegó esa “palabra”. Es “el ángel del Señor” que te anuncia al Salvador.

“No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.” (Lc. 1, 30)

Si esa palabra de Dios ha “herido” tu corazón, ha tocado tu conciencia, no temas, es porque has hallado gracia delante de El. Ya esto es una elección. ¡Oh alma, eres elegida!

“y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.” (Lc. 1, 31)

De tu libertad depende que esa gracia, esa “elección” se convierta en una realidad: concibiendo en tu seno las cosas de Dios.

“¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?” (Lc. 1, 34)

¿Cómo podrá ser esto, si yo no conozco esa vida del

espíritu? ¿Cómo podré cambiar de un día para otro la vida que he llevado hasta ahora?; te. preguntarás.

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado hijo de Dios.” (Lc. 1, 35)

Espera atentamente con fe, y medita la “palabra” de Dios en tu corazón, que “el Espíritu Santo defenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra”, para guardarte de tus enemigos espirituales, porque lo que en ti comenzará a germinar es obra de Dios y no tuya; tú sólo tienes que estar dispuesto a cumplir Su voluntad en cada momento de tu vida, como María.

“He aquí a la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.” (Lc. 1, 38)

No debes olvidar!” la “anunciación” que te hace Dios, para que puedas recibir la luz de su Espíritu, que comenzará a dirigir tus pasos, “concibiendo” en tu seno las cosas de Dios.

CAPITULO II

EXPECTACIÓN (VISITACIÓN) (Lc. 1, 39-55)

“En aquellos días se puso María en camino y con presteza fue a la montaña, a una ciudad de Iuda, y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.” (Lc. 1, 39-40)

El alma comienza a caminar “apoyada” en la palabra de Dios.

“Así que oyó Isabel el saludo de María, exultó el niño en su seno, e Isabel se llenó del Espíritu Santo, y clamó con fuerte voz: ¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno.” (Lc. 1, 41-44)

Un simple saludo como el de María, una buena acción, una palabra tuya, impulsada pensamientos de tu corazón, entonces desplegará el poder de su brazo y serás dispersado, porque no participarás de la “unidad” en su Espíritu.

“Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes.”

Te derribará de los “tronos” que has levantado en tu orgullo y ensalzará a cuantos humillaste. Porque Dios se complace en los humildes de corazón, aquellos que permanecen en el conocimiento de su “nada” y todo lo esperan de El.

“A los hambrientos los llenó de bienes, y a los ricos los despidió vacíos.”

Si tienes “hambre” de Dios, El te llenará de sus bienes

eternos, pero si te sientes satisfecho (rico) con los bienes de este mundo, entonces te despedirá vacío, porque no deseaste los bienes eternos y te “llenaste” con los bienes temporales.

“Acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia. Según lo que había prometido a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre.” (Lc. 1, 46-55)

Si a pesar de haber caído muchas veces en pecado por tu fragilidad, no has perdido la fe y *vives de ella*, Dios te acogerá en su misericordia, porque eres “su Israel” – hijo de Abraham por la fe –, pues así se lo prometió a “nuestros padres” y a su descendencia para siempre.

CAPITULO III

NACIMIENTO

(Lc. 2, 1-14; 22-24; 34-36; Mt. 2, 1-2; 10-11)

“Aconteció, pues, en los días aquellos, que salió un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo...”

“José subió de Galilea., de la ciudad de Nazaret, a Judea, ... para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta.” (Lc. 2, 1-5)

El alma obediente a Dios no mira a las personas ni a las circunstancias para obedecer. Ella se dirige de una forma vertical, y no se fija ni en ella misma ni en lo que la rodea. El ser elegida madre del Hijo de Dios no exime a María de cumplir las leyes de los hombres, ella obedece a Dios. Tampoco lo difícil del viaje en su avanzado estado de gravidez es un impedimento, ni la incertidumbre de un albergue, ni la carencia de medios; tampoco todo esto supone para ella un *doloroso* sacrificio; la alegría de cumplir la voluntad de su Señor lo hace todo suave y dulce, porque ¡domina el amor! Así hace el alma que *“cree”* en Dios.

“Estando allí, se cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón.” (Lc. 2, 6-7)

El alma obediente a Dios no se fija ni siquiera en el “don” de Dios, sus ojos están fijos en el “Dador”.

El Hijo de Dios era para María el “Don” del Padre, y El vino a cumplir Su voluntad: *“Heme aquí, vengo a cumplir tu voluntad, Dios mío”*. La obediencia al Padre, que está en los cielos, es el mejor “cuidado” que se le puede dar al Hijo.

¡Cuántas almas por un falso celo, obstaculizan la obra de Dios pensando que ellas son las que deben cuidar del “don” y se hacen estos razonamientos: “No es digno de un alma de Dios ir aquí o allá, hacer esto o aquello, ¡qué va a decir entonces la gente! Tenemos que dar “buen ejemplo” porque somos portadores de Cristo”. ¡Oh alma equivocada! ¿Por qué no sigues tú el ejemplo de María? ¿Crees dar tú un ejemplo mejor?

Así las almas “abortan” al hijo de Dios y siguen creyendo que lo poseen y que Le están cuidando muy bien; cuando lo que están cuidando es su honra personal, su nombre, seguridad y propia gloria en este mundo.

“Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al oriente y venimos a adorarle.” (Mt. 2, 1-2)

No se extrañe el alma que ha dejado “nacer” al Hijo de Dios en ella, que la gente la admire y la busque en un principio: Han visto la luz de la estrella y van a ella buscando al Hijo de Dios. No lo esconda, presente con humildad, como María, al “recién nacido”: Que tu boca hable de lo que Dios ha puesto en tu corazón, sin temor y sin jactancia; la verdad, pura y sencilla.

“Había en la región unos pastores que moraban en el campo, y estaban velando las vigiliass de la noche sobre su rebaño. 'Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvía con su luz, y quedaron sobrecojidos de temor. Díjoles el ángel: No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor, en la ciudad de David.”

“Esto tendréis por señal: encontraréis un niño envuelto en

pañales y reclinado en un pesebre.”

“Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababan a Dios, diciendo: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.” (Lc. 2, 8-14)

También las almas sencillas, y los “pastores” fieles del Señor conocerán con alegría lo que ha nacido en ti, pues el “nacimiento” del Salvador en un alma es “una alegría para todo el pueblo” de Dios.

Pero no olvidas que ellos tienen la “señal” para conocer si lo que en ti ha “nacido” es de Dios, el Salvador; esa señal es la humildad y el espíritu de pobreza. Pero no olvides que esto será una *consecuencia* de tu vida en Dios, no cometes el error de querer *aparentar* lo que no llevas en ti, haciendo de eso que debe ser “*consecuencia*” un “*medio*” para engañarte tu mismo y engañar a los demás.

También los santos y “la multitud del ejército celestial” alabarán por ti a Dios diciendo: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”. Porque todas las almas de “buena voluntad” se benefician de esta gracia que recibe un miembro del Cuerpo Místico.

“Al ver los magos la estrella sintieron grandísimo gozo, y, entrados en la casa, vieron al Niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron y, abriendo sus tesoros, le ofrecieron como dones, oro, incienso y mirra”. (Mt. 2, 10-11)

Recibe con amor y humildad los “dones” que te presentan del “tesoro” de sus corazones las personas que han visto en ti la luz del “recién nacido”: palabras de alabanza, agradecimiento y afecto por el bien que haces; todo eso es para el Hijo de Dios que llevas contigo. Pero no té quedas con los “dones” ni con las personas; huye por el “desierto” a Egipto – la desnudez, desprendimiento de todo lo que no sea Dios solo, su

voluntad –, porque detrás de “los reyes”, la alabanza, viene Herodes, el enemigo de tu alma, que quiere dar muerte al Rey que debe imperar en ella.

“Así que se cumplieron los días de la purificación, conforme a la Ley de Moisés, llevaron al Niño a Jerusalén para presentarle al Señor, según está escrito en la Ley del Señor que “todo varón primogénito sea consagrado al Señor”, y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones.” (Lc. 2, 22-24)

Así que van pasando los días de esta “nueva vida”, el alma comprende que debe consagrarse toda al Señor, para ser por El purificada, y ofrecerle en sacrificio los dones que El mismo le ha dado y sobre todo su libertad.

“Simeón, después de bendecir al Niño y dar gracias a Dios, bendiciendo a José y María, dijo a la madre. 'Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para señal de contradicción; y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones’”. (Lc. 2, 34-35)

El alma que ha “recibido” al Hijo de Dios será como El, “señal de contradicción”, porque puesto está para caída de muchos ídolos que ella tiene en su corazón y que son apreciados por el mundo que la rodea, y también para levantamiento de valores que no son apreciados por ese mundo. Una espada atravesará su corazón, porque se descubrirán los pensamientos de muchos corazones; la falsedad del corazón humano en quien ella tenía puesta su confianza, porque cambiarán totalmente los “valores” en su vida.

CAPITULO IV

HUIDA A EGIPTO Y NAZARET

(Mt. 2, 13-14; 18-23; Lc. 2, 40; 42-52) :

“Partido que hubieron los reyes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: ‘Levántate, toma al Niño y a su madre y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al Niño para quitarle la vida’.” (Mt. 2, 13-14)

El alma fiel a Dios no dejará de escuchar sus “inspiraciones”, que, indudablemente le mandará a huir del mundo, de los halagos y conveniencias sociales, pues de eso se sirve el “enemigo” para dar muerte a la gracia en las almas, el “hijo de Dios” en ellas: dejando de complacer a Dios para dar satisfacción a los hombres, las criaturas. Y bien se puede aplicar a las almas que viven de ese espíritu del mundo las palabras del profeta Jeremías, que dice:

*“Una voz se oye en Rama,
lamentación y gemido grande; es Raquel,
que llora a sus hijos,
y rehúsa ser consolada,
porque no existen.”* (Mt. 2, 18)

¿No viven las personas que participan de ese espíritu del mundo gimiendo y lamentándose?, por la situación económica, enfermedades, inconformidad de toda índole, etcétera, etc. Es que gimen sus almas y ellos no se dan cuenta, porque desconocen la “Vida” del alma, y quieren acallar sus “gemidos” con muchas cosas que no sacian su aliña y ésta “rehúsa ser consolada”, porque lo que a ella le llena y consuela no está en ese “mundo”, sino en Dios, de quien es “imagen”.

Cuando una persona se da cuenta de esto y huye de ese “mundo” superficial y vano, empieza a caminar por el “desierto”, porque todos los amigos de antes le dejan; ella va hacia otro mundo, buscando a las almas que como ella, han “concebido en su seno” a Dios. Es entonces cuando llega a Egipto, porque encuentra también en ese “mundo” a muchos falsos cristianos que han dejado morir al “hijo de Dios” en su seno, apenas concebido. Como los judíos de la dispersión que la Sagrada Familia encontró en Egipto, estos falsos cristianos adoran ídolos extraños, y harán sufrir mucho al alma que lleva con ella al “Dios vivo”; y encontrará muchos enemigos de la Verdad que tratarán de hacerle perder la fe. Pero es aquí donde el alma fiel a Dios, reafirma su fe, pues mirando siempre hacia arriba, recibirá las más sublimes enseñanzas para conservar la vida de aquel “Niño-Dios” que en ella comienza a crecer.

“Muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: 'Levántate, toma al Niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque son muertos los que atentaban contra la vida del Niño'.” (Mt. 2, 19-20)

En “Egipto” se ha realizado una purificación en el espíritu que antes dominaba en el alma, si ella ha sido fiel a las inspiraciones de Dios, y ya los halagos del mundo no la pueden atraer: “son muertos los que atentaban contra la vida del Niño”. Por eso, y para probarla, Dios le dice que puede volver al mundo.

“Mas habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao, en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, yendo a habitar a una ciudad llamada Nazaret.” (Mt. 2, 22-23)

Mas sabiendo el alma que hay en ese “mundo” otra clase de enemigos que pondrán en peligro su vida espiritual, por no tener confianza en sí misma, teme ir a él. Dios se complace en esta “desconfianza propia”, que es fidelidad y confianza en El,

y dirige el alma a una vida oculta en el hogar, que es Nazaret, donde procura vivir, aunque en el mundo, lejos de él y así crece y se fortalece en la gracia de Dios.

“El Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.” (Lc. 2, 40)

Es en el recogimiento y en la oración donde se fortalece la vida de la gracia y se recibe la sabiduría para transmitir esa “nueva vida”, a otras almas.

“Cuando era ya de doce años, al subir sus padres, según el rito festivo, y volverse ellos, acabados los días, el Niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo echasen de ver...”

“Buscáronle entre parientes y conocidos, y al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles.” (Lc. 2, 42-46)

El alma deja de sentir las inspiraciones de Dios en aquella forma casi sensible como lo sentía antes. Este se le oculta para que le busque “adentro”, dé una forma menos sensible. Es el Padre que calla para que se busque al Hijo: *“Nadie viene a mí si el Padre no le trae”*. ¿Dónde encontrarle...? En tu templo interior y en la Eucaristía cuando le recibes, allí “oyéndole” y “preguntándole aprenderás a conocerle.

“Cuando sus padres le vieron se maravillaron, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote. Y El les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?” (Lc. 2, 48-49)

El alma quedará maravillada de las enseñanzas de Jesús, pero también sorprendida y apenada; Jesús no quiere que te apegues ni siquiera a su compañía: *“¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?”* Está hecha la advertencia: Es el mismo Jesús quien va a cumplir en el alma la

voluntad del Padre.

“Ellos no entendieron lo que les decía. Bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres.” (Lc. 2, 50-52)

El alma no entenderá de momento estas cosas, es sólo una advertencia que le ha hecho Jesús para comenzar a prepararla y seguir el camino de la voluntad del Padre. El alma debe conservar en su corazón cuanto El le dice, para que creciendo en la vida del espíritu; en el conocimiento de Dios y de los hombres pueda recorrer el camino de María, dejando que el Hijo de Dios, que lleva con ella, cumpla la voluntad del Padre.

PARTE II

EL PRECURSOR

«Preciso es que El crezca y yo mengüe»

El alma cede el puesto a Cristo

CAPITULO I

«PUENTE» O «CANAL»

(Lc. 2, 49)

El alma hasta ahora ha cooperado con la gracia, recibiendo las inspiraciones de Dios y recibiendo las enseñanzas del Maestro, ha dejado crecer a Cristo en ella. Y ella ha “crecido” espiritualmente, está apta para ser “canal” o “puente”. El Maestro le ha dado a conocer la voluntad del Padre y lo que tiene que hacer para que El, Cristo, pueda cumplirla, realizando la redención, lo que falta en ella de su Pasión.

Es el tiempo transcurrido desde aquella advertencia: “*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?*” (Lc. 2, 49)

Una breve meditación: “¿Qué hacía Jesús desde los doce años cuando fue perdido y hallado en el templo, hasta los trece años que fue cuando se manifestó a las gentes? Estaba “comunicando” a su Madre las cosas que le daba a conocer el Padre, todo aquello que dijo después al mundo. Y María “conservaba estas cosas en su corazón” meditándolas. Ella le dejó “seguir” su camino, haciendo la Voluntad del Padre.

¿Y dónde estaba María durante ese tiempo de la vida pública de su Hijo, que casi no se le nombra en los Evangelios?

Estaba “escondida” con Cristo en esa Voluntad del Padre. Y aparece después en el Calvario para ser nuestro ejemplo y nuestra Madre.

Ha llegado para el alma el momento de la prueba final, Cuando debe poner en práctica, haciéndolo realidad, lo que hasta ahora no han sido más que promesas. Se va a enfrentar con el “príncipe de este mundo”, quien tiene permisión de Dios

para conquistarla ofreciéndole su reino, o para despojarla si renuncia a él. Es la justicia de Dios en la elección libre de sus criaturas: el ángel caído y el alma. De acuerdo a su elección el alma puede ser “canal” *dentro* del mundo para que pase el Usurpador, obstaculizando “así el Reino de Dios y prolongando el reino del “espíritu del mundo”, o “puente” por *encima* del mundo para que pase el Redentor, cooperando así al advenimiento del Reino de Dios.

Hace como Judas, reafirmandose a sí misma se hace instrumento de traición entregando al Hijo de Dios que lleva con ella; o hace como el Precursor, Juan Bautista, “deaparecer” – dejándose cortar la cabeza – para que aparezca Cristo.

El Hijo de Dios, “ardientemente” está esperando su “hora”, porque para esto ha venido, y parece decir al alma: “Lo que has de hacer hazlo pronto”, para seguir su camino solo, redimiendo a otras almas o para llevarla con El y redimirla también.

Es el Precursor de Jesús, Juan Bautista, quien dará al alma los “materiales” para que ella construya las bases del “puente”. Es ella misma el puente que debe tenderse sobre esas bases “por encima” del reino de este mundo para que pase el Redentor hacia el “Calvario”; al mismo tiempo que ella *en* El es redimida y “escondida” con Cristo en la Voluntad del Padre pase de la muerte a la vida.

CAPITULO II

BAUTISMO DE PENITENCIA

(Lc. 3, 5-8)

“He aquí que envío delante de ti mi ángel, que preparará tu camino. Voz de quien grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos.” (Mc. 1, 2-3)

“Todo barranco será rellenado, y todo monte y collado allanado, y los caminos tortuosos rectificad, y los ásperos igualados. Y toda carne verá la salvación de Dios.” (Lc. 3, 5-6)

Ha comenzado el momento más importante para el alma. Dios envía su ángel a prepararla para el camino del Señor y el modelo es Juan Bautista: Debe empezar una vida más austera, de retiro y oración para que conozca su “nada” y el “Todo”, Dios, que debe invadir *totalmente* lo que ella ha considerado “sus propiedades”, así comenzará a

enderezar sus sendas

llenando de Dios los vacíos de su vida

y dejándose vaciar de todo

lo que no sea El, Su Voluntad;

humillándose en la igualdad con todas las almas.

Desapareciendo el orgullo y la soberbia

que la hacían verse ante sus ojos superior a los demás.

Y entonces su carne empezará a recibir la salvación de Dios.

“Decía, pues, a las muchedumbres que venían para ser bautizadas por él: Raza de vivaras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que llega? Haced, pues, dignos frutos de penitencia y no andéis diciéndoos: Tenemos por padre a Abraham. Porque yo os digo que puede Dios suscitar de estas

pedras hijos de Abraham.” (Lc. 3, 7-8)

Debe el alma hacer, ”dignos frutos de penitencia”, aquello inspirado por Dios, y de manera especial, aceptar con amor todos los inconvenientes y sufrimientos que se presentan en la vida diaria, como la mejor penitencia; sin hacer alardes de sus sufrimientos para que sean conocidos por las demás personas ni creerse por esto mejor cristiana que otros, que no hacen lo mismo, pues lo que ella hace por la gracia de Dios Jo puede hacer, por sí misma nada podría.

CAPITULO III

LAS BASES DEL «PUENTE»

(Lc. 3, 9-17; Mt. 3, 13-17)

1ª Ama a, Dios sobre todas las cosas, sometiéndose al despojo de todo lo que no sea Su voluntad.

“Ya el hacha está puesta a la raíz del árbol; todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.”

“Las muchedumbres le preguntaban: Pues ‘¿qué hemos de hacer’? El respondía: El que tiene dos túnicas, dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo’.”(Lc. 3, 9-11)

“Ya el hacha está puesta a la raíz del árbol”: Toda obra que no dé frutos para Dios te será quitada, honra, fama, nombre, bienes materiales y hasta algunos bienes espirituales y virtudes. Aquí empieza el alma a ver el comienzo de la destrucción de “sus valores”, lo que no dejará de ser muy doloroso y a veces difícil de aceptar. Sólo su unión con Dios en la oración *constante* podrá sostenerla, pues al ser “cortados” aquellos “árboles” que le servían de apoyo es como si un fuerte huracán destruyendo sus posesiones, amenazase destruirla a ella también. No queda más que hacer a Dios la pregunta que “las muchedumbres” hacían al Precursor: *Señor, ¿qué he de hacer...?* Entonces El contestará, y su respuesta sigue despojándola: *“El que tiene dos túnicas, dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo”*.

Tú creías ya no tener nada y te sentías digna de compasión; pues mira, que Aquél que ve lo recóndito de todo tu ser, te manda que des aún más; eso quiere decir que tienes “demasiado” todavía: que no debes justificarte, reclamar ni recuperar

cuanto te quiten, aunque lo consideres injusto. No mires a los “instrumentos” que realizan el despojo, mira sólo a Dios que está preparando el camino de tu salvación.

“Vinieron también publicanos a bautizarse y le decían: Maestro, ¿qué hemos de hacer? Y les contestaba: No exigir nada fuera de lo que está tasado.” (Lc. 3, 12-13)

Vendrán también personas que querrán protegerte, animados de buena intención. Tú, vuelve a preguntar a tu Maestro: ¿Qué he de hacer...? Sin duda El responderá como Juan a los publicanos: *“No exigir nada fuera de lo que está tasado”*. Tasada está la ruina de tu obra personal, aunque haya sido buena e inspirada por Dios para llevarte a donde estás hoy; ellas cumplieron su cometido y ahora deben desaparecer. No puedes recibir ninguna ayuda que impida esta destrucción. Aquellos que quieren ayudarte están haciendo bien en ofrecértela, pero no harías bien tú en aceptarla. Tu ayuda te viene de lo alto y esta es la fortaleza para continuar hasta el fin.

“Le preguntaban también los soldados: Y nosotros, ¿qué hemos de hacer? Y les respondía: No hagáis extorsión a nadie ni denunciéis falsamente y contentaos con vuestra soldada.” (Lc. 3, 14-15)

¡Oh alma!, ¿no ves que estás siendo sometida a prueba? También vendrán a ofrecerte protección por tus derechos aparentemente legítimos: “Estos injustamente te despojan, deben ser castigados por la Ley”, te dirán los hombres que tienen en sus manos el poder del mundo; pero sólo tú puedes presentar las pruebas para su condenación. Señor, ¿qué he de hacer...? *“No hagáis extorsión a nadie, ni denunciéis falsamente”*. ¿No sería falsa tu denuncia sabiendo tú que estas ante el Tribunal de Dios y no el de los hombres, y que aquel está cumpliendo también su misión? Por tanto, él también por el Tribunal de Dios debe ser juzgado.

“Contentaos con vuestra soldada”. Contenta debes estar, porque serás altamente recompensada por las tribulaciones que hoy pasas.

“Hallándose el pueblo en ansiosa expectación y pensando todos entre sí de Juan si sería él el Mesías, Juan respondió a todos, diciendo: Yo os bautizo en agua, pero llegando está otro más fuerte que yo, a quien no soy digno de soltarle la correa de las sandalias; El os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego. En su mano tiene el biello para limpiar la era y almacenar el trigo en su granero, mientras la paja la quemará con -fuego inextinguible.” (Lc. 3, 15-17)

La actitud valiente y decidida, sostenida por una fe viva del alma, pondrá en “expectación” a los que la rodean y llegarán a pensar que es “algo” o “alguien” quizás un santo o santa, un héroe o heroína. Atenta a esto debe estar el alma para dar en esos momentos testimonio de Jesús, el Mesías, el Santo, que realizando está en ella esa purificación y que es sostenida por su gracia, sin la cual nada podría hacer y de la cual no es digna.

El alma ha recibido el bautismo de penitencia, si es fiel, permaneciendo en la Voluntad del Señor, El la bautizará en el Espíritu Santo y en fuego, quemando “la paja” con fuego inextinguible, quemando todo aquello que pertenece a la acción del Mal, las “miserias” que todavía queden en ella, para “almacenar el trigo en el granero”, poniendo en ella obras dignas de los graneros- eternos.

“Vino Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él. Juan se oponía, diciendo: Soy yo quien debe ser por ti bautizado, ¿y vienes tú a mí? Pero Jesús le respondió: Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia. Entonces Juan se lo permitió.”

“Bautizado Jesús, salió luego del agua; y he aquí que se abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios descender como

paloma y venir sobre él, mientras una voz del cielo decía: 'Este es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias.' (Mt. 3, 13-17)

Después que el alma se ha purificado en el “despojo”, amando a Dios sobre todas las cosas. Jesús se manifiesta a ella de una forma tan amorosa, agradecido y humilde que el alma tiene que exclamar: Señor, soy yo quien debe estarte agradecida por lo que has hecho conmigo, ¿y vienes Tú a agradecerme a mí? Pero Jesús le responde: “Déjame obrar ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia”; déjame obrar en ti dándote ejemplo de cómo debes tú agradecer a mi Padre el haberme dado a ti; tú me das las gracias a mí y Yo en ti doy gracias a mi Padre por haberme dado a ti, Y el alma, abrasada en el amor del Hijo, verá en ella los cielos abiertos y el Espíritu de Dios venir sobre ella. Mientras una voz, la voz del Padre, le dará a conocer que es en el Hijo, Cristo-Jesús, en quien se complace, por lo que ella debe “desaparecer” para que sea El quien viva y obre, y pueda de ella también decir: Esta es mi hija muy amada, porque en ella veo al Hijo en quien tengo puestas mis complacencias.

CAPITULO IV

LAS BASES DEL «PUENTE»

(Mt. 4, 1-11)

2ª Renuncia al “espíritu del mundo”: *“No sólo de pan vive el hombre”. “No tentarás al Señor, tu Dios”. “Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo darás culto”.*

“Entonces fue llevado Jesús por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre. Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Pero él respondió diciendo: Escrito está: ‘No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.’” (Mt. 4, 1-4)

El alma será tentada por Satanás en distintas formas para que acepte el “espíritu del mundo” (la conveniencia), primero la pondrá en una situación difícil, él tiene permisión de Dios para hacerlo – para el alma esa situación por “difícil” que sea es Voluntad de Dios – ; luego le sugerirá que use del poder que tiene ante Dios en la oración para salir de esa situación: *“Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan”.* El alma debe confiar en Dios sometiéndose a su Voluntad, no pedir nada, sino que se cumpla lo que El quiera: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.* La confianza y la fe en su Creador es la mejor arma que puede usar contra, su “enemigo”.

“Llévóle entonces el diablo a la ciudad santa, y poniéndole sobre el pináculo del templo, le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues escrito está: ‘A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu

pie contra una piedra'. Díjole Jesús: También está escrito: 'No tentarás al Señor, tu Dios.' (Mt. 4, 5-7)

Ahora el “enemigo” toma su ..misma fe para tentarla, pero el alma que ama a Dios sobre todas las cosas, ama sólo Su Voluntad; tiene una fe viva, pero muy humilde y conoce que aquello no sería fe, sino osadía, fruto de la soberbia, para tentar a Dios: *“No tentarás a! Señor tu Dios”*.

“De nuevo le llevó el diablo a un monte muy alto, y mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: Todo esto te daré si de hinojos me adorares. Díjole entonces Jesús: 'Apártate, Satanás, porque escrito está: 'Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo darás culto'. Entonces el diablo le dejó, y llegaron ángeles y. le servían.” (Mt. 4, 8-11)

Del vencimiento a las tentaciones anteriores depende que tenga la fortaleza para vencer ésta, que es definitiva para el alma, porque de ésta depende la gracia que ha de recibir para vencer el “espíritu del mundo” que vendrá contra ella por haberle rechazado. Es cuando se decide cuál dé los dos reinos debe imperar en ella, si el Espíritu o “la carne”: *“Todo esto te daré, si de hinojos me adorares”*, renuncia a los reinos de este mundo para que reine el Hijo de Dios en ella, cumpliendo la Voluntad del Padre, o acepta esos reinos para prolongar el reino del “espíritu del mundo”. Es la prueba candente para el alma – esto supondría algo así como vivir su “purgatorio” en la tierra – . Debe elegir entre la cruz, el sacrificio de la *propia personalidad*, o el goce, la propia satisfacción personal, reafirmandose en el mundo o ser despreciada por él, con todas las consecuencias que esto trae. El Hijo de Dios, que vive en ella, está esperando la respuesta o decisión para dejarla en “el mundo” y seguir su camino, o para cumplir en ella la Voluntad del Padre.

“Al Señor tu Dios adorarás y sólo a El darás culto”. Es la respuesta – hecha vida – que expulsa a Satanás y recibe al Hijo

de Dios, pero esto no es teoría, ello significa la *renuncia total a todo lo que no sea El solo*, Su Voluntad. Entonces el alma se verá servida por los ángeles de Dios o por los ángeles de las tinieblas, al servicio de Satanás; según la elección que haya hecho. Y si ha elegido “el mundo”, ambición del “poder”, aceptando la tentación, estará con los “Caifas”, “Pilato” o “Herodes” para “juzgar y condenar” al Hijo de Dios, en aquellas almas que le traen, exponiendo así su propia salvación.

Ya el alma ha renunciado al “espíritu del mundo”, pero todavía debe pasar por otras “pruebas”; faltan aún dos “pilares-base” muy importantes para que pueda pasar por “encima” de ese “espíritu del mundo” convirtiéndose en puente” o canal de Dios: la elección del Redentor y la “muerte” del “yo”.

CAPITULO V

LAS BASES DEL «PUENTE»

(Jn. 3, 25-36)

3ª Elige al Redentor: *“Preciso es que El crezca y yo mengüe”*.

“Se suscitó una discusión entre los discípulos de Juan y cierto judío acerca de la purificación, y vinieron a Juan y le dijeron: Rabbí, aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, está ahora bautizando, y todos se van a El. Juan les respondió, diciendo: No debe el hombre tomarse nada si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos sois testigos de que dije: Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado ante El. El que tiene esposa es el esposo; el amigo del esposo, que le acompaña y le oye, se alegra grandemente de oír la voz del esposo. Pues así este mi gozo es cumplido.” (Jn. 3, 25-29)

Debido a la “purificación” que ha sufrido el alma, despojo de valores apreciados por el mundo, suscitará “discusión”, duda en aquellos que venían “observándola” o “siguiéndola”, porque escandalizándose de la persona por aquella ruina material y moral – honra, fama, nombre – la despreciarán pensando que no es un alma de Dios, pero éstos seguirán más fervorosos al mismo Dios: es Jesús que les llama a “seguirle” a El solo, en su propia alma, pues ya esa a quien seguían y admiraban ha cumplido su misión de “precursor “con ellos, dando testimonio de Cristo-Jesús: *“He ahí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”*. *“Ya os dije que no soy yo...”*; no era mío cuanto tenía, sino de Dios – aquellas virtudes que

veían en esa persona – y si algún bien hice lo hizo Dios, no yo

Otros se escandalizarán por éstos y vendrán a decirle: “La gente murmura de ti, terminará por despreciarte todo el mundo, debes hacer algo para recuperar tu posición; no basta ser honrado, hay que darlo a conocer”. Y otros: “¿Cómo vas a perder tu buen nombre, tu honra, y hasta los bienes materiales que tanto te han costado?; no se debe destruir así una vida, una posición en el mundo y la sociedad”. También le dirán: “Lo que haces no es de un buen cristiano, con tu actitud estás dando un mal ejemplo. Eso es *enterrar los talentos*” que Dios te ha dado para que los uses en beneficio de “los hermanos”. El mundo te necesita, allí está tu puesto, ¡puedes hacer tanto bien al prójimo! es en el “prójimo” donde debes ver a Cristo; ¡estás faltando a la caridad!, etc., etc.

El alma comprende a éstos perfectamente, pero comprende también que ellos no pueden comprenderla a ella, porque sabe que ella tampoco lo comprendería sin “*esa gracia*” que Dios le ha dado.

“Aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, está ahora bautizando y todos se van a El”: Ya lo “humano” cumplió su misión “precursora”, a medida que el alma se iba purificando y por medio de sus obras llevaba otras almas a Dios; ahora ella debe dejar el puesto a Jesús, no sólo en su alma, sino también en esas otras almas: *“No debe el hombre tomarse nada si no le fuere dado del cielo... yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado ante El. El que tiene esposa es el esposo...”* Jesús es el “esposo” de las almas, el “amigo” es aquello humano que debe ceder el puesto a lo divino, el “esposo”, renunciando aún a ese bien que hacía a las almas: *“El amigo del esposo, que le acompaña y le oye, se alegra grandemente de oír la voz del esposo. Pues así este mi gozo es cumplido”*. El alma al ver que es despreciada por la gente y que no se quedan con su persona siente grande

gozo, pues comprende que ha cumplido su misión cediendo el puesto al Esposo, Cristo.

“Preciso es que El crezca y yo mengüe. El que viene de arriba está sobre todos. El que procede de la tierra es terreno y habla de la tierra; el que viene del cielo, da testimonio de lo que ha visto y oído, pero su testimonio nadie lo recibe. Quien recibe su testimonio pone su sello atestiguando que Dios es veraz. Porque aquel a quien Dios ha enviado habla palabras de Dios, pues Dios no le dio el espíritu con medida. El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que está sobre él la cólera de Dios.” (Jn. 3, 30-36)

Preciso es que Jesús, el Verbo de Dios, crezca en el alma y lo “humano” mengüe. Pues la “vida del alma”, que es el Verbo, el Hijo de Dios, viene de arriba y está sobre todo. Lo humano procede de la tierra y sus obras son terrenas. El Hijo de Dios, Cristo, que viene del cielo da testimonio de lo que ha oído y ha visto del Padre, *“quien recibe su testimonio pone su sello”*, recibe al mismo Cristo a quien el Padre ha dado su Espíritu sin medida y ha puesto en sus manos todas las cosas, las del cielo y de la tierra. *“Pero su testimonio nadie lo recibe”*, porque las almas frecuentemente se quedan en “el mundo” y no pasan “por encima” de él.

El que cree en el Hijo y lo recibe *como Redentor* tiene la vida eterna, porque en El es redimido. El que rehúsa creer en el Hijo y no lo recibe como Redentor no verá la vida, sino que sentirá sobre él la cólera de Dios, porque permanecerá en su pecado, aceptando el espíritu del mal.

CAPITULO VI

LAS BASES DEL “PUENTE”

(Mc 1,14-15; 6,27; Lc 7,20-23)

4ª Confía en el Redentor y se entrega a la “muerte” del “yo”; entrega la “cabeza”. “¿Eres tú el que viene o esperamos a otro?”

“Después que Juan fue preso, vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios y diciendo: Cumplido es el tiempo, y el reino de Dios está cercano; arrepentíos y creed en el Evangelio.” (Mc. 1, 14-15)

Después que el alma haya cedido el puesto el Hijo de Dios, poniendo a su servicio todas sus facultades, en cierta forma se sentirá como prisionera, que le han cortado las alas, Pero Jesús la prepara anunciándole la “nueva vida”; “el reino de Dios está cerca” para ti, parece decirle, y le da a “gustar” el Evangelio en la práctica verdadera para que, creyendo en sus palabras, se someta *incondicionalmente* a la Voluntad del Padre que El, Cristo, cumplirá en ella. Sólo falta que sea “decapitada”; la muerte del “yo”, que al “cortarle la cabeza” cederá el puesto a “la Cabeza” de su alma, el Esposo, que debe reinar en ella. Porque es el Esposo, Cristo, la Cabeza de la esposa, el alma.

Pero antes se verá asaltada por la duda: ¿Será, esto de Dios?, pues su vida parece un perfecto fracaso.

“Eres tú el que viene o esperamos a otro? En aquella misma hora curó a muchos de sus enfermedades y males y de los espíritus malignos e hizo gracia de la vista a muchos ciegos,

y tomando la palabra, les dijo: Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados; y bienaventurado quien no se escandaliza de mí.” (Lc. 7, 20-23)

“¿Eres tú el que viene o esperamos a otro?” ¿Es esto de Dios o me habré equivocado? Y Cristo, dulcemente parece, decirle: ¿Es que has olvidado, alma querida, todo lo que he hecho por ti? Estabas ciega, caminando en el error y ahora tienes la luz de la verdad; “cojeabas” de tantos defectos y ahora no los tienes; te cubrían las “llagas” de tus pecados y estás limpia de ellos; estabas “sorda” a la voz de Dios y ahora escuchas; caminabas al borde de la muerte y te he puesto al borde de la Vida; no conocías el Evangelio ni entendías las Escrituras y ahora las conoces y comprendes. Bienaventurada serás si no te escandalizas de Mí por todos los sufrimientos que *en ti* debo pasar, cumpliendo la Voluntad de mi Padre, para redimirte del pecado, espíritu del mal, y que puedas recibir mi Espíritu, el Consolador, quien te aclarará todas las cosas.

Y el alma comprende que es necesario el sacrificio de su persona para poder recibir la “nueva vida”, y se entrega con alegría, deseando “desaparecer” para que Cristo cumpla en su cuerpo lo que falta en ella de su Pasión. “*Sin mí no podéis nada*”. “*Todo lo puedo en aquel que me conforta*”.

“*Al instante envió el rey un verdugo, ordenándole traer la cabeza de Juan. Aquél se fue y le degolló en la cárcel...*”(Mc. 6, 27)

Sólo Dios sabe cuál será el “verdugo” que cortará la cabeza del “yo” en cada alma. A ella sólo le toca esperar con fe y entregarse *incondicionalmente* a la Voluntad de Dios. Estos trabajos casi siempre lo realizan “servidores” del “enemigo”, creyendo prestar un “servicio” a su amo. Dios lo permite *por*

justicia y para liberación del alma.

NOTA. – Esta 1ª y 2ª parte es lo que corresponde al alma: Entrega de su libertad, la “donación propia”. Lo que sigue en la tercera parte es obra del Señor en el alma a medida de la *perseverancia* de ésta en esa entrega total a la Voluntad Divina; ésta es la “donación” y tiene que ser *constante y efectiva para* que Dios pueda actuar en el alma de acuerdo a su beneplácito, hasta liberarla *totalmente* del mal. Es la redención particular.

“Y sucederá que en ese día, palabra de Yavé Sebaot, quebraré el yugo sobre su cuello, y romperé sus coyundas; y ya no serán más siervos de extranjeros, sino que servirán a Yavé, su Dios, y a David, su rey, que yo les suscitaré.” (Jer. 30, 8-9).

¿Qué significa esto de “*Rompiendo las coyundas de su yugo*”

Las “coyundas” es el espíritu del mal y el “yugo” es el apego a nosotros mismos.

Esa participación del espíritu del Mal, que recibimos por el pecado original, desde que venimos a este mundo, es lo que nos “*sujeta*” a “*nosotros mismos*” para que no lleguemos a Dios y así poder él tomar el alma. Cuanto más *en si misma* esté una persona, más participa del espíritu del “Mal” y más cerca está de pertenecerle.

Solamente *VIVIENDO* la pureza del Evangelio podemos liberarnos aquí en la tierra del “yugo” o esclavitud del pecado, porque esa “*vivencia*” sería la identidad con Cristo, quien nos dará su Espíritu Santo.

PARTE III

VIDA PUBLICA

El alma en Cristo

CAPITULO I

«¡AY!»

JESÚS EN GALILEA

“Dejando a Nazaret, se fue a morar en Cafarnaúm, ciudad situada a orillas del mar, en los términos de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliese lo que anunció el profeta Isaías, que dice:

*“¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
camino del mar, al otro lado del Jordán,
Galilea de los gentiles!
El pueblo que habita en tinieblas,
vio una gran luz
y para los que habitan
en la región de mortales sombras
una luz se levantó.”*

Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque se acerca el reino de Dios.” (Mt. 4, 13-17)

El alma con Jesús ha pasado “al otro lado del Jordán”, está “por encima” del “espíritu del mundo”, renunciando a su reino; aunque viva en el mundo.

“El pueblo que habita en tinieblas vio una gran luz, y para los que habitan en la región de mortales sombras una luz se levantó”; el alma, que habitaba en tinieblas bajo la acción del espíritu del mal, vio una gran luz, al poner su libertad en Cristo, Luz del mundo; y para las almas que todavía “habitan en la región de mortales sombras una luz se levantó”, porque a través de ella se manifestará la Luz que vino a iluminar el mundo de las almas, Cristo Jesús.

Arrepentíos, dirá El a todas las almas de buena voluntad; “se acerca el reino de Dios”, porque cada alma que me deja reinar en ella coopera a su advenimiento arrastrando a muchas almas.

JESÚS, LUZ DEL MUNDO, ATESTIGUADO POR EL PADRE

“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida. Dijéronle, pues, los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo, y tu testimonio no es verdadero. Respondió Jesús y dijo: Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vengo y adonde voy, mientras que vosotros no sabéis de dónde vengo o adonde voy.” (Jn. 8, 12-14)

Es Jesús la luz del mundo, no el alma; ella, *siguiéndole*, no andará en tinieblas, *“sino que tendrá luz de vida”*. Y es El quien dará testimonio de sí mismo y del alma, porque su testimonio es el verdadero, porque sabe de dónde viene y adonde va, mientras que ella, el alma, no puede saber de dónde viene ni adonde va, pues Jesús la llevará de acuerdo a la Voluntad del Padre, que sólo El conoce y sólo El sabe cumplirla perfectamente.

“Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie; y si juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino yo y el Padre, que me ha enviado. Y en vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos es verdadero.” (Jn. 8, 15-17)

“Vosotros juzgáis según la carne”; por eso el alma no debe juzgar de nadie, ni siquiera de ella misma, porque si juzga, su juicio no será verdadero. Sólo Dios es Juez de sus criaturas; y el Hijo de Dios, Cristo, que ha recibido del Padre la plenitud de su Espíritu, puede juzgar con juicio verdadero porque El no está solo; el Padre, que le ha enviado, está siempre con El; y en la Ley está escrito que el testimonio de dos es verdadero; por

tanto, no es necesario otro testimonio.

“Yo soy el que da testimonio de mí mismo, y el Padre, que me ha enviado, da testimonio de mí. Pero ellos le decían: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Estas palabras las dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo, y nadie puso en él las manos, porque aún no había llegado su hora.” (Jn. 8, 18-20)

Es un grave error el que comete el alma que pretende dar ella “testimonio” de Jesús; eso es no haber “desaparecido” todavía; el testimonio que le correspondía a ella dar es aquel que ha dado en el “Precursor”. No importa que la gente pregunte y no comprenda su vida; si conocieran a Cristo, conocerían también al Padre, que le envió, y sabrían que esa alma cumple Su Voluntad. No debe inquietarse el alma por nada ni por nadie, pues no podrán, por mucho que quieran, hacerle nada hasta” que no llegue “su hora”; aquélla que sólo conocen Jesús y el Padre y que al alma no le toca indagar. Esa hora es la “hora” de Cristo Jesús, que se prolonga en las almas que El está redimiendo, cumpliendo aquello que falta *en ellas* de su Pasión.

LLAMAMIENTO

DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

“Caminando, pues, junto al mar de Galilea vio a dos hermanos: Simón, que se llama Pedro, y Andrés, su hermano, los cuales echaban la red en el mar, pues eran pescadores; y les dijo: Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres. Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron. Pasando más adelante, vio a otros dos hermanos: .Santiago el de Zebedeo y Juan, su hermano, que en la barca de Zebedeo, su padre, componían las redes, y los llamó. Ellos, dejando luego la barca, y a su padre, le siguieron.” (Mt. 4, 18-22)

El alma seguirá su vida corriente y normal cumpliendo sus deberes de estado, pero atenta siempre a las inspiraciones del Señor, que en cualquier momento puede llamarla a cumplir alguna misión; ella debe dejarlo *todo* “al instante” para cumplir “con presteza”, como María, la Voluntad del Señor: “*Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron*”. No importa qué cosa esté haciendo en ese momento y a quién lo hace; debe dejarlo todo, pues primero está la Voluntad de Dios que todas las cosas y personas que la rodean: “*Ellos, dejando luego la barca, y a su padre, le siguieron*”.

EL PREMIO DE LOS APÓSTOLES

“En verdad os digo que ninguno que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por amor al reino de Dios dejará de recibir mucho más en este siglo y la vida eterna en el venidero.” (Lc. 18, 29-30)

Nada ni nadie debe ser obstáculo para el cumplimiento de la llamada del Señor. El alma que se ha decidido por *Dios solo*, dejándole reinar en ella, no debe mirar más que Su Voluntad; en ella encontrará a sus “parientes”, amigos y todo lo demás.

LOS PARIENTES DE JESÚS

“Mientras El hablaba a la muchedumbre, su madre y sus hermanos estaban fuera y pretendían hablarle. Alguien le dijo: Tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte. El, respondiendo, dijo al que le hablaba: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.” (Mt. 12, 46-50)

El alma que desea conservar el amor de sus padres, hermanos, parientes y amigos debe ser muy sincera con ellos respecto a su “nueva vida”: Si quieren seguir siendo su padre, su madre, hermanos, parientes y amigos no deben ser nunca un obstáculo para que ella cumpla la Voluntad de Dios; es más, deben cooperar con ella si quieren que siga teniendo contacto con ellos. Su vida de fe, firme e inquebrantable en el cumplimiento de la Voluntad de Dios, será el mejor ejemplo que puede dar a los suyos y el mayor bien que hará a sus almas, pues los acercará a Jesús, quien realizará en ellos lo que necesitan para su salvación.

ELOGIO DE LA MADRE DE JESÚS

“Mientras decía estas cosas, levantó la voz una mujer de entre la muchedumbre y dijo: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que mamaste. Pero El dijo: Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan.” (Lc. 11, 27-28)

Si María es dichosa y la llaman bienaventurada todas las generaciones, es porque oyendo la palabra de Dios fue fiel a esa palabra, *cumpléndola*. El ser madre del Hijo de Dios estuvo en alguna manera condicionado a esta fidelidad; por eso dijo Jesús: *“Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan”*

CONDICIONES PARA SEGUIR A JESÚS

“Entonces dijo Jesús a sus discípulos: El que quiera venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz, y sígame. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará. Y ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? O ¿qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a

cada uno según sus obras. En verdad os digo que hay algunos entre los presentes que no gustarán la muerte antes de haber visto al Hijo del hombre venir en su reino.” (Mt. 16, 24-28)

El alma que se decide a seguir en pos de Jesús tiene que vivir “negándose a sí misma” *constantemente*, pues el haber dado “la cabeza” no significa no tener libertad; ella es libre hasta el fin y esa libertad es intangible para Dios; en cualquier momento puede tomarla de nuevo. Aunque si esa “muerte” o entrega es verdadera, si ha sido una realidad y no una ilusión solamente, gozará de una gracia que la llenará de fortaleza para seguir adelante. Esa RENUNCIA CONSTANTE A SIMISMA ES LA CRUZ QUE DEBE LLEVAR HASTA EL FIN, CUANDO PUEDA DECIR: “*Todo se ha consumado*”. En esa cruz va su Redentor; en el mismo instante que la deje, ha dejado su propia redención. Sólo de esa “cruz” debe cuidar el alma, pues de ella depende el cumplimiento de la Voluntad de Dios y de esto todo lo demás.

El alma no debe pensar ni siquiera en su salvación; eso sería “aparecer” de nuevo, pues si “desaparece” no se encuentra para nada: “*Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará*”. Tampoco debe pensar en salvar el alma de otros; eso entra también como *consecuencia* de su fidelidad en el cumplimiento de la Voluntad Divina.

“*En verdad os digo que hay algunos entre los presentes que no gustarán la muerte antes de haber visto al Hijo del hombre venir en su reino*”. Porque todo aquel que *conscientemente* coopere con un alma para que ella cumpla esa Voluntad de Dios, no dejará de tener su recompensa y no gustará la muerte, antes verá en ella el reino de Dios, porque es como si la cumpliera ella; es el principio para entrar ella misma en el camino, es como *pasar por el “puente”* hacia el Redentor y hacerse ella “canal” para otras almas. Este es el “comercio divino” con las almas en el Cuerpo Místico: Un alma que

“construye” las “bases” y se haga “puente” aporta al Cuerpo Místico muchos otros miembros que esperan del otro lado del “puente” para pasar, haciéndose ellos “canal” para otros miembros. Estos no tendrán que pasar por todas las pruebas que pasó el “puente” al levantar las “bases”; pues Dios da gracias para “puente” y gracias para “canal”, de acuerdo a su misión. El mérito del alma está en la correspondencia a. las gracias que se le dan, lo mismo si es “puente” o si es “canal”. Por eso las almas no deben regirse por la vida de otros, sino por la voz de su conciencia, que les hará conocer la Voluntad de Dios; sólo El sabe para qué oficio las eligió.

EN LA SINAGOGA DE CAFARNAÚM

“Llegaron a Cafarnaúm, y luego,, el día de sábado, entrando en la sinagoga, enseñaba. Se maravillaban de su doctrina, pues la enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. Y luego, hallándose en la sinagoga un hombre poseído de un espíritu impuro, comentó a gritar, diciendo: ¿Qué hay entre ti y nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Te conozco; tú eres el Santo de Dios. Jesús le mandó: Cállate y sal de él. El espíritu impuro, agitándole violentamente, dio un fuerte grito y salió de él.” (Mc. 1, 21-26)

La vida de una persona que recorre este camino de la Voluntad de Dios es la mejor “predicación” y “enseñanza” que se puede dar, pues en ella está obrando el Salvador,

“Se maravillaban de su doctrina, pues la enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas”, pues su “enseñanza” es “como quien tiene autoridad”, un ejemplo vivo, como María, y no letra, como los “escribas” y “fariseos”, que escriben y predicán, pero no viven lo que escriben y enseñan. Pero no piense el alma que esto vive, que todos estarán de acuerdo con ella, pues los “espíritus impuros”,

aquellos que dicen conocer a Jesús, pero que no lo “conocen” porque no viven su Doctrina, saldrán a su paso para obstaculizar la Obra de Dios, porque piensan que ellos van a perder su prestigio viendo las demás personas que ellos no practican aquello que enseñan. “¿Qué hay entre ti y nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos?”

Otros realizan esa obra destructiva haciendo ver a otras almas que esas son “almas elegidas”, “santos” en la tierra, y que ese camino no es para todo el mundo: “Te conozco, tú eres el Santo de Dios”. Nada de esto debe importarle al alma; Jesús, cuando llegue el momento, echará fuera a esos “espíritus impuros” que han tratado de obstaculizar el camino de las almas hacia Dios.

RECRIMINACIONES A LOS ESCRIBAS Y FARISEOS

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros ni permitís entrar a los que querían entrar.” (Mt. 23, 13-14)

¡Ay de ti si pones obstáculos a las almas para que vivan una vida más perfecta de acuerdo a la Voluntad de Dios, imponiéndoles tu propia voluntad, obstaculizando así el reino de Dios en ellas y en otras almas que estaban dispuestas a seguir las!

¡Ay de ti si obrando hipócritamente das lugar a que se dude de la palabra de Dios! Ni entras tú por no tener fe, ni dejas vivir la fe en aquellos que la tienen. “Ni entráis vosotros ni permitís entrar a los que querían entrar”.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un solo prosélito, y luego de hecho, le hacéis hijo de la gehenna dos veces más que vosotros! (Mt. 23, 15)

¡Ay de ti si eres como esos falsos cumplidores de la Ley del Señor, que con hipocresía van predicando la palabra de Dios, “recorriendo mar y tierra para aumentar el número de sus seguidores” y después de conquistados los hacen como ellos o peores que ellos por el mal ejemplo que les dan!

¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Si uno jura por el templo, eso no es nada; pero si jura por el oro del templo, queda obligado!” (Mt. 23, 16)

¡Ay de ti, si no teniendo fe ni conciencia, por haber dejado el camino del Señor, te haces “guía ciego” dando preceptos y leyes que no son de Dios, y luego de haberlas dado dices a los hombres que están obligados a cumplirlas, aunque esas leyes vayan contra su conciencia y lo hagan sin espíritu de fe!

¡Insensatos y ciegos! ¿Qué vale más, el oro o el templo, que santifica el oro? Y si alguno jura por el altar, eso no es nada; pero si jura por la ofrenda que está sobre él, ése queda obligado. Ciegos, ¿qué es más, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Pues el que jura por el altar, jura por él y por lo que está encima de él. Y el que jura por el templo, jura por él y por quien lo habita. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que en él se sienta.” (Mt. 23, 17-22)

¡Insensatos y ciegos! ¿Qué vale más, la ley o la fe, el espíritu, que santifica la ley? Y dicen: si uno cumple lo “mandado”, aunque no tenga fe en aquello, eso no importa; pero si no obedece cumpliéndolo, ése ha faltado. Ciegos, ¿qué es más, la fe y la conciencia, que santifica la obediencia, o la “obediencia”? (Cf. Hech. 5, 29). ¿No es en la conciencia de cada uno donde se manifiesta Dios y por ella será juzgada cada alma? ¿No dice San Pablo que “todo lo que se hace fuera de conciencia es pecado”? (Rom. 14, 24).

“Pues el que jura por el altar, jura por él y por lo que está

encima de él. Y el que jura por el templo, jura por él y por quien lo habita”. El cuerpo es el templo de Dios y el corazón es el altar. Por encima del corazón está la conciencia, que es donde se manifiesta la voz de Dios. Toda obra debe regirse por conciencia, que es voz de Dios, para que no manche el corazón, que es el altar de ofrendas, y no sea profanado su templo, que es el cuerpo. Porque las obras del cuerpo deben ser de acuerdo a quien lo habita, y si tienen tu alma en gracia es el trono y sagrario de Dios; por tanto, tus obras deben ser según Su Voluntad y no la tuya ni la de otros.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que diezmaís la menta, el anís y el comino, y dejáis lo más grave de la Ley: la justicia, la misericordia y la lealtad! Bien sería hacer aquello, pero sin omitir esto. Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello.” (Mt. 23, 23-24)

¡Ay de ti si vives fijándote en “añadiduras” y no cumples lo principal, que es la Voluntad de Dios, faltando así a la justicia y a la misericordia, poniendo en peligro la buena fe de los que te rodean! ¿No sabes que cumpliendo la Voluntad de Dios es cumplido todo lo demás? Pero si conoces esto” y dudas de que alguien pueda cumplirlo de verdad, es porque tú no cumples ni el primer mandamiento de la Ley de Dios; te amas a ti mismo y todas las cosas más que a Dios. Eres, como los fariseos a quienes amonestó Jesús, guía ciego que se cuida de las pequeñeces, preceptos humanos, y viven cometiendo pecados en sus corazones contra la Ley de Dios: *“Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello”.*

“ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que limpiáis por defuera la copa y el plato, que por dentro están llenos de rapiñas y codicias! Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa, para que también su exterior quede limpio.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros encalados, hermosos por defuera, mas

por dentro llenos de huesos de muerto y de toda suerte de inmundicia! Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.” (Mt. 23, 25-28)

¡Ay de ti si obras como los hipócritas, que aparentan una virtud que no tienen: que a los ojos de los hombres se comportan de una forma, para ser apreciados por ellos como justos, y ante Dios sus corazones aparecen lo que son, llenos de rapiñas, codicias y todo género de pecados! Son ciegos, que pretenden engañar a Dios y a los hombres y se engañan ellos mismos. Ciego, cuídate más bien de tener limpia tu conciencia para que por ella puedas ver la suciedad de tu corazón y humillándote ante Dios, seas por El limpio; entonces las virtudes que pretendes aparentar serán verdaderas. ¿Qué importa que los hombres conozcan tus defectos? Mejor para ti si los conocen, porque te ayudarán a corregirlos y no te engañarás tú mismo creyéndote poseedor de virtudes que no tienes. ¿De qué te vale aparecer muy virtuoso por fuera si por dentro estás lleno de defectos y pecados? Eres entonces como esos sepulcros, mausoleos de mármol, blancos y brillantes, que aparecen muy limpios por fuera y por dentro, en su seno, guardan huesos de muertos llenos de gusanos.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido nosotros en tiempo de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices suyos en la sangre de los profetas! Ya con esto os dais por hijos de los que mataron a los profetas. Colmad, pues, la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis al juicio de la gehenna?” (Mt. 23, 29-33)

¡Ay de ti si eres como los escribas y fariseos, hipócrita como ellos, que edifican altares a los santos, escriben sus vidas, adornándolas con toda clase de virtudes, como si hubieran

nacido santos, para que la gente crea que el camino de la santidad es sólo para ciertas “almas elegidas”! Y si tienen en sus manos alguna autoridad son los primeros en perseguir a las almas que van hacia ese camino de santidad.

¡Ay de aquellos que tienen a los santos para comerciar con ellos, tanto con los santos de altar como con las almas piadosas que están dispuestas a darlo todo por Dios!

¡Ay de esos que teniendo en sus manos la “autoridad” abusan de ella en nombre de Dios! *“Colmad, pues, la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis del juicio de la gehenna?”*

LOS ESCRIBAS Y FARISEOS, PUESTOS AL DESNUDO

“Entonces Jesús habló a las muchedumbres y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen. Atan pesadas cargas y las ponen sobre las espaldas de los hombres, pero ellos ni con un dedo hacen por moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres.” (Mt. 23, 1-5)

También ha dicho el Señor a sus discípulos de hoy: *“En la cátedra de Pedro se han sentado muchos fieles seguidores de Pedro; éstos han llegado a una identificación conmigo. Pero se han sentado también aquellos que, viviendo al margen de la vida de Pedro, han usado la autoridad de Pedro”*.

¡Ay de esos que usando la autoridad de Pedro no han vivido como él para identificarse con el Maestro!

¡Ay de los que atan pesadas cargas sobre los otros, pero ellos no son capaces de llevarlas! Que se comportan ante los

hombres de una forma, para hacerles creer que ellos “viven” lo que imponen a los otros y que en realidad obran de otro modo.

No mandes hacer a otro lo que tú no eres capaz de cumplir. Cúmplelo tú primero y con tu ejemplo y ya estarás mandando hacerlo a los demás. Compórtate como el siervo ante su Señor, para que aquellos que estén bajo tu dirección hagan lo mismo que te ven hacer a ti.

Procura agradar a *Dios sólo* y no lo hagas “para ser visto por los hombres”, para que te tengan en mejor concepto que a otros y te aprecien. Ya con esto estarás dando un mal ejemplo.

“Ensanchan sus filacterias y alargan los flecos; gustan de los primeros asientos en los banquetes, y de las primeras sillas en las sinagogas, y de los saludos en las plazas, y de ser llamados por los hombres rabbi. Pero, vosotros no os hagáis llamar rabbi, porque una solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos. Ni llaméis padre a nadie sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos. No os hagáis llamar doctores, porque uno solo es vuestro Doctor, Cristo. El más grande de vosotros sea vuestro servidor. El que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.” (Mt. 23, 5-12)

No imites a los “escribas” y “fariseos” dando a conocer tu rango o autoridad por medio de distintivos externos, usando insignias, medallas, estrellas, anillos o cadenas. Tampoco uses vestidos distintos a los que usan las demás personas para dar a conocer tu posición ante Dios o ante los hombres. Tu solo “distintivo” debe ser una vida ejemplar, siendo un “evangelio vivo”.

No busques dentro ni fuera de tu casa los primeros puestos ni los primeros asientos en la mesa, ni en la iglesia, ni en ningún otro lugar. Tampoco te asignes el último pensando que “los últimos serán los primeros”, porque ya con esto estás

eligiendo el primero. Quédate donde te pongan, y si has de elegir, elige “el medio” donde no seas notado sobresaliente.

No busques ser notado para nada, ni vayas tras los hombres para que te saluden en las reuniones ni en la prensa. Compórtate con naturalidad donde quiera que vayas. Ese será el mejor testimonio que darás de tu vida de cristiano verdadero.

Tampoco te hagas “maestro”, “doctor”, “excelentísimo”, “reverendísimo”, etc. Sólo Dios merece todos estos títulos. Cristo es el Doctor, porque es el médico verdadero de nuestras enfermedades, no sólo del alma, sino también del cuerpo, si tienes fe y te dejas asistir por El. Y el Espíritu Santo es el Maestro de toda ciencia y abogado para nuestra defensa.

Y no estés diciendo tenemos por padre a Francisco, Ignacio, Agustín o cualquier otro santo, *“porque uno solo es vuestro Padre, el que está en, los cielos”*, y todos los santos son nuestros hermanos.

“El más grande de vosotros sea vuestro servidor”. No olvides que tu estatura espiritual o moral estará de acuerdo al ejemplo que des y al servicio que prestes a los demás, de acuerdo a la Voluntad de Dios, como hizo Cristo, nuestro Maestro. Si te ensalzares ante los hombres, serás humillado por Dios ante ellos. Si eres humilde ante Dios, El te ensalzará ante los hombres.

LA VERDADERA SABIDURÍA

“No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Yo entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad.” (Mt. 7, 21-23)

No estés creyendo que porque tengas con frecuencia el nombre de Dios en tus labios y digas muchas oraciones vocales, que tienes abiertas las puertas de su reino. Pobre de ti si tu corazón no corresponde a las palabras de tu boca y tus obras no están de acuerdo con la Voluntad de Dios

No estés creyendo que el ser poseedores de un “don” de Dios, bien sea el don de profecía, de intermediario de sus milagros, de hacer exorcismos y aun de administrar sus sacramentos te dará derecho a entrar en su reino. Esos “dones” te harán más responsable; y si no eres fiel, de acuerdo a las gracias que se te han dado, tendrás que escuchar aquellas palabras del Señor: *“Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad”*. Porque los “dones” que te fueron dados para cooperar al advenimiento del reino de Dios tú los pusiste al servicio de la iniquidad, dando un mal ejemplo con tu vida.

“Aquel, pues, que escucha mis palabras y las pone por obra, será como el varón prudente, que edifica su casa sobre la roca. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, pero no cayó, porque estaba fundada sobre roca. Pero el que me oye estas palabras y no las pone por obra, será semejante al necio, que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, que se derribó estrepitosamente.” (Mt. 7, 24-27)

Aquel que escucha la palabra de Dios y la pone por obra es el que entra en Su reino. Todas las calamidades de esta vida, todos los sufrimientos, tentaciones, enfermedades persecuciones, etc., no podrán quebrantar su fe, porque está fundada sobre la Roca viva que es Cristo, el Verbo de Dios

Pero el que oye la palabra de Dios y no la pone por obra, aunque la predique y ejerza el poder” que Dios le ha dado, en el momento de la prueba no tendrá esa base sólida de la fe, que

son las obras, y vacilará *cayendo con gran ruina*”, pues habrá perdido su alma.

Y ¿que aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras.” (Mí. 16, 26-27)

¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo y todas las almas si pierde la suya? ¿Qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? No podrá rescatarla de las manos del “enemigo” ni con todo el oro los reinos, el poder ni la gloria de este mundo pues esos “reinos” y esa “gloria” a él pertenecen:

“Llevándole a una altura, le mostró desde allí, en un instante, todos los reinos del mundo, y le dijo el diablo: Todo este poder y su gloria te daré, pues a mí me ha sido entregado, y a quien quiero se lo doy; si, pues, te postras delante de mí, todo será tuyo.” (Lc. 4, 5-7)

Así, pues, no podrá rescatar su alma de manos del diablo, el “enemigo”, con todo el poder de este mundo, pues ese fue el precio que recibió del mismo diablo por su alma, al “postrarse” delante de él: *“Si, pues, te postras delante de mí, todo será tuyo”*.

Tampoco salvando otras almas, ni aun perdiéndolas para entregarlas a Satanás a cambio de la suya, podrá rescatar su alma, pues esas almas pertenecen a Dios y sólo su propia libertad puede ponerlas en manos del “enemigo”, Y el Hijo del hombre, cuando venga en la gloria de su Padre, con sus ángeles, dará a cada uno de acuerdo a sus obras, de acuerdo al uso que ha dado a su libertad.

DIOS Y LAS RIQUEZAS

“Nadie puede servir a dos señores, pues o bien, aborreciendo al uno, amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.”
(Mt. ó, 24)

“Nadie puede servir a dos señores”, y el “señor” que se esconde en la “gloria” y el “poder” de este mundo no es otro que Satañas; y se lo da a quien se postra delante de él: “*Si, pues, te postras delante de mí, todo será tuyo*”. Pero él, como es padre de la mentira y del engaño, no dice que lo da a cambio del alma. Por eso, lo primero que él hace en aquellos que empieza a conquistar es hacerles olvidar “su” alma – pero este no es aquel “olvido” de sí mismo que hemos dicho antes, para cumplir la Voluntad de Dios, es todo lo contrario – ; puede ser que le interese que no olviden la *vida del alma*, pero el alma de otros, no la propia. Así se ha introducido él en el campo de las almas de “buena voluntad”; no pudiendo conquistarlas por la ambición del “poder” y la “gloria” de este mundo, porque ellas buscan entrar por el Amor, les hace a unos estos razonamientos: “Necesitas ganar muchas almas para salvarte, pensar en la propia salvación .es egoísmo”; y a otros: “Tu misión es ganar almas para Dios, con eso salvarás la tuya, hay que “trabajar” mucho, se necesitan muchas “obras de apostolado” y hasta cita algunas palabras del Evangelio, como: “La mies es mucha..., lo que falta Son obreros”. Y como todo esto es parte de la verdad, aunque no la verdad de *su intención*, las almas caen en el error. Les hace ver que no es “tiempo de oración, sino de mucha acción”. El, Satanás, sabe mejor que nadie que la acción sin oración y penitencia es pasto de su comida. Como consecuencia lógica, quien traiciona su conciencia para aceptar el “poder” y la “gloria” de este mundo terminará aborreciendo lo de Dios, que es contrario a ese poder y esa gloria de las

cuales él goza por haber elegido la “conveniencia”.

Pero ¿no es Dios quien pone en manos de los hombres ese poder temporal? Sí, pero una cosa es ese “poder” por Voluntad de Dios y otra cosa es la permisión de Dios cuando lo elige la voluntad del hombre buscando la “conveniencia”; Dios se lo da porque lo ha elegido su libertad, y el hombre, eligiendo el “poder” en lugar del “Amor”, se adhiere al “señor” Satanás, deseando lo mismo que deseó él; menospreciando al Señor, Cristo, que siguiendo el camino del AMOR se “anonadó tomando la forma de siervo”. Nadie, pues, puede servir a dos señores, y mucho menos a dos señores tan opuestos, pues “aborreciendo al uno, amaré al otro, o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. Nadie puede servir a Dios y a las riquezas”.

¿No son el poder y la gloria las “riquezas” más codiciadas de este mundo?

CAPITULO II

BIENAVENTURANZAS Y PRECEPTOS

LAS BIENAVENTURANZAS

(Mt. 5, 1-11)

“Viendo a la muchedumbre, subió a un monte, y cuando se hubo sentado, se le acercaron los discípulos; y abriendo El su boca, les enseñaba, diciendo:

“BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS.”

Bienaventurados los que, amando a Dios sobre todas las cosas, no ambicionan las cosas de este mundo; de ellos es el reino de los cielos porque prefieren estar sometidos a otros antes que traicionar su conciencia para aceptar el poder y la gloria de este mundo; a éstos “el mundo” los llamará *despectivamente* “pobres de espíritu”, porque no ambicionan ese “poder” y esa “gloria” que procede de los hombres y buscan el Amor y la gloria de Dios.

“BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA.”

Bienaventurados los que practican la verdadera mansedumbre de corazón, aquellos que soportan con paciencia y con amor todas las vicisitudes de esta vida, poniendo su confianza y esperanza en el Redentor, ellos poseerán la tierra cuando en ella se “manifieste” el reino de Dios.

“BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS.”

Bienaventurados los que lloran, porque no se han conformado con el “espíritu del mundo” y sufren en esta vida las

consecuencias de su fidelidad al Espíritu de Dios, ellos serán consolados por Dios en sus aflicciones aun aquí en este mundo.

“BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, PORQUE ELLOS SERÁN HARTOS.”

Bienaventurados los que teniendo “hambre y sed de justicia” sufren por las injusticias que se cometen en este mundo siendo ellos “justos” en sus obras; y aunque con ellos se cometan injusticias no hacen “justicia” por su mano, dejando que sea Dios quien la realice; esos serán “hartos” de gozo porque contemplarán la Justicia de Dios, que es muy distinta a la “justicia” que practican los hombres.

“BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ELLOS ALCANZARAN MISERICORDIA.”

Bienaventurados los que practican la “verdadera” misericordia: perdonando las ofensas, soportando con amor y corrigiendo del mismo modo los defectos de los otros; prestando su servicio, de acuerdo a la Voluntad de Dios, dondequiera y con cualquiera que lo necesite. Ellos alcanzarán misericordia, porque como hicieron con los otros así hará Dios con ellos.

“BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN, PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS.”

Bienaventurados los que mantienen limpio su corazón *no aceptando* ningún pensamiento impuro: Porque la mente ensucia el corazón y del corazón brotan las obras, y por la pureza de las obras se llega a Dios.

“BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS, PORQUE ELLOS SERÁN LLAMADOS HIJOS DE DIOS.”

Bienaventurados los que se mantienen en paz con Dios, cumpliendo su Voluntad pues ellos serán llamados “hijos de Dios” por haberse identificado con Su Hijo, Cristo.

“BIENAVENTURADOS LOS QUE PADECEN PERSECUCIÓN POR LA JUSTICIA, PORQUE SUYO ES EL REINO DE LOS CIELOS.”

Bienaventurados aquellos que, siendo “justos” 'ante Dios, padecen persecución por la justicia de los hombres, porque ellos por ser en el mundo “testimonio” de Dios, son perseguidos; de esos es el reino de los cielos.

“BIENAVENTURADOS SERÉIS CUANDO OS INSULTEN Y PERSIGAN *y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros.*”

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal, por ser fieles a Cristo cumpliendo la Voluntad del Padre. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así hicieron con todos los santos que hoy están gozando en la gloria de Dios.

LAS IMPRECACIONES

(Lc. 6, 24-26)

“Pero ¡ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo!”

Pero ¡ay de vosotros, los que habéis puesto vuestro corazón en las riquezas temporales y no habéis buscado las riquezas eternas!

¡Ay de vosotros, si os habéis hecho ricos a fuerza de afán y ahorro, cerrando los ojos para no ver las necesidades de los pobres que pasan a vuestro lado para no tenderles la mano!

¡Ay de los que se enriquecen despojando a otros de sus bienes!

¡Ay de los que despojan a la viuda, los huérfanos y desvalidos para enriquecerse con sus bienes!

¡Ay de los que se enriquecen con el trabajo de otros y no remunerar con justicia el trabajo de quienes les sirven!

¡Ay del rico que arrebató al pobre su sostén y no vuelve sus ojos ante el necesitado!

“¡Ay del que amontona lo ajeno y acrecienta sin cesar el peso de su deuda!

“¡Ay del que, codicioso, enriquece injustamente su casa y quiere poner muy alto su nido para escapar del infortunio!”

(Hab. 2, 6, 9)

¡Ay del que oprime al pobre y no procede con justicia ante él, apoyándose en el poder que puede comprar con su dinero!

¡Ay de los que ejercen una profesión para enriquecerse, con ella, no proceden con rectitud de conciencia poniendo su mirada en la “conveniencia”!

¡Ay de los profesionales que poniendo la mirada en los “honorarios”, cometen injusticia con el prójimo y desvían su corazón de Dios!

¡Ay de los que se aprovechan del mal de otros para enriquecer su casa!

¡Ay de los que se hacen ricos con la maldad, el pecado, propio o ajeno!

¡Ay del que pone su confianza en las riquezas materiales y no busca la protección de Dios! ¡Ay de los que usan la palabra de Dios para comerciar con ella!

“¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre!”

¡Ay de los que se sienten “hartos” con los bienes de este mundo y no sienten “hambre” de los bienes eternos, esos

vivirán hambrientos en la eternidad, donde no podrán llevar los bienes que les “hartaron” en este mundo!

¡Ay de los que teniendo demasiado no comparten lo que tienen con aquellos que carecen de lo necesario!

¡Ay de los que teniendo a su alcance las cosas de Dios, la gracia, no se “hartan” de ella y sienten “hambre” por las cosas del mundo!, esos padecerán hambre eternamente.

“¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!”

¡Ay de los que huyendo de los sufrimientos de esta vida hacen llorar a otros para ellos reír, porque gemirán y llorarán en la eternidad!

¡Ay de los que teniendo un poder temporal usan de él para hacer llorar a los demás!

¡Ay de los que se ríen de aquellos que gimen y lloran bajo el yugo opresor!

“¡Ay de los que en sus lechos maquinan la iniquidad, que se preparan a ejecutar en amaneciendo porque tienen en sus manos el poder!

“¡Ay de los que codician heredades y las roban; casas y se apoderan de ellas, y violan el derecho del dueño y el de la casa, el del amo y el de la heredad!” (Miq. 2, 1-3).

“Porque el poder os fue dado por el Señor, y la soberanía por el Altísimo, que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos.” (Sa. 6, 3).

“¡Ay cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros, porque así hicieron sus padres con los falsos profetas!”

¡Ay de los que callan la verdad y anuncian la mentira para estar de acuerdo con los hombres!

¡Ay de esos que, por estar bien con los hombres, desoyen la

voz de su conciencia para adaptarse a la “conveniencia”!

¡Ay de los que, conociendo la verdad, por ganarse el aprecio de los hombres, se acomodan a sus exigencias y violan la Ley de Dios!

¡Ay de los que oprimen a los humildes para estar bien con los poderosos!

¡Ay de los que, teniendo el deber de predicar la palabra de Dios acomodan esa “palabra” para estar de acuerdo con los hombres y ser apreciados por ellos!

¡Ay de los que encubren la verdad que conocen de Dios y se acomodan a la mentira del mundo para ganar el aprecio de los hombres!

¡Ay de los que, conociendo la verdad y las profecías de Dios predicán una paz basada en el equilibrio de intereses humanos para ganar el aprecio de los hombres!: *“¡Ay cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros, porque así hicieron sus padres con los falsos profetas!”* Son “falsos profetas” todos aquellos que predicán una paz basada en el equilibrio de intereses humanos, porque la verdadera paz no viene hasta que todos los hombres se vuelvan con sus corazones a Dios. La paz que nos vino a traer Cristo no es la paz de este mundo: *“No he venido a poner paz, sino espada”* (Mt. 10, 34). *“Yo he venido a echar fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que se encienda?...”*

“¿Pensáis que he venido a traer la paz a la tierra? Os digo que no, sino la disensión.” Lc. 12, 49-51)

REPRENSIÓN DE LOS FARISEOS

(Lc. 16, 14-17)

“Oían estas cosas los fariseos, que son avaros, y se mofaban de El. Y El les dijo: Vosotros pretendéis pasar por justos

ante los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es para los hombres estimable, es abominable ante Dios.”

Todos los que se escandalizan por estas cosas y desprecian la palabra de Dios, es porque son como los fariseos, “avaros”, y no pueden concebir en sus corazones llenos de avaricia la pureza de las cosas de Dios. Esos pretenden pasar por justos ante los hombres, pero en sus corazones viven ofendiendo a Dios; porque lo que es estimable para ellos, es abominable ante Dios.

Las personas que por *ignorancia* y no por “*endurecimiento*” hayan caído en estos errores, reconocerán con humildad su error y Dios les dará la gracia para corregirlo. Es precisamente lo que desea el Señor de cada alma: que reconozca su pecado y confíe en Dios para que El pueda derramar sobre cada uno Su Misericordia antes de venir Su Justicia.

“La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde entonces se anuncia el reino de Dios, y cada cual ha de esforzarse por entrar en él. Pero más -fácil es que pasen el cielo y la tierra que el faltar un solo ápice de la Ley.”

Esa clase de espíritus – los hombres que aceptan estos espíritus – no han faltado en este mundo, interpretan la Ley de acuerdo a como les conviene y no practican la pureza de esa Ley que predicán. Y lo mismo que hicieron aquellos con la Ley y los profetas, hacen éstos con el Evangelio. Se cuidan de vivir cómodamente gozando de los reinos de este mundo y no se “esfuerzan” por entrar en el reino de Dios. Pero todos los intentos de los hombres en cooperación con el “príncipe de este mundo”, Satanás, para perpetuar su reino, serán vanos y sólo irán en perjuicio de ellos mismos, pues más fácil es que pasen el cielo y la tierra que el faltar un solo ápice de la Ley. Porque, sí habrá almas que cumplan la pureza de esa Ley, el Evangelio del Señor, y entonces vendrá Su reino y se manifes-

tará en el mundo Su Justicia.

MISIÓN DE JESÚS CON RESPECTO

A LA LEY ANTIGUA

(Mt. 5, 17-20)

“No penséis que he venido a abrogar la Ley o los Profetas; no he venido a abrogarla, sino a consumarla. Porque en verdad os 'digo que antes pasarán el cielo y la tierra que falte una jota o una tilde de la Ley hasta que toda se cumpla.”

Es un error pensar que Cristo vino a liberarnos del cumplimiento de la Ley; sus palabras son bien claras: *“antes pasarán el cielo y la tierra que falte una jota o tilde de la Ley hasta que toda se cumpla”*.

Tampoco pensemos que esa liberación significa dar libertad a la carne, “el hombre viejo”, como pensaban los antiguos que esperaban un Mesías revestido del poder temporal, que los libraría del yugo romano y también del “peso” de la Ley. Jesús vino a liberarnos del espíritu de esclavitud: es el pecado ese espíritu de esclavitud y es él quien nos hace “pesada” la Ley. Esa liberación la encontraremos en el cumplimiento de la Ley misma, y esa liberación *total* no podrá ser una realidad hasta que no la cumplamos *toda*, pues, no basta cumplir con una parte del Evangelio – este es el cumplimiento de la Ley –, debemos *vivirlo* todo, cumpliéndolo para alcanzar la libertad de los hijos de Dios. Entonces no estaremos “sujetos” a la Ley, porque Dios es Espíritu y donde está el Espíritu de Dios, quien nos llevará a esa vivencia del Evangelio, está la libertad. Es ésta la libertad cristiana de que habla San Pablo, pues no se es cristiano por el bautismo solamente, sino por la identificación con la vida de Cristo. El que no vive su bautismo deja de ser cristiano. No es el bautismo lo que suple la Ley, sino la Caridad, porque la Caridad es el *actuar* de Dios; pero si no

dejamos “actuar” al Espíritu Santo en nosotros, no tenemos caridad, por tanto, estamos sujetos a la Ley. Lo que nos “sujeta” no es la Ley, sino la “carne”, el apego a nosotros mismos, que nos hace imposible el cumplimiento de la Ley y por esto decimos que nos “sujeta” la Ley, porque al tenerla y no cumplirla nos sentimos culpables y ella misma testifica en nuestra conciencia contra nosotros, que somos transgresores.

A medida que las almas se van liberando en la tierra del espíritu de esclavitud, por el cumplimiento del Evangelio, que es “*entrar*” en Cristo – viviendo la vida que El vivió en la tierra – , se va liberando también toda la creación, aquellas criaturas que, como dice San Pablo: “*están sujetas a la vanidad no de grado, sino por razón de quien las sujeta*”. Y así como el Espíritu Santo ha venido a realizar esa liberación on las almas, vendrá también a realizarla en la creación entera. Pero no puede *manifestarse* Este hasta que las almas no hayan cumplido la parte que les corresponde; hasta que todos los “elegidos” hayan entrado en Cristo, el Hijo de Dios, no puede manifestarse en el mundo el Espíritu Santo.

Los últimos “elegidos” serán verdaderos santos en la tierra y entre ellos se “manifestará” el Espíritu Santo; como se “manifestará” entre los inicuos “el hombre de iniquidad”, que será la persona de Satanás, oí Anticristo.

“Si, pues, alguno descuidase uno de esos preceptos menores y enseñare así a los hombres, será tenido por el menor en el reino de los cielos; pero el que practicare y enseñare, este será tenido por grande en el reino de los cielos. Porque os digo que, si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”

Si, pues, alguno descuidase uno de esos preceptos, así sea el más pequeño, y enseñare a los demás diciendo que por ser pequeño no tiene importancia, Dios le tomará en cuenta esto el día del juicio. Pero el que practique todo el Evangelio enseñan-

do con su ejemplo, palabras y obras, que esa es la vida verdadera, ése será grande en el reino de los cielos.

Pero no es tampoco una excusa que aceptará Dios decir que no hemos cumplido el Evangelio porque no se nos ha enseñado a cumplirlo: *“Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”*. Si los “maestros” que hemos tenido han sido como los escribas y fariseos, que dicen y no hacen, eso no nos da derecho a ser como ellos y salvarnos, pues cada uno tiene una conciencia y de acuerdo a ella debe obrar. Ya al ver lo “farisaico” del otro es un indicio de que Dios nos está llamando a una vida mejor, pues El no nos da a conocer las faltas del prójimo para que nos quedemos en la crítica, ni tampoco para que juzguemos nosotros, sino para que nos superemos en nuestra forma de vivir y también para que ayudemos, sobre todo con nuestra oración y sacrificio, por el ofrecimiento propio, a la superación del otro; puede ser que éste no tenga ninguna responsabilidad ante Dios y nosotros, habiendo visto el mal, sí la tenemos: *“Porque os digo que si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”*. Veamos, pues, qué es en cada caso lo justo y perfecto para nosotros de modo que superemos las obras de aquellos, es decir, lo que ellos consideran “justicia”, pues quizás para ellos es “justo” lo que hacen, porque Dios no les ha dado a conocer algo mejor y ellos ante Dios están “justificados”, pues Dios no pide lo que no ha dado; pero nosotros debemos obrar según el conocimiento que hemos recibido, porque de acuerdo a éste será el juicio ante Dios.

DECLARACIÓN
DEL QUINTO PRECEPTO
(Mt. 5, 21-26)

“Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; el que matare será reo de juicio. Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio; el que le dijere “raca” será reo ante el Sanedrín y el que le dijere “loco” será reo de la gehenna del fuego.”

Creemos que si no hemos quitado la vida a una persona estamos libres de culpa contra el quinto mandamiento de la Ley; pues, no es así, lo dice el Señor: *“todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio”*. Si nuestra crítica proviene de un sentimiento de aversión por nuestros “hermanos” y con ella no buscamos dar un ejemplo o una lección, sino destruir la honra de esa persona estamos pecando contra el quinto mandamiento, porque hemos sido movidos por una intención que no es pura y somos reos de juicio; estamos contribuyendo a la muerte de esa honra que no nos corresponde a nosotros tocar: *“el que le dijere “roca” será reo ante el Sanedrín”*. Si aceptamos ese sentimiento de odio contra nuestros “hermanos”, estamos aceptando la acción del espíritu del mal y hemos pecado contra Dios. Y si lanzamos injurias contra ellos, juzgándoles según nuestro parecer, somos reos de la gehenna de fuego, si no nos arrepentimos de las injurias que les hemos hecho, pues el pecado es mortal: *“y el que dijere 'loco' será reo de la gehenna de luego”*.

“Si vas, pues, a presentar tu ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda,”

“Si vas, pues, a presentar tu ofrenda ante el altar...” Cuando vayamos a presentar nuestras oraciones a Dios, si nos acordamos de que alguien tiene algo contra nosotros, oremos primero por ése, pidiendo perdón por él a Dios: *“Padre, perdónale porque no sabe lo que hace”*. Fijémosnos bien que el Señor dice: *“y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo*

contra ti”; puede ser que tú no tengas nada contra él, pero basta que sepamos que él tiene algo contra nosotros para que estemos *obligados*, ante Dios, a interceder por él, como lo hizo Cristo por cada uno de nosotros; entonces nuestra ofrenda será pura y grata a Dios.

“Muéstrate conciliador con tu adversario mientras vas con él por el camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas puesto en prisión. Que en verdad te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último centavo.”

Mientras vamos por el camino de esta vida debemos mostrarnos conciliadores con nuestros adversarios, aunque se trate de nuestro peor enemigo, comportándonos con él como Cristo se comportó con todos los hombres, no sea que nuestras obras den motivo a Dios para permitir *por justicia* al “enemigo”, espíritu del mal, que nos tienta y seamos puestos en la prisión del pecado. Entonces nuestra deuda se hará mayor y tendremos que pagar cuanto hemos hecho, por no habernos comportado como cristianos, sino como su contrario: *“Que en verdad te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último centavo”*. No saldremos de la tentación del enemigo, espíritu del mal, hasta que no hayamos pagado a la justicia divina todo cuanto ésta exige para nuestra liberación del tentador.

DECLARACIÓN DEL SEXTO PRECEPTO

(Mt. 5, 27-28)

“Habéis oído que fue dicho: No adulterarás. Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón.”

De la impureza del corazón nacen estos pecados, porque si el corazón es puro, pura será nuestra mirada.

¿No entra por los ojos esa impureza al corazón? No; la impureza entra por los ojos y oídos, etc., a la mente, esos pensamientos impuros cuando son aceptados llegan al corazón y en él se asientan y se convierten en obras, si el corazón es puro, puras serán también las obras.

“Todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón”. Es en el “deseo” aceptado donde está el pecado, no en la mirada; si el corazón es puro será pura también la mirada, pero si el corazón no es puro la mirada no puede ser pura y será tinieblas para el cuerpo. Una cosa es el “deseo” y otra cosa el “apetito” desordenado; el hombre no tiene culpa de ese desorden de sus apetitos, pero el desear aquello que apetece su cuerpo depende de su voluntad, él puede satisfacerlo o negarlo.

LA LUZ DE CRISTO, LUZ DEL ALMA

(Lc. 11, 34)

“La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si; pues, tu ojo estuviera sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviera enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas, pues si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿qué tales serán las tinieblas?”

Como decimos antes, la “tiniebla” la produce la impureza del corazón, esta impureza entra al corazón por la mente, los pensamientos impuros aceptados, y esos pensamientos pueden entrar a la mente por la mirada. Cuidemos, pues, nuestra mirada para no dar lugar a pensamientos impuros, y cuidemos más aún nuestra mente no aceptando esos pensamientos que pueden manchar el corazón para que nuestros ojos sean luz y no tinieblas para nuestro cuerpo. Porque no es lo que está afuera lo malo, sino lo que reside dentro de nosotros, y mientras no seamos liberados *totalmente* de las consecuencias

del pecado original, no podemos estar exentos de esa impureza del corazón que mancha todas las cosas. Sólo cuando el alma es dirigida *totalmente* por el Espíritu Santo puede ver todas las cosas sin contaminarse, porque sus ojos serán siempre luz para su cuerpo, pues todo lo mira en Cristo, la perfecta pureza.

“Si, pues, tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti, porque mejor te es que perezca uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Y si tu mano derecha te escandaliza, ¿córtatela, y arrójala de ti, porque mejor te es que uno de tus miembros perezca que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna.” (Mt. 5, 29-30)

Si tal es la condición de tu ojo, ¿de qué te vale tenerlos?, estarías mejor sin ellos; ¿ya no es bastante con las tinieblas que tenemos adentro para que por nuestra mirada se haga más tenebroso nuestro cuerpo? Si tal es la condición de nuestros ojos, mejor es que empecemos a mortificar la mirada, viviendo como ciegos y así podamos purificar nuestra mente y corazón. Lo mismo hemos de hacer con el oído, el olfato y cualquier otro sentido que provoque en nosotros un apetito desordenado, pues más vale prescindir de esos miembros de nuestro cuerpo *voluntariamente*, viviendo como si no los tuviéramos mientras estamos viviendo en el “tiempo”, haciendo penitencia para salvar el alma y no que todo, nuestro cuerpo con el alma sea arrojado al “fuego eterno”. Salvando el alma estaremos también salvando el cuerpo, que nos será devuelto glorioso y perfecto en la resurrección.

Los miembros del cuerpo que han sido puestos al servicio del pecado, instrumentos al servicio de la iniquidad, no pueden participar en la resurrección de los santos, si no nos arrepentimos del pecado, porque formarán parte del “cuerpo de iniquidad”, “cuerpo” formado por “miembros” separados del “Cuerpo Místico” de Cristo. Pongamos, pues, los miembros de nuestro cuerpo al servicio de la Justicia si queremos participar

en la resurrección de los santos. Aunque los miembros de nuestro cuerpo hayan servido al pecado, mientras la Misericordia de Dios está actuando en el mundo, tenemos tiempo para reparar nuestras faltas poniendo esos miembros al servicio de la Justicia, “entrando” en Cristo seremos injertados en El.

LA CUESTIÓN DEL DIVORCIO

(Mc. 10, 2-12)

“Llegándose unos fariseos, le preguntaron, tentándole, si es lícito al marido repudiar a la mujer. El respondió y les dijo: ¿Qué os ha mandado Moisés? Contestaron ellos: Moisés manda escribir el libelo de repudio y despedirla. Díjoles Jesús: Por la dureza de vuestro corazón os dio Moisés esta ley, pero al principio de la creación los hizo Dios varón y hembra; por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y serán los dos una sola carne. De manera que no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Vueltos a casa, de nuevo le preguntaron sobre esto los discípulos; y les dijo: El que repudia a su mujer y se casa con otra, adultera contra aquélla, y si la mujer repudia al marido y se casa con otro, comete adulterio.”

“Al principio de la creación los hizo Dios varón y hembra; por esto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y serán los dos una sola carne”. El matrimonio quedaba realizado con la relación sexual, era una “ley natural” inquebrantable, el mismo Dios los unía: “De manera que no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios juntó no lo separe el hombre”

Después del pecado el hombre quebrantó esta “ley natural”; al perder la gracia de Dios, virtud del Espíritu Santo, se hizo animal, porque como animal procedía, volvió a su vida primitiva. Por la dureza de sus corazones, Moisés al darles la Ley aceptó el libelo de repudio, y esto para que, por la obe-

diencia a esa ley se fueran purificando (acercándose a Dios por la obediencia). Tampoco en esto procedieron los hombres con pureza de intención, repudiando sin motivo justificado, cayendo así en la desobediencia.

Después, *los Apóstoles*, haciendo uso del poder que les confirió el Señor, “encerraron” el matrimonio en sacramento para que de este modo se fuera purificando la unión por la “obediencia” mediante el sacramento que les daría la gracia para alcanzar esa purificación. “*Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desalares en la tierra será desatado en los cielos*” (Mt. 16, 19).

“*Lo que Dios juntó no lo separe el hombre*”. Pero tampoco en esto los hombres han correspondido, ellos han traspasado esta “ley sacramental” no sólo con el divorcio, que es legalizar el pecado, aceptando legalmente el adulterio, sino pretendiendo engañar a Dios y a los hombres no aceptando el divorcio, pero *cometiendo el pecado*; malo es lo uno, peor lo otro *por sus consecuencias*. NI LO UNO NI LO OTRO SE DEBE HACER, pues el que rechaza a su mujer y se une con otra, adultera contra aquélla, y si la mujer rechaza a su marido y se une con otro, comete adulterio, y el que se une con la repudiada comete también adulterio, aunque él sea libre. Porque no está en lo externo – lo que i ven los hombres – el pecado, sino en lo íntimo, en aquello que ve Dios y el alma. A quien se ofende es a Dios con perjuicio para la, propia alma, no es a los hombres.

Cuidémonos, pues, de no cometer ninguna acción que sabemos no está de acuerdo con la Voluntad de Dios, aunque esté de acuerdo con el parecer de los hombres.

No olvidemos que el matrimonio es una “vocación santa”, un estado de purificación y santificación que debe llevar al hombre y a la mujer a esa realidad espiritual de la cual el

matrimonio es imagen: la identificación del alma con el Espíritu; hombre y mujer están representando el Espíritu y el alma. Esta imagen se nos presenta *perfectamente acabada* en las relaciones de Cristo y su genuina Iglesia, como dice San Pablo a los efesios: *“Las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia y salvador de su cuerpo. Y como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus maridos en todo. Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola, mediante el lavado del agua, con la palabra, a fin de presentársela a sí gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable. Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. “Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne”. Gran misterio es éste, pero entendido de Cristo y de la Iglesia”*. Quiere decir, entendido así, en esa unión de ambos, hombre y mujer, en el mismo Espíritu, como lo están Cristo y su Iglesia, esto es: Cristo y las almas que se han identificado con el Espíritu Santo, y que han sido confirmadas en El, la Iglesia triunfante.

La iglesia militante representa a las almas que están en el período de elección del espíritu, en lucha con el espíritu del mundo a quien están sometidas no de grado, sino por razón del pecado-original; y serán totalmente liberadas al morir a sí mismas en Cristo-Jesús para resucitar con El, recibiendo el Espíritu de Santidad. Esa “muerte en Cristo” no se realiza hasta que no renunciemos a la propia voluntad para cumplir la Voluntad del Padre, que está en los cielos. Ha sido el voto de castidad vivido con pureza, inaugurado por María, el holocausto-

to aceptado por la Justicia Divina para “purificar” esa “unión” del hombre y la mujer. “*Al principio de la creación los hizo Dios varón y hembra*”, dándoles este mandato, “*creced y multiplicaos...*” Y cuando llegue la “consumación de los tiempos” han de volver las cosas a su principio, como debían ser antes del pecado, para que se cumpla toda justicia. Esto sucederá cuando todo sea purificado en aquellos que formarán la Iglesia triunfante *en la tierra*, ¿A qué generación le tocará ver este “Paraíso” o “Jardín de Edén”? Sólo Dios lo sabe. Pero a cada alma corresponde *desde ahora* cooperar con su aporte efectivo, viviendo con pureza de corazón y rectitud de conciencia, para que esa purificación sea pronto una realidad. Lo demás corresponde a Dios. Especialmente los matrimonios deben vivir con pureza y en presencia de Dios su vida conyugal para que puedan engendrar hijos de acuerdo a la Voluntad de Dios, y pueda venir una generación más pura en el espíritu y la carne. Esta debe ser la “preparación” de los esposos antes de cada acto, y el sentir de toda su vida:

“Henos aquí, ¡Oh Padre!, te ofrecemos “nuestro cuerpo”, alma, sangre y libertad en el Cuerpo, Alma, Sangre y Divinidad de tu Hijo para que El realice en nosotros Tu Voluntad.”

En el cielo o en la tierra, todos los que hayamos cooperado de una forma o de otra a esta “purificación” del género humano, cumpliendo la Voluntad de Dios, gozaremos de sus efectos, pues ésta será la *manifestación* del reino de Dios en la tierra.

“También se ha dicho: El que repudiare a su mujer déla libelo de repudio. Pero yo os digo que quien repudia a su mujer – excepto el caso de fornicación – la expone al adulterio y el que se casa con la repudiada comete adulterio.” (Mt. 5, 31-32)

El que repudia o rechaza a su mujer o viceversa, la expone al adulterio porque buscará en otro lo que no encuentra en su

marido, haciéndose éste cómplice del pecado de la mujer, o viceversa, excepto en el caso de que él deje a la mujer o la mujer deje al marido por adulterio, sin causa alguna de parte del otro, entonces el otro no será cómplice de su pecado. Y el que tiene “relaciones” con hombre o mujer ajena, ése comete adulterio aunque él sea libre. Así como el matrimonio es imagen, de esa identificación del alma con el Espíritu Santo, el adulterio – violación de la fe conyugal – es un pecado que representa la oposición del alma a la acción del Espíritu Santo para aliarse con su contrario, el espíritu de iniquidad. Y de esto dice también San Pablo: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo quiera Dios! ¿No sabéis que quien se allega a una meretriz se hace un cuerpo con ella? Porque serán dos, dice, en una carne. Pero el que se allega al Señor se hace un espíritu con El. Huid la fornicación. Cualquier pecado que cometa un hombre, fuera de su cuerpo queda; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo”.

Los que han “fornicado”, “allegándose” a meretrices sin haber conocido antes al Espíritu del Señor, que no han tenido una “*experiencia*” de esa acción del Espíritu en sus almas, no han cometido “adulterio” en este sentido que dice San Pablo y no podemos decir de ellos que se han hecho un solo cuerpo con aquel espíritu que está representado en la “meretriz”, estos hombres conociendo ahora el Espíritu del Señor se allegan a El como “vírgenes” al Esposo, a quien deben permanecer en lo adelante fieles en su presencia, para ser confirmados en ese Espíritu de Santidad. San Pablo estaba hablando a los corintios que habían recibido ya las primicias del Espíritu y esto no

simplemente como miembros de la iglesia por el bautismo, sino que “habían gustado el Espíritu del Señor” en sus almas, habían tenido la “experiencia” de la acción del Espíritu.

“Venid y entendámonos, dice Yahvé: Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca” (Is. 1, 18).

“Por esto os digo: Todo pecado les será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (Mt. 12, 31).

DECLARACIÓN DEL SEGUNDO PRECEPTO (Mt. 5, 33-37)

“También habéis oído que se dijo a los antigües: No perjurarás, antes cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera: Ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, pues es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jures tampoco, porque no está en ti volver uno de tus cabellos blanco o negro. Sea vuestra palabra sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto de mal procede.”

No debemos jurar por nada ni para convencer a nadie, ni para prometer el cumplimiento de algo. Lo dice bien claro el Señor: *“Sea vuestra palabra sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto de mal procede”*.

Que tu “sí” y tu “no” tengan la fuerza de la verdad que vives para que los otros te crean. Y tú, cree también la palabra de los otros, sin ponerte a hacer suposiciones por tu cuenta contrarias o añadidas, porque eso también “de mal procede”. Si eres engañado, aquél y no tú tendrá que dar cuenta a Dios de su

falsedad, pero si tú con tus suposiciones te engañas, aquél queda justificado y tú tendrás que dar cuenta de tu juicio temerario.

Tampoco hagas ninguna clase de promesas a Dios ni a los hombres. Ni a Dios porque no está en ti cumplir lo que prometes, porque es El dueño de tu vida y sin su gracia nada bueno puedes hacer. A El debes darle lo único que te pertenece *en cada acto*: tu libertad. Ni a los hombres porque no puedes disponer de ti ni de tus actos si estás dispuesto a entregar tu libertad a Dios.

No hagas tampoco a Dios ninguna clase de votos, eso sería atarle las manos; ni de tu cuerpo, pues ése es Su templo y de él sólo debe disponer Aquel que lo habita. Ni de tus actos, pues es Dios quien debe regirlos de acuerdo a Su Voluntad. Ni por día, hi mucho menos por perpetuidad debes atarle a Dios las manos haciendo voto. Esto sería disponer de la libertad que le has entregado.

¿Es que los santos que hicieron “votos” de obediencia, pobreza y castidad, no hicieron bien? Sí, ellos estaban cumpliendo la Voluntad de Dios, de lo contrario no serian santos. Es que Dios no nos quita nada sin nuestro consentimiento, aunque sea para nuestra salvación: Si el alma está inclinada a actuar *por su cuenta* y no se rige *por conciencia*, como Dios necesita su *obediencia* se lo da a conocer y el alma lo acepta o lo rechaza, esa aceptación es lo que se ha llamado “voto”. Dios la manda a someterse a sus superiores, para que éstos puedan formar su conciencia y pueda así escuchar la “voz” de Dios. Así esa alma obedeciendo a sus superiores está obedeciendo a Dios por medio de estos; pero estos no deben apropiarse de la libertad del alma, sino formar su conciencia para que ella, una vez libre de sí misma, obedezca a Dios directamente. Del mismo modo sucede con los votos de pobreza y castidad: Si Dios quiere que el alma se desprenda de todas las cosas, porque

está apegada a ellas, se lo da a conocer y esa aceptación es el voto de pobreza. En la “pobreza” vivida con espíritu está encerrado todo lo demás, pues ella es la donación total, y de aquellos que la viven con perfección es el reino de los cielos.

Como hemos dicho antes, Dios al crear al hombre y a la mujer les dio este mandato: “*Creced y multiplicaos...*” El “pecado” se ensañó en lo más sublime que Dios daba al ser humano al darles la participación divina : La cooperación con El en la creación de aquellos seres que llevarían Su imagen. El hombre, habiendo aceptado la tentación en los albores de su “vida divina” se desvió de los planes de su Creador, al tomar una posición “horizontal”, voluntad dirigida hacia la criatura, aceptando la intervención del espíritu del mal. Para purificar esas relaciones “procreativas” del *hombre y la mujer con Dios* (posición vertical, voluntad dirigida hacia el Creador) la Justicia Divina ha necesitado un “sacrificio”, holocausto en aquello donde se ensañó el pecado, he ahí el voto de castidad; el valor de éste está en que la voluntad de la criatura – hombre o mujer – se dirige por amor hacia el Creador, renunciando a la criatura. Pero el alma una vez que ha aceptado lo que Dios le ha pedido no debe “apegarse” a eso, pensando que está atada perpetuamente por una promesa que ella debe cumplir, porque entonces aquello que debe ser una entrega libre y continua, fruto del amor para unir más al alma con su Creador, se convierte en “lazo” que usará el “enemigo” para tentarla y separarla de Dios poniendo la mirada en lo que *ha dado* y no en el Creador.

Esa “entrega” debe ser libre y renovada en cada momento de acuerdo a la Voluntad de Dios, lo mismo que se ha dicho antes del acto conyugal:

“Heme aquí, ¡oh Padre!, te ofrezco mi cuerpo, alma, sangre y libertad, en el Cuerpo, Alma, Sangre y Divinidad de tu Hijo, Jesucristo, para que El realice en mí tu santísima Voluntad.”

Es Dios y no el alma quien debe marcar el tiempo y la forma

de su “sacrificio”, que será una misa vivida íntimamente en el templo de su cuerpo y el altar de su corazón, siendo ella misma la materia (pan y vino) que se ofrece a la Justicia Divina de forma que pueda Cristo decir de ella: *“Este es mi cuerpo..., ésta es mi sangre...”*

Al alma le corresponde sólo “vigilar y orar” *constantemente* para no perder la presencia de Dios y que no caiga en la tentación, para poder conocer siempre cuál es la Voluntad de su Señor. No *caer* en tentación no quiere decir que no tenga tentaciones, esas tentaciones no pueden faltar, mientras no se haya cumplido “toda justicia”, porque es ahí donde está el precio exigido por la Justicia Divina para vencer al “tentador” y rescatar el “fruto”, semilla de procreación.

Todo esto parecerá una ilusión imposible de practicar a esas almas que no se han dejado todavía “moldear” por la gracia, sometándose *constantemente* a su fuerza regeneradora, pues solamente en ese *sometimiento constante* a la Voluntad Divina, se puede gustar los efectos que produce la gracia; es como vivir un “milagro” continuo; es como mirar la mano de Dios “creando” siempre en nosotros, moldeando en nosotros la imagen de Su Hijo para darnos también Su “semejanza” en el actuar, movidos por su mismo Espíritu.

LA GUARDA DE LA CONTINENCIA

(Mt. 19, 11-12)

“No todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado. Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda.”

No todos han entendido ni entenderán esto, sino aquellos a quienes Dios ha dado la gracia para vivirlo y la luz para

entender la pureza de sus cosas. Porque hay quienes guardan “castidad”, son “pobres” y “obedecen” porque no pueden hacer otra cosa; esos son como aquellos que dice el Señor: “nacieron así del vientre de su madre”, en ellos no hay mérito.

“Y hay eunucos que fueron hechos por los hombres”. Esos (nos referimos aquí a los “votos”) se han visto “obligados”, en cierta forma, a hacerlo y llevan esos “votos” como una carga, un yugo oriente. Su mérito es relativo: Si lo soportan por “conveniencia” terminarán en el “endurecimiento”; esa “conveniencia” puede tener muchos aspectos y parecer a veces una “conveniencia buena”, ser “santos”, dar un ejemplo, etc. Estos caerán en la soberbia espiritual: “yo soy”, “yo hago”, “yo me mantengo...” y no tendrán ocasión de “gustar” la fuerza regeneradora de la gracia que se apoya en su *debilidad* y los levanta; sacando la fortaleza de ellos mismos, “mi voluntad”, no dejan actuar a la gracia. Si llevan la “carga” por fidelidad, para no quebrantar una promesa hecha a Dios, procediendo por conciencia, su mérito es grande y el mismo Señor, dándoles la libertad de espíritu de los hijos de Dios, romperá *“las coyundas de su yugo”* – liberándoles totalmente de ese espíritu de esclavitud que les hace sentir pesada la carga –, estos entrarán con aquellos que *“a sí mismos se han hecho tales por amor al reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda”*, dice el Señor.

DECLARACIÓN DE LA PENA DEL TALIÓN

(Mt. 5, 38-42)

“Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra; y al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto, y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos. Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pide algo prestado.”

“No resistáis al mal”; no te opongas a recibir los males que te vienen o te hagan los hombres, pues esos males son permitidos por Dios para tu bien y tú debes aceptarlos como venidos de Su voluntad, si es que no has dado motivo para ello, porque si tú has dado motivo entonces son permitidos por Dios por *tu voluntad*, una razón más para aceptarlos, por haber usado mal tu libertad. Y no solamente no debes oponerte, sino que debes recibirlos con alegría y generosidad, pues esos “males” realizan una misión purificadora que será una realidad gozosa para ti si cooperas con ello mirándolos en Dios. Y, además, tratándose de la Voluntad de Dios, a quien amas, ¿no debe ser así?

“Si alguien te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra”. Esto parece difícil de practicar, la verdad que es imposible sin la gracia, ofrecerse a aquellos que nos hacen sufrir, pero será una alegría gozosa ofrecer la otra mejilla, para el alma que ha dejado que en ella reme Dios, porque sabe que aquel sufrimiento es el camino de su propia redención.

“Y a quien quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manió, y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos”. Todo esto es más fácil de lo que se piensa para el alma que se ha “establecido” en la Voluntad de Dios, y ciertamente supone para ella un gran gozo porque en ella domina el amor; el amor no regatea, es generoso, se da todo y siempre parece poco. Esto entra en el “espíritu de pobreza” y sólo es realizable con el único “voto”: La negación de sí mismo, renuncia de la libertad.

“Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pide algo prestado.”

Si el alma se ha “establecido” en la Voluntad de Dios y no la propia ni la de otro esto lo cumplirá como consecuencia.

EL AMOR A LOS ENEMIGOS

(Mt, 5, 43-48)

“Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos.”

¿Cómo amaremos *de verdad* a nuestros enemigos y oraremos *de corazón* por los que nos persiguen? No olvidando que sólo hay un “enemigo” de todos: Satanás, que es la oposición al Amor; y que es él quien pone a las almas unas contra otras para que, aceptando el odio y la discordia, que le son propias, se aparten de Dios dando lugar a la Justicia Divina para que le permita tentarlas en otra forma también.

Las almas pertenecen a Dios, fueron creadas por El a Su imagen para recibir también de El Su semejanza en el modo de obrar, “movidas” por el Amor, su Espíritu Santo; si amamos a Dios sobre todas las cosas amaremos también las almas y no querremos que vayan a manos del “enemigo”, aceptando su “movimiento” de odio y rencor, entonces haremos *todo* lo que podamos para liberar a esas almas, nuestras hermanas, que han caído en la tentación recibiendo el veneno del odio, haciéndose nuestro enemigo y perseguidor, engañados por Satanás para que sirvan de instrumentos suyos y no de Dios. Esa “liberación” la alcanzaremos con el amor y la oración, el ofrecimiento propio: Orando y ofreciéndonos por ellos al Redentor para alcanzar su redención como El la alcanzó por nosotros. Entonces seremos “hijos de Dios”, porque nos identificaremos *en nuestras obras* con Su Hijo.

“Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente i/vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen

esto también los gentiles? Sed, pues, perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial.”

Pues si amamos solamente a los que nos aman, ¿qué diferencia hay en nuestra vida y los demás? ¿qué recompensa tendremos? ¿No hacen eso también los que viven del espíritu del mundo y todavía no conocen a Dios? Y si perdonamos y oramos solamente por los que se comportan como nosotros, ¿qué hacemos de más? ¿No son aquellos que están en peligro de perderse, porque obran influenciados por la acción del Mal, los que más necesitan de nuestras oraciones y de nuestro amor? Así como Dios hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos, hagamos que nuestro amor sea el fuego que derrita la dureza de sus corazones y nuestras oraciones y sacrificio hagan descender hasta ellos la lluvia de la gracia, que lave sus rencores.

“Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial”. El Señor nos invita a no quedarnos en la mediocridad, sino a ser perfectos, como perfecto es nuestro Padre celestial, de quien procedemos. Para que alcancemos esa “perfección” el Hijo de Dios se hizo hombre, introduciéndose en “el tiempo” para darnos además de la Redención un ejemplo de vida; vivamos, pues, ayudados por Su gracia, la vida que El vivió en este mundo, cumpliendo la Voluntad del Padre; en el cumplimiento de Su Voluntad encontraremos todo lo demás. Entonces amaremos y perdonaremos a nuestros amigos y a nuestros enemigos y perseguidores, atrayéndolos hacia el Padre y sentiremos el gozo de un verdadero hijo de Dios, que se regocija por el hermano que vuelve a la casa del Padre.

CAPITULO III

ALGUNAS PARÁBOLAS

EL HIJO PRODIGO

(Lc. 15,-11-32)

“Un hombre tenía dos hijos, y dijo el más joven de ellos al padre: Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde. Les dividió la hacienda, y pasados pocos días, el más joven, reuniéndolo todo, partió a una tierra lejana, y allí disipó toda hacienda viviendo disolutamente. Después de haberlo gastado todo sobrevino una fuerte hambre en aquella tierra, y comenzó sentir necesidad. Fue y se puso a servir a un ciudadano de aquella tierra, que le mandó a sus campos a apacentar puercos. Deseaba llenar su estómago de las algarrobas que comían los puercos, y no le era dado. Volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! Me levantar e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no :oy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, se vino a su padre.”

Muchas veces Dios permite que las almas se vayan de “Su lado” porque sabe que después de la “prueba” vendrán más humildes y no volverán a dejarle.

El “hijo pródigo”, “después de haberlo gastado todo” “comenzó a sentir necesidad”, así esas almas, después que pierden el contacto con Dios, pasado un tiempo, sienten necesidad, “hambre” de Dios, de su gracia, y nada les satisface, aunque ellas mismas no saben el motivo del “hambre” que padecen. Van probando todas las cosas del mundo buscando llenar ese vacío, pero como el hijo pródigo, con las algarrobas

que comían los puercos, aunque ellas den de comer al pecado a ellas no les es dado apacentarse con el pecado, porque es Dios quien las tiene a “prueba” y no permite que caigan totalmente en él. Cuando ya han sido suficientemente “probadas” Dios les da la gracia de “volver en sí” y entonces se dan cuenta de su error, de haber dejado la “casa paterna”, Dios, para andar tras las cosas del mundo y más humildes retornan a Dios, sin pretensiones de ser “grandes santos” aquí en la tierra, poseedores de muchas virtudes para ser alabados de los hombres y se conforman con ser el último de los esclavos del Señor: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, se vino a su padre”*.

“Cuando aún estaba lejos, viole el padre, y, compadecido, corrió a él y se arrojó a su cuello y le cubrió de besos. Díjole el hijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Pronto, traed la túnica más rica y vestídsela, poned un anillo en su mano y unas sandalias en sus pies, y traed un becerro bien cebado y motadlo, y comamos y alegrémonos, porque este mi hijo, que había muerto, ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado. Y se pusieron a celebrar la fiesta.”

La alegría y el amor del padre es tan grande que no espera que el hijo llegue a saludarle, es él quien sale primero a su encuentro: *“Corrió a él y se arrojó a su cuello y le cubrió de besos”*. Así, el Amor de Dios sale al encuentro del alma que se ha arrepentido de corazón de sus pecados, confesándoselos: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo...”* ¡Basta!, el padre no le deja terminar, es suficiente. Es lo que “necesita” Dios para perdonar a un alma y “cubrirlo” de nuevo con su gracia: Aquello que hizo el “hijo pródigo” con su padre: determinarse a “levantarse” y

volver a El: *“Levantándose, se vino a su padre”*; reconocer su pecado y confesarlo: *“He pecado contra el cielo y contra ti”*; y humildad, que es reconocer la verdad: *“Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”*. Entonces Dios comenzará a “vestir” con sus dones a aquella alma: *“Pronto, traed la túnica más rica y vestídsela”*; recibe las “vestiduras” de su bautismo, la gracia que había perdido; *“poned un anillo en su mano”*, la distingue como “hijo” de su Padre; *“y unas sandalias en sus pies”*; le da la gracia para que no camine fuera de “Sus términos”; *“y traed un becerro bien cebado y matadle, y comamos y alegrémonos, porque este mi hijo, que había muerto, ha vuelto a la vida”*; y le da a gustar su misma comida: *“Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió”*; y de su alegría participan todos los santos y ángeles del cielo, porque esa alma de la muerte pasó a la vida. El “pecado del mundo” en vez de darle muerte, ensoberbeciéndola, contribuyó por su *cooperación con Dios* para que fuese “vida”, *humillándose*. Hasta del “pecado del mundo” se puede sacar bien, si el alma no se “satisface” con el mal. Peor es el alma tibia *satisfecha*, no hay esa hendidura por donde pueda penetrar la gracia, la “necesidad” de otra cosa.

“El hijo mayor se hallaba en el campo, y cuando, de vuelta, se acercaba a la casa, oyó la música y los coros; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. El le dijo: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, porque le ha recobrado sano. El se enojó y no quería entrar; pero su padre salió y le llamó. El respondió y dijo a su padre: Hace ya tantos años que te sirvo sin jamás haber traspasado tus mandatos, y nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos, y al venir este hijo tuyo, que ha consumido su fortuna con meretrices, le matas un becerro cebado. El le dijo : Hijo, tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes tuyos son, mas era preciso hacer fiesta y alegrarse, porque este tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, se

había perdido y ha sido hallado.”

Pero hay almas como el hijo mayor, que amando más la fortuna del padre que al padre mismo, no participan de la alegría del padre por el retorno del hijo que “era perdido y ha sido hallado”.

“Hace ya tantos años que te sirvo sin jamás haber traspasado tus mandatos, y nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos”. Son esas almas que no pierden la gracia de Dios, pero no por amor a Dios, sino a la “gracia”, aman más el “don” que al “Dador”, por no perderse. Y cuando ven que Dios colma con sus gracias otra alma más pecadora, pero más humilde que ellas, reclaman a Dios diciendo como el hijo mayor: *“Hace ya tantos años que sirvo sin jamás haber traspasado tus mandatos”*; y pretenden los “dones” de Dios para hacerse notar de sus amigos; *“y nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos”*. Lo que les importa son los “dones”, no el Amor del Padre.

“Hijo, tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes tuyos son”; estas almas están siempre con Dios, porque no pierden “la gracia” y teniendo todos “Sus bienes” a su disposición consideran “asegurado” el reino de los cielos y no se preocupan de conocer los sentimientos y el Corazón del Padre, ellas, como el hijo mayor de la parábola se hallan siempre “en el campo”, cuidando los bienes del Padre, y no tienen tiempo para conversar con El y compenetrarse con su Amor, por eso no pueden comprender su alegría por el retorno del hijo que había perdido y ha sido hallado y les extraña, se “enojan”, cuando ven la “fiesta” que celebra el Padre con todos sus “criados” por el retorno de aquel hijo. *“El hijo mayor se hallaba en el campo, y cuando, de vuelta, se acercaba a la casa, ovó la música y los coros; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello... El se enojó y no quería entrar...”*

Cuídate, pues, de no imitar al hijo mayor para que puedas

conocer el Corazón de tu Padre, que está en los cielos. Y si no puedes todavía comportarte como el padre de la parábola saliendo al encuentro de los “hijos pródigos” que retornan a la casa paterna, confórmate más bien en ser como los criados que, obedeciendo a lo mandado por el padre festejaron con él el retorno del hijo; te aseguro que más gusto le dieron al padre los criados obedientes que el hijo envidioso y avaro de su fortuna.

LA CENSURA DE LOS FARISEOS

(Lc. 15, 1-2)

“Se acercaban a Él todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y escribas murmuraban, diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos.”(Lc. 15, 1-2)

Son los falsos cristianos los que se escandalizan cuando Dios se acerca a un pecador; por eso el alma que cumple la Voluntad de Dios no puede ser comprendida por esta clase de personas, pues ella, cumpliendo la orden de su Señor irá donde Él la mande y no donde parece bien a los hombres.

LA OVEJA PERDIDA

(Lc. 15, 3-7)

“Propúsoles esta parábola, diciendo: , ¿Quién habrá entre vosotros que, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto y vaya en busca de la perdida hasta que la halle? Y una vez hallada, la pone alegre sobre sus hombros, y vuelto a casa convoca a los amigos y vecinos, diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja perdida. Yo os digo que en el cielo será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia.”

Todas las parábolas del Señor encierran profundas enseñan-

zas, cada una distinta a la otra, El no dijo una sola palabra de más como se cree, cuando se piensa que el repetir en el Evangelio es una repetición de lo mismo.

El pastor dejó las noventa y nueve ovejas que estaban “en el desierto” para ir en busca de la oveja perdida. Seguramente esta “ovejita” tuvo “sed” y “hambre” por no haber “agua” ni “pasto” en “el desierto”, y buscando la “fuente” y la “hierba” se perdió. Y el pastor comprendiendo la “necesidad” de la oveja extraviada va en busca de ella y no se preocupa de las noventa y nueve que están *tranquilamente* en “el desierto” y no las mueve la “necesidad” de “comida” porque no sienten “hambre” ni “sed”.

Son esas almas tibias que se conforman con lo mínimo, una vida espiritual mediocre, y no teniendo esa “hambre” y “sed” de Dios no se esfuerzan con oración y penitencia (negación propia) para alcanzar algo mejor. Algunas por pereza espiritual: creen que ellas no necesitan hacer más para salvarse; otras porque piensan que esos son “camino peligrosos” y pueden extraviarse. No confían en el Amor del Pastor, que, conociendo sus ovejas no dejará que se pierda aquella ovejita que, teniendo hambre y sed de El, saliendo en busca de Sus cosas encontró al “enemigo” que la extravió. El irá en busca de esa oveja *“hasta que la halle, y una vez hallada, alegre la pondrá en sus hombros y vuelto a casa, convoca a los amigos y vecinos diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja perdida”*. Hará Dios fiesta con sus santos y con sus ángeles por esa alma que habiendo tenido “hambre” y “sed” de El no se conformó como las otras, “en el desierto” de una vida espiritual mediocre y expuso su vida para encontrarle.

Por esto dice el Señor: *“Yo os digo que en el cielo será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia”*. Esos “justos” “que no necesitan de penitencia” son aquellas almas que creen no necesitar más para salvarse que cumplir *a medias*

los mandamientos; o cumplir “lo que está mandado”. No es seguro que esas noventa y nueve estén con el Esposo el día de las bodas.

LA DRACMA PERDIDA

(Lc. 15, 8-10)

“O ¿qué mujer que tenga diez dracmas, si pierde una, no enciende la luz, barre la casa y busca cuidadosamente hasta hallarla? Y una vez hallada, convoca a las amigas y Vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido. Tal os digo que será la alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia.”

Si tanto nos afanamos por recuperar los bienes de este mundo cuando los perdemos, siendo esos bienes temporales, ¿cuánto más no debemos preocuparnos cuando vemos que nuestro corazón va disminuyendo el fuego del amor de Dios? Como la mujer de la parábola, que ha perdido la dracma, debemos encender la luz de nuestra fe por medio de la oración y olvido propio hasta ver arder en nuestro corazón esa llama del amor de Dios que había comenzado a apagarse. Entonces, abrasados en el amor de Dios, haremos como la mujer al hallar la dracma perdida: hablaremos de Dios a nuestros amigos y vecinos con el ardor y la alegría de los primeros días, cuando Le conocimos. *“Alegraos conmigo porque he hallado la dracma perdida. Tal os digo que será la alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia”*. Porque, sin duda alguna, “cuando el manantial no mana es porque hay algo que impide fluir el agua”, cuando el alma que está en “gracia de Dios” no siente dentro de ella esa fuerza del “agua viva” que la lleve a vivir más en el cielo que en la tierra, es porque ella ha puesto un impedimento; no es como dicen tantas almas religiosas que viven más en el mundo que en Dios, que ese fuego es fervor de

los “principiantes”, pero que “eso” pasa. El fuego del amor de Dios es “llama viva” que no se apaga ni disminuye, sino que arde más y más hasta “consumir” el alma y dejarla transformada en su misma luz. Lo que pasa es que en la vida espiritual no puede haber “vacaciones”, es un constante vigilar en la oración y la negación de sí mismo para que la luz sea siempre “llama viva” y no carbones en ceniza. Pues esas serán las lámparas que alumbrarán en el banquete de bodas del Esposo.

PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES

(Mt. 25, 1-13)

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco prudentes; las necias, al tomar las lámparas, no tomaron consigo aceite, mientras que las prudentes tomaron aceite en las alcuizas juntamente con sus lámparas.”

Cuando venga la “manifestación” del reino de Dios, las almas se encontrarán unas como las vírgenes prudentes y otras como las vírgenes necias. Necias serán aquellas que, teniendo las lámparas de la fe no se cuidaron de mantener esa /e “viva”, encendida, porque descuidaron proveerse del aceite del Amor, la oración. Mientras que las almas que han permanecido con su fe “viva”, porque alimentaron “su lámpara” con el amor, serán como las vírgenes prudentes, que estarán prontas para cuando llegue el Esposo.

“Como el esposo tardaba, se adormilaron todas y se durmieron. A la media noche se oyó un clamoreo: Ahí está el esposo, salid a su encuentro. Se despertaron entonces todas las vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Las necias dijeron, a las prudentes: Dadnos aceite del vuestro, porque se

nos apagan las lámparas. Pero las prudentes respondieron: No, porque podría ser que no bastase para nosotras y vosotras; id más bien a la tienda y compradlo. Pero mientras fueron a comprarlo llegó el esposo, y las que estaban prontas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. Llegaron más tarde las otras vírgenes, diciendo : Señor, señor, ábrenos. Pero él respondió: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues que no sabéis el día ni la hora.”

“Como el esposo tardaba se adormilaron y durmieron”; como tarda tanto la “manifestación” del reino de Dios porque el Esposo no llega, las almas van perdiendo la fe y ya se han olvidado del retorno del Señor. Pero El no dejará de cumplir su palabra y vendrá “a la media noche”, cuando todo parecerá oscuro y menos se espere se oirá “un clamoreo”: Ahí está el Esposo, salid a su encuentro. Entonces todas las almas “despertarán de su sueño” y en la luz de sus lámparas, la fe, verán al Esposo que ha sido anunciado. Las necias, por no tener el aceite del Amor, dejaron apagar las lámparas de su fe y no sabrán qué hacer, pues dudarán de la verdad y preguntarán a aquellas otras que tienen “viva” su fe por el Amor, pero entonces no habrá tiempo para dar explicaciones y el “Amor” no se podrá transmitir en esos momentos. Entonces irán las necias a preguntar a otros y mientras estén preguntando llegará el Esposo, cerrará “las puertas” y ellas se quedarán fuera. “*Pero mientras fueron a comprarlo llegó el esposo, y las que estaban prontas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta*”. Entrarán las almas que han permanecido en el Amor, confiando siempre en la palabra del Señor.

“*Llegaron más tarde las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero él respondió diciendo: En verdad os digo que no os conozco*”; porque han vivido al margen del Amor, que es su Espíritu, no se identificaron con El. “*Velad, pues que no sabéis el día ni la hora*”, dice el Señor.

PARÁBOLA DE LOS INVITADOS A LA BODA

(Mt. 22, 1-14)

“Tomó Jesús de nuevo la palabra y les habló en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que preparó el banquete de bodas a su hijo. Envió a sus criados a llamar a los invitados a las bodas, pero éstos no quisieron venir. De nuevo envió a otros siervos, ordenándoles: decid a los invitados: Mi comida está preparada; los becerros y cebones, muertos; todo está pronto; venid a las bodas. Pero ellos, desdeñosos, se fueron, quién a su campo, quién a su negocio. Otros, agarrando a los siervos, los ultrajaron y les dieron muerte. El rey, montando en cólera, envió sus ejércitos, hizo matar a aquellos asesinos y dio su ciudad a las llamas.”

“El reino de los cielos es semejante a un rey que preparó el banquete de bodas a su hijo”. El rey es el Padre, que preparó el banquete de bodas a su Hijo, Cristo, poniendo en sus manos todas las cosas, lo mismo las del cielo como las de la tierra; dándole por Esposa las almas, las cuales componen y se “unifican” en la Iglesia, formando un solo Cuerpo, por la identificación con el Espíritu del Esposo.

“Envió a sus criados a llamar a los invitados a las bodas, pero éstos no quisieron venir”. Vinieron los profetas anunciando el reino de Dios, pero “los invitados”, los judíos de entonces, no correspondieron a la llamada de Dios.

“De nuevo envió a otros siervos”; fueron enviados los apóstoles: *“Decid a los invitados: Mi comida está preparada; los becerros y cebones, muertos; todo está pronto, venid a las bodas”*: *“Mi comida está preparada”*, la Voluntad de mi Padre ha sido cumplida, Yo soy vuestra comida. *“Los becerros y cebones, muertos”*; he dado muerte al pecado, Yo soy vuestra comida para dar muerte al pecado en vosotros; *“todo está pronto”* para que lleguéis a la unión Conmigo; *“venid a las*

bodas". "Pero ellos, deslienosos, se fueron, quién a su campo, quien a su negocio". Estos otros "invitados", los "Gentiles", desdeñando la invitación a "las "bodas", unos se han puesto a trabajar "en el campo", descuidando la "invitación" que es a la *unión con el Esposo*, "las bodas". Otros hicieron de la "llamada" su negocio, despreciando la invitación del Esposo.

"Otros, agarrando a los siervos, los ultrajaron y les dieron muerte". Estos son los que dieron muerte a los profetas, apóstoles y discípulos del Señor; y son también los que han "ultrajado", de alguna forma, a todos aquellos que han venido con un mensaje del Esposo o de la Madre.

"El rey, montando en cólera, envió sus ejércitos, hizo matar a aquellos asesinos y dio su ciudad a las llamas". La cólera de Dios, que no es otra que su Justicia, enviará sus "ejércitos", ejecutores de su justicia, y hará matar a todos los que, de una forma o de otra, son "asesinos" de su palabra, y dará "su ciudad" a las llamas. Quien lea entienda.

"Después dijo a sus siervos: El banquete está dispuesto, pero los invitados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis llamadlos a las bodas. Salieron a los caminos los siervos y reunieron a cuantos encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas quedó llena de convidados. Entrando el rey para ver a los que estaban a la mesa, vio allí a un hombre que no llevaba traje de boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda? El enmudeció. Entonces el rey dijo a sus ministros: Atadle de pies y manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. Porque muchos son . los llamados y pocos los escogidos."

Después del castigo de aquellos "asesinos" y de la ciudad de ellos tendrá cumplimiento el banquete.

Los primeros invitados no fueron dignos, tampoco los

segundos, por no haberse identificado con la Voluntad del Padre que los quiere “identificados” con su Hijo.

“Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis llamadlos a las bodas. Calieron a los caminos los siervos y reunieron a cuantos encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas quedó llena de convidados”. Estos nuevos siervos tienen la orden de no hacer invitación especial, sino llamar a todos los que estén dispuestos a asistir al “banquete”, no importa si son “buenos” o “malos”, judíos o gentiles, si están bien dispuestos pueden “entrar”.

“Entrando el rey para ver a los que estaban a la mesa, vio allí a un hombre que no llevaba traje de boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda?” Ese creyó que con haber sido “llamado” era suficiente, no se cuidó de lo principal: la identificación con el Espíritu del Esposo; es el Amor, la Caridad del Padre quien te dará el “traje” de bodas, su misma Caridad. *“El enmudeció”*, no podrá decir nada, porque él mismo se dará cuenta que “desentona” su traje con el de aquellos otros que están a la mesa del banquete; éstos, seguramente no se habían dado cuenta que aquél no llevaba el mismo “traje” que ellos, pero a Dios no se le puede engañar, aunque se engañe a los que están con El. *“Entonces el rey dijo a sus ministros: Atadle de pies y manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes”*. Atados de pies y manos para que no engañen más a los “hijos de Dios”, así estarán todos los que quedarán en esas “tinieblas exteriores”, donde no habrá más que “llanto y crujir de dientes”, porque en ellos reinará el odio en lugar del Amor, por haber desechado a Este; mentira y engaño, en lugar de la Verdad, por haber permanecido en el error. Por eso aunque muchos son los “llamados” pocos son los “elegidos”, porque son elegidos sólo aquellos que se han identificado con el Amor y la Verdad del Padre.

PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS

(Mt. 21, 28-32)

“¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y llegándose al mayor, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar a la viña. El respondió: No quiero. Pero después se arrepintió y -fue. Y llegándose al segundo, le habló del mismo modo, y él respondió: Voy, señor; pero no -fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del Padre? Respondieronle: El primero. Díceles Jesús: En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os preceden en el reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros por el camino de la justicia, y no habéis creído en él, mientras que los publicanos y las meretrices creyeron en él. Pero vosotros, aun viendo esto, no os habéis al fin arrepentido, creyendo en él.”

No estemos creyendo que por conocer la palabra de Dios o su Voluntad y aceptarla, como el hijo menor de la parábola, haciéndole a Dios muchas promesas de cumplirla y no cumpliéndola, nos vamos a salvar. No es el que escucha a Dios y acepta Sus cosas quien entra en Su reino, sino aquel que cumple Su Voluntad. Quien escuche la palabra de Dios y no la cumpla, haciéndola vida, aunque predique muy bien y “salve” muchas almas va a recibir una gran sorpresa el día del juicio final cuando vea, como dice el Señor, que los “publicanos” – públicos pecadores – y las “meretrices” le preceden en el reino de los cielos. Porque esos “publicanos estando en el campo del “enemigo”, ocupados en los negocios del mundo, no se conformaron con “el mundo” y se convirtieron a Dios. Y esas “meretrices”, viviendo en el pecado, no se sintieron satisfechas con el amor de los hombres y buscaron el Amor de Dios; ellos, como el hijo mayor de la parábola, dijeron a Dios con sus obras: “No quiero”, pero al final se arrepintieron y haciendo penitencia fueron a El.

En cambio, muchos de los que viven ocupados en las cosas de Dios hallan más satisfacción en los “negocios” y cosas del

mundo y nunca llegan a identificarse con el Amor de Dios. Aquellos, estando ocupados en las cosas del “enemigo”, el reino de este mundo, guardaron su alma para Dios. Pero cuan triste es ver cómo los que estando al servicio de las cosas de Dios van vendiendo su alma al “enemigo”, por amor al reino de este mundo.

“En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os preceden en el reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros por el camino de la justicia y no habéis creído en él, mientras que los publicanos y las meretrices creyeron en él.”

Juan vino anunciando la “JUSTICIA” y se encontró con la “MISERICORDIA”:

“Ya él hacha está puesta a la raíz del árbol; todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.” (Lc. 3, 9)

“¿Eres tú el que viene o esperamos a otro?” (Lc. 7, 19; Mt. 11, 3)

Los que escuchando a Juan se convirtieron por *temor* a la Justicia encontraron al “AMOR” en la “MISERICORDIA”; pero los que habiendo vivido en el tiempo de la “MISERICORDIA” y no conocieron en esa “Misericordia” la Justicia del AMOR, porque no se arrepintieron de sus pecados ni hicieron penitencia, tendrán que sentir todo el rigor de la “JUSTICIA”.

¿Qué podemos decir después que el Padre nos ha dado a su Hijo y con El todo lo que necesitamos para salvarnos y entrar en su reino?

“Pero vosotros, aun viendo esto, no os habéis arrepentido, creyendo en él”. Si Jesús habló así a los que no creyeron en Juan, ¿qué les dirá el Padre a aquellos que no han creído en su Hijo, que dio la vida por todos? “*Creer*” en el Hijo de Dios y “*arrepentirse*” no es haber recibido el bautismo, ni escuchar y predicar su Evangelio, ni confesar sus pecados y hacer muchos propósitos de enmienda, sino cumplir Su Evangelio viviendo lo

mismo que vivió El: *“Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me envió”*.

“Cuando se hubieron ido los mensajeros ¡ti' Juan, comenzó Jesús a decir a la muchedumbre acerca de él.

“¿Qué habéis salido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué habéis ido a ver? ¿A un hombre vestido con molicie? Los que visten suntuosamente y viven regulados están en los palacios de los reyes. ¿Que salisteis, pues, a ver? ¿Un profeta? Sí, yo os digo, y más que profeta. Este es aquel de quien está escrito: 'He aquí que yo envío delante de tu faz a mi mensajero, que preparará tu camino delante de ti. Yo os digo: No hay entre los nacidos de mujer profeta mas grande que Juan; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él. Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora es entrado por fuerza el reino de los cielos, y los violentos lo arrebatan. Porque todos los profetas y la Ley han profetizado hasta Juan. Y si queréis oírlo, él es Elías, que ha de venir. El que tiene oídos, que oiga.” (Mt. 11, 7-15)

“¿Qué habéis salido a ver al desierto?” ¿Qué habéis pensado que es un alma entregada a Dios? ¿Una persona preocupada por las cosas del mundo, “movediza” de acuerdo al parecer de los hombres como una caña agitada por el viento? ¿Qué pensáis ver en un alma entregada a Dios? “¿Un hombre vestido con molicie?” ¿Una persona que vive de las comodidades y halagos de este mundo, conforme al parecer de los hombres? “Los que visten suntuosamente y viven regalados están en los palacios de los reyes”; éstos ya han recibido su premio en este mundo.

“¿Qué salisteis, pues, a ver? ¿Un profeta?” ¿Qué esperas, pues, encontrar en un alma que pertenece a Dios? ¿Que tenga el don de profecía? “Sí, yo os digo, ..y más que profeta”, porque si solamente es eso y no llega a ser “santo”, no entrará en el reino de los cielos. El don de profecía y cualquier otro “don” es para preparar el camino del alma para que llegue a la

identificación con el Hijo de Dios. *“Este es aquel de quien está escrito: ‘He aquí que yo envío delante de tu faz a mi mensajero, que preparará tu camino delante de ti’.*

“Yo os digo: No hay entre los nacidos de mujer profeta más grande que Juan; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él.”

Yo os digo, que por muy grande que sea un profeta, el más pequeño de los que se identifican con el Hijo de Dios y entra en Su reino es más grande que él.

“Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora es entrado por fuerza el reino de los ciclos, y los violentos lo arrebatan.”

Desde los días de Juan el Bautista es entrado “por fuerza”, *por justicia*, el reino de los cielos en las almas que lo acepten y no podrá nada ni nadie oponerse a ello porque *queriéndolo* el alma y *disponiéndose*, “por la fuerza” es entrado el reino de Dios. Pero sólo las almas valientes y decididas lo “arrebatan”, porque los cobardes e indecisos no soportan las “pruebas” de purificación y se quedan en el camino.

Es entrado por justicia el reino de los ciclos, *“porque todos los profetas y la Ley han profetizado hasta Juan”* y entran los que se esfuerzan por entrar.

“Y si queréis oírlo, él es Elías, que ha de venir”, como dice el profeta Malaquías:

“Ved que yo mandaré a Elías, el profeta, antes que venga el día de Yavé, grande y terrible. El convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres, no venga yo a dar la tierra toda al anatema.” (Mt. 3, 22-24)

“El que tiene oídos que oiga”, dice el Señor.

CAPITULO IV

LOS LLAMADOS

LA PESCA MILAGROSA

(Lc. 5, -1-11)

“Agolpándose sobre El la muchedumbre para oír la palabra de Dios, y hallándose junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban al borde del lago; los pescadores, que habían bajado de ellas, lavaban las redes. Subió, pues, a una de las barcas, que era la de Simeón, y le rogó que se apartase un poco de tierra, y sentándose, desde la barca enseñaba a las muchedumbres.”

Hay todavía en este mundo muchas almas sedientas de escuchar la palabra “pura” de Dios, pero el Señor no encuentra esas “barcos” que estén “al borde del lago” para subir a ellas, apartarlas un poco de la tierra y así, “desde la barca”, poder enseñar m las muchedumbres. *“Subió, pues, a una las barcas, que era la de Simón, y le rogó que se apartase un poco de la tierra...”*

“Así que cesó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro y echad vuestras redes para la pesca. Simón le contestó y dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada, mas porque tú lo dices echaré las redes. Haciéndolo, cogieron una gran cantidad de peces, tanto que las redes se rompían, e hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas, tanto que se hundían.”

Los apóstoles del Señor no necesitan más que estar dispuestos como las barcas “al borde del lago”, no anclados en la tierra,

para que Jesús pueda tomarlos en el momento que quiera para “enseñar a las muchedumbres” que le esperan. *“Así que cesó de hablar, dijo a Simón, boga mar adentro”* – medita dentro de tu corazón las enseñanzas que recibes – *“y echad vuestras redes para la pesca”* – y saca de él las enseñanzas para tu vida práctica –. Así que El termine de hablar dará la orden de “echar las redes”, porque el alma, habiendo recibido las enseñanzas del Maestro, estará dispuesta para “enseñar” con el ejemplo de su vida a otras almas. No importa que hayan estado ellos “predicando” muchos años y su alma no ha “entrado” todavía en el reino de Dios. *“Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada”*; *“hemos estado trabajando...”* he ahí la causa por qué no han “pescado nada”: Los apóstoles han estado “trabajando” sin el Maestro. *“Mas porque tú lo dices echaré las redes”*; ahora el Maestro está “en la barca”, confía en su palabra y echa las redes, te darás cuenta de la diferencia.

“Haciéndolo, cogieron una gran cantidad de peces, tanto que las redes se rompían, e hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas, tanto que se hundían.”

Serán tan numerosas las conversiones que ellos no se darán a basto y tendrán que llamar a “sus compañeros” para que vengan a ayudarles.

“Viendo esto Simón Pedro, se postró a los pies de Jesús, diciendo: Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador. Pues así él como todos sus compañeros habían quedado sobrecogidos de espanto ante la pesca que habían hecho, e igualmente Santiago y Juan de Zebedeo, que eran socios de Simón. Dijo Jesús a Simón: No temas; en adelante vas a ser pescador de hombres. Y atracando a tierra las barcas, lo dejaron lodo y le siguieron.”

“Viendo esto Simón Pedro, se postró a los pies de Jesús”; he ahí lo primero que debe hacer el apóstol; postrarse a los pies del

Maestro. “Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador”, reconocer que él no es digno y que lo que ha hecho es obra del Señor y no suya.

“No temas, en adelante vas a ser pescador de hombres”. No temas, dirá el Señor, esto es para mostrarte que sin Mi no puedes nada.

“Y atracando a tierra las barcas, lo dejaron todo y le siguieron”. Ahora “las barcas” pueden atracar en tierra, ellos van en pos del Maestro. El apóstol no debe quedarse “en la pesca”; “en adelante vas a ser pescador de hombres”, esto será una consecuencia de su seguimiento al Maestro; debe “dejarlo todo” para seguir al Maestro y compenetrarse con El. Todo lo demás queda por cuenta del Maestro, quien cumplirá en el apóstol la Voluntad de su Padre, que está en los cielos.

VARIAS VOCACIONES

(Lc. 9, 57-62)

“Siguiendo el camino, vino uno que le dijo: Te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le respondió: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.”

“Te seguiré adondequiera que vayas”. El Hijo del hombre vino a abrir un camino vertical que tiene su fin en el Padre, que está en los cielos; El es el Camino, si quieres seguirle debes comenzar por “entrar” en El, identificándote con su vida.

“Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos”; los animales, que fueron creados para servicio del hombre en la tierra, llenen en ella sus cuevas y sus nidos; “pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza”; pero el hombre, que fue creado para Dios, no debe “reclinar su cabeza”, poner

sus pensamientos en la tierra, sino en el Corazón del Padre, que está en los cielos. Si su camino es hacia “arriba”, su posición no debe ser “horizontal”.

“A otro le dijo: Sigúeme, y respondió: Señor, déjame ir primero a sepultar a mi padre. El le contestó: Deja a los muertos sepultar a sus muertos, y tú vete y anuncia el reino de Dios.”

“Sigúeme... Déjame ir primero a sepultar a mi padre”. ¡Cómo!, ¿has encontrado la Vida y estás pensando en los muertos? Tu padre ya no está aquí en la tierra, su alma lo ha tomado su camino.

“Deja a los muertos sepultar a sus muertos, tú vete y anuncia el reino de Dios”; deja a aquellos que todavía no han encontrado el “Camino” y la “Vida” que sepulcra a sus muertos; tú, que has encontrado el Camino de la Vida anuncia a éstos el reino de Dios.

“Otro le dijo: Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa. Jesús le dijo: Nadie que, después de haber puesto la mano sobre el arado, mire atrás es apto para el reino de Dios.”

“Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa” “¿Te seguiré?”, si has encontrado el “Camino”, ¿cómo vas a dejarlo para despedirte de los que vienen por otro lado? ¿No temes perder tú el Camino que has encontrado? “Recórrelo” primero para que puedas dirigir por el mismo camino a los de tu casa. Eso sería perder el ascensor y quedarse en el sótano, quizás nunca más tendrás la oportunidad de tomarlo y “escaleras” para el reino de los cielos no hay.

“Nadie que, después de haber puesto la mano sobre el arado, mire atrás es apto para el reino de Dios”. No es apto para el reino de Dios quien no se decida a trabajar por él inmediatamente después de haber recibido la llamada, porque la empresa

no es pequeña y el “tiempo” es corto, y no ganará el reino de Dios quien no haya cumplido toda su jornada.

ELECCIÓN DE LOS DOCE

(Mc. 3, 13-19)

“Subió a un monte, y llamando a los que quiso, vinieron a El, y designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar a los demonios. Designó, pues, a los doce: a Simón, a quien puso por nombre Pedro; a Santiago el de Zebedeo, y a Juan, hermano de Santiago, a quienes dio el nombre de Boanerges, esto es, hijos del trueno; a Andrés y Felipe, a Bartolomé y Mateo, a Tomás y Santiago el de Alfeo, a Tadeo y Simón el Celador, y a Judas Iscariote, el que le entregó.”

“Subió a un monte, y llamando a los que quiso..., para enviarlos a predicar, con poder de expulsar a los demonios”. Es Jesús quien designará a aquellos que “acompañarán” al alma en su “regeneración”, El mismo dará éstos el poder y conocimiento para cumplir su misión con el alma, al mismo tiempo que ellos en ese contacto preparan la suya. Unos le darán enseñanzas con la “predicación” de su vida, no importa – para el alma que está en Cristo – si esa vida o ese ejemplo es “positivo” o “negativo”, para el alma que ha dejado la primacía a Cristo y no al “yo” siempre será *“positivo”*, pues aun de los defectos de otros ella sacara bien. Otros “expulsarán” de ella los espíritus impuros porque le harán ver, de la forma que disponga el Señor, aquellas costumbres y defectos que provienen de la acción del Mal. Y todos le ayudarán a sanar sus “enfermedades”, dándole oportunidad a la renuncia propia y más de una vez tendrá que sentir el dolor del “bisturi” que corta pedazos de su corazón, cuando es golpeada en los afectos que puso en esas

criaturas. Y no dude que también entre “los apóstoles” que le designe el Señor se encuentre un traidor como Judas, que se preste para realizar su “crucifixión” y su muerte; para el alma éste no será descubierto hasta que llegue “su hora”. Ella debe hacer como hizo Jesús, entregarse a la Justicia del Padre cuando llegue ese momento y no mirar al “instrumento”; la misma justicia del Padre se encargará de él.

EL MILAGRO DE LAS RIQUEZAS

(Mc. 10, 17-27)

“Salido al camino, corrió a El uno, que arrodillándose, le pregunto: Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios.”

No hagas como este joven que para congraciarse con las personas les da calificativos que no sabe si merecen; es verdad que el joven del Evangelio está hablando a Jesús, el Hijo de Dios, pero él no sabía que estaba ante el Hijo de Dios, por eso Jesús le dice: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios” El joven lo decía por costumbre, como se Suele hacer en el mundo para congraciarse con las personas.

“Ya sabes los mandamientos: No matarás, no adulterarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no harás daño a nadie, honra a tu padre y a tu madre. El le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Jesús, poniendo en él los ojos, le amó, y le dijo: Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sigüeme. Ante estas palabras se nubló su semblante y se fue triste, porque tenía mucha hacienda. Mirando en torno suyo, dijo Jesús a los discípulos: ¡Cuan difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen hacienda!”

¿Es la “hacienda” el impedimento para entrar en el reino de

Dios? No, el impedimento para entrar en el reino de Dios es el apego *a sí mismo*, amor propio. El joven del Evangelio dice que cumplía los mandamientos, pero fijémonos que entre los mandamientos que le pregunta el Señor no está el primero, el cual el mismo Jesús en otra ocasión había declarado como el más importante: *“Amarás a Dios sobre todas las cosas”*. ¿Por qué no se lo preguntó Jesús? ¿Fue un olvido del Señor? No, El sabía lo que había en el corazón de aquel que le preguntaba: *“Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?”* Lo tenía todo y quería “algo” más: “la vida eterna”. Mejor dicho, quería hacer “eterna” aquella vida. Por eso Jesús contesta primero no a la pregunta del joven, sino a su afirmación: *“Maestro bueno” “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios”*. Las palabras del Señor están medidas por su sabiduría, El no habla por hablar; cada palabra Suya es un programa de vida para aquellos que desean seguirle de verdad; pero .como el joven rico, nosotros también damos valor a muchas cosas y nos olvidamos que nada ni nadie es bueno, sino sólo Dios.

El joven rico del Evangelio cumplía, por lo que hemos leído, casi todos los mandamientos, pero le faltó el principal: “amar a Dios sobre todas las cosas”, por eso prefirió la “hacienda” a Dios.

“Jesús, poniendo en él los ojos, le amó”, con cuánta tristeza amaría el Señor a este joven que estaba vendiendo su alma por la “hacienda”. *“¿Cuan difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen hacienda!”*

“Los discípulos se quedaron espantados di oír esta sentencia. Tomando entonces Jesús de nuevo la palabra, les dijo: Hijos míos, ¡cuan difícil es entrar en el reino de íds cielos! Es más fácil a un camello pasar ¡nir el hondón de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios. Más aún se pasmaron, y decían entre sí: Entonces, ¿quién puede salvarse? Fijando en ellos

Jesús su mirada, dijo: A los hombres sí es imposible, más no a Dios, porque a Dios todo le es posible.”

“Los discípulos se quedaron espantados al oír esta sentencia”. Prueba de que los discípulos estaban todavía muy apegados a sí mismos. *“El más fácil a un camello pasar por el hondón de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios”.* Volvemos a preguntar: ¿Son las riquezas materiales las que impiden la entrada al reino de Dios? No, es el apego a sí mismos el ÚNICO impedimento para entrar en el reino de Dios.

“Hijos míos, ¡cuan difícil es entrar en el reino de los cielos”!, porque lo más difícil es desprenderse de sí mismo, y al reino de los cielos no puede entrar ese “yo” egoísta, producto del pecado. Al reino de los cielos entra *el yo del alma, que tiende a Dios solo* de quien es “imagen” y adquiere en El su “semejanza”. Y esto lo comprendieron muy bien los discípulos en ese momento por muy gran gracia del Señor, aunque lo olvidarán después, por eso se quedaron “espantados” al oír la sentencia, “y decían entre sí: Entonces, ¿quién puede salvarse?”

Tratándose solamente de la renuncia a las riquezas materiales no tenían por qué decir esto. ¿No son más numerosos los pobres que los ricos en este mundo?, siendo así entrarían en el reino de Dios la mayoría, que son los que carecen de “hacienda”, los bienes; materiales.

No son, pues, los bienes materiales el impedimento para entrar en el reino de los cielos, sino el apego a sí mismos. El alma que aína a Dios sobre todas las cosas, y ante todo sobre sí misma, le será muy fácil dejar todas las riquezas materiales que posea en el momento que Dios se lo pida para entrar en su reino en pos de Cristo Jesús: “Una sola cosa te falta: vete, vendé cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, luego ven y sigúeme”. Y no se “nublará” su semblante como sucedió al joven rico, sino que, se sentirá la más feliz de las criaturas.

En el reino de Dios vamos a ver muchos poseedores de riquezas materiales gozando de la bienaventuranza de los pobres de; espíritu, estos son los “camellos” pasando por el hondón de una aguja; hicieron lo que parecía imposible a los ojos de los hombres porque ellos se dejaron “introducir” por Dios. En cambio, vamos a ver a muchos “mosquitos” del lado de fuera porque no pueden pasar por la puerta estrecha, son esos pobres por fuera e hinchados de sí mismos por dentro. Aquellos se hicieron “ricos” *siguiendo la voz de su conciencia*, estos se hicieron “pobres” por conveniencia.

RENUNCIA DE LOS APÓSTOLES Y SU PREMIO

(Mt. 19., 27-30)

“Entonces, tomando Pedro la palabra, le dijo: Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué tendremos? Jesús les dijo: En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente sobre el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.”

“Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué tendremos?”

“Te hemos seguido”, he ahí lo importante, *seguir a Cristo*, no es la renuncia de todas las cosas, lo que deja atrás, lo importante para entrar en el reino de Dios, sino lo que “sigue”. Si deja *todo* para “seguir” en sí mismo, no ha dejado nada.

“En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido en la regeneración...” Es el “seguimiento” en la “regeneración” lo que dará el “pase” al alma para entrar en el reino de Dios.

“Y todo el que dejare hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o campos, por amor de mi nombre, recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna.”

Porque esto es una consecuencia de esa “regeneración”, la vida eterna. No quiere decir que dejar padre o madre, hermanos o hermanas, hijos o campos es separarse de estos, sino que la Voluntad de Dios está por encima de esas personas, afectos y cosas. Si dejamos padre o madre, hermanos, hijos y campos para permanecer en nosotros mismos no hemos dejado nada. Muchas veces se deja todo eso para reafirmarse más en sí mismo, por amor al nombre propio, pero no por amor al nombre de Cristo, pues se cuida más de la honra y la posición ante los hombres que de conocer la Voluntad de Aquel en nombre de quien se ha “dejado todo”. Dejarlo todo “por amor de mi nombre”, por amor del nombre del Hijo de Dios, Cristo; pero ¡cuántos dejan *todo* para hacerse un nombre, por amor al nombre propio!

“Y muchos primeros serán los postreros; y los postreros, primeros.”

Porque esto lo cumplirán mejor los “postreros” que muchos “primeros”; y muchos que se han creído primeros, serán postreros. Quien pueda entender que entienda.

LOS OBREROS ENVIADOS A LA VIÑA

(Mt. 20. 1-16)

“Porque el reino de los cielos es semejante a un amo de casa que salió muy de mañana a ajustar obreros para su viña. Convenido con ellos en un denario al día, los envió a su viña. Salió también a la hora de tercia y vio a otros que estaban ociosos en la plaza. Dijoles: Id también vosotros a mi viña y os daré lo justo. Y se fueron. De nuevo salió hacia la hora de sexta y de nana e hizo lo mismo, y saliendo cerca de la hora undécima-

ma, encontró a otros que estaban allí, y les dijo: ¿Cómo estáis aquí ;in hacer labor en todo el día? Dijéronle ellos: Porque nadie nos ha contratado. El les dijo: Id también vosotros a mi viña.”

“Porque el reino de los cielos es semejante a un amo de casa que salió muy de mañana a ajustar obreros para su viña”. El “amo de casa” es Dios que, desde la misma hora de la culpa original, la “mañana del mundo”, cuando el hombre se apartó de El por el pecado y entró en el “Tiempo”, está llamando a las almas a “trabajar” para reparar la culpa y entrar en la “eternidad”, el reino de los cielos. Comenzando por Adán y Eva hasta nuestros días Dios ha estado “llamando” a cada alma para que vaya a “trabajar” en “su viña” y pueda entrar en Su reino. Ni una sola alma se quedará sin recibir “la llamada”, pero sólo entrarán en el reino de los cielos aquellas que hayan “trabajado” recibiendo su “salario”.

“Llegada la tarde, dijo el amo de la viña a su administrador: Llama a los obreros y dales su salario, desde los últimos hasta los primeros. Viniendo los de la hora undécima, recibieron un denario. Cuando llegaron los primeros, pensaron que recibirían más, pero también ellos recibieron un denario. Al tomarlo murmuraban contra el amo, diciendo: Estos postreros han trabajado sólo una hora y los has igualado con los que hemos soportado el peso del día y el calor. Y él respondió a uno de ellos, diciéndole: Amigo, no te hago agravio; ¿no has convenido conmigo en un denario? Toma lo tuyo y vete. Yo quiero dar a este postrero lo mismo que a ti: ¿No puedo hacer lo que quiero de mis bienes? ¿O has de ver con mal ojo que yo sea bueno? Así, los postreros serán los primeros, y los primeros, postreros. Porque son muchos los llamados y pocos los escogidos.”

“Llegada la tarde, dijo el amo de la viña a su administrador: Llama a los obreros y dales su salario, desde los últimos hasta

los primeros". Cuando llegue "la tarde" del mundo, y se dé fin al "tiempo" y al "trabajo" para entrar en la eternidad y el "descanso" del Señor, el Amo de la casa, que es el Padre, dirá a su Administrador, que es el Hijo: *"Llama a los obreros y dales su salario, desde los últimos hasta los primeros"*; desde los últimos que "trabajarán" por el reino de Dios hasta los primeros que han "trabajado" recibirán su "denario", que es el "sello" para entrar en el Reino.

Cada alma es responsable ante Dios desde el momento que recibe la "llamada", esto es muy íntimo y personal, es muy sutil esa "llamada" de Dios a cada alma: sólo el alma y Dios saben cuándo ha sonado la "hora" de la "llamada". Por eso nadie puede juzgar del "trabajo" de otro, porque no sabe cuándo ha sido "contratado" por el Amo.

"Estos postreros han trabajado sólo una hora y los has igualado con los que hemos soportado el peso del día y el calor". No es el tiempo lo que cuenta para Dios, sino la correspondencia a la llamada. El sabe lo que necesita cada alma para ganar el "denario" y entrar en Su Reino. Aquel que sólo trabajó una hora es porque esto bastaba para él de acuerdo a la Justicia del Padre; Aquel que tuvo que "llevar el peso del día y el calor" es porque de otra manera no podía entrar. No juzguemos, pues, del "trabajo" de los demás, sino que estemos vigilantes para corresponder a la "llamada" y trabajar en la viña del Amo. Porque si nos quedamos atrás pensando llegar con los "postreros" para trabajar sólo una hora y ganar el mismo "denario" estamos muy equivocados, la "llamada" no se repite y no podrás ganar lo que no has "trabajado", porque, aunque el "premio" es igual, el "trabajo" no lo es, por esto, aunque muchos son los llamados, pocos son los escogidos. No son "escogidos" sino aquellos que van a trabajar a la viña en el *mismo momento* de la "llamada". El Amo, de acuerdo a Su Justicia, tiene para cada alma el tiempo estipulado.

“Amigo, no te hago agravio: ¿No has convenido conmigo en un denario?” ¿No te he llamado a “trabajar” para que entres en mi Reino?, entrarás en mi Reino si has “trabajado”. “Toma lo tuyo y vete”. Lo que necesitas para entrar en el Reino de Dios es la “redención”, si “trabajas” CON el Redentor y EN “Su viña” ganarás tu redención.

Yo quiero dar a este postrero lo mismo que a ti: ¿No puedo hacer lo que quiero de mis bienes?” Yo quiero dar a éste que llamé a última hora lo mismo, que tú ganaste habiendo sido llamado a la primera, porque no eres tú quien debe poner precio a mis bienes, sino la Justicia de mi Padre, que está en los cielos. “¿O has de ver con mal ojo que yo sea bueno?” ¿Has de ver con mal ojo que yo sea justo?

PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

(Mt. 25, 14-30)

“Porque es como si uno al emprender un viaje llama a sus siervos y les entrega su hacienda, dando a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad, y se va. Luego, el que había recibido cinco talentos se fue y negoció con ellos y ganó otros cinco. Asimismo el de los dos ganó otros dos. Pero el que había recibido uno se fue, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su amo. Pasado mucho tiempo, vuelve el amo de aquellos siervos y les toma cuentas, y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: Señor, tú me has dado cinco talentos; mira, pues, otros cinco que he ganado. Y su amo le dice: Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco; te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

Llegó el de los dos talentos y dijo: Señor, dos talentos me has dado; mira otros dos que he ganado. Díjole su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco; te constituiré sobre

lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

«Se acercó también el que había recibido un solo talento y dijo: Señor, tuve cuenta que eres hombre duro, que quieres cosechar donde no sembraste y recoger donde no esparciste, y temiendo, me fui y escondí tu talento en la tierra; aquí lo tienes. Respondióle su amo: Siervo malo y haragán, ¿conque sabías que yo quiero cosechar donde no sembré y recoger donde no esparcí? Debías, pues, haber entregado mi denario a los banqueros, para que a mi vuelta recibiese lo mío con los intereses.»

Los “talentos” es el grado de amor que Dios ha puesto en nuestros corazones, a unos ha dado más a otros menos, a cada uno de acuerdo a su capacidad. El día del juicio seremos juzgados de acuerdo al uso que hayamos dado a ese amor. Las obras serán calificadas de acuerdo al grado de amor que hayamos puesto al hacerlas.

“Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor”. ¿Cuál es el “gozo” de nuestro Señor?” ¡Su mismo Amor! A quien ha sido fiel en lo poco se le “constituirá” sobre lo mucho; “entra en el gozo de tu señor”, entrará en el gozo de su Señor, porque recibirá su mismo Amor, el Espíritu Santo.

Pero aquellos que se han endurecido “enterrando su talento” por temor a perder su alma, tendrán que oír las palabras que dijo el amo al malo y haragán: *“¿Conque sabías que yo quiero cosechar donde no sembré y recoger donde no esparcí?”* Estas son aquellas almas que piensan que Dios quiere obras de perfección y que no toma en cuenta el amor que se pone en sus obras. Tienen a Dios como un juez severo y duro, que quiere recoger “virtudes” que El no ha dado: *“Señor, tuve cuenta que eres hombre duro, que quieres cosechar donde no sembraste y recoger donde no esparciste, y temiendo me fui y escondí tu talento en la tierra; aquí lo tienes”*. Estas personas entierran su

amor, poniendo doble cerradura a su corazón y se dedican muchas veces a una vida austerísima con ellas mismas y con los otros también, procurando no dejar escapar ni una sola manifestación de amor para las almas, porque lo guardan todo “para Dios”, el Amo duro y severo. ¡Qué sorpresa se van a llevar estas almas el día del juicio!

“Debías, pues, haber entregado mi denario a los banqueros, para que a mi vuelta recibiese lo mío con los intereses”; mejor hubieras hecho entregando el amor a los que comercian con él, “a los banqueros”, porque los que comercian con el amor dan a Dios los “intereses” del sufrimiento que padecen como consecuencia de aquel “comercio”; porque ese sufrimiento purifica sus almas y aumenta en ellas el amor de Dios; “porque a quien mucho se le perdona, mucho ama”.

“Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez, porque al que tiene se le dará y abundará; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará, y a ese siervo inútil echadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes.”

A quienes el Señor encuentre con más amor en sus corazones, a éstos les dará más y abundarán, será el grado de gloria que tendrán. Pero quien lo tiene, aun lo que cree tener se le quitará. El amor procede de Dios, es esa participación de su Espíritu que hay en toda alma, pero como también participa del espíritu del mal, por el “pecado”, éste como ha “sujetado” las facultades del alma al “cuerpo del pecado” sujeta también el amor para que el alma no descubra su pureza y así se dan los desvíos en el amor humano. Y las almas deseosas de perfección, mirando sólo los “desvíos” desprecian el amor; así entierran su talento y no ponen a “trabajar” como el siervo malo y haragán. Lo perfecto sería luchar contra los “desvíos” poniendo la voluntad en Dios, de este modo actuaría el Amor de Dios liberando “nuestro amor” de la acción del “Mal”, que es quien produce los “desvíos” .

“Y a ese siervo inútil echadle a las tinieblas exteriores”; inútil, porque enterrando su talento, el amor, impide la actuación del Amor de Dios que no puede actuar sobre su libertad; *“allí habrá llanto y crujiir de dientes”*, allí recibirá el precio de la negación de su amor: odio y desesperación.

NECESIDAD DE VELAR

(Mt. 24, 42-51)

“Velad, pues, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor. Pensad bien que si el padre de familia supiera en qué vigilia vendría el ladrón, velaría y no permitiría horadar su casa. Por eso vosotros habéis de estar preparadas, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre.”

En vela constante debe estar toda persona que quiera entrar en el reino de Dios, porque no se sabe cuándo puede llegar el Señor o cuándo puede Dios llamar su alma, y, dejando el “tiempo” que tenía para “trabajar” y ganar el reino de Dios se encuentre que estando descuidada le llegó el día y no hizo nada.

“Pensad bien que si el padre de familia supiera en qué vigilia vendría el ladrón, velaría y no permitiría horadar su casa”. El ladrón de las almas está a la puerta constantemente esperando que la “libertad” del alma le dé, paso para entrar. Si la persona no está vigilante, el ladrón le roba su alma y cuando llegue ante el Señor se encuentra que su alma pertenece al “ladrón” y no al Señor. *“Por eso vosotros habréis de estar preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre”*.

¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien constituyó su amo sobre la servidumbre para darles provisiones a su tiempo? Dichoso el siervo aquel a quien, al venir su amo, hallare que hace así. En verdad os digo que le pondrá sobre toda su hacienda”.

¿Quién es, pues, ese siervo fiel y prudente que da a su prójimo “las provisiones” del amor a su tiempo?, ése que dé a cada uno *cuando necesita*, del amor que Dios ha puesto en su corazón, que no obra por egoísmo, sino con esa pureza de corazón que busca la felicidad del prójimo y no la propia; *“dichoso el siervo aquel a quien, al venir su amo, hallare que hace así”*, éste es aquel que obra por conciencia, haciendo el bien por el Bien mismo, y no por conveniencia, cuando representa un bien propio o de acuerdo a su razón; esto es “dar las provisiones a su tiempo”: hacer el bien cuando lo dicte su conciencia y no cuando él lo cree “conveniente”. Porque muchas veces alguien necesita de una palabra de cariño, un sacrificio o servicio en un momento determinado, y cuántas veces, por razonamientos propios y no por conciencia se deja de hacer aquello en ese momento, cuando aquél lo necesita, para hacerlo después cuando le parece conveniente. Pero quien, olvidándose de sí mismo obre a impulsos del amor, dirigido por una conciencia recta, *“en verdad os digo que lo pondrá sobre toda su hacienda”*, porque *“distribuyendo las-provisiones a la servidumbre a su tiempo”* deja actuar al Amor.

“Pero si el mal siervo dijera para sus adentros: Mi amo tardará, y comenzare a golpear a sus compañeros y a comer y beber con borrachos, vendrá el amo de ese siervo el día que menos lo espera y a hora que no sabe, y le separará y le asignará su suerte con los hipócritas; allí habrá llanto y crujir de dientes.”

El mal siervo es aquel que no preocupándose de lo que le pide Dios en su conciencia obra procediendo con egoísmo, por conveniencia, buscando ante todo satisfacer su gusto y deseos, aunque para lograrlo se vean perjudicados otros. Cuando hace algún bien al prójimo lo hace porque le conviene o encuentra una satisfacción personal en ese bien que hace, pero no por el bien mismo del prójimo, por eso lo hace cómo y cuándo le

parece mejor a él y no de acuerdo al parecer del necesitado y mucho menos de acuerdo a la Voluntad de Dios; porque para éstos en la práctica Dios no cuenta para nada, aunque todo lo hagan en su nombre. Cuando viniere el Amo a ese siervo *“le separará y le asignará su suerte con los hipócritas; allí habrá llanto y crujir de dientes”*. Es el reino de la iniquidad.

CAPITULO V

EL CIEGO DE NACIMIENTO

(Jn. 9, 1-33)

“Pasando, vio a un hombre ciego de nacimiento, 'y sus discípulos le preguntaron, diciendo: Rabbí, ¿quién pecó; éste o sus padres, para que naciera ciego? Contestó Jesús: Ni pecó éste ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios, Es preciso que yo haga las obras del que me envió, mientras es de día; venida la noche, ya nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo.”

“Pasando, vio a un hombre ciego de nacimiento”. Hay almas que permanecen “ciegas” con respecto al conocimiento de Dios y de sus cosas como un niño al nacer, y aunque oigan hablar de Cristo y se les enseñe el catecismo, confiesen, comulguen y vayan a misa y oigan predicar el Evangelio, no les entra nada, como si no escuchasen; así como el ciego de nacimiento que, aunque camine por todas partes y palpe las cosas con sus manos, no conoce por la vista su forma ni su color, porque no le entran por los ojos, así a estas almas no les entran las cosas de Dios por el entendimiento; aunque obrando por conciencia cumplan Su Ley y practiquen naturalmente su Evangelio.

“Rabbí, ¿quién pecó; éste o sus padres, para que naciera ciego?” ¿Quién tiene la culpa de que esas personas no conozcan ni entiendan las cosas de Dios, la vida del espíritu; sus padres porque no supieron enseñarle o ellos porque no quieren aprender? Ni ellos ni sus padres tienen la culpa, si éstos le han enseñado lo que sabían; es que Dios no deja que le entren sus cosas por el entendimiento, desde afuera, porque El mismo se las dará a conocer desde “adentro”, *“para que se manifiesten en él las obras de Dios”*.

“Es preciso que yo haga las obras del que me envió, mientras

es de día”; Cristo, que vive en esa alma por el bautismo, la dirige por medio de su conciencia y hace en ella las obras del Padre que le envió, como las hacía cuando estaba en persona en la tierra. Mientras está El actuando en el “mundo de las almas” y está “abierta” la Redención, es de día y puede “trabajar” en aquellos que Le reciben obedeciendo la voz de su conciencia; pero cuando llegue el momento en que la Justicia del Padre dé fin al “tiempo” y al “trabajo”, cerrando la Redención, vendrá “la noche” porque será el tiempo del Anticristo, el hombre de la iniquidad, y la luz, que es Cristo, no podrá actuar y ya nadie podrá “trabajar” para obtener su redención; la MISERICORDIA de Dios dará paso a Su JUSTICIA y por justicia invadirán las tinieblas del error a la tierra, porque los hombres con sus obras las han aceptado.

“Es preciso que yo haga las obras del que me envió, mientras es ,de día; venida la noche, ya nadie puede trabajar”. “Mientras es de día”, porque el SOL del “mundo de las almas” es el Espíritu de Cristo, que está “actuando” en el mundo, en aquellas almas que Le reciben, como también actúa el espíritu de las tinieblas en aquellos que le reciben. Pero “venida la noche”, que es el hombre de iniquidad animado por el espíritu de tinieblas, Satanás, el “SOL” se ocultará y no podrá iluminar más que en aquellas almas que, recibiendo al Redentor, se identificaron con Su Espíritu. *“Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo”*.

“Diciendo esto, escupió en el suelo, hizo con saliva un poco de lodo y untó con lodo los ojos, y le dijo: Vete y lávate en la piscina de Siloe – que quiere decir enviado.”

A estos ciegos de nacimiento en el conocimiento de Dios no les extrañará ni el lodo ni la saliva que usa el Señor para darles la luz del alma, porque, procediendo con rectitud de conciencia todo les parecerá bien, siempre que no vaya contra su conciencia; *“Vete y lávate en la piscina de Siloé – que quiere decir*

enviado – “; y después que les haga pasar por el “lodo” del mundo los mandará a lavarse de sus pecados a “*la piscina*” que quiere decir “enviado”, porque los mandará donde sus “enviados”, los sacerdotes, que tienen poder de El para perdonar sus pecados, lavarlos en “el agua” del sacramento.

“Fue, pues, se lavó y volvió con vista. Los vecinos y los que antes le conocían, pues era mendigo, decían: ¿No es éste el que estaba sentado pidiendo limosna? Unos decían que era él; otros decían: No, pero se le parece. El decía: Soy yo.”

Así, esas almas cuando se han “lavado” de sus pecados empiezan a ver claro las cosas de Dios y a vivir con más conciencia su Ley. Sus amigos y vecinos, “los que antes le conocían”, se quedarán sorprendidos por el cambio que verán en esa persona y se preguntarán: ¿No era éste o ésta el que, siendo ignorante de la “vida eterna”, andaba como mendigo por el mundo tras las cosas temporales?; “pidiendo limosna”, porque “limosneros” son las almas que andan tras las cosas de este mundo, que por mucho que reciban del mundo de las criaturas siempre son “mendigos”, porque la “necesidad” del alma no se cubre con cosas temporales, sino con ¡el Amor del Eterno!

“Entonces le decían: ¿Pues cómo se te han abierto los ojos? Respondió él: Ese hombre llamado Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: Vete a Siloé y lávate; fui, me lavé y recobré la vista. Y le dijeron: ¿Dónde está ése? Contestó: No lo sé.”

Esos “ciegos de nacimiento” puede ser que habiendo recibido la luz no conozcan todavía a Aquél que se la ha dado, el Hijo de Dios. Ellos solamente verán en un principio al “instrumento” del cual se ha servido Dios para realizar su obra: *“Ese hombre llamado Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: Vete a Siloé y lávate...”* Esos, siguiendo la voz de su conciencia, obedecen a cualquier “instrumento”, sin fijarse ni en la persona ni en aquello que le manda a hacer; sí su conciencia no se lo

reprocha, ellos obedecen, y pasan así, sin darse cuenta, de las tinieblas a la luz; *“fui, me lavé y recobré la vista”*.

DISCUSIÓN SOBRE EL VALOR DEL MILAGRO

(Jn. 9, 13-34)

“Llevan a presencia de los fariseos al antes ciego, pues era sábado el día en que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos. De nuevo le preguntaron los fariseos cómo había recobrado la vista. El les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, me lavé y veo. Dijeron entonces algunos de los fariseos: No puede venir de Dios este hombre, pues no guarda el sábado.”

El “príncipe de las tinieblas” tiene sus soldados esparcidos en todos los ambientes de este mundo y cuando aquellos ciegos de “nacimiento” ven la “luz”, las “tinieblas” que habían pensado que estos les pertenecían por su ceguera, ignorancia de Dios, van contra ellos y los ponen frente a esas personas que teniendo la luz viven en las tinieblas, son “ciegos por enfermedad”, el orgullo y la soberbia les han cerrado los ojos del alma y sólo ven con los ojos de la “carne”. Son falsos celadores de la Ley del Señor que “cuelan un mosquito y se tragan j un camello”, que creen que los hombres fueron creados para las leyes y no las leyes para los hombres: *“No puede venir de Dios este hombre, pues no guarda el sábado”*.

A ellos no les importa la “salud” del alma de los hombres, sino la imposición de lo que ellos consideran “sus” deberes o derechos, que no es otra cosa que imponer su propio parecer y no sólo imponerlo sobre los hombres, sino también poner a Dios un límite en su modo de obrar, porque el dios que ellos invocan son sus propios juicios.

¡Cuántas veces vemos este proceder en muchos de esos que tienen una autoridad en la Iglesia o tienen a su cargo el cuidado de las almas! Cuando ven que un alma está “abriendo los ojos”

en vez de darles más luz, lo que hacen es interesarse por indagar acerca de los “medios”, sin interesarse ni importarles la “luz” o “salud” que recibió el alma. Y dan más importancia al “lodo” que fue “instrumento” o medio para abrir sus ojos que a la luz que ha recibido, y si pueden, terminan apagando esa “luz” para poner a esa alma en sus tinieblas enfermizas; cerrándole los “ojos del alma” y abriéndole los “ojos de la carne” (dejando la fe por la razón).

“Otros decían: ¿Y cómo puede un hombre pecador hacer tales milagros? Y había desacuerdo entre ellos. Otra vez dijeron al ciego: ¿Qué dices tú de ese que te abrió los ojos? El contestó: Que es profeta.”

Y son tan densas las tinieblas de estos “ciegos por enfermedad”, que se creen con , derecho también a juzgar de la conciencia de otro: “¿Y cómo puede un hombre pecador hacer tales milagros?”; así dicen hoy: esta o aquella alma está en pecado. ¿Cómo puedes tú, hombre, juzgar de lo que no puedes ver? ¿Te ha confesado ése su pecado? Tú no puedes juzgar por tu conciencia la conciencia de otro.

“Y había desacuerdo entre ellos”, porque los que viven en esa clase de tinieblas nunca pueden estar de acuerdo más que cuando coinciden sus intereses propios. El espíritu del mundo, al cual ellos pertenecen, es múltiple como el error y la mentira, por eso no puede haber entre ellos unidad de pensamiento ni de parecer.

“No querían creer los judíos que aquél era ciego y que había recobrado la vista, hasta que llamaron a sus padres, y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo ahora ve? Respondieron los padres, y dijeron: Lo que sabemos es que éste es nuestro hijo y que nació ciego; cómo ve ahora, no lo sabemos; quién le abrió tos, ojos, nosotros no lo sabemos; preguntádselo a él, edad tiene; que él hable por sí.”

Esas personas que viven más en las tinieblas que en la luz desconfían de todo el mundo; no creen a nadie y aunque hagan muchas preguntas y les contesten siempre la verdad, ellos, como están en sí mismos, no creen más que lo que ellos piensan que es la verdad.

“Lo que sabemos es que éste es nuestro hijo y que nació ciego”; pero a ellos no les interesa “el hijo” que era ciego y ahora ve, lo que les interesa es aquél que fue “instrumento” de la luz. En esto podemos ver que son dirigidos por el enemigo de la salud de las almas.

“Esto dijeron sus padres, porque temían a los judíos, pues ya éstos habían convenido en que, si alguno le confesaba Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. Por esto sus padres dijeron: Edad tiene; preguntadle a él.”

Y esos que tienen un poder o autoridad en sus manos usan de ella para amenazar a las almas débiles y temerosas diciéndoles que serán excomulgadas si tratan con esa persona, y usan el nombre de la Iglesia para dar fuerza a sus amenazas. ¡Qué cuenta tendrán que rendir ante Dios de sus palabras e intenciones manchando con ellas el nombre de la Esposa inmaculada de Cristo!

“Llamaron, pues, por segunda vez al ciego y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. A esto respondió él: Si es pecador, no lo sé; lo que sé es que, siendo ciego, ahora veo. Dijéronle ellos: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? El les respondió: Os lo he dicho ya, y no habéis escuchado. ¿Para qué que queréis oírlo otra vez? ¿Es que queréis haceros discípulos suyos? Ellos, insultándole, dijeron: Sé tú discípulo suyo; nosotros somos discípulos de Moisés.”

El espíritu de tinieblas realiza con sus “instrumentos”, a quienes ha logrado cegar con el pecado de soberbia y orgullo,

una doble misión para con el que ha recibido la luz y para con quienes están en torno suyo que podrían recibirla de él. A unos los atemorizan con él poder que ellos tienen, a otros los atraen con palabras lisonjeras, diciéndoles que son mejores cristianos porque obedeciendo a la “autoridad” dan más gloria a Dios que rigiéndose por su conciencia, porque ellos son los que “saben” y representan a Dios en la tierra. *“Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es el pecador”*. Sólo caen en estas redes las almas que no habiendo recibido la luz del Espíritu confían más en los hombres que en Dios. Pero aquellos que siguen la “voz” de su conciencia y proceden con rectitud y pureza de intención reciben la luz del Espíritu Santo y no les intimida nada ni nadie; sólo un temor hay en su corazón, el temor de ofender a Dios por no cumplir Su Voluntad.

“Sí es pecador, no lo sé; lo que sé es que siendo ciego, ahora veo”. El alma que vive en la luz del Espíritu no juzga del otro porque sabe que sólo Dios conoce lo que hay en cada alma; ella sólo sabe que antes era ciega y ahora ve, y porque conoce lo que es estar “ciego” vigila la luz que ahora tiene para no perderla.

Cuando los “instrumentos” de las tinieblas no logran sus intentos por medio de las amenazas ni de los halagos entonces viene la burla y el insulto: *“Ellos, insultándole, dijeron: Sé tú discípulo suyo; nosotros somos discípulos de Moisés”*. Y se reafirman en la soberbia, usando, como pedestal para levantarse, el nombre de Cristo, como aquellos tomaban el nombre de Moisés: Nosotros somos “representantes” de Cristo.

“Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés; cuanto a éste, no sabemos de dónde viene. Respondió el hombre, y les dijo: Eso es de maravillar; que vosotros no sepáis de dónde viene, habiéndome abierto a mí los ojos. Sabido es que Dios no oye a los pecadores; pero, si uno es piadoso y hace su

voluntad, a ése le escucha. Jamás se oyó decir que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, no podía hacer nada. Respondieron y dijéronle: Eres todo pecado desde que naciste, ¿y pretendes enseñarnos? Y le echaron fuera.”

La soberbia de estos hombres llega a tanto que no hay de lo que ellos no sepan, ostentando su aparente fe en las Escrituras con estas palabras: “*Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés*”; y dicen hoy: Nosotros sabemos que Cristo habló a Pedro y a sus otros apóstoles esto y aquello; aparentan creer aquello que no vieron para condenar lo que están viendo con sus ojos. Eso es de maravillar que, teniendo tanta fe en lo que Cristo hizo hace veinte siglos, no puedan creer lo que está haciendo ahora ante sus propios ojos. Pero es que estos, endurecidos como están, interpretan las Escrituras de acuerdo a sus ciegos razonamientos, permaneciendo para ellos veladas las cosas del Espíritu, porque se rigen por “la carne”, el apego a sí mismos, y cuando más luminosa es la luz ellos menos ven, porque son encandilados por la misma luz. “*Jamás se oyó decir que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, no podría hacer nada*”; todos estos razonamientos ciegan más su razón oscurecida por la soberbia y el orgullo: “*Eres todo pecado desde que naciste, ¿y pretendes enseñarnos! Y le echaron fuera*”. Las palabras de luz de aquella alma dieron en la llaga como flecha tirada por un arco. Así hiere hasta lo profundo la verdad en esos que se escudan en el error y la mentira para llevar a cabo sus ambiciones de poder y gloria. Hasta ahora no habían ido directamente contra aquél porque tenían esperanzas de conquistarlo para una nueva ceguera como la de ellos, pero una vez convencidos de su fracaso “*le echaron afuera*”, le desprecian.

Este ciego de nacimiento que nos presenta el Evangelio

debe ser un ejemplo para toda alma que recibe la luz de la verdad y quiere ser fiel permaneciendo en esa verdad. Así debe mantenerse, firme en la verdad que ha conocido porque cualquier mentira puede llevarle a una nueva ceguera, que será peor que la primera y puede ser que no tenga curación.

LA FE Y LA CEGUERA

(Jn. 9, 35-41)

“Oyó Jesús que le habían echado afuera, y al encontrarle, le dijo: ¿Crees en el Hijo del hombre? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en El? Díjole Jesús: Le estás viendo; es el que habla contigo. Dijo él: Creo, Señor, y se postró ante Él. Jesús dijo: Yo he venido al mundo para un juicio, para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos.”

Después que el alma ha pasado “la prueba” el Hijo de Dios se le da a conocer. El ha permanecido en silencio esperando que la libertad del alma decida entre la “Luz” y las “tinieblas”; El le ha dado la luz sin ella pedírselo, pero ahora libremente debe aceptarla o rechazarla. Si la acepta, permaneciendo firme en la verdad, verá al Hijo de Dios. Pero si cae en la mentira por temor a los hombres, tendrá que vérselas con “las tinieblas” y hasta no vencerlas, no podrá manifestarse a ella el Hijo de Dios, y esa lucha entre la luz y las tinieblas puede ser muy larga y también definitiva.

“¿Crees en el Hijo del hombre?... ¿Quién es, Señor, para que crea en El?... Le estás viendo”, y cuando ha “visto” al Hijo de Dios y creído en El debe postrarse ante El en agradecimiento: *“Creo, Señor, y se postró ante El”*. Entonces Jesús hablará al alma, dándole a conocer su camino.

“Yo he venido al mundo para un juicio, para que los que

no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos". Jesús ha venido al mundo para cumplir una justicia de misericordia, para que aquellos que habiendo seguido la voz de su conciencia, que es el espíritu de luz, por no creerse capaces de discernir entre el bien y el mal, reciban la luz de Su Espíritu: *"para que las que no ven vean"*. Y para que aquellos que creyéndose concedores del bien y del mal han juzgado de acuerdo a sus razonamientos despreciando la voz de su conciencia, se les quite la poca luz que tienen y reciban las tinieblas que eligieron: *"y los que ven se vuelvan ciegos"*.

"Oyeron esto algunos fariseos que estaban con El y le dijeron: ¿Conque nosotros somos también ciegos? Dijoles Jesús: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís: Vemos, y vuestro pecado permanece."

"Oyeron esto algunos fariseos que estaban con El"; son esas almas que aparentemente están con Jesús, pero no participan de su Espíritu, son esos "bautizados" que no viven la gracia del bautismo, que los llevaría a la identificación con Cristo en su mismo Espíritu.

Oyendo o leyendo estas "aclaraciones" puede saber cada alma el grado de tinieblas de que participa, si se siente aludido y *no reconoce* su ceguera entonces no tiene remedio porque está invadido por las tinieblas, aceptándolas: *"¿Conque nosotros somos también ciegos?"* Ya con esto se están confesando "incurables". *"Dijoles Jesús: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado"*, porque ahora mismo al leer o escuchar estas cosas reconocería que en verdad ha estado ciego y recibiría la luz para ver; *"pero ahora decís: Vemos, y vuestro pecado permanece"*; porque falta la humildad para reconocer la verdad, quiere decir que el orgullo y la soberbia le ha cegado totalmente.

CAPITULO VI

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

(Jn. 11, 1-57)

“Había un enfermo, Lázaro, de Betania, de la aldea de María y Marta, su hermana. Era esta María la que ungió al Señor con unguento y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano, Lázaro, estaba enfermo. Enviaron, pues, las hermanas a decirle: Señor, el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro. Aunque oyó que estaba enfermo, permaneció en el lugar en que sé hallaba dos días más; pasados los cuales dijo a los discípulos: Vamos otra vez a Judea.”

“Señor, el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.”

Muchas veces esas “enfermedades” del alma – defectos y hasta pecados – las permite Dios para que su Hijo sea glorificado por ellas. Porque esos defectos y “pecados” a que nos referimos, vienen de la “culpa original”, esta clase de pecados no vienen por aceptación consciente del alma, sino por hábito o costumbre debido a una formación equivocada. Porque no se vive la gracia recibida en el bautismo; los padres o representantes, que son los responsables ante Dios de la libertad de los niños, hasta que estos tengan uso de razón, no viven esa gracia ni enseñan a vivirlo a los que tienen a su cargo, aceptando así el espíritu del mal, las tinieblas; esta es una cadena muy larga, tan larga como las generaciones, desde el principio del pecado. Ese niño crece en un ambiente donde se da más importancia a las personas y las cosas que a Dios, y a

esto se le llama “educación” y “deberes sociales”, y no es otra cosa que el “espíritu del mundo” que alimenta el amor a la criatura con olvido del Creador; y dicen, como justificación de sus obras: “Dios dijo: Ayúdate, que yo te ayudaré”. Así comienza a reinar el “yo” de la persona, desde un grado mínimo hasta llegar a ser un perfecto egoísta, y de esta raíz brotan los demás defectos y pecados. El alma no es responsable de la raíz, pero sí de lo que brota por aceptación consciente después. Esos pecados raíz son las “enfermedades” que no son de muerte, sino que Dios las *permite* (entiéndase bien, Dios las permite, no las quiere) para que su Hijo sea glorificado por ellas. Primeramente para gloria del Hijo de Dios, el Redentor, y luego para gloria del alma que, cooperando con la Redención, entrando en el Redentor, viene a ser también glorificada en el Hijo de Dios.

El alma frecuentemente padece estas “enfermedades sin darse cuenta de donde viene su “padecimiento”, no conoce la “raíz” de su mal porque ella conscientemente no ha aceptado aquello. Pero si ella es fiel en no dejar que broten ramas de esa raíz, en el mismo momento que reconoce su “enfermedad”, un buen día viene el Redentor, arranca la raíz y se la deja ver al alma cuando ya El la tiene en sus manos; el alma entonces da gloria a Dios porque está siendo redimida.

“Señor, el que amas está enfermo”. Así debemos orar al Señor por las enfermedades del alma de nuestros hermanos, aquellos ,pecados...y defectos que vemos en ellos. Sólo Dios sabe si esa “enfermedad” es de muerte o “para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”, y con El glorificada aquella alma. Esa raíz puede permanecer mucho tiempo en el alma, el tiempo que Dios crea conveniente, de acuerdo a Su Justicia, para ejercitar al alma en la humildad, y puede ser que en esta vida no se vea libre de ella, sino en el purgatorio o en el momento de su muerte.

Jesús, “aunque oyó que estaba enfermo, permaneció en el lugar en que se hallaba dos días más”. No nos preocupemos si el Señor no acude inmediatamente a nuestra llamada para sanar a los “enfermos” que le hemos encomendado, El sabe el momento en que debe hacerlo. A nosotros nos toca orar y confiar, y esto es sincero sólo cuando domina el amor que además de orar y confiar se ofrece por aquel a quien ama el Señor: “Señor, el que amas está enfermo”.

“Los discípulos le dijeron: Rabbí, los judíos te buscan para apedrearte, ¿y de nuevo vas allá?”

Cuántas veces nosotros, por ignorancia o por un falso celo, pretendemos “defender” a Dios de los pecadores y decimos: ¡Esas almas que ofenden a Dios!, y nos ponemos contra las almas para defender a Dios, cuando lo que quiere el Señor es que confiemos en El y le encomendemos esas almas ofreciéndonos por ellas como lo hizo El por todos, para salvarlas y así ser El por ellas glorificado. Y pretendemos dar gloria a Dios “restándole la gloria” que pueden darle esas almas. No es que nosotros podamos “restar” gloria a Dios, pero sí podemos contribuir,- con nuestro ofrecimiento y entrega, a llevar más almas a su gloria y, al no hacerlo, estamos, en cierta forma, “restándole” esa gloria.

“Respondió Jesús: ¿No son doce las horas del día? Si alguno camina durante el día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza porque no hay luz en él. Esto dijo, y después añadió: Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarle. Dijéronle entonces los discípulos: Señor, si duerme, sanará. Hablaba Jesús de su muerte, y ellos pensaron que hablaba del descanso del sueño. Entonces les dijo Jesús claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos allá.”

“¿No son doce las horas del día?” ¿No estamos, por ventura, viviendo el tiempo de la Misericordia de Dios y tenemos la Redención abierta, que es luz para las almas? ¿No es Cristo, el Verbo de Dios, la luz para iluminar en las tinieblas de esas almas que nosotros juzgamos “pecadores”? ¿No es El la Resurrección y la Vida? ¿Por qué, pues, no aprovechamos mientras es de día, el tiempo de la Luz, para llevar *con nuestra fe y nuestra entrega incondicional a Dios*, la redención a esas almas que vemos esclavizadas todavía por el espíritu del mundo? Aprovechemos mientras hay luz y es de día, porque cuando vengan “las tinieblas” y con ellas la noche, nada podremos hacer ni por ellos ni por nosotros mismos y se nos pedirá cuenta por lo que pudimos hacer y no lo hicimos.

Aunque nos parezca que los pecados, “enfermedades” de aquellos, son de muerte no debemos pensar por eso que no será eficaz nuestro sacrificio.

“Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis.”

“...me alegro de no haber estado allí”; puede tratarse de un alma que blasfeme y diga que no cree en el Hijo de Dios, sólo el mismo Dios sabe hasta donde es responsable esta alma de su “incredulidad”. “El que amas está enfermo”. Dios ama a todas las almas, porque fueron creadas por El a Su imagen, para recibir también Su semejanza. El alma, usando mal su libertad, puede “echar fuera” por el pecado a su Redentor, pero El siempre estará dispuesto a volver en el momento que el alma le abra las puertas; con nuestras oraciones y sacrificio propio podemos tocar esa “puerta” del alma para que su libertad abra a Dios: “Me alegro de no haber estado allí para que creáis”, para que creamos en el poder de la oración, que la puerta no fue abierta desde adentro, porque allí no estaba Cristo, sino el “enemigo” y nosotros con nuestras oraciones,

desde afuera la hicimos abrir y Cristo, Vida del alma, entró y sacó al enemigo, la “muerte”. Esta es la mejor ayuda que podemos dar a nuestro prójimo: orar y ofrecernos a Dios en el cumplimiento de Su Voluntad, como lo hizo nuestro Redentor, para que las gracias merecidas por El desciendan hasta nuestro prójimo y así le ayudemos a entrar en la Redención; todo lo demás vendrá por añadidura, si esto lo hacemos de verdad y no es una ilusión teórica, solamente de palabras.

“Dijo, pues, Tomás, llamado Dídimo, a los compañeros: Vamos también nosotros a morir con El.”

Por nuestra compenetración con Cristo, por el cumplimiento de la Voluntad del Padre, nos sentiremos inflamados en su mismo amor por las almas, y diremos como Tomás: “Vamos también nosotros a morir con El”. Jesús, para devolver la vida a Lázaro estaba exponiendo su vida: “Señor, los judíos te buscan para apedrearte, ¿y de nuevo vas allá?” “Nadie ama más que aquel que da la vida por el que ama”. Así como Jesucristo dio la vida por nosotros para salvarnos, así nosotros debemos dar la vida por Cristo, para contribuir a la salvación de nuestros hermanos, y para completar lo que falta en nosotros de su Pasión.

“Fue, pues, Jesús y se encontró con que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Estaba Betania cerca de Jerusalén, como unos quince estadios, y muchos judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano. Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; pero María se quedó sentada en casa. Dijo, pues, Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará. Díjole Jesús: Resucitará tu hermano. Marta le dijo: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Díjole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para

siempre. ¿Crees tú esto? Díjole ella: Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo.”

“Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; pero María se quedó sentada en casa.”

He ahí el AMOR actuando distintamente en cada miembro del Cuerpo Místico. No importa cuál sea esa actitud externa, lo importante es la unión en el AMOR, “¡Dios es AMOR!”

Marta es aquella alma que se siente impulsada desde adentro a salir al encuentro del Señor – va a orar a una iglesia, va a hacer una obra cualquiera de apostolado con las almas, etc. – , va a exponer al Señor su necesidad, este es un caso que ella cree perdido, sin embargo confía: “Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará”. Así debe ser nuestra fe en Cristo, sincera y confiada, porque cuanto El pida al Padre, el Padre se lo otorgará. Pero no olvidemos que el Hijo jamás pedirá al Padre algo que vaya contra Su Voluntad, así nosotros, para ser escuchados por Jesús debemos hacer como El en nuestras oraciones: “Padre, si es posible... pero no se haga mi voluntad, sino, la tuya”.

El Padre necesita también de nuestra fe en su Hijo para otorgarnos la gracia: “Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano”. “Si hubieras estado aquí”, el alma sabe porque tiene fe, que Jesús todo lo puede. Es la fe del intercesor la que hará que Jesús realice el milagro: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá... ¿Crees tú esto? Sí, Señor, yo creo...”

“María se quedó sentada en casa”; es el alma a quien el AMOR la impulsa a ir “adentro”, allí encuentra también al Señor, y después, cuando El la llame irá también como su hermana; todo a su tiempo y ordenado por el AMOR, que es

el Espíritu de Jesús, porque sólo El sabe el puesto que debe ocupar cada miembro en el Cuerpo Místico, y mientras unos cumplen una misión otros desempeñan otra.

“Diciendo esto, se fue y llamó a María, su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está ahí y te llama. Cuando oyó esto, se levantó al instante y se fue a El, pues aún no había entrado Jesús en Ta aldea, sino que se hallaba aún en el sitio donde le había encontrado Marta. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, viendo que María se levantaba con prisa y salía, la siguieron, pensando que iba al monumento para llorar allí.”

“Diciendo esto se fue y llamó a María, su hermana”, he ahí lo que hace la unión de las almas en el AMOR, el Espíritu Santo: Dios se comunica no sólo directamente a sus almas, sino que se sirve de una para comunicar su Voluntad a otra: “El Maestro está ahí y te llama”.

María no duda porque ella estaba unida en el mismo Espíritu con su hermana. “Cuando oyó esto, se levantó al instante y se fue a El”. Así se atiende al llamado del Señor, “al instante”, porque si nos retrasamos puede ser que no le encontremos allí. Y María podía haber expuesto una razón muy humana para no ir inmediatamente, como se suele hacer corrientemente: No puedo ir ahora porque debo atender a estos “hermanos” que me han venido a dar el pésame, sería falta de “caridad” y dar un mal ejemplo...

“Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, viendo que María se levantaba con prisa y salía, la siguieron”. He ahí lo que debería llamarse “buena educación” y “buen ejemplo”: Dar el primer lugar a Dios, atendiendo a El antes que a los hombres. Pero esto es muy sutil, no se trata de ver a Dios mediante nuestros razonamientos faltos de fe, sino que debemos obrar impulsados por una fe viva y operante,

desechando esos razonamientos faltos de fe en el Dios vivo, que obra en todo momento y en Ja forma que a El le place.

Es el mejor ejemplo y el mayor bien que puede hacer un alma con las personas que aprecia: Proporcionarles la ocasión de cooperar en el cumplimiento de la Voluntad de Dios, que sería ir las introduciendo en la Redención, poniéndolas frente al Redentor: “Viendo que María se levantaba con prisa y salía, la siguieron”, y éstos fueron testigos del milagro, “muchos de los judíos que habían venido a María y vieron lo que había hecho, creyeron en El”.

“Así que María llegó donde Jesús estaba, viéndole, se echó a sus pies, diciendo: Señor, si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano.”

“Viéndola Jesús llorar, y que lloraban también los judíos que venían con ella, se conmovió hondamente y se turbó, y dijo: ¿Dónde le habéis puesto? Dijéronle: Señor, ven y ve. Lloró Jesús, y los judíos decían: ¡Cómo le amaba! Algunos de ellos dijeron: ¿No pudo éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese?”

“... viéndole, se echó a sus pies”, esta alma no tiene ningún respeto humano, ella hace lo que le impulsa el Amor, está frente al Hijo de Dios, ¿qué puede importarle lo que piensen los hombres? Y hace su confesión de fe y de amor anegada en lágrimas, como una fuente que el dolor hace brotar de su corazón. ¡Cuan sinceras debieron ser estas lágrimas para “turbar” el corazón del Hijo de Dios! “Viéndola Jesús llorar... se conmovió hondamente y se turbó”. Esta es la oración sin palabras que conmueve el corazón de Dios, aquella que brota de un amor profundo y sincero; las almas que, como María lo dan todo al AMOR, alcanzan todo de Dios. En sus desvíos esta mujer era igual, eran “desvíos”, pero la impulsaba un amor verdadero, amor que se había mezclado con la carne,

pero que no se “corrompió” con la carne.

“Y los judíos decían: ¡Cómo le amaba!” María, con su fe ardiente como su amor, llevó a aquellos, que venían a consolarla a ella, el mayor consuelo que puede tener una criatura: asomarse al Corazón de Jesús, que es todo amor. “¡Cómo le amaba!” Era esto mucho más de lo que ellos esperaban de Aquel que había abierto los ojos a un ciego de nacimiento: “¿No pudo éste que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese?” El amor de Jesús por sus amigos había abierto los ojos de aquellos judíos que habían venido a María, otros se endurecieron y fueron a los fariseos.

Los judíos, amigos de María, fueron a darle el pésame por un muerto y ella los puso frente a la Resurrección y la Vida. Podemos de esto sacar otro ejemplo: No sabemos nunca de qué medios se puede valer Dios para encontrarse con las almas. “Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios”; la enfermedad, muerte y sufrimientos de unos, pueden resucitar a muchas almas.

También puede un “enfermo”, un pecador, ser instrumento para llevar la Vida a muchos “muertos” que caminan y parece que “viven” pero están más muertos que el “enfermo”.

“Ven y ve” le dijeron a Jesús, cuando preguntó dónde habían puesto al muerto. Así debemos hacer nosotros con nuestros pecados, aunque Dios los conoce. El quiere que se los mostremos nosotros mismos: “¿Dónde le habéis puesto? Dijéronle: Señor, ven y ve”. Aquel que sabía dónde estaba el alma del muerto, ¿no iba a saber dónde estaba el cuerpo?

“Jesús, otra vez conmovido en su interior, ¡legó al monumento, que era una cueva tapada con una piedra. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Díjole Marta, la hermana del muerto: Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios? Quitaron,

pues, la piedra, y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean que tú me has enviado. Diciendo esto, gritó con fuerte voz: Lázaro, sal fuera. Salió el muerto, ligado con fajas pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Saltadle y dejadle ir.”

El monumento donde estaba el muerto era una cueva tapada con una piedra. Así han hecho con la Iglesia de Cristo, han usado “la piedra” para tapar a muchos muertos, y a Ella, a la Esposa del Cordero, la tienen atada de pies y manos y el rostro cubierto con un sudario para que no se conozca su pureza y se descubran los muertos que se escudan tras ella. ¿Es que Jesús, que resucitó al amigo, va a dejar morir a la Esposa? “Señor, ya hiede”, pues son muchos los muertos que se escudan tras ella. El Esposo sabe lo que hace: “¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios” y también la gloria de la Esposa?

Cuando menos pensemos vendrá el Señor y dirá con fuerte voz: “¡Quitad la piedra!” y a la Esposa: “Sal fuera”. Muchos muertos resucitarán y muchos enfermos sanarán, pero otros para servir a Satanás se levantarán.

“Padre, te doy gracias porque me has escuchado; Yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre – que me espera – lo digo para que crean que tú me has enviado” y me enviarás de nuevo.

Hay muertos que están escondidos en “monumentos” por fuera muy limpios y brillantes, personas que, teniendo muerta el alma, porque carecen de fe en la Palabra de Dios, parece que tienen mucha vida espiritual; sólo Dios y las almas a quienes El se lo revela *para que se ofrezcan* por la salvación de esas almas, conocen de tantos muertos que andan por la

calle y viven dentro de la iglesia sin participar de su Espíritu.

El monumento donde estaba el muerto era una cueva tapada con una piedra. Cristo vino para dar VIDA a las almas, El es la Resurrección, pero NECESITA de almas como Marta y María que, amando a “sus hermanos” muertos, y amando aún más al Maestro le “obliguen” con su fe, amor y confianza, a ir al “sepulcro” donde se esconde el muerto. Necesita también de “alguien” que cumpla su orden cuando diga: “Quitad la piedra”. Pero muchas veces cuando la Resurrección y la Vida está a las puertas de un alma y Dios da la orden de quitar la piedra, entonces se ven sus pecados y se dan cuenta de que “hiede”, y cuando debían quitar las vendas al muerto para que pueda quedar libre y caminar todos se espantan de él y lo dejan morir de nuevo asfixiado: “Salió el muerto, ligado con fajas pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. “Jesús les dijo: Soltadle y dejadle ir”.. En el Cuerpo Místico hay quienes deben cumplir esta misión de quitar la piedra – dar oportunidad a las almas para que confiesen a Dios sus pecados – y soltar las vendas del muerto para que pueda caminar – darle la absolución y ayudar a las almas a ir hacia Dios: “Cuanto atares... y cuanto desatares... será desatado en los cielos” – . Pero muchas veces esa misión no se cumple hasta el fin por miedo a contaminarse con el muerto o por escrúpulo a la fetidez de éste: “Ya hiede...”

El Señor nos da un ejemplo de cómo debemos dar gracias a Dios, aun sin haber visto todavía el milagro realizado: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado”.

“Muchos de los judíos que habían venido a María y vieron lo que había hecho, creyeron en El, pero algunos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús.”

He aquí otra actitud que solemos tomar cuando nos creemos que pertenecemos ya al Cuerpo Místico de Jesucristo:

“Muchos de los judíos vieron lo que había hecho y creyeron en El”, esos buscaban a Dios y le encontraron, encontraron la “piedra” para “edificar”; si trabajan, pertenecerán al Cuerpo Místico. “Pero algunos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús”; estos son los curiosos de las cosas de Dios, pero que andan buscándose, a sí mismos, sin “encontrarse” con su alma, porque lo que les interesa es saber, conocer mucho para transmitirlo a otros y que aquellos sepan que “sabe” y “conoce”. Estos buscándose a sí mismos encuentran en el Hijo de Dios la piedra de tropiezo. Dificilmente llegan a pertenecer de verdad al Cuerpo Místico, no tienen base para “edificar”, en lugar de “construir” con “la piedra” la usan para pedestal de ellos mismos y no hacen más que tropezar con ella.

“Convocaron entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos una reunión, y dijeron: ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. “

Estas son aquellas personas que teniendo en sus manos la “autoridad”, el poder, usan de ese “poder” que les ha dado Dios, para defender sus propios intereses disfrazados de celo por la patria o por las cosas de Dios: “nuestro lugar santo”, “nuestra nación”; a esos no les importan para nada las almas, sino aquello que les produce un beneficio propio. “¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en El”; A ellos no les interesa lo que hace aquella persona, si va en beneficio o perjuicio de las almas, lo que les preocupa es que ellos pueden perder “su prestigio”: “Todos creerán en El”, y con el “prestigio” perder también sus intereses: “Y vendrán los romanos y destruirán nuestra nación y nuestro lugar santo”.

Estos son los hombres “conocedores del bien y del mal”,

que pretenden ser “como Dios”, y no solamente juzgan de aquello que está sucediendo en el momento presente, sino que prevean las consecuencias y el futuro: “vendrán los romanos” y “destruirán nuestro lugar santo”; y para evitar lo que ellos han previsto “evidente” declaran la muerte del ÚNICO que podía salvar de manos del “enemigo” la nación y el lugar santo y las almas de ellos mismos. Ellos mismos realizan aquello que pretendían “evitar”.

Este hecho nos da un ejemplo para medir hasta donde nos pueden llevar nuestros propios razonamientos y previsión.

“Uno de ellos, Caifas, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ¿no comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo, y no que perezca todo el pueblo?”

“Uno de ellos, Caifas, que era sumo sacerdote aquel año...” Son como esos “sumos sacerdotes”, “pontífices”, que, como Caifas viven más en el mundo que en Dios y que por ser “pontífice”, cabeza de la autoridad, les da Dios el conocimiento de lo que sucederá dentro de “sus términos” o ministerio, pero ellos interpretando las cosas de acuerdo al espíritu del mundo que les domina, realizan la voluntad del contrario, creyendo que están haciendo la Voluntad de Dios; así como Caifas que, habiendo recibido el conocimiento de lo que iba a suceder se hizo él mismo autor de aquello, creyendo que prestaba un servicio a Dios crucificando a su Hijo.

“Vosotros no sabéis nada...” He ahí el mal, éste se cree que por ser pontífice lo sabe todo y no tiene la humildad para preguntar al Señor o esperar que Dios le de a conocer Su voluntad. Es el pecado de Lucifer, cuando Dios le dio a conocer la Obra de la Creación quiso él realizar lo que correspondía a Dios. Esta es la “ceguera” del poder. ¡Oh Justicia perfectísima de Dios! Aquellos que, eligiendo el

“poder”: “seréis como Dios, conocedores del bien y del mal” han desechado el camino del Amor: “Heme aquí, vengo a cumplir tu voluntad Dios mío”, reciben el conocimiento del poder de Dios; de aquello que realizará Su Justicia, y ellos, como buscan ser “como Dios” se hacen “instrumentos” de esa justicia, realizando aquello que Dios les ha dado a conocer: “¿No comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo, y no que perezca todo el pueblo?”

“No dijo esto de sí mismo, sino que, como era pontífice aquel año, profetizó que Jesús había -de morir por el pueblo, y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno a todos los hijos de Dios que están dispersos. Desde aquel día tomaron la resolución de matarle.”

Esta es una historia muy larga y que tuvo su principio cuando el pueblo de Dios pidió a Samuel un rey para que los gobernase como los demás pueblos, historia que se prolonga hasta nuestros días y que tendrá fin con el “hombre de iniquidad”, el Anticristo. La responsabilidad de cada uno de esos hombres que han tenido en sus manos la “autoridad” del “pueblo de Dios”, sólo Dios mismo la conoce y a nosotros no nos toca juzgar. Ha habido santos y también demonios entre ellos; son instrumentos de la Justicia de Dios y cumplen su misión dentro de la iglesia “para reunir en uno todos los hijos de Dios que están dispersos”, ese UNO es el Espíritu de Cristo Jesús. Pero eso no quiere decir que todos esos que han cumplido una misión en la iglesia sean miembros del Cuerpo Místico, lo son y serán solamente aquellos que se identifican con el Espíritu de Cristo, que es cabeza de ese Cuerpo Místico.

A cada alma no le toca más que “trabajar”, mientras queda tiempo, para llegar a esa identificación con Cristo, cumpliendo la Voluntad de Dios, y esto será una realidad si procede en todos sus actos con rectitud de conciencia y pureza de

corazón.

Cuando estos hombres, instrumentos de la Justicia de Dios, reciben el conocimiento de aquello que, por Justicia permitirá El, Dios espera su decisión para que ellos, libremente elijan la VOLUNTAD o la PERMISIÓN Divina, de acuerdo al espíritu a que pertenecen. Si se han identificado con Cristo cumplirán Su Voluntad; pero si están identificados con el “espíritu del mundo” serán instrumentos de la PERMISIÓN de Dios y El les dará el poder para realizar la misión que han elegido, de acuerdo a Su Justicia: “Desde aquél día tomaron la resolución de matarle”.

Y ahora podemos decir: “por su espíritu les conoceréis”. Si están más en el mundo que en Dios, si su vida tiende más hacia “fuera” que hacia “dentro” ya sabemos con cuál espíritu se han identificado y qué misión están cumpliendo. Estar en Dios es tener los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo.

“Jesús, pues, ya no andaba en público entre los judíos; antes se fue a una región próxima al desierto, a una ciudad llamada Efraim, y allí moraba con los discípulos. Estaba próxima la pascua de los judíos, y muchos subían del campo a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse. Buscaban, pues, a Jesús y unos a otros se decían en el templo: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta? Pues los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes para que, si alguno supiese dónde estaba, lo indicase, a fin de echarle mano.”

Al alma que vive en esa identificación con Cristo no le toma desprevenida ninguna persecución, pues Dios mismo la prepara fortaleciéndola en el retiro y la oración, para cuando llegue el momento de dar con su “vida” o con su “muerte” el testimonio de “hijo de Dios”. “Jesús ya no andaba en público entre los judíos; antes se fue a una región próxima al desier-

to”.

“Muchos subían del campo a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse.”

Para que el alma pueda dar un testimonio verdadero de “hijo de Dios” tiene que estar purificada de todo contacto con el “espíritu del mundo”, y esto se logra en el retiro y la oración en su templo interior, es allí, en el silencio y la oración, donde el alma se encuentra con su Redentor, quien la acompañará en el cumplimiento de la Voluntad del Padre, que está en los cielos. Sin El nada podrá hacer el alma por mucho que se proponga.

“¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?” La “fiesta” que prepara Dios al alma que cumple Su Voluntad es el encuentro con su Hijo en la cruz. Si ella acepta la “invitación” verá la Resurrección y la Vida: Es el encuentro de la esposa, el alma; con Cristo, el Esposo.

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?...”

CAPITULO VII

EL PASTOR Y EL REBAÑO

(Jn. 10, 1-42)

“En verdad, en verdad os digo que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador; pero el que entra por la puerta, ése es pastor de las ovejas.”

La puerta en el aprisco de las ovejas es el alma, el aprisco es el “mundo de las almas”, la vida espiritual; las ovejas son las personas.

“El que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas”; el que no entra por las almas para salvarlas, sino que se queda con las personas “ése es ladrón y salteador”, porque lo que viene es a robar lo que esa persona debe darle a Dios, porque a El le pertenece su amor y también su libertad y el tiempo que debe dedicar a Dios y no a los hombres; pero el que entra por el alma, para salvarlas, “ése es pastor de las ovejas”, porque las conducirá al Amo, que es Dios, no apropiándose nada de esa alma, dejándola libre para caminar hacia la casa del Amo de las ovejas; él solamente la dirige cuando ve que se puede extraviar.

“A éste le abre el portero, y las ovejas oyen su voz., y llama a sus ovejas por su nombre, y las saca afuera; y cuando las ha sacado todas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz; pero no seguirán al extraño, antes huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Les dijo esta semejanza; pero no entendieron qué era lo que les hablaba.”

A ese que “entra” por el alma de las personas que dirige, le abre el portero, que es el Espíritu Santo – esa participación

del espíritu del bien que hay en cada alma – “y las ovejas oyen su voz”, porque el mismo Espíritu las comunica con el alma del pastor, “y las llama por su nombre”, porque conoce cuál es la dirección que necesita cada alma para seguir el camino recto. “Y las saca afuera”, porque las saca del “espíritu del mundo”, “y las ovejas le siguen” porque él con su vida les va dando ejemplo, por eso conocen su voz y saben que lo que les dice es la verdad que él mismo vive. “Pero no seguirán al extraño”, porque no han visto su ejemplo, por eso huirán de él, porque no conocen la voz, el espíritu de los extraños.

“Les dijo esta semejanza; pero no entendieron qué era lo que hablaba”. Los apóstoles no entendían el sentido de estas palabras porque el Espíritu Santo no les había dado la luz para entenderlas, y aún después que Jesús les dio una explicación más clara tampoco entendieron lo más profundo de su sentido, porque estas cosas estaban “reservadas” para esta época, que es la plenitud del espíritu, y ellos estaban viviendo en una época o un mundo más humano que espiritual.

“Yo soy la puerta de las ovejas; todos cuantos han venido eran ladrones y salteadores; pero las ovejas no los oyeron. Yo soy la puerta; el que por mí entrare se salvará, y entrará y saldrá y hallará pasto. El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante.”

Jesús es la puerta de las ovejas porque El es la vida del alma la cual fue creada a Su imagen. Todos cuantos han venido antes eran ladrones y salteadores porque no buscaban la salvación de las almas, y esto no porque todos fueran malos y hayan querido “robar”, sino porque la “puerta” no había sido abierta todavía, las almas estaban “cerradas”, porque no había venido Cristo a abrirlas con la Redención; por esto “las ovejas no los oyeron”. Después de la Redención quedaron

“abiertas” las almas y el mismo Cristo es la puerta: “Yo soy la puerta de las ovejas”. Estando la puerta abierta, el pastor que no entra por. Cristo a las almas es también “salteador” y “ladrón”, éstos con una responsabilidad que no tenían aquéllos que vinieron antes de la Redención.

“Yo soy la puerta; el que por mí entrare se salvará, entrará y saldrá y hallará pasto”. El pastor que entrare por la puerta, Cristo, se salvará él y entrará a las almas y saldrá y hallará pasto, porque en cada alma que dirige encontrará una enseñanza, “pasto” para él mismo alimentar su vida espiritual; es el comercio divino de las ajinas en el Espíritu Santo: nadie da que no reciba.

“El ladrón”, aquel que pretende entrar a las almas sin haber entrado él en Cristo, “no viene sino para robar, matar y destruir”, porque esos, estando con el “espíritu del mundo”, son instrumentos inconscientes del “enemigo”, quien los usará como carnada para robar el amor de esas almas que pertenecen a Dios, matar la fe en ellas llevándolas por un camino de razonamientos propios, y destruir su conciencia haciendo que se dirijan por la conciencia de otros y no presten cuidado a la propia conciencia.

“Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante”. Cristo ha venido para que las almas tengan su misma vida, y la tengan abundante, eterna; y lo que sostiene la vida de las almas en este mundo es el amor y la fe dirigidos por una conciencia recta, que es seguir la “voz de Dios”.

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas; el asalariado, el que no es pastor dueño de las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas, y huye, y el lobo arrebatada y dispersa las ovejas, porque es asalariado y no le da cuidado de las ovejas. Yo soy el buen pastor y conozco a las mías, y las mías me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo

conozco a mi Padre, y pongo mi vida por las ovejas.”

Cristo es el buen pastor y único modelo para los pastores que El pone en su rebaño. El buen pastor es aquel que, identificándose con Cristo, da su vida para que el mismo Cristo viva en él cumpliendo la voluntad del Padre, que está en los cielos.

El “asalariado” no puede ser pastor porque ése está pendiente de su salario, de todas las cosas temporales y no se identifica con Dios, que es el dueño de las ovejas; y ve venir al lobo, el enemigo de las almas, y deja las ovejas y huye, porque le interesa sólo su propia conveniencia, y viene el “enemigo” en cualquier forma – puede ser una persecución o tentaciones fuertes para el alma, que pondrán en peligro o en duda al mismo pastor – y arrebatan y dispersan las ovejas, porque al asalariado no le da cuidado de las almas y si ve en peligro sus intereses (honra, fama, nombre, gloria humana, etc.) deja las ovejas para salvar “sus intereses”. Ese “salario” el mismo “enemigo” se lo está dando para qué, cuidando del “salario” abandonen las almas, y ellos no saben que es también el precio de su propia alma. ¡Qué sorpresa van a llevar cuando vean el día del juicio que pertenecen al “ladrón” y no al Señor! Y más fino aún trabaja el “enemigo” haciendo ver tanto a los “pastores” como a las “ovejas” que deben ver a Cristo en las almas y no a las almas en Cristo, para que no entrando por la “puerta” sino que subiendo por otra parte introduzcan al ladrón. El pastor y también las ovejas que esto hacen son “salteadores y ladrones” porque “saltando” introducen al “ladrón”, que es Satanás.

“Yo soy el buen pastor y conozco a las mías...” Sólo Cristo conoce cuáles son las ovejas que no se han vendido al ladrón, y el buen pastor que, identificado con Cristo, cuida su rebaño no tiene peligro de caer en terrenos del “enemigo” porque él conoce a Cristo como Cristo conoce al Padre y Cristo le

conoce y le da á conocer sus ovejas y las ovejas le conocen también a él; porque como Cristo dio la vida por las almas así el “buen pastor” ha entregado su vida a Cristo para las almas: “Como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre, y pongo mi vida por las ovejas”.

“Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor.

Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido.”

“Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga”. Aquel aprisco eran los judíos y Cristo tenía que recoger sus otras ovejas, los gentiles; y aquellas que son suyas oirán su voz y Le seguirán, entonces habrá un solo rebaño, porque los reunirá a todos en un solo aprisco y El mismo será su Pastor.

“Por esto el Padre me ama porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo”. Jesús ha dado su vida para abrir con ella la “puerta” y el “camino” de las ovejas hacia el Padre y luego tomar su vida de nuevo. Por eso el Padre le ama, porque El libremente dio su vida para salvar las ovejas de su Padre; no que los hombres por el pecado, ni el “enemigo”, espíritu del mal, le hayan vencido, porque El tenía libertad y poder para darla, como tiene poder para volver a tomarla, y así vendrá de nuevo a reunir a sus ovejas para llevarlas al Padre. Esa es la voluntad del Padre y por 'amor al Padre lo hace, y también por amor a las almas que el Padre le ha entregado: “Tal es el mandato que del Padre he recibido”.

“Y habrá un solo rebaño y un solo pastor”, porque las reunirá todas en un único aprisco: Un solo “Cuerpo” y El

mismo será su Pastor, porque como la cabeza dirige los miembros del cuerpo así dirigirá Cristo a las almas.

“Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo”. Cristo dio su vida a las almas – que por el pecado habían perdido la vida – . “Este es mi cuerpo”, cada alma es como una partícula de la Hostia inmaculada, que al hacerse “hostia” retorna a la Hostia, Cristo. Cuando todas esas partículas, las almas que pertenecen a Cristo, retornen a la Hostia, entonces será el fin. Serán las bodas del Esposo, Cristo, con la Esposa, la Iglesia.

“Porque yo doy mi vida para tornarla de nuevo”: Un solo Cuerpo, Cristo; una sola Vida, la vida del Padre – porque Cristo y el Padre son una sola cosa – . Un solo Espíritu, el Espíritu Santo. ¡Esa es la Iglesia y la Trinidad en la tierra! “Yo conozco mis ovejas, y las mías me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre, y pongo mi vida por las ovejas”.

“Otra vez, se suscitó desacuerdo entre los judíos a propósito de estos razonamientos. Pues muchos de ellos decían: está endemoniado, ha perdido el juicio: ¿por qué le escucháis? Otros decían: Estas palabras no son de un endemoniado, ni el demonio puede abrir los ojos a los ciegos.”

El espíritu del mal pone en desacuerdo a las almas para turbarlas con sus razonamientos y que no puedan ver la luz de la verdad, y esto no solamente en desacuerdo unos con otros, sino dentro de nosotros mismos turbando la conciencia, quitando la armonía que debe existir entre la razón y la conciencia; entonces se debe prescindir de la razón para someterse a la suprema Razón: Dios.

“Se suscitó desacuerdo entre los judíos a propósito de estos razonamientos”. Esta es obra del espíritu del Mal, lo hizo cuando Jesús hablaba a los judíos, lo ha hecho con aquellos

que han predicado *con pureza* la palabra de Dios, y así lo hará ahora con estas “aclaraciones” que está haciendo él Señor de su Evangelio, Aquellos que están ya identificados con el “Mal” por el “espíritu del mundo”, no podrán soportar la pureza de estas “aclaraciones” y muchos de ellos dirán, de los que las den a conocer; lo mismo que decían de Jesús: “Está endemoniado, ha perdido el juicio”. Y dirán a las almas que no deben escucharlos y hasta dirán que éste no es el Evangelio verdadero, sino aquel que ellos predicán a su manera, conforme con el espíritu del mundo. No les interesa que escuchen la pureza de la doctrina porque temen que siendo descubierta la verdad las almas vean la luz y les dejen solos.

Aquellos que puedan escuchar todavía la verdad y tengan la humildad de reconocer el error en que “hemos” estado recibirán la luz y comprenderán que no son cosas de endemoniados, porque el demonio no puede dar “LUZ” a las almas, aunque se puede presentar como ángel de luz ante las personas, pero esa no es luz que ilumina el alma; podrá, cuando Dios le dé poder al “hombre de iniquidad”, abrir los ojos del cuerpo para ver las cosas de la carne y del mundo, para sorprender a las almas que han perdido la fe, pero no podrá jamás abrir “los ojos” del alma. “Por sus frutos los conoceréis”. Los milagros que hizo Jesús todos se dirigían a la salud del alma, aunque se hubieran realizado también en el cuerpo. Lo podemos comprobar por el ciego de nacimiento a quien Jesús abrió los ojos; era más potente la luz del espíritu que la de sus ojos de carne, en el testimonio que dio ante los fariseos no titubeó ni un momento, en cambio no se fijó en la persona de Aquél que le abrió los ojos: “Ese hombre llamado Jesús”, no da más detalles de la persona, pero cuando tiene que darlos del espíritu lo hace con ardor: “Eso es de maravillar, que vosotros no sepáis de dónde viene, habiéndome abierto a mí los ojos. Sabido es que Dios no oye a los pecadores; pero si

uno es piadoso y hace su voluntad, a ése le escucha. Jamás se oyó decir que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, no podía hacer nada.”

“Se celebraba entonces en Jerusalén la Dedicación; era invierno, y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón. Le rodearon, pues, los judíos, y le decían: ‘Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si eres el Mesías, dínoslo claramente. Respondióles Jesús: Os lo dije y no lo creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis; porque no sois de mis ovejas.’”

Sucede así con las almas que no se deciden a regir sus actos por la voz de su conciencia, nunca están seguras si será esa la voz de Dios. Ellas desean “dedicarse” a la vida del espíritu, pero no reciben el fuego del Espíritu y permanecen frías e indecisas; “se celebraba entonces en Jerusalén la dedicación”; en Jerusalén estaba el templo de Dios, el cuerpo es el templo donde habita el alma que desea dedicarse a Dios. “Era invierno, y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón”; el alma está fría, – era invierno – y Jesús en ella se pasea por el “pórtico” de su conciencia para ver si le reconoce como su Salvador y le sigue, dejándose dirigir por El, pero esas almas, corrió los judíos de entonces, no confían en El porque les falta fe y quisieran ver algo tangible que las convenza: “¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si eres el Mesías dínoslo claramente”. Y” se preguntan a sí mismas y también a los hombres y a Dios: ¿No me equivocaré siguiendo esa “voz” interior? ¿Y si no es de Dios y me equivoco? Y toman esta resolución: Mejor es dirigirme por otros que “saben más que yo”, y creen que esto es humildad, cuando lo que les falta es fe y confianza en Dios. “Respondióles Jesús: Os lo dije y no lo creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí”. Y Jesús responde

repetiendo en su conciencia lo mismo y no creen. ¿No están viendo que ella no les manda hacer más que el bien y les reprocha el mal que hacen? ¿No les dice esto que eso no puede venir del diablo, sino de Dios? Pero es que esas almas lo que buscan es satisfacer su egoísmo y por eso van buscando quien les diga lo que a ellas les agradaría hacer y que su conciencia les reprocha: “Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis; porque no sois de mis ovejas”; porque esas almas no buscan a Cristo, sino que viven buscándose a sí mismas, por eso no son de sus ovejas y van por otros caminos a manos del ladrón.

“Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y ellas me siguen; y yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa.”

“Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco y ellas me siguen...” Las almas que buscan con sinceridad a Dios oyen la voz de Jesús en sus conciencias y le siguen con fe y confianza. Sólo píos conoce cada alma y sabe cómo dirigirla hasta darle la vida eterna.

El alma que obra con rectitud de conciencia, aunque se equivoque y caiga en el error “no parecerá para siempre”, porque nadie puede hacerle ir contra la voz de su conciencia que la sostiene y para ella es mejor que todo, porque es lo único que le da verdadera paz, por eso nada ni nadie podrá desviar del todo a esas almas porque están sostenidas por la mano de Dios y nadie puede arrebatar nada de su mano, porque todo el que se rige *por conciencia* esta siguiendo a Cristo, que es una sola cosa con el Padre, pues la vida de Cristo y la vida del Padre es una sola cosa, porque el Padre le ha dado su misma Vida: “Lo que el Padre me dio es mejor que todo”, y esa es la vida que Cristo vino a traer a sus ovejas.

“De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearle, Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre, por cual de ellas me apedreáis? Respondieronle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tu, siendo hombre, te haces Dios.”

Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre, por cual de ellas me apedreáis?” Esas almas que se buscan a si mismas y no a Dios, cuando el Señor les reprocha en su conciencia las obras que han hecho llevadas por su egoísmo lo que hacen es “apedrearle” buscando razones que justifiquen sus obras atribuyendolas al mismo Dios para reafirmarse en ellos mismos y dicen que Dios lo quiso así. Y piensan que es soberbia dirigirse por la propia conciencia y que es algo así como un “blasfemia” pretender que Dios nos pueda dirigir de ese modo: “Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tu, siendo hombre, te haces Dios”. Y el “enemigo” que es el que dirige a las almas a “si mismas” – porque el si sabe que la conciencia es la voz de Dios (para el alma recta) y quien la sigue no puede pertenecerle – , pone a esas almas frente a otros que la apoyan diciendole que no debe confiar en esa “voz” interior y que es mas perfecto regirse por la conciencia de otros, “que saben mas”; cada alma “sabe” lo que Dios le pide.

“Jesús les replicó: ¿No esta escrito en vuestra Ley: 'Yo digo: Dioses sois? Si llama dioses a aquellos a quienes que dirigida la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar, {de Aquel a quien el Padre santifico y envió al mundo decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios? ”

Esta escrito que la Ley fue dada por Dios a los hombres, lo mismo que la “Revelación”, antes que viniese en carne el Hijo de Dios; como recibieron los Patriarcas y Profetas esa palabra de Dios sino por medio de su conciencia? Siendo Dios Espíritu puro y no habiendo venido todavía con su cuerpo su

Hijo a este mundo para Su manifestación a los hombres, como podían verlo y escucharle los hombres si no vivían con rectitud de conciencia? Y que Dios hablo a Adán, Moisés, Abraham y todos los profetas es verdad y porque la Escritura no puede fallar, porque es obra del Espíritu Santo. Cuanto mas ahora, habiendo tornado carne el Verbo de Dios para manifestarse a los hombres y recibiendo nosotros su cuerpo y su sangre, es santificada la conciencia por la gracia recibida. Y dicen los hombres que no se deben regir las almas por su propia conciencia? Pero si pueden dirigirse por la conciencia de otros, ¿no puede el otro equivocarse también? ¿O es que Dios dirige a unos y a otros no?

Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creáis a mi, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre esta en mi y yo en el Padre. De nuevo buscaban cogerle, pero El se deslizo de entre sus manos.”

Tanto el alma que se dirige por conciencia como aquellos que dirigen al alma deben *observar sus obras*, si estas van en provecho del alma y acrecientan en ella las virtudes, especialmente amor, humildad y fe, no hay duda que alii esta Dios “obrando”: “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creáis a mi, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre esta en mi y yo en el Padre”.

Pero si el alma, aun, viendo los efectos que produce aquella dirección de su conciencia, sigue dudando y no confía que es de Dios, entonces dejara de escuchar esa “voz”, porque Dios no le hablara, y cuando quiera saber que dice su conciencia no le responderá: “De nuevo buscaban cogerle, pero El se deslizo de entre sus manos”.

Eso es lo que esta pasando hoy en la inmensa mayor|a de las

almas, y por eso el mundo va como nave sin timón y la humanidad se encuentra toda descarriada como ovejas sin pastor. Han vivido del lado de afuera y han dejado “oxidar” su conciencia, se ha cerrado la puerta y no pueden entrar ellos mismos a su alma, para encontrarse con Dios.

“Partió de nuevo al otro lado del Jordán, al sitio en que Juan había bautizado la primera vez, y permaneció allí. Muchos venían a El y decían: Juan no hizo milagro alguno, pero todas cuantas casas dijo Juan de este eran verdaderas. Y muchos allí creyeron en El.”

“Partió de nuevo al otro lado del Jordán, al sitio en que Juan había bautizado la primera vez, y permaneció allí. Muchos venían a El y decían: Juan no hizo milagro alguno, pero todas cuantas cosas dijo Juan de éste eran verdaderas. Y muchos allí creyeron en El.”

“Partió de nuevo al otro lado del Jordán, al sitio en que Juan había bautizado la primera vez, y permaneció allí”. Cristo pasó a los “gentiles”, pero no todos le han recibido, ha sido rechazado por la inmensa mayoría y muchos de ellos “bautizados”. Partirá de nuevo al lugar de donde vino, “al sitio en que Juan había bautizado la primera vez”, y permanecerá allí con las ovejas que han escuchado su voz y le siguen. Y muchos de los que creyeron en “Juan” creerán en El por el testimonio que *con su vida* darán los nuevos apóstoles: “Juan no hizo milagro alguno, pero todas cuantas cosas dijo Juan de éste eran verdaderas. Y muchos allí creyeron en El”.

Y de nuevo será predicado el Evangelio en el mundo con estas “aclaraciones” y muchas almas creerán por la pureza del mensaje y de los mensajeros y harán penitencia y Cristo se hará sentir en sus conciencias y permanecerá con ellos, y no necesitarán que nadie les enseñe. Esos no esperarán ver milagro alguno para creer, porque serán guiados por una fe

viva y operante.

Los apóstoles de los últimos tiempos y los buenos pastores serán “Precursores” del reino de Dios (su manifestación en la tierra). Ellos no convencerán por la elocuencia de la palabra, sino por el ejemplo de su vida. “Y muchos creyeron”, porque verán que ellos *viven* lo que predicán.

CAPITULO VIII

EL ADMINISTRADOR INFIEL

(Lc. 16, 1-5)

“Decía a los discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, el cual fue acusado de disiparle la hacienda. Llamóle, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo de ti? Da cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir de mayordomo.”

El hombre rico es Cristo, la hacienda es la Iglesia y el mayordomo es “el Papa”, desde San Pedro hasta el último que ejercerá la “mayordomía” administrando el “poder”, la autoridad que el Señor dio a Pedro.

Este “administrador infiel” representa a aquellos que han desempeñado su “mayordomía” en beneficio propio y no en beneficio de las almas, que es la “hacienda”, los intereses del amo. Estos son aquellos que, como dice el Señor, “han usado la autoridad de Pedro viviendo al margen de la vida de Pedro” y no se han identificado con Cristo como se identificó el apóstol.

“Llamóle, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo de ti?” Todas las almas que aman a Cristo y a su Iglesia han presentado sus quejas al Señor por esta mala administración; lo mismo que han hecho los santos y los mártires: “¿Hasta cuándo. Señor, Santo, Verdadero, no juzgarás y vengarás nuestra sangre en los que moran sobre la tierra?” (Apoc. 6, 10). “Fue acusado de disiparle la hacienda”.

El Señor tiene su día y su hora para poner fin a estas transgresiones y pedirá cuenta a esos que han “disipado su hacienda”, el espíritu de la Iglesia:

“Da cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir de mayordomo”. Porque el mismo Señor, dueño de la hacienda, el Espíritu Santo vendrá a regir a las almas y no necesitará de mayordomo alguno.

“Y se dijo para sí el mayordomo: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la mayordomía? Cavar no puedo, mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que he de hacer para que cuando me destituya de la mayordomía me reciban en sus casas. Llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? El dijo: Cien batos de aceite. Y le dijo: Toma tu caución, siéntate al instante y escribe cincuenta. Luego dijo a otro: ¿Y tú, cuánto debes? El dijo: Cien coros de trigo. Díjole: Toma tu caución y escribe ochenta.”

Estos hombres que representan al “administrador infiel” pertenecen más a las tinieblas que a la luz, y ellos han ido poco a poco disipando el verdadero espíritu en la Iglesia condescendiendo con el “espíritu del inundo” para que el mundo los aprecie; y esto lo hacen con el pretexto de “ganar las almas” y lo que quieren es ganarse al mundo, de tal forma que la iglesia es una potencia más dentro del mundo, cuando Jesús dijo: “Vosotros no sois del mundo”.

Y esta “mundanización” llegará a su plenitud en “los últimos tiempos” – y ya lo estamos viendo –, cuando con pretexto de la “unión de los cristianos” llegarán a un relajamiento, tan en conformidad con el mundo, que la cruz, la oración y el sacrificio de la propia personalidad será un escándalo para ellos. No se hablará más que de actividad, haciendo muchas obras para asentarse en el mundo y reafirmar la propia personalidad.

“Ya sé lo que he de hacer para que cuando me destituya de la mayordomía me reciban en sus casas. Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto

debes a mi amo? El dijo: Cien batos de aceite. Y le dijo: Toma tu caución, siéntate al instante y escribe cincuenta. Luego dijo a otro: ¿Y tú, cuánto debes? El dijo: Cien coros de trigo Díjole: Toma tu caución, siéntate al instante y escribe ochenta”. El aceite significa la oración, que es el amor de Dios. El trigo significa el sacrificio propio. “Y llamando a cada uno de los deudores de su amo”, desde los obispos hasta la última alma de la iglesia, les restó la deuda que deben pagar a la Justicia Divina para alcanzar su propia redención: la *oración* y el *sacrificio* propio. El espíritu del “Mal”, que es el autor *consciente* de esto, sabe lo que hace: quitar la oración, que es la manifestación directa del amor del alma a Dios, y el sacrificio propio, es mundanizar la iglesia, poniendo así a las almas a su alcance dirigiéndolas unas hacia otras con el engaño de que deben ver a Cristo en el prójimo.

“El amo alabó al mayordomo infiel de haber obrado industriosamente, pues los hijos de este siglo son más avisados en el trato con los suyos que los hijos de la luz.”

“El amo alabó al mayordomo infiel por haber obrado industriosamente”, porque esos usan el “poder” que les ha dado Dios para poner a las almas en *poder de* aquel a quien sirven, el “príncipe de este mundo”. “Pues los hijos de este siglo son más avisados en el trato con los suyos que los hijos de la luz”. Porque “los hijos de la luz” que se encuentran trabajando *por necesidad* dentro del mundo no saben aprovechar ese contacto que tienen con las almas que están en ese ambiente para sacarlas del “espíritu del mundo” y llevarlas a Dios con su ejemplo y sus palabras. Y al contrario, por respeto humano, les secundan a aquéllos... Y aquellos que dentro de la iglesia participan de ese “prestigio” con el mundo, que han ganado los administradores infieles, podrían usar de él para llevar la luz de la verdad a las almas que están en el error dentro del mundo, pensando que la Iglesia de

Cristo y el “mundo” es la misma cosa. Y oí “mayordomo” que, siendo “hijo de la luz” V no de las tinieblas como el “mayordomo infiel”, no use de ese “prestigio” y “poder” que tiene en el mundo para llevar la luz a todas las almas, sacando de la iglesia ese “espíritu del mundo”, no está administrando con fidelidad los bienes del Amo, y a este también severas reprensiones hará el Amo, porque conociendo el mal debe cortar lo podrido para que no se corrompa todo el cuerpo.

“Y yo os digo: Con las riquezas injustas, haceos amigos, para que, cuando éstas fallen, os reciban en los eternos tabernáculos. El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho; y el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho.”

“Con las riquezas injustas”, con ese “por der temporal”, prestigio y riquezas mundañas que han llevado a la iglesia los que han obrado injustamente, “haceos amigos”, usando de ellas para la santificación de las almas, dando a conocer la *verdad y viviendo* lo poco que queda del espíritu del Evangelio, que perdiendo por esto el aprecio del mundo ganaréis el de Dios: “Para qué cuando éstas falten, os reciban en los eternos tabernáculos”. Que si es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho.

“Y el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho”. No es una justificación, para dejar las cosas como están, decir el Papa que ha encontrado la iglesia “mundanizada”, pues si no aprovecha el poco espíritu que queda en ella, tampoco lo haría si hubiera mucho: “El que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho”.

“Si vosotros, pues, no sois fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las riquezas verdaderas? Y si en lo ajeno no sois fieles, ¿quién os dará lo vuestro? Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá al uno y

amará al otro, o se allegará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.”

Si teniendo en sus manos “las riquezas injustas” no las aprovecha para hacer obras de justicia, “¿quién os confiará las riquezas verdaderas? Y si en lo ajeno no sois líeles, ¿quién os dará lo vuestro?” Porque si administrando “lo ajeno”, aquello que pertenece al “espíritu del mundo”, no muestra su fidelidad a Dios, ¿cómo le va a dar Dios a administrar sus cosas? “Pues ningún criado puede servir a dos señores” y si está sirviendo al “contrario”, que es el “espíritu del mundo”, es porque se ha pasado a él y ya no pertenece a Dios: “Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá al uno y amará al otro o se allegará al uno y menospreciará al otro”. El que sirve al “espíritu del mundo” amará la comodidad y los halagos del mundo, buscando ser apreciado por él, y aborrecerá la cruz y el sacrificio, que es “anonadamiento”. No se puede servir a Cristo y compartir con el “espíritu del mundo”. “No se puede servir a Dios y a las riquezas” de este mundo.

“Adúlteros, ¿no sabéis que el amor del mundo es enemigo de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.” (Sant. 4, 4),

EL RICO EPULÓN Y EL POBRE LÁZARO

(Lc. 16, 19-31)

“Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino y celebraba cada día esplendidos banquetes. Un pobre, de nombre Lázaro, estaba echado en su portal, cubierto de úlceras, y deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico; hasta los perros venían a lamerle las úlceras.”

Este hombre rico que vestía de púrpura y lino y celebraba cada día esplendidos banquetes representa a aquellos que,

siguiendo el ejemplo del “administrador infiel”, viven para el mundo en convivencia con su espíritu y no se preocupan de la salud de las almas.

El pobre, de nombre Lázaro, representa a todos los pecadores que por no tener quien vea por sus almas, se encuentran cubiertos con las úlceras de sus pecados, mientras sus almas “hambrientas” de la gracia esperan quien las alimente con los sacramentos.

Pero estos sacerdotes, obispos y cardenales, que siguen el ejemplo del “administrador infiel”, son ricos en dones de Dios por el poder que les ha dado: tienen la gracia de celebrar cada día el espléndido banquete de la Eucaristía oficiando la Santa Misa, y no se identifican con esta gracia inmensa que íes fue dada para salvación de las almas, sino que permanecen ajenos al Espíritu de la Víctima Inmaculada, e identificándose con el “espíritu del mundo” no se cuidan de esos pobres pecadores que, como *Lázaro*, “están echados en su portal” fuera de la iglesia, por estar en “pecado mortal”, y sus almas desean hartarse de las “migajas” de las gracias que ellos desprecian: “Deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico; hasta los perros venían a lamerle las úlceras”; hasta los mismos pecadores que han perdido la “razón”, el conocimiento del bien y del mal, tienen más compasión de su persona que ellos de sus almas.

“Sucedió, pues, que murió el pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y -fue sepultado. En el infierno, en medio de los tormentos, levantó sus ojos y vio a Abraham desde lejos y a Lázaro en su seno. Y, gritando, dijo: Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que, con la punta del dedo mojada en agua, refresque mi lengua, porque estoy atormentado en estas llamas.”

Dios, en su misericordia infinita, dará salud a esos “enfermos” que son inconscientes del mal, y pedirá cuenta a aquéllos, que, teniendo el remedio en sus manos, nada hicieron por sanarlos. Y se van a llevar la gran sorpresa cuando vean a muchos de estos pecadores, libres de sus pecados, en el reino de Dios, mientras ellos estarán en el infierno, porque a quien mucho se le ha dado, mucho se le exigirá. “En el infierno, en medio de los tormentos, levantó sus ojos y vio a Abraham desde lejos y a *Lázaro* en su seno. Y, gritando, dijo: Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a *Lázaro para* que, con la punta del dedo mojada en agua, refresque mi lengua, porque estoy atormentado en estas llamas”.

Sentirán el tormento del fuego eterno en sus lenguas por las palabras de absolución que dejaron de pronunciar para “desatar”, liberar, a esos que estaban atados al “enemigo” por el pecado.

“Padre Abraham, ten piedad de mí...” ése se imaginó que, por la circuncisión de la carne ya era hijo de Abraham y podía entrar en su seno, así como se imaginan hoy que por haber recibido el bautismo pertenecen a Cristo, son hijos de Dios y están en el “seno de la Iglesia”, aunque no cumplan la voluntad de Dios.

“Dijo Abraham: Hijo, acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males. Además, entre nosotros y vosotros hay un gran abismo, de manera que los que quieran atravesar de aquí a vosotros no pueden, ni tampoco pasar de ahí a nosotros.”

Esas almas que han recibido tantas gracias de Dios en este mundo y no llegaron a identificarse con los padecimientos de Cris-lo, que es entrar en la Redención para ser redimidos de sus pecados, tendrán que escuchar de Dios las palabras que

dijo Abraham al rico epulón: “Hijo, acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males”. Estos “ricos” en gracias de Dios, despreciando las riquezas eternas viven disfrutando de los bienes temporales y apreciados por el mundo: mientras los “pobres” en gracias, sufren las consecuencias de sus pecados, y a fuerza de sufrimientos van haciendo penitencia, sin saberlo, y se ven libres de culpa. Es la infinita Misericordia de Dios que sale al encuentro de todas las almas y sólo aquellas que *conscientemente* le rechazan no reciben la redención de sus pecados. En el reino de Dios vamos a ver a muchos de esos que viven perseguidos por la justicia y la sociedad. No porque lo que ellos hacen esté bien hecho, sino porque el sufrimiento que padecen en esta “persecución” los lleva a la redención, aunque tengan que pasar por un largo purgatorio. Estos podrían llamarse “enfermos de nacimiento”, no conocen la salud, por eso no son responsables de no haber buscado al médico y el remedio para sus “enfermedades”. También para estos puede ser la Bienaventuranza de los que padecen persecución. Su ignorancia los introduce en la Misericordia: “Lázaro recibió males, y ahora él es aquí consolado y tú eres atormentado”.

“Ademas, entre vosotros y nosotros hay un gran abismo”; como el abismo que hay entre la gloria y el infierno es el que existe entre el “espíritu del mundo” y el Espíritu de Cristo, de manera que los que *estando en Cristo*, identificados con El, quisieran atravesar de Cristo al mundo no podrían, porque se les hace *imposible* a su espíritu; y de igual manera a los que están identificados con el “espíritu del mundo” se les hará imposible participar del Espíritu de Cristo.

“Y dijo: Te ruego, padre, que siquiera le envíes a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta, a fin de que no vengan también ellos a este lugar de tormento. Y dijo Abraham: Tienen a Moisés y a los Profetas,

que los escuchen. El dijo: No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos fuese a ellos, harían penitencia. Y le dijo: Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se dejarán persuadir si un muerto resucita.”

Estos “ministros del Señor” que no cumplen fielmente su ministerio porque, *despreciando la gracia* aman más las cosas temporales que la vida eterna, no tienen disculpa ante Dios, porque ellos conocen la vida de la gracia y lo que les falta es fe: “Tienen a Moisés y a los Profetas, que los escuchen”.

Si posible fuera a un condenado desear el bien para otro y quisiera, como dice la parábola, uno de esos que están en el infierno mandar a avisar a éstos, Dios les diría más de lo que dijo Abraham al rico Epulón:

Ademas de Moisés y los Profetas tienen la pureza de las Escrituras en el Evangelio, tienen el ejemplo de los santos y los mensajes del Hijo de Dios y su Madre, que durante veinte siglos vienen repitiendo lo mismo. Aún viniendo Cristo resucitado, en persona, no los llegaría a convencer, porque se han endurecido sus corazones y se han cerrado los ojos para no ver ni entender las cosas del Espíritu, porque amándose a sí mismos se han identificado con el mundo y se han .hecho una sola cosa con su espíritu.

EL FARISEO Y EL PUBLICANO

(Lc. 18, 9-14)

“Dijo también esta parábola a algunos que confiaban mucho en sí mismos, teniéndose por justos, y despreciaban a los demás : Dos hombres subieron al templo a orar, el uno fariseo, el otro publicano. El fariseo, en pie, oraba para sí de esta manera: ¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni como este

publicano. Ayuno dos veces en la semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo. El publicano se quedó allá lejos y ni se atrevía a levantar los ojos al cielo, y hería su pecho, diciendo: ¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador! Os digo que bajó éste justificado a su casa y no aquél. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.”

Este fariseo representa a todas esas almas apegadas a sí mismas, que se ensoberbecen con las gracias que les da Dios, y desprecian a aquellos que no han recibido las mismas gracias que ellos: “¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo”.

¡Cuántas..veces hemos visto a personas religiosas asumir la misma actitud del fariseo y expresarse en la misma forma que éste: Nosotros hemos sido elegidos por Dios, lo hemos dejado todo por El, vivimos una vida de sacrificio y tenemos votos de pobreza, obediencia y castidad; no como las personas que están en el mundo viviendo una vida regalada ofendiendo a Dios. Nosotros confesamos cada semana y todos los días recibimos la Santa Comunión! Y con esto sé creen tener el reino de Dios asegurado.

Estas almas han hecho de la gracia un “pedestal” para elevarse sobre las demás personas, y son ellas las que hieren más el Corazón de Dios por no haber comprendido su “llamada” que es el “anonadamiento”, al contrario, dan con su orgullo un mal ejemplo a aquellas almas que van buscando entre ellas a Dios; siendo motivo de escándalo para el mundo. Son instrumentos inconscientes del “enemigo”, más apegadas a sí mismas que muchas, almas que viven dentro del mundo, que no habiendo recibido las gracias que recibieron éstas son más humildes y cooperan al mínimo de gracias que reciben. Y como el publicano se consideran indignas y no se atreven

ni a levantar sus ojos al cielo, pensando que ellos no merecen el reino de Dios, porque son pecadores, aunque estén en gracia de Dios y comulguen con frecuencia. A ellos no les parece esta gracia una garantía, sino una responsabilidad, y nunca les parece suficiente lo que hacen.

“El publicano se quedó allá lejos”, así estas almas eligen los últimos puestos en la iglesia, y no se atreven a levantar sus ojos al Señor: “¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador!”.

“Os digo que bajó éste justificado a su casa y no aquél. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.”

CAPITULO IX

AVISOS DIVERSOS Y ADVERTENCIAS

ADVERTENCIA A LOS DISCÍPULOS

(Lc. 12, 1-12)

“Entre tanto, se fue juntando la muchedumbre por millares, hasta el punto de pisarse unos a otros, y comenzó El a decir a sus discípulos: Ante todo guardaos del fermento de los fariseos, que es la hipocresía, pues nada hay oculto que no haya de descubrirse, y nada escondido que no llegue a saberse.”

Los discípulos de Cristo ante todo deben ser muy sinceros consigo mismos y con las demás personas también: “Ante todo, guardaos del fermento de los fariseos, que es la hipocresía”; por mucho que quiera una persona aparentar una piedad, o vida espiritual, o virtudes que no tiene, tarde o temprano se conocerá la verdad, pues nada hay oculto que no haya de descubrirse y nada escondido que no llegue a saberse”. Aunque se puede engañar a los hombres, a Dios no se le engaña y El hará manifiestas las obras de todos para que sean conocidas por los hombres, pues Dios no trabaja escondido, sino que sus obras permanecen “escondidas” para aquellos que no tienen abiertos los ojos del alma, porque Dios es espíritu y no puede ser visto por la “carne”, pero cuando se quiten los “velos” El mismo dará a conocer lo que es suyo y lo que han hecho los hombres en su nombre, desde las cosas más pequeñas hasta lo más grande será descubierto a la luz de la verdad.

“Por esto, todo lo que decís en las tinieblas 'será oído en la luz, y lo que habláis al oído en vuestros aposentos será pregonado desde los terrados.” ;

Por esto todas nuestras palabras y nuestras obras deben ser pronunciadas y hechas a la luz de la verdad que vemos y no en las tinieblas de la mentira, la hipocresía y el error para que, cuando sean manifestadas por Dios al mundo, no nos sintamos avergonzados de lo que hemos hecho; porque aunque los hombres ahora no conozcan la pureza de nuestras intenciones, palabras y actos, Dios lo conoce y El lo dará a conocer a todo el mundo cuando sea manifestado lo “escondido”: “Y lo que habláis al oído en vuestros aposentos será pregonado desde los terrados”. Ese será el comienzo de la Justicia de Dios, cuando El envíe a sus ángeles y mensajeros pregonando la verdad muchos simulacros de la verdad serán descubiertos y se verá la “desnudez” de todas las cosas. Entonces conoceremos, como dice la Escritura: Cuan distintos son los caminos de los hombres de los caminos de Dios. (Is. 55, 8).

“A vosotros, mis amigos, os digo: No temáis a los que matan el cuerpo y después de esto no tienen ya más que hacer. Yo os mostraré a quién habéis de temer; temed al que, después de haber dado la muerte, tiene poder para echar en la gehenna. Sí, yo os digo que temáis a ése. ¿No se venden cinco pájaros por dos ases? Y, sin embargo, ni uno de ellos está en olvido ante Dios. Aun hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados todos. No temáis; vosotros valéis más que muchos pájaros.”

“A vosotros, mis amigos, os digo: No temáis a los que matan el cuerpo y después de esto no tienen ya más que hacer”. Las almas que viven para Dios solo, no tienen para qué temer a los hombres, pues ellos nada les pueden hacer, a lo más que pueden llegar, si Dios se lo permite, es a quitarles la vida del cuerpo, pero sus almas vivirán para Dios eternamente. Sólo un temor deben tener, el temor de ofender a Dios; sólo El puede además de dar la muerte del cuerpo echar el alma en el fuego eterno: “Sí, yo os digo que temáis a ése”.

Pues El es justo y si el alma usando mal su libertad se hace merecedora del fuego de la gehenna, que es el infierno, por justicia allí la echará para siempre.

Y digo que no tienen por qué temer “las almas que viven para Dios sólo”, porque es inútil decirle esto a los que no se han decidido por Dios, porque esos dan más valor a lo temporal que a lo eterno y viven temerosos de perder las cosas temporales poniendo en peligro lo único eterno que tienen, su alma.

“¿No se venden cinco pájaros por dos ases? Y, sin embargo, ni uno de ellos está en olvido ante Dios”. Si a los pájaros que no tienen valor eterno, porque no les dio Dios un alma inmortal, los toma en cuenta Dios y no se le pasa desapercibido ni uno de ellos, cuánto más de los hombres que tienen alma inmortal creada a Su imagen, está pendiente Dios hasta del más insignificante de sus actos; pues El conoce todos sus movimientos e intenciones porque penetra hasta lo más profundo de su ser donde el mismo hombre no puede llegar, así como no podría contar los cabellos de su cabeza, y Dios, sin embargo, los conoce uno a uno: “Aun hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados”.

“Yo os digo: A quien me confesaré delante de los hombres, el Hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios. El que me negare delante de los hombres, será negado ante los ángeles de Dios.”

Confesar a Cristo delante de los hombres es proceder sin ningún respeto humano obrando con la mirada y el corazón puestos en Dios, que es obrar con rectitud de conciencia y pureza de corazón. Aunque los hombres se escandalicen, y juzguen mal nuestras obras, porque no las comprenden, debemos ser fieles a Dios siguiendo la voz de la conciencia: “A quien me confesare delante de los hombres. El Hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios”. A ese

que procede con rectitud de conciencia y pureza de corazón, mirando a Dios y no a los hombres, nada malo puede sucederle a su alma, porque los ángeles de Dios serán sus custodios ya que Cristo les dará a conocer que esa alma Le pertenece. Pero quien deje su conciencia por estar en conformidad con el parecer de los hombres, su alma corre peligro porque no será custodiado por los ángeles de Dios, sino por los espíritus que vagan por el mundo, pues procede de acuerdo al mundo y por justicia recibe la “custodia” de esos y no de los ángeles de Dios.

“A quien dijere una palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado. Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o qué habéis de responder o decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que habéis de decir.”

Si una persona, por ignorancia, hablare contra Jesús, el Hijo del hombre, eso le será perdonado. Pero el que, conociendo en la luz del Espíritu lo que le pide su conciencia, blasfemare contra ella desobedeciéndola, no le será perdonado, porque ha resistido al Espíritu Santo. Igualmente el que *conociendo* que una persona está hablando o actuando movida por el Espíritu Santo y por *conveniencia* con el mundo se ponga contra aquella persona, está contra el Espíritu Santo y no le será perdonado, pues ya eso es una injuria, una blasfemia contra el Espíritu. “El que blasfemare contra el Espíritu Santo no le será perdonado”.

La persona que obra con rectitud de conciencia, iluminada esta por el Espíritu, no puede temer a los hombres por mucha autoridad y poder que estos tengan, pues está actuando delante de Dios; tampoco debe pedir consejo de hombres ni pensar en lo que debe decir cuando sea interrogada por los

hombres, pues el mismo Espíritu Santo pondrá en su boca las palabras que debe decir en cada momento. “Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o qué habéis de responder o decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que habéis de decir”.

CUIDADO CON LA AVARICIA

(Lc. 12, 13-21)

“Díjole uno de la muchedumbre: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. El le respondió: Pero, hombre, ¿quién me ha constituido juez o partidario entre vosotros? Les dijo: Mirad de guardaros de toda avaricia, porque, aunque se tenga mucho, no está la vida en la hacienda.”

Es un gravísimo error pensar que Cristo está mezclado en nuestros intereses materiales: “Pero, hombre, ¿quién me ha constituido juez o partidario entre vosotros?” A Cristo le interesa *solamente el alma y aquello que puede servir en provecho de ella*. El nos proporcionará siempre lo necesario para sustentar el cuerpo que guarda esa alma, como el joyero que cuida el estuche que guarda una joya por el valor de la joya, pero no por el estuche. A Dios no le importa que nosotros tengamos *muchos* o *pocos* bienes materiales, lo que a El le importa es el uso que nosotros damos a esos bienes y a la consecución de ellos para la salvación del alma: “Mirad de guardaros de la avaricia, porque, aunque se tenga mucho, no está la vida en la hacienda”. Lo malo es cuando se pone “la vida” en la hacienda y no se usa “la hacienda” para la vida. Hay personas muy pobres, que carecen hasta de lo *“necesario”*, es porque sus corazones están llenos de avaricia, pues si no fueran avaros tendrían lo necesario; si Dios permite que les falte aún eso es porque, teniendo más, perderían el alma; el no

tener es una gracia en este caso.

Existen otros que teniendo “demasiado” siempre les parece que no tienen lo suficiente, estos tampoco tienen “lo necesario”, porque son avaros y no se conforman con nada. No está la vida en la hacienda ni en la falta de hacienda tampoco, sino en la *pobreza de espíritu*, que es el desprendimiento propio, que tiene como consecuencia el desprendimiento de todas las cosas. Estos tienen siempre “lo necesario” y no carecen de nada, ellos jamás rogarán al Señor porque les conceda los bienes materiales, porque se sienten siempre satisfechos con lo que tienen, si es mucho o poco. Si tienen mucha hacienda es porque la han ganado pensando que era su deber trabajar mucho y con rectitud de conciencia lo han adquirido. Cuando Dios se lo pida estarán dispuestos a dejarlo. Si tienen poco es porque, aunque hayan trabajado mucho sólo han ganado para vivir y a ellos les parece suficiente porque su conciencia no les pide otra cosa. Pero no así aquellos otros que tienen mucha hacienda obrando por “conveniencia”, porque siendo avaros y obrando injustamente mucho han ahorrado, poniendo su corazón en los bienes de este mundo. Y también aquellos otros que, por vivir disolutamente o por no querer trabajar se encuentran sin hacienda. Porque como dicen las Escrituras: “Buena es la riqueza sin pecado, y mala la pobreza, castigo de la soberbia” (Eclo. 13, 30).

“Y les dijo una parábola. Había un hombre rico, cuyas tierras le dieron gran cosecha. Comenzó él a pensar dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo dónde encerrar mi cosecha? Y dijo: Ya sé lo que voy a hacer: demoleré mis graneros y los haré más grandes, y almacenaré en ellos todo mi grano y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, regálate. Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo que has «cumulado, ¿para

quién será? Así será el que atesora para sí y no es rico ante Dios.”

Este hombre rico es como esos “avaros” que hemos dicho antes, que se preocupan de acumular riquezas y nunca les parece suficiente, unos dicen que para asegurar la vejez: “Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, regálate”. Otros dicen que deben “ahorrar” para dejar un “porvenir” a sus hijos. Unos y otros son avaros en sus corazones; confían en sí mismos y no en Dios: “Insensato, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo que has acumulado, ¿para quién será?” “El hombre tacaño, ¿para qué quiere la riqueza?, y al avaro, ¿de qué le sirve el oro?” (Eclo. 14, 3).

Y aquellos que han pensado dejar “un porvenir” material a sus hijos y no se ocuparon de darles buenos ejemplos y enseñarles a vivir cristianamente, tendrán un purgatorio doble viendo lo que hacen sus hijos con los bienes que les han dejado; entonces se darán cuenta del mal que les han hecho, porque teniendo esos bienes materiales no tienen siquiera el sufrimiento que les proporcionaría la carencia de esos bienes para aprovecharlos en la salud de sus almas. Si estos muertos pudieran hablar, veríamos cuan diferentes se ven las cosas de este mundo desde la eternidad.

“Así será el que atesora para sí y no es rico ante Dios”. Puede haber muchos ricos en bienes materiales que son también “ricos” ante Dios. Y muchos pobres en bienes materiales que carecen de las riquezas eternas. Porque aquéllos a medida que traban por las riquezas de este mundo van haciendo obras de justicia; obrando con rectitud de conciencia son instrumentos de Dios en este mundo, porque de ellos se sirve Dios para favorecer a muchas almas, todas aquellas que de una forma u otra se cruzan en su vida, bien sea empleados suyos o patronos, amigos y hasta enemi-

gos; en los poderes públicos, la iglesia, su propia familia y la sociedad. En su trabajo estos se van identificando con Dios por sus obras sin que ellos mismos se den cuenta: “Ganarás el pan con el sudor de tu rostro”, ese “sudor” de su rostro no es más que la “purificación” que se va realizando por medio del “trabajo” que se hace siguiendo la voz de su conciencia. No importa la clase de trabajo, lo importante es la “purificación del espíritu” y ésta se realiza siempre que se obre guiados por la conciencia, el cumplimiento del deber. No sucede lo mismo con el trabajo realizado por “conveniencia”, aunque sude mucho el rostro y el cuerpo también para ganar algo más que el pan de cada día. “El que ama el oro no vivirá en justicia, y el que se va tras el dinero pecará por conseguirlo” (Eclo. 31, 5).

De esto, ya que es *conciencia*, nadie puede juzgar del otro; cada uno sabe ante Dios y su conciencia en qué posición se encuentra y qué es lo que debe enmendar, pues nunca es tarde para corregir el mal, y si se ha cometido un error por ignorancia, tendrá la humildad para reconocerlo y emprender un nuevo camino, siendo muy meritorio este acto de humildad ante Dios.

CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA

(Lc. 12, 22-34)

“Dijo a sus discípulos: Por esto os digo: No os preocupéis de vuestra vida, por lo que habéis de comer, ni de vuestro cuerpo por lo que habéis de vestir, porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido.”

No todos pueden comprender esto, sino aquellos a quienes Dios les da la gracia para creer en el amor de un Padre que es capaz de hacer por los hombres lo mismo que hace con las aves del cielo y los lirios del campo. Aquellos que todavía se preocupan por la vida del cuerpo, la salud, la comida, el techo

y el vestido, es preferible que confiesen con humildad que no han recibido esta gracia todavía y no que se pongan a dar explicaciones que están fuera de la verdad; pues, de esto les va a pedir cuenta el Señor, que no se la hubiera pedido por no haber vivido “la gracia” que El no les ha dado, porque nadie puede vivirlo si no tiene la gracia. Esa “vivencia” es una consecuencia de esta gracia y Dios la da a quien quiere y cuando quiere.

“Mirad a los cuervos, que ni hacen sementera ni cosecha, que no tienen ni despensa ni granero, y Dios los alimenta: ¿cuánto más valéis vosotros que un ave? ¿Quién de vosotros, a fuerza de cavilar, puede añadir un codo a su estatura? Si, pues, no podéis ni lo menos, ¿por qué preocuparos de lo más? Mirad los lirios, cómo crecen; ni trabajan, ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, así la viste Dios, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?”

Las palabras del Hijo de Dios están medidas, no hay una de más ni una de menos, como El lo dijo así es y no como pretenden acomodarlo los hombres cambiando el sentido de sus palabras: “Mirad a los cuervos que ni hacen sementera ni cosecha, que no tienen ni despensa ni granero”. Los hombres creen que pueden tener “despensas y graneros”, provisiones de comida acumuladas y porque “no hacen sementera ni cosecha”, porque no trabajan para adquirirlas, que están viviendo como las aves y los lirios del campo. Al tener “despensa y granero”, provisiones acumuladas para mañana, es porque no han recibido la gracia para *vivir* de la fe en la providencia del Padre que alimenta a las aves del cielo y viste a los lirios del campo: “Si, pues, no podéis ni lo menos, ¿por qué preocuparos de lo más?” Lo primero que hace “esa gracia” es dar la “impotencia” para *hacer* y también “impoten-

cia” para preocuparse de la comida, el vestido y todo lo demás, *es un “no-vivir”* más que el minuto presente. Esta es la gracia, lo demás es una consecuencia.

Pensar que las personas que esto viven han elegido un camino más cómodo es no haber comprendido el modo de obrar de Dios. A esas personas les sería más cómodo trabajar para asegurarse el pan, techo y vestido cada día, que vivir en el vacío pendiendo de un hilo invisible que se llama: Voluntad de Dios. No quiere decir que estas personas vivan ociosas y no trabajen. Trabajan a veces mucho más de lo que trabajaban cuando tenían que ganar el pan con el sudor de su frente. Entonces estaban sujetas a un horario de trabajo y tenían sus horas y días de descanso. En este nuevo “trabajo” no hay vacaciones de horas ni mucho menos de días. El Patrón que ahora tienen no conoce lo que es “descansar” – en el sentido que descansan los hombres – , pues El mismo está “trabajando” continuamente y ellos con El deben también trabajar y para recibir sus órdenes deben permanecer en vela constante, pues cualquier descuido puede costarles la vida, ya que si pierden el “hilo” que les sostiene van a dar en el vacío.

“Si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, así la viste Dios, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?” Es la fe, una fe viva, la que opera el milagro para ver el trabajo que realiza la mano del Padre “vistiendo” y “alimentando” a aquellos que han recibido la gracia de la “impotencia” para alimentarse y vestirse por sus propias manos.

“No andéis buscando qué comeréis y qué beberéis, y no andéis ansiosos, porque todas estas cosas las buscan las gentes del mundo, pero vuestro Padre sabe que tenéis de ellas necesidad. Vosotros buscad su reino, y lodo eso se os dará por añadidura. No temas, rebañito mío, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino. Vended vuestros bienes

y dadlos en limosna; haceos bolsas que no se gastan, un tesoro inagotable en los cielos, adonde ni el ladrón llega ni la polilla roe; porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.”

“No andéis buscando qué comeréis y qué beberéis, y no andéis ansiosos”. A medida que se es fiel a la gracia *permaneciendo* en la impotencia, sin violentarse por “hacer”, el alma va recibiendo una nueva gracia, que es como una seguridad *en Dios solo* para no andar buscando de *ninguna manera*, ni “trabajando”, ni “pidiendo”, ni esperando de ninguna criatura, porque sabe que Dios lo hará en el momento que El quiera y cómo quiera. Al alma sólo le corresponde ser fiel en el cumplimiento de la Voluntad de su Señor, todo lo demás vendrá por añadidura: “Vosotros buscad su reino, y todo lo demás vendrá por añadidura”. Pero no podemos pretender la “añadidura” si estamos buscando otras cosas ajenas a “su reino”. Con esta *seguridad* en Dios desaparece toda ansiedad y el alma comienza a vivir fuera del “tiempo” participando ya en este mundo del reino de Dios, la “eternidad”, porque de allí le viene todo y hacia allá se dirige su vida: “porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón”

“Vended vuestros bienes y dadlos en limosna”. Hasta ahora estas palabras del Señor se han interpretado literalmente, pero no es así, Jesús no habló de ninguna clase de “negocios” materiales – compra o venta – ni aún para ganar el reino de los cielos. El Señor ha dicho antes: “No temas, rebañito mío, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino” y después: “Vended vuestros bienes y dadlos en limosna...” Quería decir el Señor que se *desprendieran* de los bienes materiales que comparados con el reino de Dios significan lo mismo que una limosna para un limosnero, algo ínfimo que no cubre sus necesidades: “Haceos bolsas que no se gastan, un tesoro inagotable en los cielos”, que pusieran sus corazo-

nes en las cosas eternas, “adonde ni el ladrón llega ni la polilla roe”, adonde no puede tentar el diablo ni la avaricia menoscabar el bien del alma, porque el “enemigo” no encuentra motivo para hacer caer al alma que ha puesto su corazón en Dios solo; todas las tentaciones irán siempre en provecho del alma. “Donde está vuestro tesoro allí estará vuestro corazón”. Teniendo el corazón en Dios no puede entrar en él nada que no sea Dios.

Sólo Dios sabe cuál es el “precio” de “nuestros bienes” temporales para poder adquirir los “bienes eternos”, el reino que nos dará nuestro Padre. Dejemos, pues esos bienes temporales en manos de Dios (en una total renuncia propia) y aceptemos con amor – hasta donde nos sea posible – lo que El haga de esos bienes temporales, en la con-lianza humilde de que eso, por muy absurdo que parezca, es lo *necesario* para obtener el reino de los cielos. “No temas, rebañito mío, porque vuestro Padre se ha complacido, en daros el reino”.

ESPÍRITU DE BENEVOLENCIA

(Lc., 6, 39-49)

“Les dijo también una parábola: ¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambas en el hoyo? Ningún discípulo está sobre su maestro; para ser perfecto ha de ser como su maestro. ¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermana y no adviertes la viga en el tuyo? O ¿cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame quitarte la paja que tienes en tu ojo, cuando tú no ves la viga que hay en el tuyo? Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás de quitar la paja que hay en el de tu hermano. “

”¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?”. EJ mundo no es más que eso: una procesión de ciegos guiándose unos a otros, por eso la humanidad entera va hacia el precipicio y la muerte. Hablan de paz y cada día se

acentúa más el odio entre los hombres provocando la guerra; hablan de unidad y cada vez hay más separación entre unos y otros; hablan de justicia y amor al prójimo y no se ve más que crueldad y egoísmo.

“Ningún discípulo está sobre su maestro: para ser perfecto ha de ser como su maestro”. Esta humanidad se ha olvidado del Maestro y han querido pasar por encima de El olvidándose que es Dios, creador de todas las cosas visibles e invisibles. El Hijo de Dios vino a darnos un ejemplo de vida para que la *viviera* cada uno y para eso fue escrito el Evangelio. No es como piensan los hombres, la narración de un hecho pasado, una “historia” más, que tiene la importancia de haber tenido como protagonista al Hijo de Dios y por eso nosotros la admiramos, y podemos imitar si queremos, pero que no tenemos la *obligación* de vivirla para salvarnos. *Los Evangelistas no fueron unos* hombres que quisieron dejar constancia de un hecho conocido por ellos, como pretenden hacer creer algunos escritores que se han ocupado de escribir sobre los Evangelios; esos hombres fueron “instrumentos” del Espíritu Santo y escribieron lo que el Espíritu Santo les inspiró a cada uno *para norma de vida de todas las generaciones*: “El abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho” (Jn. 14, 26), dijo Jesús a sus discípulos, y así fue, ellos *recordaron* las cosas que el Espíritu Santo *trajo a su memoria*, porque era lo que necesitarían todas las generaciones para ser salvos. Así que en los Evangelios no hay una palabra de más ni una palabra de menos, lo que no escribió un Evangelista lo escribió el otro y lo que faltó en uno fue completado por el otro. La forma de expresión es de acuerdo al “instrumento” y puede cambiar esa expresión a través del tiempo y las costumbres de cada nación, pero el sentido es uno solo para todo los tiempos, *razas o pueblos*.

Toda persona que se atreva a cambiar el sentido del Evangelio va contra el Espíritu Santo y ya sabe lo que dice el Señor de quien hablare contra el Espíritu Santo. Los hombres que no han pasado por encima del Maestro, ignorando o despreciando sus enseñanzas, han pretendido ser ellos también “maestros”; suplantando a Cristo, pretenden enseñar sin haber “recibido” ellos la lección y aquellos que recibimos la lección hacemos lo mismo que hacen ellos: Nos aprendemos de memoria la lección y nos hacemos “maestros” de otros. Solamente los santos han sido “discípulos” y se han identificado con el Maestro: “Para ser perfecto ha de ser como su maestro”, esto es, como el Maestro, Cristo, pues ningún otro es perfecto.

Hasta que no nos hagamos “discípulos” del Maestro y vivamos sus enseñanzas no nos quitaremos la “viga” que nos tiene ciegos y seguiremos dando tumbos buscando quitar la paja que tiene el otro. Si cada uno se aplicase a sí mismo las lecciones que recibe ya el mundo sería un Paraíso, porque reinaría Cristo en todas las almas. Si cada persona se propusiera ser discípulo del Maestro y enseñar solamente a su alma ni los niños necesitarían de enseñanza porque con el ejemplo aprenderían ellos también.

“Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás de quitar la paja que hay en el de tu hermano”. El que se proponga con sinceridad quitar la viga de su ojo cuando vaya a quitar la paja del ojo del hermano encontrará que ya no existe esa paja, porque mientras quitaba él la viga quitó también con su ejemplo la paja en el ojo del hermano.

Y hay una hipocresía tan fina y tan ciega que hace creer que eso de recibir las cosas para transmitir las a otros y olvidarse de sí mismo, es “caridad” y “olvido propio”; es el “yo” del pecado que hace olvidar el yo del alma para que no la libre de su yugo; es el ardid más fino del enemigo de las almas para

desviar la mirada de sus propios defectos y poder él seguir trabajando. Pensemos que cada defecto que vemos en el prójimo es un reflejo de “*nuestros defectos*” y que aquél es para nosotros como un espejo de aumento que Dios nos pone delante para que veamos lo que no podemos mirar directamente. Así nos corregiremos nosotros y corregiremos al hermano con nuestro ejemplo.

“Porque no hay árbol bueno que dé fruto malo, ni tampoco árbol malo que dé fruto bueno, pues cada árbol se conoce por su fruto; y no se cogen higos de los espinos, ni de la zarza se vendimian racimos. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón cosas buenas, y el malo saca cosas malas de su mal tesoro, pues de la abundancia del corazón habla la lengua. ¿Por que me llamáis 'Señor, Señor', y no hacéis lo que os digo?”

Muchas veces, la mayoría de ellas, los defectos que vemos en el prójimo son provocados por defectos propios, porque vemos las cosas de acuerdo a lo que somos nosotros y no de acuerdo a lo que es en realidad aquella persona: “Porque no hay árbol bueno que dé fruto malo, ni tampoco árbol malo que dé fruto bueno”. Una buena acción puede ser vista como mala si el “árbol”, la persona que ve, no tiene puro su corazón. En cambio, una persona de corazón puro, un “árbol” bueno, puede ver una acción aparentemente mala y él la ve como buena, “porque el hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas, y el malo saca cosas malas de su mal tesoro, pues de la abundancia del corazón habla la lengua”. Así que, puede ser un principio para empezar a conocernos: De acuerdo a cómo juzguemos las acciones del prójimo es lo que hay en nuestros corazones, y esto debe llevarnos *inmediatamente* a un examen sincero y humilde ante Dios para que El nos purifique. Esto tiene que ser *sincero*, no es que vamos a *aparentar* que no vemos nada malo en lo que

hacen los demás para que nos crean puros de corazón; eso sería hacer incurable el mal del cual padecemos y los engañados y perjudicados seríamos nosotros mismos. Eso sería cortar las ramas para que no se vean desde afuera, una poda que fortalecería las raíces que están adentro. Es preferible que seamos sinceros en nuestros juicios, dejándolo conocer de las otras personas, así ellos no nos tendrán por lo que no somos y nos ayudarán a intervenir con el Divino Jardinero para que venga a arrancar la raíz. Cuanto más molestas sean las/ramas”, tanto a nosotros mismos como a los que nos rodean, más pronto pedirán ellos para nosotros y nosotros mismos el auxilio divino, si hemos visto mal.

“¿Por qué me llamáis 'Señor, Señor', y no hacéis lo que os digo?”

Procuramos *vivir* cada día las enseñanzas del Señor, entonces seremos escuchados en todo lo que le pidamos de acuerdo a su Voluntad y seremos enseñados de verdad por El, porque nos tendrá por discípulos al ver que deseamos más aprender que enseñar.

“Todo el que viene a mí y oye mis palabras y las pone por obra, os diré a quién es semejante. Es semejante al hombre que, edificando una casa, cava y profundiza y cimienta sobre roca; sobreviniendo una inundación, el río va a chocar contra la casa, pero no puede con moverla, porque está bien edificada.”

Todo el que lee, escucha o percibe por su conciencia la palabra de Cristo y la pone por obra, “cava y profundiza” meditando aquello que se le comunica, es incommovible en la fe y la verdad porque está fundado en las obras y el conocimiento profundo de esa verdad que ha meditado, no en las palabras que se las lleva el viento. Aunque vengan muchas tentaciones y hasta persecuciones nada le hará flaquear porque su vida está basada en esa verdad que conoce por

práctica y no en teoría solamente. Y no sólo será inmovible desde afuera, sino ante sí mismo no se desmoralizará cuando, descubre o le descubren defectos que creyó haber superado.

“El que oye y no hace es semejante al hombre que edifica su casa sobre tierra, sin cimentar, sobre la cual choca el río, y luego se cae y viene a ser grande la ruina de aquella casa.”

El que oye o lee el Evangelio y se lo aprende de memoria para darlo a conocer a otros y no lo pone en práctica ni lo medita en su corazón, es semejante al hombre que edifica sobre arena porque no tiene fundamentos de obras y cualquier tentación o persecución o amenaza de la autoridad le hace flaquear. Estos, la autoridad, puede ser que estén cumpliendo la Voluntad de Dios para probar los “fundamentos” de aquella alma. Dios permite esto casi siempre en las almas que le pertenecen para que se vean sus obras siendo éste un testimonio que da el Hijo de Dios a aquella alma que se ha identificado con El por las obras. Esas personas que se aprenden las cosas de memoria llegan a sugestionarse creyendo que ya viven y han superado aquello que se han aprendido de memoria; y cuando alguien les hace ver la verdad, se sienten ofendidos o, cuando no son tan soberbios para sentirse ofendidos, y tienen la humildad de reconocer que todavía no conocen ni viven lo que predicán, se desmoralizan y desaniman pensando que a ellos les es imposible vivir aquello. “El que oye y no hace es semejante al hombre que edifica su casa sobre tierra, sin cimentar, sobre la cual choca el río, y luego se cae y viene a ser grande la ruina de aquella casa”.

Si tenemos la humildad de reconocer que hemos edificado muchos edificios sobre arena y dejamos que Dios los destruya antes que termine el “tiempo” y el “trabajo” y se dé fin al tiempo de la misericordia, El mismo edificará en nosotros un edificio inmovible y eterno que podremos presentar el día

de la justicia para ser confirmados en la pureza del Amor y la Verdad.

LA CALUMNIA DE LOS FARISEOS

(Mt. 12, 22-30)

“Entonces le trajeron un endemoniado ciego y mudo, y le curó, de suerte que el mudo hablaba y veía.”

“Se maravillaron todas las muchedumbres y decían: ¿No será éste el Hijo de David? Pero los fariseos, que esto oyeron, dijeron: Este no echa a los demonios sino por el poder de Beelcebul, príncipe de los demonios.”

“Entonces le trajeron un endemoniado ciego y mudo, y le curó, de suerte que el mudo hablaba y veía.”

Si nuestras “enfermedades”, esa impureza del corazón para juzgar las obras del prójimo y la “ceguera” para no ver la verdad, provienen del pecado original y no por aceptación consciente de nosotros, Cristo en cualquier momento nos librára del mal, como al endemoniado, pues ese pecado procede del espíritu del mal y en cierta forma podemos decir que estamos “endemoniados”. Lo que sí no podrá curar Cristo es la “enfermedad” de la cual padecían aquellos fariseos, la ceguera voluntaria producida por la soberbia y el orgullo. Cuando no puede entrar la humildad del reconocimiento es porque el mal se ha hecho incurable, la libertad del alma aceptando el mal se reafirma en él “yo” del pecado. Y entonces hasta las obras más puras las ven de acuerdo a lo que hay en su corazón: “Este no echa a los demonios sino en el poder de Beelcebul, príncipe de los demonios”, el demonio que tenían ellos en sus corazones lo ven en las obras de Jesús. He ahí el espejo de aumento que decíamos antes.

“Penetrando El sus pensamientos, les dijo : Todo reino en sí dividido será desolado, y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá. Si Satanás arroja a Satanás está dividido

contra sí; ¿cómo, pues, subsistirá su reino? Y si yo arrojo a los demonios con el poder de Beelcebul, ¿con qué poder los arrojan vuestros hijos? Por eso serán ellos vuestros jueces. Mas si yo arrojo a los demonios con el espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios.”

“Penetrando El sus pensamientos...” Cristo penetra nuestros pensamientos y conoce los más recónditos deseos e intenciones del alma. Si una persona desea tener obras buenas y ser de Dios y al mismo tiempo sus obras no están de acuerdo con los deseos de su corazón no hay unidad entre el “deseo” y, la “realidad”, quiere decir que “su casa” está dividida”: “Todo reino en sí dividido será desolado, y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá”. Si permanece así como está “dividida” cuando se de fin al “tiempo” y tenga que presentarse a la Justicia, no pudiendo “trabajar” ya para “reparar”, quedará “desolada”. Pero si ahora reconoce esa “división” que existe entre sus deseos y sus obras y se lo presenta así con humildad al Señor, El arrojará al espíritu del mal que no deja poner en práctica esos deseos del bien. Pero si la persona se aferra en sí misma como los fariseos de entonces, no verá la luz de la verdad que ahora mismo se le está dando a conocer y pensará que estas “aclaraciones” del Evangelio son cosas del instrumento que las escribió y no de Dios. Si no es de Dios tiene que ser del diablo, pues ningún alma puede dar nada de sí misma más que poner su libertad a disposición del Bien o del Mal, y si es del diablo podemos responder como respondió Jesús a los fariseos: Si Satanás descubre a Satanás es porque está dividido contra sí mismo, ¿cómo, pues, subsistirá su reino en las almas? Y si no subsiste su reino en las almas que se entregan a él, ¿cómo podemos decir que hay condenados en el infierno? Y si estas “aclaraciones” descubren a Satanás y sus obras y dicen de ellas que son obra del error, que es el reino de Satanás, ¿obra de quién son las palabras de esos

mismos que dicen que esto no es de Dios? Por eso sus mismas palabras los condenarán ante Dios el día del juicio, porque todo pecado les será perdonado, pero el pecado contra el Espíritu Santo no les será perdonado. Y es El quien hace estas “aclaraciones”, aunque la redacción sea del “instrumento”, para que sean descubiertas las obras del demonio, y las almas viendo la *luz* de la verdad se conviertan a Dios y puedan entrar en su reino: “Mas si yo arrojo a los demonios con el espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios.”

“Pues ¿cómo podrá entrar uno en la casa de un fuerte y arrebatarle sus enseres si no logra primero sujetar al fuerte? Ya entonces podrá saquear su casa. El que no está conmigo está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama.”

¿Cómo podrá Cristo entrar en un alma para arrebatarle sus “enseres” al enemigo si el alma no le entrega su libertad?; “¿Cómo podrá entrar uno en la casa de un fuerte y arrebatarle sus enseres si no logra primero sujetar al fuerte?” Para poder Dios sujetar al “fuerte”, que es el “enemigo”, que ha puesto en el alma sus “enseres”, sus cosas que le impiden actuar en el bien sin mezcla de mal, tiene que contar con la libertad del alma y cuanto más real e incondicional sea esta entrega más pronto podrá Cristo desalojar el mal de la casa. “El que no está conmigo está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama”. El que no está *incondicionalmente* con Cristo está ya en cierto modo contra El, y el que no coopera con El en esa obra de “desalojamiento” del mal interrumpe la obra “y el que conmigo no recoge, desparrama”.

AMENAZA CONTRA ESTA GENERACIÓN

(Mt. 12, 3845)

“Entonces le interpellaron algunos escribas y fariseos, y le

dijeron: Maestro, quisiéramos ver una señal tuya. El, respondiendo, les dijo: Esta generación mala y adúltera busca una señal, pero no les será dada más señal que la de Jonás el profeta. Porque como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra.”

“Maestro, quisiéramos una señal tuya”, así dirán muchas almas impacientes que quisieran ver en un momento la obra de limpieza realizada en ellas. Pero el Señor tiene para todo su día y su hora: al alma no le toca más que reconocer el mal, entregarlo al Señor y esperar llena de confianza y vigilante para entregarle en cada momento su libertad. Antes de quedar totalmente libre del mal para recibir la plenitud del Espíritu del Bien, que será el reino de Dios en ella, tendrá la señal de Jonás: Tendrá que pasar por la “noche oscura” y hasta le parecerá que Dios la ha abandonado; de su fe depende la duración de esa “noche oscura”. Cuando se sienta más miserable y que menos ve, es porque su redención está cerca; pues no le “será dada más señal que la dé Jonás el profeta. Porque como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra”. El camino del alma hacia el Padre que está en los cielos, es Cristo y para llegar a la “resurrección” preciso es pasar también por la muerte, y no se trata aquí de la muerte corporal, sino de la muerte al hombre viejo, pues aquélla sin esta no participa de la resurrección.

“Los ninivitas se levantarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán; porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y hay aquí algo más que Jonás. La reina del Mediodía se levantará en juicio contra esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón.”

Las personas indecisas que no perseveran en la fe, y que quieren ver las cosas realizadas en un momento sin esforzarse a cambiar de vida, renunciando al espíritu del mundo, difícilmente se ven libres del mal aquí en la tierra y no es seguro que no vayan a parar al infierno: “Los ninivitas se levantarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán; porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y hay aquí algo más que Jonás”.

Si los ninivitas se levantarán el día del juicio contra aquella generación porque hicieron penitencia, muchos de esa generación se levantarán contra ésta porque si ellos hubieran recibido todas las gracias que hemos recibido nosotros quizá hubieran hecho penitencia y se hubieran convertido a Cristo.

Si las personas que lean o escuchen estas “aclaraciones” no se deciden a mejorar su vida sacrificando ese “yo” egoísta para dar paso al Salvador, van a tener una gran sorpresa el día del juicio cuando muchos pecadores que habían sido peores que ellos condenen su actitud ante Dios, porque éstos con menos gracias hicieron penitencia, y fueron libres de sus pecados porque perseveraron y no dejaron entrar de nuevo el mal.

“Cuando el espíritu impuro sale de un hombre, discurre por lugares áridos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces se dice; Me volveré a mi casa de donde salí. Y va y la encuentra vacía, barrida y amueblada. Entonces va, toma consigo otros siete espíritus peores que él, y, entrando, habitan allí, viniendo a ser las postrimerías de aquel hombre peores que sus principios. Así será de esta generación mala.”

“Cuando el espíritu impuro sale de un hombre, discurre por lugares áridos, buscando reposo y no lo halla”, va buscando a otras almas que lo acepten y si no se encuentra bien en ellas se vuelve al lugar de donde salió y si el alma está descuidada

y no vigilante en la oración, la vida de unión con Dios, “encuentra la casa vacía”, entra de nuevo en ella y como la encuentra “barrida” porque han desaparecido todos aquellos pecados y defectos, y “amueblada” porque tiene ahora virtudes, va en busca de otros siete espíritus peores que él para “desalojar” del alma el bien, las virtudes y llenarla de otros pecados y defectos peores de los que tenía primero: “Viniendo a ser las postrimerías de aquel hombre peores que sus principios”. Esto lo vemos frecuentemente en personas que después de haber vivido un tiempo en gracia de Dios han ido a parar a un estado peor que el que tenían antes de haber conocido la gracia.

Por eso el alma que se decida a seguir a Cristo y quiera verse libre en este mundo del mal para no exponerse a un largo purgatorio o a ir al infierno, tiene que vivir una vida de *oración y sacrificio*, que es actuar siempre en presencia de Dios sacrificando la propia voluntad para cumplir la Voluntad de Dios. Esta es la mejor “oración” y el “sacrificio” grato al Señor,

CAPITULO X

PARÁBOLAS DEL REINO

LA PARÁBOLA DE LA CIZAÑA

(Mt. 13, 24-30)

“Les propuso otra parábola, diciendo: Es semejante el reino de los cielos a uno que sembró en su campo semilla buena. Pero mientras su gente dormía, vino el enemigo y sembró cizaña entre el trigo y se fue.”

Ese “uno”, que sembró en “su campo” semilla buena, es Jesús, su campo es la iglesia y la semilla es la palabra de Dios. “Pero mientras su gente dormía, mientras sus apóstoles y discípulos estaban distraídos vino el “enemigo” y sembró la cizaña entre el trigo y se fue, introdujo el “espíritu del mundo” que hoy está sofocando “el trigo”, que es el espíritu del Evangelio.

“Cuando creció la hierba y dio fruto, entonces apareció la cizaña. Acercándose los criados al amo, le dijeron: Señor, ¿no has sembrado semilla buena en tu campo? ¿De dónde viene, pues, que haya cizaña? Y él les contestó: Eso es obra de un enemigo. Dijéronle: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? Y les dijo: No, no sea que, al querer arrancar la diana, arranquéis con ella el trigo.”

“Cuando creció la hierba y dio fruto, entonces apareció la cizaña”. La iglesia en su comienzo estuvo oculta por la persecución, la semilla germinó en las catacumbas mientras era regada por la sangre de los mártires. Pero cuando creció la iglesia y dio fruto convirtiéndose al cristianismo reyes y emperadores salió afuera y “entonces apareció la cizaña”; porque empezó a mezclarse con el espíritu del mundo. Pero

esta “semilla” había sido regada ya por el “enemigo” mucho antes, lo dicen los mismos primeros apóstoles del Señor, dice San Juan: “...Os digo ahora que muchos se han hecho anticristos, por lo que conocemos que esta es la hora postrera. De nosotros han salido, pero no eran de los nuestros” (I Jn. 2, 18). Y San Pablo: “Pues esos falsos apóstoles, obreros engañosos, se disfrazan de apóstoles de Cristo; y no es maravilla, pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz” (II Cor. 11, 13). Y San Pedro, en su segunda epístola, dice: “... Muchos los seguirán en sus liviandades, y por causa de ellos será blasfemado el camino de la verdad. Llevados de la avaricia harán de vosotros mercadería con palabras engañosas” (II Ped. 2, 2-4). Esa “semilla” de la cizaña viene con el hombre desde el pecado en el Paraíso y ha sido “cultivada” por los hombres a través de generaciones.

“Acercándose los criados al amo, le dijeron : Señor, ¿no has sembrado semilla buena en tu campo? ¿De dónde viene, pues, que haya cizaña? Muchas son las almas que a través de los siglos se han dado cuenta de la “cizaña” que está sofocando al “trigo” en el campo de la iglesia y han presentado sus quejas al Señor, y el Señor les ha dado a conocer la obra del “enemigo” y les ha dado a conocer también la responsabilidad de aquéllos que por no “vigilar y orar” dejaron entrar ese “enemigo” en *su* campo donde El había sembrado semilla buena; porque el “enemigo” no hubiera podido penetrar si la libertad de los “administradores” del campo no le hubiera abierto las puertas: “Pero mientras *su gente* dormía, vino el enemigo y sembró cizaña entre el trigo y se fue”.

El “enemigo” “sembró la cizaña y se fue”, pero si se hubiera cuidado el “trigo” no estaría dominando la “cizaña” en el campo. Por esto cada uno de los “administradores” tiene un poco de responsabilidad del crecimiento de la cizaña dentro del campo y cada uno de los criados – que son todas

las almas que componen la iglesia – que han que el “trigo”, cuidado más la “cizaña también la tienen.

“Eso es obra de un enemigo. Dijéronle: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos?” Muchos de aquellos que han visto crecer la cizaña dentro del “campo” se han ofrecido al Señor para arrancarla; unos porque les molesta demasiado la mala hierba que ven *en el campo*, otros porque creían hacer así una buena obra para agradar al Señor; unos y otros han mirado más la obra del “enemigo” *“en el campo”* y no se han fijado lo que éste hace en su alma, que es la “parce-lila” que les corresponde cuidar, por eso no se han dado cuenta de lo que ellos mismos han contribuido en ese mal; pues, si cada uno en lugar de mirar “el campo” y la responsabilidad del “Administrador” mirase al Señor sin pretensiones de “hacer” ni de “arreglar” nada, el Señor le diría lo que debe hacer en su “parcelita”, que es su alma, para que no deje crecer allí la cizaña y creciendo el trigo en cada “parcelita” del campo poca cizaña quedaría en el “campo”, pues la iglesia visible es el reflejo de la iglesia invisible compuesta por todas las almas – esto es la iglesia en el Tiempo.

“¿Quieres que vayamos y la arranquemos? y les dijo: No, no sea que al querer arrancar la cizaña arranquéis con ella el trigo”. Y ¡cuántos que han intentado arrancar por sí mismos la cizaña del campo han arrastrado, con la cizaña gran cantidad de trigo! Haciendo así mucho daño en el “campo” y dando lugar a que el “enemigo” siembre más cizaña donde había trigo. La “cizaña” que está ya tan crecida “en el campo” no se puede arrancar de una vez porque sus raíces se han entrelazado con las raíces del trigo – el espíritu del mundo con el Evangelio – y al arrancar aquella se arrancaría parte de éste. Lo único que se puede hacer es cuidar el “trigo” – *viviendo* la parte del Evangelio que queda – para que no siga creciendo la “cizaña”, el “espíritu del mundo” no siga

penetrando en la Iglesia. Esta sería la labor principal del Administrador del Campo y también de los criados en sus “par-celitas”, de esta forma moriría la cizaña”, porque dominaría “el trigo”.

“Dejad que ambos crezcan hasta la siega; y al tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, y el trigo recogedlo para encerrarlo en el granero.”

“Dejad que ambos crezcan hasta la siega”. Pero, ¡ay de aquel que en su “parcelita”, que es su alma, haya dejado crecer *solamente* la cizaña, que es el espíritu del mundo, y cuando venga el tiempo de la siega se encuentre que no hay en ella trigo, que es el espíritu del Evangelio! Ese irá al luego eterno. Pero quien haya dejado *crecer* el trigo, aunque haya también un poco de cizaña será quemada ésta y él con el trigo que tiene será “recogido” y encerrado en el granero para que no le alcance el fuego al ser quemada la cizaña del “Campo”.

PARÁBOLA DE LA SEMILLA QUE CRECE

(Mc. 4, 26-29)

“El reino de Dios es como un hombre que arroja la semilla en la tierra, y ya duerma, ya vele, de noche y de día, la semilla germina y crece, sin que él sepa cómo. De sí misma da fruto la tierra, primero la hierba, luego la espiga, en seguida el trigo que llena la espiga; y cuando el fruto está maduro, se mete la hoz, porque la mies está en sazón.”

El reino de Dios lo componen todas las almas que dejan reinar a Dios en ellas.

El alma que obra con rectitud de conciencia y pureza de corazón, “es como un hombre que arroja la semilla en la tierra”, la semilla son sus obras dirigidas por conciencia y

pureza de corazón, “y ya duerma, ya vele, de noche y de día la semilla germina y crece, sin que él sepa cómo”, esa alma sin darse cuenta está sembrando el bien y luego ella misma se sorprende de los “frutos” porque no actuó con intención de merecer nada, sino obedeciendo a su conciencia a impulso de su corazón, y cuando se da cuenta Dios está reinando en ella.

“De sí misma da fruto la tierra, primero la hierba”, sus obras se dirigen a las personas; “luego la espiga”, luego se interesa por las almas; “en seguida el trigo que llena la espiga”, en seguida se encuentra con Dios y en El ve a las almas; “y cuando está maduro, se mete la hoz, porque la mies está en sazón”, y cuando ha madurado en ese contacto con Dios y las almas, El la toma totalmente y ella deja reinar a Dios.

Así también será la “*manifestación*” del reino de Dios en la tierra: Cuando se complete el número de los “elegidos” requerido por la Justicia Divina, habrá en la tierra un número de almas en las cuales *reina Dios* y esa será la manifestación de su reino, el “Paríso del Edén”. Ni las mismas almas, ni menos el mundo se dan cuenta de esto, sólo Dios lo ve, y lo verán las almas cuando Dios *mismo* se manifieste entre ellas.

EL GRANO DE MOSTAZA

(Mc. 4, 30-34)

“Decía: ¿A qué asemejaremos el reino de Dios o de dónde tomaremos parábola? Es semejante al grano de mostaza, que cuando se siembra en la tierra es la más pequeña de todas las semillas de la tierra; pero, sembrado, crece y se hace más grande que todas las hortalizas, y echa ramas tan grandes, que a su sombra pueden abrigarse las aves del cielo.”

El reino de Dios en cada alma depende a veces de una

gracia muy pequeña, pero que si el alma corresponde a ella crece tanto y se hace más grande que muchas gracias juntas, hasta alcanzar el reino de Dios.

“Es semejante al grano de mostaza:., crece y se hace más grande que todas las hortalizas, y echa ramas tan grandes, que a su sombra pueden abrigarse las aves del cielo”. A la “sombra” de esa gracia pueden abrigarse muchas otras almas. La *manifestación* del reino de Dios en la tierra, quizá ha dependido de una gracia muy pequeña que se le ha dado a un alma y si ésta no ha correspondido concretamente a esa gracia pequeñísima, no ha podido crecer el “árbol”, que es la Iglesia purificada, la Iglesia triunfante en la tierra, pues ese es el “reino de Dios”, su “manifestación” en la tierra, y las “aves del cielo”, los santos, que están esperando esto, no han podido “abrigarse a su sombra” (*Quien lea entienda*).

“Y con muchas parábolas como éstas les proponía la palabra, según podían entender, y no les hablaba sino en parábolas; pero a sus discípulos se las explicaba todas aparte.”

El más profundo sentido de la palabra de Dios permanece siempre “oculto” para los que todavía no se han decidido por *Dios solo*. A medida que el alma se va entregando *de verdad* a Dios El le va dando a conocer ese sentido profundo de sus palabras. Por eso la palabra de Dios es inagotable, siempre puede decirnos algo nuevo que no habíamos comprendido en muchas veces que la habíamos leído. La palabra de Dios es ¡VIDA!, pero no podemos recibir esa “vida” de su palabra, sino a medida de nuestra “muerte”. Mientras permanecemos en nosotros mismos, “nuestra vida”, no podemos recibir esa Vida de Dios, que se nos da por medio de su palabra; nos quedaremos con la letra, que es muerte para nosotros porque permaneciendo en la vida propia, que es pecado y muerte, renunciamos a la vida que se nos ofrece en esa palabra.

“Y no les hablaba sino en parábolas; pero a sus discípulos se las explicaba todas a parte”. He ahí lo importante para recibir esa vida: hacernos “discípulos” del Señor, querer aprender para *vivir* lo que aprendemos y no desear escuchar o leer para saber y enseñar a otros; a éstos tales no les explicará ese sentido de sus palabras y se quedarán con la “letra”, porque no ponen a “disposición del Señor, sino su cerebro. En justicia, reciben la “letra” y no el Espíritu de sus enseñanzas, y es el Espíritu el que da vida.

LA PROMESA DEL AGUA VIVA

(Jn. 7,37-39)

“El último día, el día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno.”

El alma que se interese *de verdad* en recibir las enseñanzas del Maestro para *vivir* su doctrina, verá cumplida en ella esta, promesa de Jesús: “El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua .viva correrán de su seno”. Se hará en ella una fuente verdadera, pero esto no pueden alcanzarlo más que las almas sedientas de algo distinto de lo que “beben” en el mundo, ese “algo” no se puede concretar hasta que no se empieza a beber el “agua viva”, entonces comprende el alma que lo que tenía era sed de Dios: “Si alguno tiene sed, venga a. mí y beba”. Ese es el día grande, día de fiesta para el alma; cuando ha sentido dentro de sí borbotear el agua viva que la lleva a “gustar” la vida eterna, porque comienza a conocer la acción del Espíritu Santo.

“Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en El, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado.”

Aunque Jesús ha sido glorificado y el Espíritu Santo está actuando en las almas, esa “acción” tiene que ser aceptada por la libertad del alma para poder “sentir” sus efectos. No puede actuar el Espíritu Santo si el alma con su libertad está aceptando la acción del “espíritu del mundo”. Es un error pensar que uno y otro pueden actuar conjuntamente; pueden, sí, hacerlo sucesivamente. En el momento que el alma acepta la insinuación del Espíritu Santo, Este actúa en ella, pero en el mismo instante que acepte la insinuación del “espíritu del mundo” dejará de actuar Aquél para entrar en acción éste. Como dice el libro de la Sabiduría: “Porqué el Santo Espíritu de la disciplina huye del engaño y se aleja de los pensamientos insensatos y al sobrevenir la iniquidad se aleja” (Sab. 1, 5). De esto tenemos un ejemplo vivo en San Pedro cuando confesó a Jesús por Mesías y después le quiso persuadir a que no fuese a Jerusalén.

LA CONFESIÓN DE PEDRO
Y PRIMER ANUNCIO DE LA PASIÓN
(Mt. 16, 13-23)

“Viniendo Jesús a los términos de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos contestaron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías u otro de los profetas. Y El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos.”

También hoy cada alma recibe a Cristo de acuerdo a la vida que lleva, o de acuerdo a sus “intereses” así ven al Señor:

“¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos contestaron: unos, que Juan el Bautista”, son esas almas que lo reciben como “Precursor”, escuchan la palabra de Dios, se dan cuenta de la austeridad de su doctrina y piensan que es un camino para vivirlo otros pero no ellos. “Otros, que Elías”, son aquellos que viven esperando que Jesús les haga un milagro y mejore su vida material, como multiplicó Dios por Elías la harina y el aceite de la viuda.

“Otros, que Jeremías u otro de los profetas”, son esas almas que viven pendientes del porvenir y esperan que Jesús se lo asegure dándoselo a conocer. Otros le reciben como un hombre Justo solamente a quien se admira, pero no se puede seguir porque ese camino es para almas “privilegiadas”. Otros le reciben como el Hijo de Dios y quieren acompañarle en su vida apostólica para presenciar sus éxitos y milagros. Pero muy pocos le reciben como el Redentor y van con Él hasta el Calvario y el Sepulcro, la cruz y la “muerte”, por eso son pocas las almas que alcanzan la “redención” personal aquí en la tierra.

“Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Pedro fue impulsado por el Espíritu a hacer esta confesión, era la señal que esperaba Jesús del Padre para nombrar al que debía tener la primacía entre sus apóstoles: “Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos”.

La “carne” representa la vida natural y la “sangre” representa el espíritu que trae el hombre al venir a este mundo (después del pecado), por eso se creía en el principio del mundo que en la sangre estaba la vida del hombre. Y dice Moisés al narrar las palabras que dijo Dios a Caín: “la voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra”. Era el espíritu que clamaba la sangre y la carne es, pues, símbolo de la vida natural del hombre, los sentidos y la razón.

Jesús, pues, dice a Pedro que no es “su espíritu”, la “carne ni la sangre”, quien le ha revelado esto, sino su Padre, que está en los cielos.

“Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos. Entonces ordenó a los discípulos que a nadie dijeran que El era el Mesías.”

“Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia”. Sobre “roca viva” será edificada la genuina Iglesia de Cristo y Pedro es la primera piedra sobre la cual va a edificarla y esto por su fe en el Hijo de Dios; y las puertas del infierno no prevalecerán contra esas “piedras vivas”, las almas que como Pedro sean incommovibles en su fe. El que cree pertenecer a la Iglesia de Cristo por el bautismo solamente y con esto hacerse merecedor de la promesa del Señor: “Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”, está en una gran equivocación; si no tiene una fe viva y se identifica con Cristo como se identificaron todos los apóstoles y los santos, se van a llevar una gran sorpresa cuando vean sus almas en las puertas del infierno.

“Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos”. Aquí está prometiendo el Señor a Pedro dos cosas: La *administración* del reino de los cielos, la iglesia, al prometerle las llaves del reino y el *poder espiritual*, para desempeñar su apostolado en la iglesia en el tiempo. “Y cuanto atares en la tierra...” ¿Qué era lo que Pedro y también los otros apóstoles tenían que atar en este mundo? Al Diablo y a todos los espíritus rebeldes, “desatando” de su influencia maléfica a las almas. Y así le hicieron Pedro y los

demás apóstoles del Señor: “Jesús llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus impuros para arrojarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia” (Mt. 10, 1-2)

Cristo da a Pedro el poder para “*permitir*” o “*prohibir*” lo que él crea necesario para la salvación de las almas de acuerdo a las instrucciones recibidas del mismo Cristo, y en cosas que no hayan sido decretadas ya por Dios. Esto significa una grave responsabilidad para el apóstol, quien debe vivir “sumergido” en Dios para poder conocer su Voluntad en cada caso y no “ate” lo que no debería atar, ni “desate” lo que no debe ser desatado. Esta *responsabilidad* debería llevar a los que gocen de ese “poder” a vivir una vida fuera de este mundo para que su espíritu no los engañe y puedan ser dirigidos totalmente por el Espíritu Santo. Pues, ciertamente el Señor cumple su promesa y lo que ellos aten, atado será en el cielo y lo que desaten desatado será en el cielo; pero ellos deberán dar cuenta de las consecuencias de lo que “atan” y “desatan” de acuerdo a la intención que les ha movido a hacerlo.

Pero esto no quiere decir que el Señor, dando las llaves a Pedro, se haya “atado” El las manos y no pueda obrar directamente en las almas. Es como si un amo de casa diera a su administrador las llaves y él se quedara afuera o adentro encerrado. El dará un duplicado al administrador y tendrá su propia llave para entrar y salir y recibir a sus amigos cuando quiera. Ese amo no dará órdenes con respecto a la “*administración*” más que al administrador, pero eso no quiere decir que no pueda resolver él un caso particular de sus criados sin tener obligación de comunicárselo al administrador. Lo mismo sucede con la autoridad de la iglesia, aquel que representa a San Pedro cumple las veces del “administrador”, pero Cristo, que es el Amo, puede actuar particularmente en

las almas que componen su Iglesia y el alma que recibe la orden del Amo tiene la responsabilidad ante El esto lo podemos ver desde el comienzo de la comunidad cristiana: Cristo elige a Pablo y no le manda a someterse a Pedro, sino que le imparte sus instrucciones directamente y cuando envía un discípulo al instruirle, escoge a Ananías y no a Pedro. Dice San Pablo en su epístola a los Calatas: “Pero cuando plugo al que me segregó desde el seno de mi madre, y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, anunciándole a los gentiles, al instante, *sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre, no subí a Jerusalén a los apóstoles que eran antes de mí, sino que partí para la Arabia*” (Gal. 1, 15-18), y dice después: “Pero cuando Cefas, Pedro fue a Antioquía, en su misma cara le resistí, porque se había hecho reprehensible” (Gal. 2, 11).

Decir que Cristo no puede actuar directamente en las almas sin pasar por la “autoridad” es negar a Cristo. Lo que no pudo hacer el “enemigo” con Pedro, porque después de haberle negado se arrepintió y fue confirmado en la fe y en el amor, lo hace con los representantes de Pedro. Ha sido el enemigo de Pedro, Satanás, quien ha pretendido atarle las manos al Señor en nombre de Pedro; ya se lo había anunciado Jesús al apóstol: “Simón, Simón, Satanás os busca para ahecharos como trigo; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a las hermanos” (Lc. 22, 31-34). Pedro, “*una vez convertido*” en la fe, *no antes*, confirmó a sus hermanos: “Entonces se levantó Pedro con los once” y habló al pueblo (Hech; 2, 14).

“Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y el tercer día resucitar. Pedro, tomándole aparte, se puso a amonestarle, diciendo: No

quiera Dios, Señor, que esto suceda. Pero El, volviéndose, dijo a Pedro: Retírate de mí, Satanás; tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres.”

El Señor siempre da a conocer a sus discípulos la verdad, aunque sea muy dolorosa, El no procede como los hombres que “encubren” las cosas desagradables con el pretexto del bien de las almas, “para no escandalizarlas”, “para que no sufran” o “para que no duden de la iglesia” y esto dicen que es “caridad” o “prudencia”. ¡Cuán diferente es el proceder de Dios al de los hombres que no se identifican con El!

Pedro es un ejemplo vivo para que no confiemos en nosotros mismos, aunque hayamos recibido muchas gracias, revelaciones y hasta “poder” de parte de Dios. Así como en un momento de gracia recibió por el Espíritu Santo la revelación del Padre para confesar Mesías e Hijo de Dios a Jesús, poco tiempo después es Satanás quien le sugiere que amoneste a su Maestro para que no vaya a Jerusalén: “Pedro, tomándole aparte, se puso a amonestarle, diciendo: No quiera Dios, Señor, que esto suceda”. Y Jesús, con el mismo ardor con que le anunció que aquella revelación venía de su Padre, que está en los cielos, le dice que ahora es dirigido por Satanás, es más, El no se dirige a Pedro, sino al mismo Satanás a quien reconoce en aquel espíritu: “Retírate de mí, Satanás, tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres”.

De esto podemos sacar una conclusión práctica: Las veces que obramos *para estar de acuerdo al poder de los hombres* y no al de Dios, es porque en nosotros está obrando Satanás. Y esto puede sucedernos siempre, mientras no seamos “redimidos” de nuestros pecados, pues mientras exista algo de ese espíritu del mal estamos en peligro de ser engañados por él. Es preciso estar muy vigilantes en la oración y muy

desprendidos de nosotros mismos para poder vivir bajo la acción del Espíritu Santo.

CAPITULO XI

LA JUSTICIA, LA ORACIÓN Y EL AYUNO

LA VERDADERA JUSTICIA

(Mt. 6, 145)

“Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre, qué está en los cielos.”

Debemos estar atentos a no obrar de muerde al parecer de los hombres para estar en conformidad con ellos, sino que debemos proceder de acuerdo a nuestra conciencia, que aunque a los hombres parezca inútil, a nosotros lo que nos debe importar es el parecer de Dios y no el de los hombres: “Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que no vean”. Debemos, pues, actuar siempre en presencia de Dios para que nuestro Padre, que está en los cielos, nos vea y nos dirija de acuerdo a su Voluntad, entonces nos haremos merecedores ante El de su recompensa.

“Cuando hagas, pues, limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiará.”

Quando des limosna o hagas bien al prójimo no lo estés dando a conocer, “como hacen los hipócritas” en la iglesia, haciendo ver que están cooperando con las necesidades de ella, para ser alabados de los hombres y que sea publicado en la prensa y conocido por todos lo que hacen, “en verdad os

digo que ya recibieron su recompensa”. “Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha”. Cuando des limosna no te consideres por esto mejor que los demás, pues si Dios no te diera a ti, tú no tendrías para dar, y aún él *deseo* de dar te lo da Dios, por ti mismo no podrías hacer nada, así, pues, no se vaya tu pensamiento tras la limosna que des pensando que has hecho *de ti mismo* algo bueno; cuando hagas una buena obra siéntete “deudor” ante Dios y no te consideres “dador” porque en verdad el que da es quien *recibe de Dios* la recompensa por haber transmitido su “don”; quien recibe el “don” se hace deudor y quien da se convierte en “acreedor” por la generosidad del Dador que es Dios.

Cuando des, pues, limosna hazlo de acuerdo a la Voluntad de Dios que es el Amo y no de acuerdo a tu voluntad, que eres el administrador, sólo con El debes consultarlo y cuando hayas conocido su voluntad procura dar a conocer al Dador para que se lo agradezcan a El y no a ti, pues de lo contrario estás robando a Dios lo que le pertenece: “No sepa tu izquierda lo que hace la derecha para que tu limosna sea oculta, v el Padre, que ve lo oculto, te premiará”; porque siendo tú buen administrador de sus bienes, nunca te faltarán para ti y también para dar. Y esto no solamente con los bienes materiales, sino con las gracias, bienes espirituales que El te da, debes estar atento para conocer su Voluntad y transmitirlo a las ,dinas que El disponga: “¿*Quién de vosotros, teniendo un siervo arando o apacentando el ganado, al volver él del campo le dice: Pasa en seguida y siéntate a la mesa, y no le dice más bien: Prepárame la cena, ciñete para servirme hasta que yo coma y beba, y luego comerás y beberás tú? ¿Deberás gratitud al siervo, porque hizo lo que se le había ordenado? Así también vosotros, cuando hicieréis estas cosas que os están mandadas, decid: Somos siervos inútiles; lo que ti teníamos que hacer, eso hicimos*” (Lc.17,7-10).

“Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas que gustan de orar en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, cuando ores, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.”

En nuestras oraciones seamos sinceros ante Dios y no lo hagamos para ser vistos de los hombres, orando en voz alta en la iglesia para ser escuchados de la gente dando a conocer que nos preocupamos por las necesidades de nuestro prójimo, pues ya con esto estamos obrando hipócritamente porque lo que estamos buscando es que nos tengan por justos o piadosos: “Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas que gustan de orar en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa”.

“Tú, cuando ores, entra en tu cámara”, entra en tu templo interior, “y, cerrada la puerta” de tus sentidos para que no te distraigas con nada, “ora a tu Padre, que está en lo secreto”; exponle con pocas palabras tus necesidades espirituales y aquellas del prójimo ofreciéndote por ellos para dar a la Justicia divina lo que ellos no dan, de acuerdo a la voluntad de Dios, “y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará”. Solamente así nuestra oración es verdadera: ofreciéndonos y disponiéndonos a dar a la Justicia divina aquello que necesita para podernos otorgar lo que pedimos tanto por nosotros como por nuestros hermanos, y si no estamos dispuestos a “dar” por ellos, ¿cómo vamos a pretender recibir? De otro modo nuestra oración no es sincera, porque si no hay espíritu de sacrificio es porque no existe el amor, es por eso por lo que muchas oraciones no llegan a Dios. ¿Por qué si se pide tanto la paz, el mundo, la humanidad, vive en

guerra constante? Porque los que piden no se han ofrecido a sí mismos para dar a la Justicia lo que se requiere para conceder eso que se está pidiendo: tenemos los méritos de Cristo, sí, pero para usar de esos méritos tenemos nosotros que dar la parte que nos corresponde, y ¿cómo vamos a usar los méritos de Cristo si no estamos unidos a las intenciones de Cristo?

“Y orando, no seáis habladores, como los gentiles, que piensan ser escuchados por su mucho hablar. No os asemejéis, pues, a ellos, porque vuestro Padre conoce las cosas de que tenéis necesidad antes que se las pidáis.”

No seamos habladores en nuestras oraciones, como esas personas que piensan que Dios escucha cuando se le dice muchas palabras. Cuando se habla mucho y se piden solamente cosas materiales, esas oraciones no pueden llegar a Dios porque tienen el peso del mundo y la materia y se quedan aquí abajo. La oración que va directa a Dios y es escuchada por El es aquella que sale de un corazón contrito y humillado, inflamada por el amor; el alma que así ora no se acuerda de pedir cosas materiales, porque sabe que Dios conoce sus necesidades y las remediará de acuerdo a Su Voluntad, sólo pide para sí mismo y para otros la gracia de no caer en tentación, la fe, el amor y la perseverancia en el cumplimiento de la Voluntad Divina. Nuestra oración ante todo debe dirigirse a un *“reconocimiento”* sincero de nuestras faltas y defectos pidiendo la gracia para ser mejores.

“Así, pues, habéis de orar vosotros: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en tentación, mas libranos del mal .

Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres las suyas tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.”

Hemos pensado que el Señor con el Padre Nuestro quiso darnos una oración para que nos la aprendiéramos de memoria y rezáramos muchos Padre Nuestros con la boca, aunque de esa oración no participara nuestro corazón; estamos también en esto, como en tantas cosas, muy equivocados. El Señor quiso darnos *el “sentido”* de la oración, no las palabras, nosotros podemos cambiar las palabras, lo importante es que conservemos su sentido, pues, es el espíritu el que dará vida a esa oración.

Jesús no nos manda a pedir el pan materia] para alimentar el cuerpo, sino el pan espiritual para alimentar el alma. Y esto lo podemos comprobar por sus mismas palabras al final de este capítulo 6 de S. Mateo: “No os inquietéis por vuestra vida sobre qué comeréis, ni por vuestro cuerpo sobre qué vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?” Jesús se refiere al pan de vida bajado del cielo, aquél que El mismo nos dio al instituir la Eucaristía.

“Padre nuestro que estás en los cielos” y podemos decir también, si estamos en gracia de Dios: que estás en los cielos y también en mi alma; *“santificado sea tu nombre”*, quiere decir: que santifiquemos de verdad tu nombre con nuestra vida; *“venga a nosotros tu reino”*, que te dejemos reinar en nuestras almas, ¿de qué valen las palabras si con el corazón y con las obras queremos reinar nosotros ante todo? ¿Es que creemos que Dios habla por hablar como lo hacemos nosotros? *“Hágase tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra”*, para que se cumpla tu voluntad en la tierra: como se cumple en el cielo, pero tenemos que estar dispuestos a cumplir de verdad la Voluntad de Dios y no la propia, de lo contrario

nuestra oración no puede llegar a Dios. *“El pan nuestro de cada día dánosle hoy”*, danos, ¡oh Padre! el Pan Divino que bajó del cielo, tu Hijo Jesucristo, para que identificándonos con El perdones nuestras deudas, así como nosotros, siguiendo Su ejemplo, perdonemos de verdad a nuestros deudores, *“y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal”*, líbranos, ¡oh Padre!, de caer en las tentaciones que nos pone el enemigo de nuestra alma. Y no busquemos con nuestras obras caer en esas tentaciones.

Cuántas veces se rezan muchos Padre Nuestros y ni siquiera nos damos cuenta de lo que pedimos a Dios: Le decimos que *“perdone nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”* y la verdad es que no hemos perdonado esas ofensas del prójimo. Nosotros mismos estamos *obligando* con nuestro proceder a Dios para que no nos perdone a nosotros: *“Porque si vosotros perdonáis a otros sus Caltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial”*. *“Pero si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados”* (Mt. 6, 15). *“Cuando os pusiereis en pie para orar, si tenéis alguna cosa contra alguien, perdonadlo primero, para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone a vosotros vuestros pecados. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará vuestras ofensas”* (Mc. 11, 25-26).

Nosotros nos hemos aprendido de memoria el Padre Nuestro y nos hemos olvidado de la explicación que dio el Señor para comprender el sentido de la oración. ¿Por qué si se rezan tantos “Padre Nuestros” diariamente en el mundo, el mundo está como está? ¿Por qué no reina Dios en todas las almas, si se está pidiendo constantemente ese reino? ¿Por qué no se hace en el mundo la Voluntad de Dios? ¿Por qué estamos cayendo constantemente en la tentación y el espíritu

del Mal sigue dominando en el mundo y en cada uno de nosotros? ¿Es que la oración no tiene ningún valor ante Dios? ¿O es que Dios se ha hecho “impotente” para conceder lo que le pedimos? Todas estas preguntas quedan contestadas con lo que hemos dicho antes: A Dios no le podemos conquistar con palabras carentes de espíritu, Dios es Amor, el amor no se vende ni se compra, ¡el amor se conquista con amor! Si esto lo hacemos con los seres humanos para conquistar un amor ¡imitado y temporal, ¿qué no debemos hacer para conquistar el Amor infinito y eterno de Dios? A Dios no se Le compra *ni* con palabras, ni con muchas monedas echadas en las alcancías, ni con lamparitas encendidas; a Dios se Le conquista con la “donación propia”, ¡eso es Amor! y eso es fe. “Nadie ama más que aquel que da la vida por quien ama”. ¿Cómo fue la manifestación del amor de Cristo a los hombres?: La donación total e incondicional a la Voluntad del Padre, para salvar a los hombres.

EFICACIA DE LA ORACIÓN
PARÁBOLA DEL AMIGO IMPORTUNO
(Lc. 11, 5-13)

“Y les dijo: Si alguno de vosotros tuviere un amigo y viniese a él a medianoche y le dijera: Amigo, préstame tres panes, pues un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo qué darle. Y él, respondiendo de dentro, le dijese: No me molestes; la puerta está ya cerrada y mis niños están ya conmigo en la cama; no puedo levantarme para dártelos. Yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, a lo menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Os digo, pues: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; porque quien busca halla, y al

que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, si el hijo le pide un pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará, en vez del pez, una serpiente? ¿O si le pide un huevo le dará un escorpión? Si vosotros, pues, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?”

“Yo os digo que si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, a lo menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite.”

Por lo que estamos viendo parece que estas palabras del Señor carecen *totalmente* de valor con relación a nuestras peticiones a Dios. Vamos a suponer que las oraciones de la iglesia no llegan a Dios porque la humanidad se ha apartado de El y ha dejado de ser “amigo suyo”, pero dice el Señor: “A lo menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite” ¿Es que no se ha “importunado” suficientemente a Dios? ¿No vemos cómo a todas horas del día en casi el inundo entero se está celebrando la Santa Misa y se le está pidiendo: “que venga su reino”, “que se haga Su voluntad en la tierra como se hace en el cielo”, “que perdone nuestras deudas, no nos deje caer en tentación y nos libre del mal?” ¿Y se puede decir que sus peticiones han sido concedidas a la “comunidad cristiana”, la iglesia? Ni de una sola de esas peticiones goza esa “comunidad cristiana”. Lo obtienen algunas almas en particular dentro de esa “comunidad”, eso sí. ¿Cómo podemos decir que hay “*unidad*” en la iglesia, si la oración comunitaria no tiene esa fuerza para alcanzar de Dios lo que se le pide? Además de todo lo que vemos ahí ésta es una razón fundamental para pensar que las cosas andan muy al contrario de lo que quiere Dios. Si esas oraciones llegaran a Dios, “a lo menos por la importunidad se hubiera levantado y hubiera concedido lo que se le pide”. Las palabras del Señor tienen *valor eterno*. Lo que carece de valor son

nuestras oraciones, porque no tienen la fuerza de la fe para llegar hasta Dios.

Tenemos que pensar que esas oraciones *no han llegado hasta Dios, para molestar su alendan con nuestros ruegos*. Dios debe estar muy molestadado, sí, pero no por la *insistencia en la oración*, sino por razones muy distintas: Es como si los hijos, viviendo en “comercio” con los enemigos del padre, “bebiendo” y “comiendo” con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que pide el padre, se pusieran a rogar a éste que les conceda sus dones para seguir comerciando con el enemigo en contra suya. ¿Puede el padre escuchar la petición de esos hijos? ¡Imposible! “Pedís y no recibís, porque pedís mal, para dar satisfacción a vuestras pasiones. ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemiga de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios” (St. 4, 3-4).

“¿Quién entre vosotros, si el hijo le pide mi pan le dará una piedra?” Y ¿quién entre vosotros si el hijo, viviendo en comercio con su enemigo, le pide su fortuna para seguir conspirando contra él, le dará al hijo aquello que le pide? ¿No le dirá el padre: haz primero las paces conmigo dejando de servir a mi enemigo y entonces te daré todo cuanto me pidieres? ¿Quién de vosotros, si un amigo viene a decirle: Dame lo que hay en tu reino y ponte de acuerdo conmigo para *mantener* el reino del enemigo de tu hijo, a quien tengo hospedado en mi casa, le dará lo que le pide? ¿No le dirá más bien: Ponte de acuerdo con mi hijo, porque de lo contrario vas a ser destruido por mí tú y tu servidumbre junto con el enemigo? Así son las peticiones que con las obras se está haciendo a Dios. Mientras se está prolongando el reino del “príncipe de este mundo” y se está conspirando , contra su Hijo, Cristo, se le pide sus dones para seguir comerciando con el enemigo. Con los labios se pide el reino de Dios y con las obras se coopera para que reine el contrario. Con los labios se

pide que se haga Su voluntad en la tierra como en el cielo y con las obras se le está diciendo “que se haga en el cielo lo que los hombres están haciendo en la tierra: la voluntad del “enemigo”.

“Os digo, pues; Pedid y se os dará” – pedid de corazón conformando las obras con la oración y se os dará – ; “buscad y hallaréis” – buscad a Dios con las obras y lo hallaréis – ; “llamad y se os abrirá”; llamad con la intención sincera de entrar por la puerta estrecha, en el reino de Dios y se os abrirá; “porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre”.

“Si vosotros, pues, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se le pidan?”

Qué poco se le pide al Padre el Espíritu Santo. Y si se le pide con los labios qué venga el Espíritu Santo y con las obras se está aceptando la colaboración con el espíritu del mundo, para que venga el contrario, ¿puede llegar a Dios esa oración? He ahí por qué la “oración comunitaria” de la iglesia no ha llegado a Dios. Y digo la “oración comunitaria” porque no podemos decir lo mismo de la oración particular, pues, si no fuera por esa oración *vivida* de muchos miembros de la iglesia ya Dios hubiera exterminado a esta humanidad; esas almas son las “hostias” que mantienen en el mundo la Hostia Inmaculada, que a ellas y al mundo sostiene dando oportunidad a que las almas de “buena voluntad” se conviertan a Dios y entren en la Redención. Es la fe y el amor de esas almas la que opera el milagro de que sea prolongada la Misericordia de Dios.

PARÁBOLA DEL JUEZ INICUO

(Lc. 18, 1-8)

“Les dijo una parábola:,para mostrar que es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había asimismo en aquella ciudad una viuda que vino a él, diciendo: Hazme justicia contra mi adversario. Por mucho tiempo no le hizo caso; pero luego se dijo para sí: Aunque, a la verdad, yo no tengo temor de Dios ni respeto de los hombres, mas, porque esta viuda me está cargando, le haré justicia, para que no acabe por molerme. Dijo el Señor: Oíd lo que dice este juez inicuo. ¿Y Dios no hará justicia a sus elegidos, que claman a El día y noche, aun cuando los haga esperar? Os digo que hará justicia prontamente. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?”

Esos “elegidos” que claman a Dios día y noche para que haga justicia sobre la tierra son los santos que están en el cielo, como dice S. Juan en el Apocalipsis: “Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido degollados por la palabra de Dios y por el testimonio que guardaban. Clamaban a grandes voces, diciendo: ¿Hasta cuándo. Señor, Santo, Verdadero, no juzgarás y vengarás nuestra sangre en los que moran sobre la tierra?” (Apc. 6, 9-10).

Pero en la tierra, ¿se encontrarán muchas de esas almas que piden la Justicia de Dios? Solamente aquellas almas que cumplen la Voluntad de Dios y tienen una fe viva han conocido Su Justicia y teniendo “hambre” y “sed” de ella claman a Dios, diciendo: ¡Venga tu Justicia sobre la tierra, Señor! Pero la inmensa mayoría, y de estas, almas que se dicen religiosas, no quisieran oír hablar de la Justicia de Dios

y piden que se prolongue su Misericordia sin unirse a la Víctima Inmaculada, sin hacerse “hostia” con la Hostia Inmaculada. Y estas almas hasta se atreven a decirle a Dios: No me trates según tu Justicia, sino según tu Misericordia. Estos no conocen la Justicia ni tampoco conocen la Misericordia. ¿Cómo pueden pedir la Misericordia si no están identificados con Aquél que se dio a la Justicia para traer al mundo la Misericordia? Y la Justicia de Dios la comparan con la “crueldad” de los hombres, aquello que ellos llaman “justicia”. Si Dios es Misericordioso es porque es Justo; la Misericordia, pues, es una consecuencia de su Justicia y cuando los hombres se cierran a la Justicia del Amor, que es la Misericordia, reciben la Justicia del rigor. Mientras en el mundo haya almas que unidas a la Víctima están abiertas al Amor, no se manifestará en el mundo el rigor de la Justicia, y los incrédulos seguirán creyendo que Dios no los va a castigar, pero cuando todas esas almas hayan entrado en la plenitud de ese AMOR, entonces aquéllos que se cerraron a la Misericordia recibirán el rigor de la Justicia y comprenderán su equivocación: que la paciencia de Dios no era “olvido” como ellos habían pensado, sino Justicia en el Amor: “¿Y Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a El día y noche, aun cuando les haga esperar? Os digo que hará justicia prontamente. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?” ¿Encontrará esas almas que están esperando su Justicia y se gocen con su advenimiento? Porque aquellos que piden se prolongue la Misericordia y no venga su “Justicia”, difícilmente podrán soportar la venida del Juicio del hombre, pues viene a juzgar poniendo fin al tiempo de la Misericordia.

LA MALDICIÓN DE LA HIGUERA

(Mt. 21, 18-22)

“Volviendo a la ciudad muy de mañana, sintió hambre, y viendo una higuera cerca del camino, se fue a ella; pero no halló en ella más que hojas, y dijo: Que jamás nazca fruto de ti. Y la higuera se secó al instante.”

Esta maldición de la higuera tiene un significado mucho más profundo del que creen los hombres. Dice S. Marcos, el Evangelista, que Jesús “saliendo de Betania sintió hambre”. En Betania, donde estaban los mejores amigos del Señor, *Lázaro*, Marta y María, ¿no le iban a dar de comer? Marta, que se “afanaba por tantas cosas”, ¿iba a olvidar el alimento material de su Maestro y Señor? El “hambre” de Jesús tiene también un significado más profundo del que se lee en las letras. Con esta hambre material Jesús quiso darnos a conocer su “hambre” de almas y nos quiso mostrar con la higuera lo que es un alma que no tiene fe; es como un árbol lleno de hojas que no tiene frutos para saciar el “hambre” del Hijo de Dios; Y cuantas veces Jesús se acerque a un alma y la encuentre que no tiene fe, ésta se expone a recibir la maldición de la higuera: “Que jamás nazca fruto de ti, y la higuera se secó al instante”, “pues, al que tiene se le dará y abundará, pero al que no tiene se le quitará aun lo que cree tener”, ha dicho el mismo Jesús.

Esas personas endurecidas para creer las cosas del espíritu, aquello que no pueden ver con sus ojos, se exponen a recibir la maldición de la higuera y quedar “endurecidas” para siempre, para que viendo no vean y oyendo no crean y se salven, como dijo el Señor de aquellos judíos endurecidos para creer en sus palabras. Y dice San Marcos: “Pasando de madrugada, vieron que la higuera se había secado de raíz. Acordándose Pedro, le dijo: Rabbí, mira: la higuera que

maldijiste se ha secado. Y respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios”. (Mc. 11, 20-22).

“Viendo esto los discípulos, se maravillaron y dijeron: ¡Cómo de repente se ha secado la higuera! Respondióles Jesús y les dijo: En verdad os digo que, si tuviereis fe y no dudarais, no sólo haréis lo de la higuera, sino que si dijereis a este monte: “Quítate y échate en el mar”, se haría, y todo cuanto con fe pidieréis en la oración lo recibiríais.”

Sin fe no puede haber vida sobrenatural. La persona que no tiene fe no puede “caminar” hacia Dios porque su alma está ciega, la fe son los ojos del alma, y cuanto más oscura es la fe, cuanto menos “ve” la persona aquello que cree, más claro ve su alma y más pronto va hacia Dios. El que no tiene fe *no puede tener* “esperanza” ni puede tener “caridad”, porque si no cree en Aquel a quien no ve, ¿cómo va a esperar de El y cómo Le va a amar? Y si no ama a Dios, no tiene caridad porque la caridad procede de Dios, es la manifestación de su Amor. Tampoco cumple los mandamientos de Dios, porque sus obras las hace para ser visto de los hombres y procede de acuerdo al parecer de los hombres y no al de Dios. Creer en Dios es *vivir* bajo la acción de Aquel a quien no ve, vivir de fe. De lo contrario, aunque confiese a Dios con los labios y se dé muchos golpes de pecho, no cree *verdaderamente* en El si no *vive* de la fe.

Si el hombre tuviera una fe *viva y operante*, pronto llegaría a la libertad de los hijos de Dios y tendría poder sobre aquellas criaturas que Dios puso bajo su dominio cuando le creó: “Si dijeres a este monte: Quítate y échate al mar, se haría, y todo cuanto con fe pidieréis en la oración lo recibiríais”. Para que el hombre pueda tener este dominio sobre la creación, él debe estar “sujeto” a su Creador, de otro modo las criaturas no pueden “sujetarse” a él.

MODO DE AYUNAR Y DE LA SOLICITUD DE LAS COSAS TEMPORALES

(Mt. 6, 16-21)

“Cuando ayunéis no aparezcáis tristes como los hipócritas, que demudan su rostro para que los hombres vean que ayunan: en verdad os digo, ya recibieron su recompensa. Tú, cuando ayunes, úngete la cabeza y lava tu cara, para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.”

Como ahora no se hacen esos ayunos que se hacían antes, nosotros debemos tomar el sentido de lo que dice el Señor y aplicarlo a nuestra vida actual: Cuando Dios nos dé la oportunidad de ofrecer un sacrificio bien sea por una enfermedad del cuerpo, un dolor, participando de su Pasión (pues todo sufrimiento y dolor debemos recibirlo como una participación de los sufrimientos de Cristo). El mismo lo dice a un alma consagrada: “...porque después del Calvario ya no hay simples cruces: el Crucificado está siempre fijo en ellas. Cualquier cruz es un Crucifijo” (*Cum clamare*, pág. 41).

Una noche de insomnio, luchas espirituales, contrariedades con las personas con quienes vivimos en la familia o la vida conyugal y en cualquier clase de sufrimiento debemos comportarnos con naturalidad, no hipócritamente buscando que los demás se den cuenta de que sufrimos y para que nos tengan por “mártires”, “almas probadas por Dios”, como se suele decir; pues con esa alabanza o compasión humana estamos perdiendo el “valor divino” de nuestro sacrificio Si en verdad estamos en Dios y sufrimos, este debe ser un sufrimiento gozoso que no busca la compasión de los espectadores sino la unión con la Víctima Inmaculada para cooperar en la redención de esos “espectadores”, nuestros hermanos; y debemos ser para ellos un ejemplo que los lleve a desear ese

“gozo” en el sufrimiento que es la gracia más grande que puede recibir una criatura en la tierra, porque es en el sufrimiento donde se identifica con su Redentor y es redimida de sus pecados y coopera a la redención de otras almas.

Toda clase de sufrimientos podemos aprovecharlos para entrar en la redención, uniéndonos al Redentor; pues la Pasión del Señor, la Redención no comenzó en Getsemaní ni en el camino del Calvario, sino desde el mismo instante en que el Verbo de Dios se hizo carne en las entrañas de la Virgen. Y es ahí donde comienza nuestro “Camino” para terminar en la Resurrección. No podemos pretender llegar al fin sin haber comenzado desde el principio. Así debería enseñársele a los niños a ofrecer sus pequeños sufrimientos para que vayan entrando en el Camino de la Redención.

“No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla v el orín los corroen, y donde los ladrones horadan y roban. Atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los corroen, y donde los ladrones no horadan ni roban. Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón.”

Una forma de ir “atesorando tesoros en el cielo” es éste aprender a sufrir y ofrecer esos sufrimientos para unirse a Cristo. Cuando las personas se preocupan mucho por su cuerpo y la salud van olvidando su alma y ponen su corazón en algo que está sujeto a la corrupción, porque por mucho que hagan por la salud de ese cuerpo tarde o temprano tendrán que dejarlo en la tierra donde se corromperá. En cambio, poniendo su corazón en aquello que permanece hasta la eternidad, el alma, se puede aprovechar de esa “debilidad” del cuerpo para fortalecer la vida del alma; eso sería hacer un excelente “comercio” con el cuerpo, aprovechando lo temporal para fortalecer lo eterno.

También cuando las personas se preocupan mucho por las

cosas temporales y se afanan demasiado por conseguirlas, ponen en peligro su alma, pues el enemigo los distrae poniéndoles esas preocupaciones terrenas para él poder robarles el alma, pues, dedicando todo el tiempo al trabajo material no les queda tiempo para dedicarlo a su vida espiritual y así van perdiendo poco a poco la vida del alma, que es la verdadera riqueza, por las cosas de este mundo que son pasajeras: “No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban”. No debemos, pues, poner nuestro corazón en las cosas de este mundo, sino en la eternidad, que es el fin de nuestra alma. De acuerdo a como hayamos empleado el tiempo en este mundo será la vida que viviremos en eternidad; si hemos trabajado para el cuerpo solamente olvidando el alma, encontraremos que el cuerpo para quien trabajamos se volvió polvo y ceniza y el alma que es eterna fue a parar a manos del “ladrón”, el enemigo y sufriremos eternamente las consecuencias de nuestro materialismo. Pues por justicia padecemos eternamente las consecuencias del pecado, porque pusimos nuestro corazón en el cuerpo, que estaba sujeto a esas consecuencias del pecado. “Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón”.

CAPITULO XII

VISITA DE NICODEMO Y OTRAS ENSEÑANZAS

VISITA DE NICODEMO

(Jn. 3, 1-21)

“Había un fariseo de nombre Nicodemo, principal entre los judíos, que vino de noche a Jesús y le dijo: Rabbí, sabemos que has venido como Maestro de parte de Dios, pues nadie puede hacer esos milagros que tú haces si Dios no está con él,”

Muchas personas, como Nicodemo, no se atreven a confesar su fe en el Señor abiertamente, por respeto humano, ellos se encuentran con Dios por la noche cuando nadie les ve. Otros, y esto lo hacen muchas almas que se dicen “consagradas” a Dios, hablan de El cuando están en la iglesia o en el convento pero en la calle cuando se encuentran con personas “del mundo” hablan cosas del mundo y no de Dios y cuando una de esas personas del mundo les habla de Dios ellos se sienten como extrañados y no dan calor a esa conversación, sino que en la primera oportunidad hablan de otras cosas para desviar el tema. Entonces los “extrañados” son los del mundo al ver que a esas personas religiosas no les interesa hablar de Dios.

“Rabbí, sabemos que has venido como Maestro de parte de Dios, pues nadie puede hacer esos milagros que tú haces si Dios no está con él.”

Nicodemo reconocía que Dios estaba con Jesús por las obras que veía en El. Así deberían ser las almas “consagra-

das”, un testimonio vivo de Dios, pero muchos, la mayoría, no lo son porque aunque Dios esté con ellos, ellos no están siempre con Dios, a veces están consigo mismos y otras veces están con el mundo. Por eso el mundo no ve en ellos a Dios, sino “otro mundo” semejante al de ellos donde dominan las “conveniencias” y no la fe.

“Respondió Jesús y le dijo: En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de arriba no podrá entrar en el reino de Dios, Díjole Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y volver a nacer? Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los ciclos.”

“En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de arriba no podrá entrar en el reino de Dios”. He ahí el por qué tantas almas “consagradas” no son un testimonio vivo de Dios, porque Dios, aunque esté en ellas, no reina en ellas, porque no han “nacido de arriba”. “¿Acaso puede el hombre nacer siendo viejo?” Sí, *viviendo* la gracia del bautismo nace a la vida del espíritu. Se va haciendo como un niño en su pureza y simplicidad, entonces puede recibir las enseñanzas de Dios como el niño recibe las enseñanzas de sus padres o maestros, y entra en el reino de los cielos porque deja a Dios reinar en él: “En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de los cielos”. Para que un alma pueda entrar en el reino de los cielos primero tiene Dios que reinar en ella, a medida que el “yo” va desapareciendo para dar lugar a Dios, se va realizando ese “nacimiento” espiritual.

“Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu es espíritu. No te maravilles de lo que te he dicho: Es preciso nacer de arriba. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adonde va; así es

todo nacido del Espíritu.”

Lo que nace de la *voluntad* de la carne, carne es; así hemos nacido todos y por eso debemos poner nuestra voluntad en Dios para poder nacer del Espíritu; porque lo que nace de la *voluntad del Espíritu* es espíritu, recibe la participación del Espíritu, de Dios, aquella que perdió por el pecado. Viene a ser como una nueva creación en Cristo: “Es preciso nacer de arriba”.

“El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo nacido del Espíritu”. El que ha nacido del Espíritu se “escapa” a todo razonamiento humano, a esa persona no la pueden aprisionar los hombres de la carne con sus conceptos, como no se puede aprisionar el viento en el puño de la mano, ni se puede saber de dónde viene ni a dónde va; aunque se oiga su voz, así es todo nacido del Espíritu, ni él mismo sabe” a dónde va a parar ni cómo ha comenzado a actuar de modo diferente a como actuaba antes, pues, es el Espíritu de Dios el que le mueve; él escucha su voz y la sigue, pero no sabe de dónde viene ni a dónde va, y no puede actuar contrariamente. “Así es todo nacido del Espíritu”.

“Respondió Nicodemo y dijo: ¿Cómo puede ser eso? Jesús respondió y dijo: ¿Eres maestro en Israel y no sabes esto? En verdad, en verdad te digo que nosotros hablamos de lo que sabemos, y de lo que hemos visto damos testimonio; pero vosotros no recibís nuestro testimonio. Si hablándoos de cosas terrenas no creéis, ¿cómo creeríais si os hablase de cosas celestiales?”

“¿Eres maestro en Israel y no sabes esto?” Las cosas del Espíritu no se aprenden en libros y aunque se conozca mucho de la vida espiritual por lectura y se tenga mucha ciencia y sabiduría humana, sólo aquel que ha “nacido” del Espíritu lo

conoce, porque él no está solo, sino que el Espíritu le acompaña siempre y le da a conocer todas las cosas. “En verdad, en verdad te digo que nosotros hablamos de lo que sabemos, y de lo que hemos visto damos testimonio.” Jesús al hablar en plural se refiere al Espíritu del Padre que le acompaña.

Las personas que no han nacido del Espíritu no pueden comprender a los nacidos del Espíritu, pero éstos sí les comprenden a ellos; y aún habiéndoles de cosas terrenas no comprenden su forma de expresarse, mucho menos si hablasen de las cosas celestiales que les da a conocer el Espíritu. Por eso éstos siempre son tenidos por el mundo como personas incapacitadas para comprender las cosas del mundo, pero las comprenden mejor que ellos, lo que pasa es que no les dan la importancia que les dan ellos, porque conocen el valor limitado y temporal de éstas y el valor eterno del espíritu. Los nacidos de Espíritu han traspasado la tierra y el espacio, miran las cosas *desde* Dios y *en* Dios, conocen la acción del Creador en todas las criaturas y por eso no pueden dar importancia a los problemas que se hacen los hombres del mundo, así como un hombre no se preocupa por los problemas que tienen las hormigas entre ellas cuando transportan su alimento, éstas ven un granito de arena como una montaña inaccesible. Así son todos los problemas de este mundo para los nacidos del Espíritu.

“Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en El tenga la vida eterna.”

Sólo Cristo bajó del cielo y subió al cielo; y nadie subirá al cielo ni bajará del cielo sino *por* El y *en* El. – Enoc y Elías subieron al “Paraíso” – . El alma que se ha identificado con Cristo, aunque viva en la tierra está en el cielo, porque el cielo

es Dios y si está identificada con el Hijo de Dios ya está en el cielo: “Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que *está en el cielo*”, “está en el cielo”, porque está en Dios. “A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre...” La serpiente es símbolo del pecado; los hijos de Israel, en el desierto, reconocieron que habían pecado contra Dios, murmurando de El y de su enviado, Moisés, porque Dios envió contra ellos serpientes venenosas, ellos arrepentidos pidieron a Moisés que intercediera en su favor y Dios dijo a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la levantara en alto, que todo el que mirase la serpiente quedaría curado. Y dice el libro de la Sabiduría: “Para su corrección fueron por un poco turbados; tuvieron una señal de salud para traerles a la memoria los preceptos de la Ley: Pues el que se volvía a mirarla no era curado por lo que veía, sino por ti, Salvador de todos” (Sab. 16, 6-7). Jesús fue levantado en la cruz porque tomó sobre Sí nuestros pecados, y fue levantado en alto como la serpiente que levantó Moisés en el desierto, para que nosotros nos reconociéramos pecadores y reconociéramos a Cristo por Salvador, Redentor de nuestros pecados; “para que todo el que creyere en El tenga la vida eterna”. No es posible creer en Cristo y alcanzar la vida eterna si no hemos reconocido en la cruz nuestros pecados. Cristo no está ahí para que le admiremos ni para que le tengamos compasión. Aquel que al mirar a Cristo crucificado vea a “los pecadores” y a aquellos que Le crucificaron, echándole la culpa a los judíos y no se vea a sí mismo entre esos es porque la luz no ha llegado hasta él o él no ha llegado hasta la Luz, se ha quedado en las tinieblas y sólo ve el reflejo de la luz que ilumina a los otros.

“Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al

mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El. El que cree en El no es juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, por que sus obras son malas. Porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, por que sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra la verdad, viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean manifiestas, porque están hechas en Dios.

Tanto amó Dios a las almas, que envió a su Hijo Unigénito al mundo para salvarlas, “para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna”. El Hijo de Dios no vino a juzgar al mundo, sino que vino antes de la Justicia trayendo la Misericordia para que las almas se salven por El. El Verbo vino como Luz a este mundo que estaba en tinieblas, para, que todo el que se acerque a la luz vea sus pecados, los reconozca ante Dios y reciba el perdón por la Misericordia antes que venga la Justicia: “Pero sobre tus hijos no vencieron los dientes de las venenosas serpientes, porque tu misericordia los socorrió y los sanó” (Sab. 16, 10). “El que cree en El no es juzgado”; porque al “*creer*” es porque ha visto la luz y al ver la luz reconoce sus pecados, al reconocer sus pecados se arrepiente de ellos y recibe la Misericordia de Dios entrando en el Redentor. “El que no cree ya está juzgado porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios”. Ya está juzgado porque, amando más las tinieblas que la luz, no vino a la “Luz” para que no fueran reprendidas sus obras; no “creyó” en el Hijo de Dios. “Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”. Este “creer” en el Hijo de Dios tiene un sentido mucho más profundo del que

nosotros le damos; los demonios creen en el Hijo de Dios y tiemblan ante El; sin embargo, están en el infierno. Se puede creer en el Hijo de Dios y “llevar” a Cristo como quien lleva una linterna en la mano alumbrando hacia otros mientras uno permanece en la oscuridad. “Creer” es abrirse a la luz; si se “abre”, la luz penetra y uno se da cuenta de sus pecados: recibe al Redentor y es redimido. El alma que obra por “conveniencia” y que por *malicia* peca, difícilmente viene a la Luz, pues sabe que sus obras son malas porque *conscientemente* ha obrado así: “Porque todo el que obra mal aborrece la luz...” El alma que, siguiendo la voz de su conciencia, cae en el error y el pecado, o por *ignorancia* o *debilidad* peca, viene a la Luz perché aborrece el pecado y el error, y cuando en la luz ve *su error y su pecado* se arrepiente y siente una gran alegría de haber conocido la verdad. “Pero el que obra la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean manifiestas, pues están hechas en Dios”. Porque esa clase de pecadores no se ocultan de Dios, antes buscan su presencia; si pecan, es por ignorancia o debilidad, pero nunca por malicia.

INVITACIÓN A LA PENITENCIA

(Lc. 13, 1-9)

“Por aquel tiempo se presentaron algunos que le contaron lo de los galileas, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían, y respondiéndoles, dijo: ¿Pensáis que esos galileas eran más pecadores que los otros por haber padecido todo esto? Yo os digo que no, y que, si no hicieréis penitencia, todos igualmente pereceréis. Aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿creéis que eran más culpables que todos los hombres que moraban en Jerusalén? Os digo que no, y que, si no hicieréis penitencia, todos igualmente pereceréis.”

¿Pensáis que aquella generación que pereció en el diluvio universal eran más pecadores que esta generación por haber perecido todos en el diluvio?; ¿y los hombres que moraban en Sodoma y Gomorra, que fueron castigados por su impureza, eran más impuros que la mayoría de los hombres y mujeres de hoy? Yo os digo que no y que si no hicierais penitencia, todos igualmente pereceréis. Pensáis que el Faraón y su ejército que pereció en el Mar Rojo por haber oprimido y perseguido al pueblo de Dios; y Herodes, que degolló al Precursor; Pilato, que condenó por cobardía al Hijo de Dios, “lavándose” las manos, ¿eran peores que los gobernantes de hoy? Yo os digo que no y que si no hacen penitencia y se enmiendan recibirán el mismo castigo que recibieron aquéllos.

¿Pensamos que Caifas, Anas y todos aquellos doctores de la Ley, escribas y fariseos, que condenaron al Hijo de Dios, creyendo que hacían un bien a Dios, eran peores que muchos Pontífices, Obispos y sacerdotes de hoy? Yo os digo que no y que si éstos no hacen penitencia humillándose ante Dios, cometerán los mismos errores que aquéllos y correrán la misma suerte de ellos.

Y aquel traidor Judas, que siendo apóstol y discípulo del Señor, y por avaro y ladrón vendió al Hijo de Dios, ¿creemos que era más culpable que muchos cristianos de hoy y más ladrón que ellos? Os digo que no, y que si no hicierais penitencia todos igualmente pereceréis.

“Y dijo esta parábola: Tenía uno plantada una higuera en su viña y vino a buscar del fruto y no lo halló. Dijo entonces al viñador : Van ya tres años que vengo a buscar del fruto de esta higuera y no lo hallo; córtala; ¿por qué ha de ocupar la tierra en balde? Le respondió y dijo: Señor, déjala aún por este año que la cave y la abone, a ver si da fruto para el año que viene...; si no, la cortarás.”

La Misericordia de Dios está dando tiempo a que las almas entren en sí y comiencen a pensar en los frutos eternos que deben dar a su Creador: “Señor, déjala aún por este año que la cave y la abone, a ver si da fruto para el año que viene...; si no, la cortarás”.

Cristo, que es la Misericordia de Dios, ha rogado al Padre que no juzgue todavía al mundo a ver si las almas entran en la Redención y dan frutos de vida. Pero si pasado el tiempo que ha pedido el Hijo prolongando la Misericordia, las almas no se convierten a Dios, vendrá la justicia y todo “árbol” que en sí no tenga frutos será cortado y arrojado al ruego.

“Déjala aún por este año que la cave y la abone”. Cristo está llamando a las almas a la penitencia – “que la cave” – , les está dando la gracia – “el abono” – para que puedan entrar en la Redención y puedan dar los frutos que quiere el Padre.

UNA CURACIÓN EN SÁBADO

(Lc. 13, 10-17)

“Enseñaba en una sinagoga un sábado. Había allí una mujer que tenía un espíritu de enfermedad hacía dieciocho años, y es estaba encorvada, y no podía en modo alguno enderezarse. Viéndola Jesús, la llamó y le dijo: Mujer, estás curada de tu enfermedad. Le impuso las manos y al instante se aderezó y glorificaba a Dios.”

“Había allí una mujer que tenía un espíritu de enfermedad”. Hay enfermedades del cuerpo que pueden ser producidas por un espíritu impuro que toma posesión de ese cuerpo. Esta mujer padecía de una de esas enfermedades: “Estaba encorvada, y no podía en modo alguno enderezarse”. Existe también esa “enfermedad” espiritual; personas que aunque quieran “enderezarse”, llevar una vida recta hacia Dios, una fuerza

superior las lleva al ras del suelo, cayendo siempre en el pecado: “Estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse”. Esta “enfermedad”, cuando el pecado no es por aceptación voluntaria del alma, es porque un espíritu impuro se ha posesionado de esa persona y en cualquier momento puede ser curada por Cristo, quedando libre del mal, para glorificar a Dios: “Viéndola Jesús, la llamó y le dijo: “Mujer, estás curada de tu enfermedad”. Las personas que se reconocen que padecen de esta clase de “enfermedad” no deben descorazonarse perdiendo la fe, deben permanecer en el “templo” para que en una pasada del Señor las vea y pueda sanarles; esto es en el templo interior, reflexionando siempre sobre su conducta deseando mejorar, arrepintiéndose de corazón en cada caída, pues si viven hacia afuera y no reflexionan para no inquietarse por el reproche que les hace su conciencia difícilmente pueden ser curados. Deben tener la humildad de reconocer su impotencia para levantarse: “No podía en modo alguno enderezarse”. No importa la gravedad del pecado; si es por “impotencia”, tendrá la humildad de reconocerse impotente para enderezar su vida y de recurrir constantemente pidiendo el auxilio Divino.

El único pecador que no puede ser perdonado es aquel que no quiere *reconocer* su pecado, pues, al no reconocerse “enfermo”, no puede intervenir el Médico ni recibir la medicina, porque está cerrado en sí mismo.

“Interviniendo el jefe de la Sinagoga, lleno de ira porque Jesús había curado en sábado, decía a la muchedumbre: Hay seis días en los cuales se puede trabajar; en esos, venid y curaos, y no en día de sábado. Respondióle el Señor y le dijo: Hipócritas. Cualquiera de vosotros ¿no suelta pesebre su buey o su asno en sábado y lo lleva a beber? Pues esta hija de Abraham, a quien Satanás tenía ligada dieciocho años, ¿no debía ser soltada de su atadura en día de sábado? Y

diciendo esto, quedaban confundidos todos sus adversarios, y toda la muchedumbre se alegraba de las obras prodigiosas que hacía.”

“Interviniendo el jefe de la Sinagoga, lleno de ira porque Jesús había curado en sábado”. Hoy existen también estos “jefes de la iglesia” que se llenan de ira cuando Jesús cura a un alma y no la manda a someterse a ellos, la autoridad. El “sábado” de hoy es “la obediencia”. Así como entonces se tomaba el sábado, día santificado por el Señor para ir contra las obras del Señor, así hoy se toma “la obediencia” santificada por el Señor para ir contra las obras del Señor. “Hay seis días en los cuales se puede trabajar; en esos, venid y curaos y no en día de sábado”. Y con esto ellos pensaban que estaban cumpliendo un deber: defendiendo la Ley de Dios; ellos no conocían el espíritu de la Ley y se habían quedado con la letra. Lo mismo que hacen hoy si una persona es librada del mal por Cristo y comienza a vivir una vida espiritual un poco profunda; si no se somete a la “autoridad”, aunque sean muy buenas sus obras, ésa está haciendo mal porque esa “autoridad” fue puesta por Dios y a ella debe obedecer. Estos tampoco conocen el espíritu de la obediencia y se han quedado, con la letra: “Hipócritas, cualquiera de vosotros, ¿no suelta del pesebre su buey o su asno en sábado y lo lleva a beber?”

¿Y no puede el mismo Cristo “soltar” y dar de “beber” a sus almas?; ¿tiene El que someterse también a la autoridad para poder salvar a sus almas? Cuántas almas permanecen ligadas años y años al pecado, estando sometidas a la autoridad, porque pueden aceptar la intervención directa del Señor: “Pues esta hija de Abraham, a quien Satanás tenía ligada dieciocho años ha, ¿debía ser soltada de su atadura en día de sábado?” ¡Cuántos de esos hombres que tienen en sus manos la autoridad están ellos mismos ligados a Satanás y no

son más Mué instrumentos suyos para seguir “ligando” a otras almas! ¿Y no puede Cristo, que conoce esto, venir a liberar a esas almas? Ellos mismos serían liberados si fueran más humildes y tuvieran un poco de fe en Aquel que les ha dado la autoridad.

LA SALUD DE LOS GENTILES

(Lc. 13, 22-30)

“Recorría ciudades y aldeas, enseñando y siguiendo su camino liada Jerusalén. Le dijo uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan? El le dijo: Esforzaos a entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos serán los que busquen entrar y no podrán.”

“Señor, ¿son pocos los que se salvan?” Se salvan solamente aquellos que entran por la puerta estrecha, que es el mismo Cristo, el Redentor. El que no entra en la redención para ser redimido de sus pecados no podrá entrar aunque se llame cristiano y haya recibido muchos dones de Dios: “Esforzaos a entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos serán los que busquen entrar y no podrán entrar”. Porque aquellos que estén todavía en el “yo” del pecado no “tendrán cabida” en Cristo, “la puerta estrecha”; esos pertenecen al mundo que es la senda ancha.

“Una vez que el Amo de casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta, diciendo: Señor, ábrenos. El os responderá. No sé de dónde sois. Entonces comenzaréis a decir: Hemos comido y bebido contigo y has enseñado en nuestras plazas. El dirá: Os repito que no sé de dónde sois. Apartaos de mí todos, obradores de iniquidad. Allí habrá llanto y crujir de dientes, cuando viereis a Abraham, a Isaac a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera. Vendrán de

oriente y de occidente, del septentrión y del mediodía y se sentarán a la mesa en el reino de Dios, y los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos.”

“Una vez que el Amo de casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera...” Una vez que se cierre la Redención, nadie más podrá entrar y no podrán ser redimidos de sus pecados, y no podrá entrar ninguno en el reino de Dios que no se encuentre en *Cristo*: “Os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta, diciendo: Señor, ábrenos. El responderá: No sé de dónde sois... Hemos comido y bebido contigo”; aunque hayan recibido el cuerpo y la sangre de Cristo, si no se *identificaron* con El no serán reconocidos: “No sé de dónde sois”⁴.

“Has enseñado en nuestras plazas”; aunque hayan recibido sus enseñanzas, si no se han *identificado* con Cristo, El dirá: “Os repito que no sé de dónde sois. Apartaos de mí todos obradores de iniquidad”, porque con todas esas gracias que recibieron de Dios pusieron sus obras al servicio de la iniquidad y por justicia estarán con “el inicuo”: “Allí habrá llanto y crujir de dientes”, porque será el reino del odio, la mentira y la crueldad. Cuando muchas de esas almas que se dicen hijos de S. Francisco, Sta. Teresa, S. Agustín, S. Ignacio, S. Benito y otros santos vean a éstos en el reino de Dios, mientras ellos son arrojados fuera, se darán cuenta que era muy distinta la vida de esos santos en la tierra a la vida que llevaron ellos, y que hicieron muchas obras en su nombre que eran obras propias y no de los santos que ellos llamaban “fundadores”, porque sólo hay un Fundador, Cristo, y un solo “fundamento”, el Evangelio. Y veremos también en el reino de Dios a muchos judíos, que se han tenido como privados del reino; a muchos mahometanos y de diferentes religiones que se convirtieron de corazón a Cristo; mientras tantos que se llamaban cristianos quedarán fuera porque tomaron el nombre de Cristo para comerciar con El y para ensoberbecerse:

“Vendrán de oriente y de occidente, del septentrión y del mediodía, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios, y los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos”.

LA ASTUCIA DE HERODES

(Lc. 13, 31-33)

“En aquella hora se le acercaron algunos fariseos, diciéndole: Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte. El les dijo. Id y decid a esa raposa: Yo expulso demonios y hago curaciones hoy y las haré mañana, y al día tercero consumaré mi obra. Pues he de andar hoy, y mañana, y el día siguiente, porque no puede ser que un profeta perezca fuera de Jerusalén.”

“Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte”. El odio del mundo, y de aquellos que tienen el poder del mundo, contra Cristo y sus seguidores no ha cambiado y permanecerá hasta el fin, pues el mundo ama lo que es suyo, y Cristo y sus discípulos verdaderos no son del mundo; lo que pasa es que el “enemigo” ha cambiado de táctica, y muchos que se dicen “discípulos” de Cristo se han vendido al “enemigo” y el mundo cree que Cristo y él son una misma cosa.

“Id y decid a esa raposa: Yo expulso demonios y hago curaciones hoy, y las haré mañana, y el día tercero consumaré mi obra.”

Cristo y los suyos trabajan en el mundo ' hasta que llegue el “día tercero”, que es la venida del Espíritu Santo, el “aliento” de la boca del Padre, el que pondrá fin al tiempo de la Misericordia para dar paso a la Justicia. Entonces vendrá el “príncipe de este mundo” a reunir a los suyos y consumir la obra de la iniquidad. Cuando Cristo estaba hablando entonces era “hoy”; después de su Resurrección y Ascensión al cielo

comenzó el otro día: “mañana”; y el “día tercero consumará su obra”, dando fin al tiempo de la Misericordia para venir la Justicia.

“Pues he de andar hoy, y mañana, y el día siguiente, porque no puede ser que un profeta perezca fuera de Jerusalén”. Los pueblos para Dios los componen los hombres y son calificados de acuerdo al espíritu que los domina. Esta “Jerusalén” representa las almas que, recibiendo muchas gracias de Dios, están siempre en sus obras contra Dios, aunque se sientan elegidos y confiesen de palabra a Dios. Ese “pueblo” sigue en el mundo y para Dios sigue siendo “Jerusalén” donde quiera que se encuentren. Y así como entonces perseguían a los profetas y crucificaron al Hijo de Dios, han perseguido también a los santos y siguen crucificando a Cristo por sus pecados de soberbia; esos no son “judíos” o “gentiles” solamente: Todos aquellos que, recibiendo gracias de Dios, se ensoberbecen con esas gracias y endurecen sus corazones por no corresponder a ellas, pertenecen o son de esa “Jerusalén”, que es, en este caso, la Jerusalén rebelde a Dios: “Pueblo rebelde, hombres de dura cerviz”. Y aquellos que se convierten a Dios y se identifican con Cristo, correspondiendo a las gracias recibidas, pertenecen o son de la “Jerusalén” celestial, la Iglesia de Cristo, la Sión en quien Dios tiene sus complacencias, porque es el “Cuerpo” de su Hijo Unigénito, el Verbo.

AMENAZA CONTRA JERUSALÉN

(Lc. 13, 34-35)

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como el ave a su nidada debajo de las alas y no quisiste! Se os deja vuestra casa. Os digo que no me veréis

hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”

Como hemos dicho antes, los pueblos los componen las almas y son calificados o agrupados de acuerdo al espíritu que les domina. Jesús hablaba a aquella generación rebelde, hombres de dura cerviz, que se ensoberbecían con las gracias que Dios les daba para sentirse por encima de otros pueblos, en vez de humillarse y convertirse a Dios. Lo mismo dice hoy el Señor a esta generación que no está en mejor condición que aquélla, es más, peor que aquélla, porque habiendo recibido más gracias se sienten por encima de aquéllos; la “Jerusalén” de hoy no es otra que la iglesia cristiana, porque así como el pueblo de Israel era depositario de la Revelación y la Promesa de Dios, la iglesia cristiana ha recibido además de esa “Revelación” la *realización* de la Promesa: Cristo y las primicias del Espíritu Santo.

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como el ave a su nidada debajo de las alas y no quisiste! Se os deja vuestra casa”. Quien lea entienda...

Y la “Jerusalén”, la iglesia que ha sido purificada de sus pecados, esas almas que reconociendo su error se convertirán de *verdad* al Señor, dirán: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”. Porque El habitará en ellas.

AMENAZA A LAS CIUDADES INFIELES

(Mt. 11, 20-24)

“Comenzó entonces a increpar a las ciudades en que había hecho muchos milagros, porque no habían hecho penitencia: ¡Ay de ti, Corozáin; ay de ti, Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros hechos en ti, mucho ha

que en saco y ceniza hubieran hecho penitencia. Así, pues, os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras en el día del juicio.”

“Comenzó entonces a increpar a las ciudades en que había hecho muchos milagros”; así increparía hoy a aquellas ciudades o países donde han sido derramadas muchas gracias y cuyos habitantes no han correspondido a esas gracias haciendo penitencia y convirtiéndose de corazón a Dios, sino que en ellos reina el espíritu del mundo con todos sus pecados: ¡Ay de ti, Francia; ay de ti, España!, porque si en Corozáin y en Betsaida se hubieran derramado las gracias que fueron derramadas en ti, hubieran hecho penitencia convirtiéndose a Dios. “Así, pues, os digo que Corozáin y Betsaida serán tratadas con menos rigor que vosotros en el día del juicio”.

“Y tú, Cafarnaúm, ¿te levantarás hasta el cielo? Hasta el infierno serás precipitada. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros hechos en ti, hasta hoy subsistiría. Así, pues, os digo que el país de Sodoma será tratado con menos rigor que tú el día del juicio.”

“Y tú, Cafarnaúm, ¿te levantarás hasta el cielo? Hasta el infierno serás precipitada.”

Y tú, Roma, ¿te levantarás hasta el cielo? Hasta el infierno serás precipitada. Porque si en Cafarnaúm se hubieran derramado las gracias que se han derramado en ti, aquéllos se hubieran convertido haciendo penitencia. Así, pues, os digo que Cafarnaúm será tratada con menos rigor que tú el día del juicio.

PARÁBOLA DE LOS VIÑADORES INFIELES

(Mt. 21, 33-46)

“Oid otra parábola: Un padre de familia plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre y la arrendó a unos viñadores, partiéndose luego a tierras extrañas.”

“Un padre de familia plantó una viña...” El Padre de familia es Dios, la viña es la Promesa de elección del “pueblo de Dios”; “la rodeó de una cerca”, la rodeó con sus dones dándole sus mandamientos. “Cavó en ella un lagar, edificó una torre”; el lagar y la torre son las bases para la Iglesia, la circuncisión y las promesas mesiánicas, para purificar y preparar a ese pueblo de Dios, para recibir al Mesías. “Y la arrendó a unos viñadores”; estos “viñadores” eran los judíos.

“Cuando se acercaba el tiempo de los frutos, envió a sus criados a los viñadores para percibir su parte. Pero los viñadores, cogiendo a los siervos, a uno le golpearon, a otro le mataron y a otro le apedrearon. De nuevo les envió otros siervos en mayor número que los primeros, e hicieron con ellos lo mismo. Finalmente les envió a su Hijo, diciendo: Respetarán a mi hijo. Pero los viñadores, cuando vieron al hijo, se dijeron: Es el heredero, vamos a matarle, y tendremos su herencia. Y, cogiéndole, le sacaron fuera de la viña y le mataron. Cuando venga, pues, el amo de la viña, ¿qué hará con esos viñadores? Le respondieron: Hará perecer de mala muerte a los malvados y arrendará la viña a otros viñadores que le entreguen los frutos a su tiempo. Jesús les respondió: ¿No habéis leído alguna vez en las Escrituras :

“La piedra que los edificadores habían rechazado, ésa fue hecha cabeza de esquina; del Señor viene esto, y es admirable a vuestros ojos?”

Cuando se acercaba el tiempo en que ese “pueblo elegido”,

los judíos, debían dar sus frutos envió Dios a los profetas, primero unos, luego otros y otros. “Pero los viñadores, cogiendo a los siervos, a unos los golpearon, a otros les mataron, a otros les apedrearón”, y con todos hicieron lo mismo, no recibiendo la palabra de Dios. Finalmente Dios envió a su Hijo, Cristo, “y cogiéndole, le sacaron fuera de la viña y le mataron”; “le sacaron fuera de la viña”. Le entregaron a los gentiles, a los romanos, para que le mataran. “Cuando venga, pues, el amo de la viña, ¿qué hará con esos viñadores?... Hará perecer de mala muerte a los malvados y arrendará la viña a otros viñadores que le entreguen los frutos a su tiempo”. Los malvados ciertamente recibieron y recibirán su castigo. La “viña” fue arrendada a los gentiles, por justicia, ya que los mismos “viñadores”, los judíos, pusieron en manos de éstos al Heredero de la viña, el Hijo de Dios.

“La piedra que los edificadores habían rechazado esa fue hecha cabeza de esquina”. “La piedra” es Cristo, que los edificadores, los judíos, rechazaron – “fue hecha cabeza de esquina” – , apoyo de todo el Edificio, porque el que no *cree* en El queda fuera de la “Construcción”.

“Por eso os digo que os será quitado el reino de Dios y será entregado a un pueblo que rinda sus frutos.

Y el que cayere sobre esta piedra se quebrantará, y aquel sobre quien cayere será pulverizado. Oyendo los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sus parábolas, entendieron que de ellos hablaba, y queriendo apoderarse de El, temieron a la muchedumbre, que le tenía por profeta.”

“Por eso os digo que os será quitado el reino de Dios y será entregado a un pueblo que rinda sus frutos”. Esto no quiere decir que el reino de Dios haya pasado a “los gentiles”, como piensan muchos; para Dios no hay “gentiles” ni “judíos”; quiere decir el Señor que le sería quitado el reino de Dios a

aquella generación y se le dará a una generación “que rinda sus frutos”; ese reino lo compondrán todas las almas que dejen reinar a Dios en ellas, sean gentiles o judíos. Tampoco porque Dios haya elegido en un principio al pueblo judío quiere esto decir que solamente ellos hubieran entrado en el reino de Dios si hubieran recibido al Salvador; también los gentiles, aquellas almas que recibieran al Salvador, hubieran entrado, como entrarán los judíos que le han recibido y le recibirán. La “economía” hubiera sido distinta, pero el resultado final será el mismo.

La viña fue arrendada a los gentiles, eso sí, y estos nuevos “viñadores” tendrán que dar cuenta a Dios de lo que han hecho con su viña. Y si no está satisfecho el Amo, no se *manifestará* el reino de Dios en la gentilidad, sino en el pueblo hebreo, porque Dios enviará a los apóstoles gentiles a llevar a los judíos la “buena nueva”, como envió a los apóstoles judíos a traerla a los gentiles. Es la justicia de Dios la que será manifestada al mundo al final de los tiempos, porque, como dice S. Pablo en su epístola a los Romanos: “No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no presumáis de vosotros mismos: que el endurecimiento vino a una parte de Israel, hasta que entrase la plenitud de las naciones; y entonces todo Israel será salvo, según está escrito: “Vendrá de Sión el Libertador, para alejar de Jacob las impiedades. Y ésta será mi alianza con ellos, cuando borre sus pecados”. (Rom. 11, 25-27).

Todo “el que cayere sobre la piedra, Cristo, se quebrantará y sobre quien cayere la piedra será pulverizado”. Son muchos los que han caído sobre “la piedra”, por eso ella caerá sobre ellos y los pulverizará el día de la justicia. Sólo aquellos que se han “adherido” a la Piedra permanecerán. Y verán cumplida la redención. Verá el “pueblo de Dios” el cumplimiento de aquella promesa pronunciada por boca de Moisés ante

aquellos que representaban ante Dios a ese pueblo de elección; todas las almas justas. Así lo dijo a Moisés, según leemos en el Deuteronomio: “Cuando te sobrevengan todas estas cosas y traigas a la memoria la bendición y la maldición que hoy te propongo, y en medio de las gentes a las que te arrojará Yahvé, tu Dios, te conviertas a Yahvé, tu Dios, y obedezcas su voz, conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y toda tu alma, también Yahvé, tu Dios, reducirá a tus cautivos, tendrá misericordia de ti y te reunirá de nuevo de en medio de todos los pueblos entre los cuales te dispersó. Aunque se hallasen tus hijos dispersos en el último cabo de los cielos, de allí los reunirá Yahvé, tu Dios, y de allí irá a tomarlos. Yahvé, tu Dios, volverá a traerte a la tierra que poseyeron tus padres, y volverás a poseerla, y El te bendecirá y te multiplicará más que a ellos. Circuncidará Yahvé, tu Dios, tu corazón y el corazón de tus descendientes, para que ames a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y vivas” (Dt. 30, 1-7).

CAPITULO XIII

LA PALABRA DE DIOS

LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

(Mt. 13, 1-9)

“Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. Se le acercó numerosa muchedumbre. El, subiendo a una barca, se sentó, quedando la muchedumbre sobre la playa, y El les dijo muchas cosas en parábolas: Salió un sembrador a sembrar, y de la simiente, parte cayó junto al camino, y viniendo las aves, la comieron. Otra cayó en sitio pedregoso, donde no había tierra, y luego brotó, porque la tierra era poco profunda; pero levantándose el sol, la agostó, y como no tenía raíz, se secó. Otra cayó entre cardos, y los cardos crecieron y la ahogaron. Otra cayó sobre tierra buena y dio fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. El que tenga oídos, que oiga.”

“El, subiendo a una barca, se sentó, quedando la muchedumbre sobre la playa.”

El apóstol verdadero de Cristo es aquel que cumple su misión como la barca en la playa; ese que no está “barado en tierra”, asentado en el mundo, sino que permanece vigilante en la oración esperando al Maestro que venga a tomarle para enseñar a las muchedumbres; él “desaparece” como la barca, y las “muchedumbres” no miran más que al Señor; no se quedan con el apóstol, porque él deja actuar al Maestro y no se toma para sí lo que a El pertenece.

EXPLICACIÓN DE LA PARÁBOLA

(Mt. 13, 18-23)

“Oid, pues, vosotros la parábola del sembrador, A quien oye la palabra del reino y no la entiende, viene el Maligno y le arrebató lo que se había sembrado en su corazón; esto es lo sembrado junto al camino.”

No entiende la parábola porque no tiene fe, y al escuchar la palabra de Dios no pone su espíritu a disposición de Dios para entender, sino que usa su cerebro para saber y en justicia no entiende la “parábola”, porque recibe la letra y no el espíritu de la palabra y “viene el Maligno y le arrebató lo que se había sembrado en su corazón”. El Maligno se hace “dueño” de esa palabra que había recibido y de ahí viene que se interprete la palabra de Dios equivocadamente, porque el enemigo que ha robado esa semilla, que es la palabra del reino de Dios, la usa para prolongar su reino en esa alma y también en el mundo, impidiendo el reino de Dios. Y esto es lo que ha pasado con el Evangelio y por eso no se vive; porque los hombres, poniendo su: *cerebro* y no su *espíritu* para entenderla, han puesto la palabra de Dios en manos del Maligno, algo así como lo que hizo Judas vendiendo al Hijo de Dios; los “Judas” de hoy, esos que han amado más el salario que al Maestro, han puesto en manos del Maligno la palabra de Dios, “desprendiéndola” de la Cruz, como el vestido del cuerpo, despojando a Cristo. Pero el Espíritu de esa palabra no lo pueden aprisionar los hombres, ni el Maligno tampoco, como no pudieron crucificar al Espíritu de Jesús aunque crucificaron su cuerpo; y crucificando su cuerpo el Espíritu le resucitó y dio vida no sólo al cuerpo humano de Cristo, sino también a su Cuerpo Místico, la Iglesia. Así, aprisionando a la palabra de Dios, el Evangelio, han aprisionado a la Esposa de Cristo, pero el mismo Espíritu dará la libertad . a las almas que componen la Iglesia, y Ella, “la Esposa”, podrá

reunirse con el Esposo.

“Esto es lo sembrado junto al camino” Esto ha sucedido con lo sembrado en el camino de la Iglesia hacia Cristo, algo parecido de lo que sucedió en el camino de Cristo hacia el Padre: Fue crucificado en nombre de la Ley porque los hombres se quedaron con la letra de esa Ley. Y por cumplir la Voluntad del Padre, Cristo recorrió ese “camino” que le dieron los hombres y murió en la Cruz para hacerse, El, “Camino” de las almas. Así, por cumplir la Justicia del Padre, la Esposa recorre este camino que le han dado los hombres para entrar en el “Camino” que la llevará hasta el Esposo; será también “crucificada” en nombre de la ley, porque los hombres se quedaron con la “letra.” del Evangelio, y se han vuelto ciegos para “ver” y torpes para “entender”.

“Lo sembrado en sitio pedregoso es el que oye la palabra y desde luego la recibe con alegría; pero no tiene raíces en sí mismo, sino que es voluble, y en cuanto se levanta una tormenta o persecución a causa de la palabra, al instante se escandaliza.”

Son esas personas que al escuchar “la palabra” comprenden que esa es la verdad, la reciben con alegría y se entusiasman de momento, pero no tienen perseverancia porque son volubles y en seguida se ponen a preguntar aquí y allá si aquello será la verdad, porque no tienen fe ni confianza en Dios; y en lo que alguien les dice algo contrario a esa “palabra” que ellos han creído, cambian de parecer; o “en cuanto se levanta una tormenta o persecución a causa de la palabra, al instante se escandaliza” y pierden la verdad que habían encontrado.

“Lo sembrado entre espinas es el que oye la palabra; pero los cuidados del siglo y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y queda sin dar fruto.”

Son esas personas que son superficiales y vanas, que no profundizan las cosas y se quedan en la superficie; por eso no conocen el valor eterno de lo que les dice la palabra de Dios y siguen afanados por los “cuidados del siglo y la seducción de las riquezas”. Y esta “seducción de las riquezas” no es solamente riquezas materiales, sino ese deseo de “saber”, seducción por las riquezas espirituales, pero en un sentido que no es puro, sino por alarde de sabiduría. Y así, con esa superficialidad, siguen viviendo de acuerdo al “espíritu del mundo”, ocupados en la consecución de las cosas temporales: nombre, gloria, fama, comodidad, etc., y pierden de este modo los bienes que quiso darles Dios por medio de su palabra.

“Lo sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y da fruto, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.”

Son esas personas que escuchan la palabra de Dios y la entienden porque tienen fe y ponen a disposición del Señor su espíritu; porque desean conocer la verdad para *vivirla* y la viven unos más, otros menos, cada uno de acuerdo a su fe y a la gracia que recibe; y así alcanzan la vida eterna, el reino de Dios.

RAZÓN DE LA PARÁBOLA

(Mt. 13, 10-17)

“Acercándosele los discípulos, le dijeron: ¿Por qué tes hablas en parábolas? Y les respondió, diciendo: A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos; pero a esos, no. Porgue al que tiene, se le dará más y abundará; y al-que no tiene, aun aquello que tiene le será quitado.”

A esos que, teniendo fe en Dios y deseando vivir su doctrina, ponen a disposición su espíritu para ser enseñados por El se les da a conocer “los misterios del reino de los

cielos”; pero a esos que, por no tener fe, lo que desean es escuchar y poner su cerebro para aprender y ser tenidos por sabios, pero que no se preocupan de *vivir* lo que aprenden, no se les da a conocer el sentido de la palabra, para que no conozcan “los misterios del reino de los cielos”. Porque al que tiene fe se le dará más y abundará en conocimientos de Dios, pero al que no tiene fe, aun los conocimientos que tiene le serán quitados.

“Por esto les hablo en parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden; y se cumple con ellos la profecía de Isaías, que dice: 'Cierto oiréis y no entenderéis, veréis y no conoceréis. Porque se ha endurecido el corazón de este pueblo, y se han hecho duros de oídos, y han cerrado sus ojos, para no ver con sus ojos y no oír con sus oídos, y para no entender en su corazón y convertirse, que yo los curaría!'.”

“Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden”. Para esas personas que han perdido la fe y han endurecido sus corazones para convertirse de sus pecados, toda palabra de Dios es para ellos como parábola, porque sólo comprenden la letra, pero el sentido verdadero queda oculto: “Cierto oiréis y no entenderéis, veréis y no conoceréis. Porque se ha endurecido el corazón de este pueblo”. No pensemos que ese “pueblo” son los judíos de entonces solamente; ese “pueblo” lo componen todas las almas que se han ensoberbecido y por no tener fe pretenden entender la palabra de Dios con su cerebro a fuerza de estudio para ser maestros de otros, “y han cerrado sus ojos para no ver con sus ojos y no oír con sus oídos, y para no *entender en su corazón y convertirse*”, y así Dios los curaría, pero ellos no reconocen su ceguera ni su enfermedad.

“¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues en verdad os digo que muchos

profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron.”

Dichosas, las almas que tienen fe y humildad porque “ven” y “oyen” lo “escondido” de la palabra de Dios, porque reciben la enseñanza del Espíritu. Muchos profetas y justos desearon “ver” y “oír” esas enseñanzas y no lo “vieron” ni lo “oyeron”, porque no había venido el Redentor y no había sido dado el Espíritu Santo.

EL FERMENTO

(Mt. 13, 33-35)

“Otra parábola les dijo: Es semejante el reino de los cielos al fermento, que una mujer toma y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta. Todas estas cosas dijo Jesús en parábolas a las muchedumbres, y no les hablaba nada sino en parábolas, para que se cumpliera el anuncio del profeta, que dice: 'Abriré en parábolas mi boca, declararé las cosas ocultas desde la creación'.”

El fermento, en este caso, es la palabra de Dios. El que la recibe en su corazón allí la guarda y medita hasta que esa palabra crezca y tome “forma”: “La pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta”. Así esa “palabra” meditada en el corazón “fermenta”, crece y va penetrando su espíritu en el alma y se convierte en obras, viniendo a ser alimento verdadero para el alma, como el “fermento” de la harina se convierte en pan y es alimento para el cuerpo.

“Abriré en parábolas mi boca, declararé las cosas ocultas desde la creación”. Así, Dios con las almas que se entreguen totalmente a El: “Les declarará las cosas ocultas desde la creación”, pero a los otros no se las declarará, sino que les habla en parábolas.

EL TESORO Y LA PERLA

(Mt. 13, 44-46)

“Es semejante el reino de los cielos a un tesoro escondido en un campo, que quien lo encuentra lo oculta y, lleno de alegría, va, vende cuanto tiene y compra aquel campo. Es también semejante el reino de los cielos a un mercader que busca perlas preciosas, y hallando una de gran precio, va, vende todo cuanto tiene y la compra.”

El tesoro escondido es ese “misterio del reino de los cielos” que está escondido en la palabra de Dios, y quien “descubre” ese “misterio” lo deja todo a cambio de ese tesoro.” “Y lleno de alegría, va, vende todo cuanto tiene y compra aquel campo”, se dedica a profundizar esa “palabra de Dios”, las Sagradas Escrituras: “Compra aquel campo”, porque allí, en esas Escrituras, está “escondido” el tesoro y por eso se oculta del mundo para encerrarse en aquel “campo” y dedicarse a profundizar ese “misterio” con Dios solo. Entonces El se lo da a conocer “descubriéndole” “lo escondido” de su palabra. “Es semejante el reino de los cielos a un mercader que busca perlas preciosas”. Este “mercader que busca perlas preciosas” es el alma que busca la verdad y hallando esa verdad eterna, que es la perla de gran precio, “va, vende todo cuanto tiene y la compra”. Sacrifica todo con tal de obtener esa perla, que es el reino de Dios y su justicia,

LA RED

(Mt. 13, 47-52)

“Es también semejante el reino de cielos a una red barrendera, que se echa l mar y recoge peces de toda suerte, y llena, la sacan sobre la playa, y sentándose, recogen los peces buenos en canastos, y los malos los tiran. Así será a la

consumación del mundo: Saldrán los ángeles y separarán a los malos de los justos, y los arrojarán al horno de fuego; allí habrá llanto y crujir de dientes.”

Esa “red barredera” es el cristianismo, el mar es el mundo y los peces son las almas. Ha sido echada la “red” y han entrado “peces” de toda suerte: buenos y malos, buenos y falsos cristianos. “En la consumación del mundo saldrán los Angeles y separarán a los malos de los justos, y los arrojarán al horno de fuego”, los falsos cristianos serán arrojados al infierno; “allí habrá llanto y crujir de dientes” y los verdaderos cristianos estarán en el reino de Dios.

“¿Habéis entendido todo esto? Respondieronle: Sí. Y les dijo: Así, todo escriba instruido en la doctrina del reino de los cielos es como el amo de casa, que de su despensa saca lo nuevo y lo añejo.”

Así toda persona instruida *por Dios* en la doctrina del reino de los cielos, saca de su corazón el conocimiento para interpretar tanto el Nuevo Testamento como el Antiguo, “lo nuevo y lo añejo”, porque de uno y e otro saca lo tocante a ese reino: “Es como el amo de casa, que de su despensa saca lo nuevo y lo añejo”. También saca las consecuencias aleccionadoras de su vida pasada – lo añejo – y de su vida presente – “lo nuevo” – para conseguir el reino de los cielos.

JESÚS DE NAZARET

(Mt. 13, 53-58)

“Cuando hubo terminado Jesús estas parábolas, se alejó de allí, y viniendo a su tierra, les enseñaba en la sinagoga, de manera que, admirados, se decían: ¿De dónde le vienen a éste tal sabiduría y tales poderes? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿Su madre no se llama María, y sus hermanos

Santiago y José, Simón y Judas? Sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros? ¿De dónde, pues, le viene todo esto? Y se escandalizaban en El. Jesús les dijo: Sólo en su patria y en su casa es menospreciado el profeta. Y no hizo allí muchos milagros por su incredulidad.”

Así se escandaliza el mundo, aquellas personas que viven faltas del Espíritu de Dios, al ver la sabiduría que Dios comunica a los que se dejan guiar por su Espíritu: “¿No es éste el hijo del carpintero?... ¿De dónde, pues, le viene todo esto?” No ven más allá de lo que les señala la carne, por eso no pueden comprender la obra del Espíritu en esas almas, que aunque siguen siendo un hombre o una mujer cualquiera, son instrumentos de Dios. Y van así contra el Espíritu Santo, que es el que actúa en esas almas.

“Sólo en su patria y en su casa es menospreciado el profeta”. Y lo más triste es que son aquellos que están más cerca de esas personas los primeros en escandalizarse, porque han vivido cerca de su persona, pero sin su espíritu, y no ven la obra de Dios porque ellos mismos han vivido ausentes de su alma y no conocen las cosas del espíritu. “Y no hizo allí muchos milagros por su incredulidad”. Y esas personas, por su incredulidad, no pueden beneficiarse de esa gracia que recibe aquella persona que les está cerca.

LA RESURRECCIÓN DE NAIN

(Lc. 7, 11-17)

“Aconteció tiempo después que iba a una ciudad llamada Naín, e iban con El sus discípulos y una gran muchedumbre. Cuando se acercaban a las puertas de la ciudad vieron que llevaban un muerto, hijo único de su madre, viuda, y una muchedumbre bastante numerosa de la ciudad la acompañaba. Viéndola el Señor, se compadeció de ella y le dijo: No

llores. Y acercándose, tocó el féretro; los que lo llevaban se detuvieron, y El dijo: Joven, a ti te hablo, levántate. Sentóse el muerto y comenzó a hablar, y El se lo entregó a su madre. Se apoderó de todos el temor y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. La fama de este suceso corrió por toda la Judea y por todas las regiones vecinas.”

La resurrección de este hijo único nos muestra la infinita misericordia de Dios y la fuerza que tiene el amor de una madre para conmover el Corazón de Jesús: “Viéndole el Señor, se compadeció de ella y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro...; y dijo: Joven, a ti te hablo, levántate”.

La Misericordia de Dios sigue actuando del mismo modo que entonces en las almas que se le abren en alguna forma. Solamente aquellos que se cierran *conscientemente* no pueden recibirla.

Este hijo único que fue resucitado, sin haberlo pedido su madre a Jesús, representa el caso de esas madres que, amando a sus hijos con un amor puro, exento de egoísmos, desean para ellos lo mejor, dispuestas al sacrificio, pero no les dan eso “mejor”, que es una verdadera formación cristiana, para que puedan corresponder a la gracia, porque ellas mismas ignoran esa “formación” y esos hijos viven en “pecado mortal”, están muertos en vida. La madre con su vida de sacrificio y pureza de corazón soportando, por amor a sus hijos, todos los sufrimientos de esta vida con paciencia y humildad, va entrando ella en la redención, sin darse cuenta, porque el sacrificio y el amor han abierto las puertas a la Misericordia de Dios y así alcanza la gracia para los hijos: “Sentóse el muerto y comenzó a hablar y El se lo entregó a su madre”. En la tierra o en el cielo esa madre recibe la alegría inmensa de la resurrección de sus hijos, que le serán entregados por el Señor.

CURACIÓN DEL CIEGO BARTIMEO

(Mc. 10, 46-52)

“Llegaron a Jericó. Al salir ya de Jericó con sus discípulos y una crecida muchedumbre, el hijo de Timeo, Bartimeo, un mendigo ciego que estaba sentado junto al camino, oyendo que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar y a decir: ¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí! Muchos le increpaban para que callase; pero él gritaba mucho más: ¡Hijo de David, ten piedad de mí! Se detuvo Jesús y dijo: Llamadle. Llamaron al ciego, diciéndole: Animo, levántate, que le llama. El arrojó su manto, y saltando se allegó a Jesús.’ Tomando Jesús la palabra, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? El ciego le respondió: Señor, que vea. Jesús le dijo; Anda, tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista, y le seguía por el camino.

Este ciego representa a esos “ciegos espirituales” que no se han cegado por “enfermedad”, sino que son ciegos por ignorancia y por ignorancia viven en el mal y, en las tinieblas del error y la mentira. No conocen la Luz y por eso no distinguen el Bien del Mal, porque nadie les ha hablado de Dios.

“Un mendigo ciego que estaba sentado junto al camino”. Estos “ciegos” por ignorancia van por el camino del mundo recibiendo lo que les dan aquellos que pasan a su lado: “Oyendo que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar y decir: ¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí!” Para esto Jesús mandó a sus discípulos a predicar el reino de Dios, para que los ciegos que es tan “sentados junto al camino del mundo oyendo predicar a Cristo le conozcan y le llamen: “¡Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí!” Y así su *Justicia Misericordiosa* pueda llamarles y darles la luz del reino de Dios: “Se detuvo Jesús y dijo: Llamadle”, He ahí la misión del “discípulo

lo” que va siguiendo los pasos de su Maestro: Predicad a Cristo y el reino de Dios para que se conocido por todas las almas que, “ciegas”; están “sentadas” en el camino; luego llamar a aquellas que han escuchado la palabra y han sido llamadas por el Maestro, y animarlas a levantarse: “Llamaron al ciego, luciéndole: Animo, levántate, que te llama”, entonces ese “ciego”, pecador, confortado por las palabras del apóstol se levantará y dejando todo lo que le impida para correr hacia Cristo se llegará a El y pedirá él misino la luz para ver, y una vez que haya recibido la luz y haya “visto” a Cristo será otro apóstol del Señor: “El arrojó su manió, y saltando se allegó a Jesús, que le dijo: .,Qué quieres que te haga? El ciego le respondió: Señor, que vea. Jesús le dijo: Anda, I u fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista y le seguía por el camino”. El ciego “arrojó su manto y saltando se allegó a Jesús”. Como no podía correr se llegó sallando; no importa que esos saltos sean largos o cortos, lo importante es que vaya en dirección al Maestro y es aquí donde el apóstol debe probar su paciencia y su amor por las almas y el Maestro, para acompañar al ciego hasta que llegue donde está el Maestro. Pero para que el apóstol pueda cumplir esta triple misión tiene que “*permanecer*” junto al Maestro para escuchar su voz cuando mande a llamar a estos “ciegos”, pues sólo El escucha la voz de las almas que le llaman.

Si el Señor tuviera unos cuantos de estos “discípulos” que cumplieran su triple misión de: *predicar*, hablar de Dios y su reino donde quiera que se encuentren, bien sea en el bar, en la calle, los negocios, en el mercado o en la playa con todas las personas que encuentren en el camino y *permanecer* con Cristo en la oración conservando su presencia para conocer cuál es el alma que El quiere que llamé y *llamándalas animarlas a levantarse y acompañarlas* en sus “saltos” hacia Dios para .que ni desvíen el camino, el mundo no estaría

como está y los obreros sobrarían para recoger la mies.

Pero son más fieles y constantes los discípulos al servicio de Satanás que los discípulos de Cristo, pues aquéllos sí que predicán en todas partes el reino del Mal, llaman y alientan a las almas a seguirles: la propaganda, el cine, la prensa, la televisión, etcétera, y hasta se sacrifican por conseguir el fin que persiguen. Por eso son más numerosos los discípulos de las tinieblas que los discípulos de la Luz, y por eso también, por *Justicia*, vendrá el reino de las tinieblas antes que el reino de la Luz.

Esos “ciegos” y “mendigos” que esperan “sentados” en el camino del mundo que alguien pase y les dé lo que lleva; van recibiendo lo que les dan esos discípulos del Mal y así siguen ciegos y mendigos, contribuyendo inconscientemente a aumentar el número de los adictos a Satanás. Así se prolongan las tinieblas, el reino del Mal y se impide el advenimiento del reino de Dios

MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS EN LA TIERRA

(Mt. 5, 13-16)

“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? ¡ara nada aprovecha ya, sino para tirarla y que la pisen los hombres.

Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse ciudad asentada sobre un monte, ni se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero, liara que alumbre a cuantos hay en la casa. Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.”

“Vosotros sois la sal de la tierra”, decía el Señor a sus discípulos, “pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?”

La “sal”, en verdad, se ha desvirtuado porque los “discípulos” de hoy, la mayoría, no tienen “amor”, sino “*interés*”. Interés por la gloria y las cosas del mundo y su gloria. La “sal” la han convertido en arena, y por eso para nada aprovecha todo lo que predicán y los I lumbres pasan por encima de sus palabras: “Para nada aprovecha, sino para tirarla y que la pisen los hombres”. ¿Cómo van a creer y se van a convertir los hombres del mundo a Dios si aquellos que predicán a Dios y se dicen “sus discípulos” tienen más interés por el mundo que por el reino do Dios? Si a ellos no les basta Dios y tienen que vivir *con el mundo y del mundo*, buscando la gloria unos de otros y no la gloria de Dios, ¿cómo aquellos que están en el mundo se van a pasar a Dios viendo esté ejemplo?

“Vosotros sois la luz del mundo”. ¿Quién' puede decir esto de los que se dicen “discípulos” de Cristo hoy? ¿Dónde está esa fe viva que tenga la fuerza para romper el materialismo que tiene sumido en tinieblas al mundo? ¿Ellos mismos no son los primeros en fomentar con sus obras esas “tinieblas”? Su fe es como un palito de fósforo que encienden por la noche cuando se van a la cama, para decir unas pocas palabras a Dios, rendidos por el sueño y el cansancio del trabajo que han realizado en el mundo, fomentando esas tinieblas del materialismo con sus obras faltas dé fe.

“No puede ocultarse ciudad asentada sobre un monte. Ni se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero para que alumbré a cuantos .hay en la casa.”

El alma que tiene una fe viva es como una ciudad asentada sobre un monte: no puede ocultar su fe por más que quiera, porque arde como una tea encendida. Es también como una lámpara encendida que alumbrá no sólo su vida, sino a todos los que están terca de ella. Esa luz no se apaga en la noche de este mundo y sus obras son vis-las por todos porque no son obras de hombre, sino obras de Dios, y los que las ven no se

quedan con la persona, que es sólo un apoyo de la luz, sino que glorifican a Dios: “Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres para que viendo vuestras. buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está cu los cielos”

CURACIÓN DEL SORDO TARTAMUDO

(Mc. 7, 31-37)

“Dejando de nuevo los términos de Tiro, se fue por Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando los términos de la Decápolis. Le llevaron un sordo y tartamudo, rogándole que le impusiera las manos, y tomándole aparte de la muchedumbre, metióle los dedos en los oídos, escupió en el dedo y le tuco la lengua, y mirando al cielo, suspiró v dijo: 'Efeta', que quiere decir 'ábrete'; v se abrieron sus oídos y se le soltó la lengua y hablaba expeditamente. Les encargó que no lo dijesen a nadie, pero cuanto más ve lo encargaba, mucho más lo publicaban, v sobremanera se admiraban, diciendo: Todo ha hecho bien; a los sordos hace oír y los mudos hablar.”

“... y tomándole aparte de la muchedumbre, metióle los dedos en los oídos, escupió en el dedo y le tocó la lengua, y mirando al cielo, suspiró y dijo: 'Efeta', que quiere decir 'ábrete'.”

Este hecho nos muestra que Dios no tiene un “sistema” único para obrar en las almas, como piensan los hombres, y a veces su forma de actuar puede ser muy desconcertante no sólo para el mundo, sino también para la misma alma que recibe la .gracia: “Metióle los dedos en los oídos, escupió en el dedo y le tocó la lengua”. ¿Qué “necesidad” tenía Jesús de hacer todo esto cuando con sólo imponer sus manos o decir una sola palabra había realizado milagros más grandes que éste, como, por ejemplo, la resurrección del hijo de la viuda,

la curación del siervo del centurión, la hemorroisa, etc.?

Y se oye decir muchas veces: “Dios no tiene necesidad de hacer esto o lo otro”. Dios no tiene necesidad de nada, pero puede hacer cuanto quiere y como quiera hacerlo. Y así pretenden los hombres poner un límite al modo de obrar Dios en las almas, diciendo: “Dios no puede hacer esto o aquello; por tanto, eso no viene de El”. Lo que no “puede” Dios es obrar en esas personas que piensan así porque ellas mismas se cierran a esa intervención divina con sus razonamientos carentes de fe.

Esas personas que así piensan y hablan de Dios son “sordos” para escuchar Su voz y “tartamudos” en su hablar porque su lengua está “atada” a esos falsos razonamientos humanos. Pero a aquellas personas que por *ignorancia* y no por *endurecimiento* piensan y hablan así, Cristo puede hacer con ellas lo que hizo con el sordo y tartamudo: “Tomándole aparte de la muchedumbre, metióle los dedos en los oídos, escupió en el dedo y le tocó la lengua..., y se abrieron sus oídos y se le soltó la lengua y hablaba expeditamente”. Esos pueden recibir el don de la fe para “creer” y “conocer” el Amor Misericordioso de Dios; entonces no se atreverán a juzgar por sus razonamientos poniendo un límite en el modo de obrar del que es Omnipotente.

Y aunque les encargasen a éstos no hablar de las cosas maravillosas que hace Dios en las almas, que todo lo creen posible para Dios, no podrían callar, porque ellos mismos se admiran de lo que El ha hecho con ellos, haciéndoles conocer su equivocación; les ha abierto los oídos para escuchar y les ha soltado la lengua para hablar “expeditamente”. “Les encargó que no lo dijeran a nadie, pero cuanto más se lo encargaba, mucho más lo publicaban, y sobremanera se admiraban, diciendo: Todo lo ha hecho bien; a los sordos hace oír y a los mudos hablar”.

CAPITULO XIV

TRADICIONES RABÍNICAS

(Mc. 7, 1-13)

“Se reunieron en torno de El fariseos y algunos escribas venidos de Jerusalén, los cuales vieron que algunos de los discípulos comían pan con las manos impuras, esto es, sin lavárselas, pues los fariseos y todos los judíos, si no se lavan cuidadosamente, apegados a la tradición de los ancianos, no comen; y de vuelta de la plaza, si no se aspergen, no comen, y otras muchas cosas que guardan por tradición: el lavado de las copas, de las ollas y de las bandejas.”

También hoy viven muchas almas aprisionadas por las “tradiciones”, y van así perdiendo el espíritu en las cosas que hacen. Así como entonces se escandalizaban los fariseos y los escribas porque algunos discípulos de Jesús no se lavaban las manos antes de comer, hoy se escandalizan si una persona comulga todos los días sin confesarse por lo menos una vez a la semana como hacen ellos “por tradición”: Pues el mismo Señor dice: “El que se ha bañado no necesita lavarse, está todo limpio”, que quiere decir: al que su conciencia le acusa de pecado no necesita confesarse porque está libre de pecado en su corazón. Pero esos, por seguir esas “tradiciones humanas”, que les han llevado a guiarse por la conciencia de los otros, no se fían de la propia conciencia y ellos mismos no saben cuándo están “sucios” ni cuándo están “limpios”, y por ellos juzgan a todos los demás.

“Le preguntaron, pues, fariseos y escribas: ¿Por qué tus discípulos no siguen la tradición de los antiguos, sino que comen pan con manos impuras? El les dijo: Muy bien

profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito: 'Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí, pues me dan un culto vano, enseñando doctrinas que son preceptos humanos.'

“Por qué tus discípulos no siguen la tradición de los antiguos, sino que comen pan con manos impuras?” Y dicen hoy: ¿Por qué esta o aquella persona no se confiesa cada semana si los santos muchos lo hacían todos los días? Esos santos que se confesaban todos los días lo hacían porque así se lo pediría su conciencia; ellos estaban haciendo bien, pero quien se confiese por cumplir una “tradicción”, imitando a otros que hicieron lo mismo, o por estar en conformidad con el parecer de los hombres, está fallando ante Dios, pues no es una confesión sincera si en ella no hay: *conciencia de pecado, dolor de corazón por haber pecado y propósito de enmienda.* Y Jesús les diría hoy a esas almas como dijo a aquellos escribas y fariseos: “Muy bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas: 'Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí, pues me dan un culto vano, enseñando doctrinas que son preceptos humanos.'”

“Dejando de lado el precepto de Dios, os aferráis a la tradición humana. Y les decía : En verdad que anuláis el precepto de Dios para establecer vuestra tradición.”

San Juan, el apóstol amado del Señor, dice: “Este es el mensaje *que de El hemos oído*, y os anunciamos que Dios es luz y que en El no hay tiniebla alguna. Si dijéramos que vivimos en comunión con El y andamos en tinieblas, mentiríamos y no obraríamos según verdad. Pero si andamos en la luz, como El está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado. Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros. Si *confesamos nuestros pecados, fiel y justo es El*

para donarnos y limpiarnos de toda iniquidad”; (1 Jn. 1, 5-9). Y dice después: “Todo el que permanece en El no peca; y todo el que peca, no le ha visto ni le ha conocido? (1 Jn. 3, 6). “Sabemos que le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos” (1 Jn. 2, 3). Pero el que habiendo sido tentado cae en tentación y peca, ese debe confesar *inmediatamente* su pecado, porque como dice el mismo apóstol San Juan: “Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo, justo. El es la propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino | por los de todo el mundo” (1 Jn. 2, 1-2).

La confesión, pues, debe hacerse cuando se tiene conciencia de pecado y debe ser sincera y sobre todo con un firme propósito de enmienda, manteniéndose vigilante en la oración para no caer en tentación. No debe hacerse del sacramento una rutina como quien se ensucia las manos todos los días y ahí tiene la tina de agua para lavarse. Para esto se debe huir del mundo para no caer en tentación: “Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo” (1 Jn. 2, 16).

“Porque Moisés ha dicho: Honra a tu padre y a tu madre, y el que maldiga a su padre o a su madre es reo de muerte. Pero vosotros decís: Si un hombre dijere a su padre o a su madre: Carbón, esto es, ofrenda, sea todo lo que de mí pudiera serle útil, ya no le permitís hacer nada por su padre o por su madre, anulando la palabra de Dios por vuestra tradición que se os ha trasmitido, y hacéis otras muchas cosas por el estilo.”

Asimismo hoy, siguiendo tradiciones humanas, se anula la conciencia que es voz de Dios en las almas. Y así hacen con “otras muchas cosas por el estilo”, como la “*obediencia*”, la “*oración*”, la “*abstinencia*”, etc.

LA VERDADERA PUREZA

(Mc. 7, 14-23)

“Llamando de nuevo a la muchedumbre, les decía: Oídmelos todos y entended: Nada hay fuera del hombre que entrando en él pueda mancharle; lo que sale del hombre, eso es lo que mancha al hombre. El que tenga oídos para oír, que oiga. Cuando se hubo retirado de la muchedumbre y entrado en casa, le preguntaron los discípulos por la parábola. El les contestó: ¿Tan faltos estáis vosotros de sentido? ¿No comprendéis – añadió, declarando puros todos los alimentos – que todo lo que de fuera entra en el hombre no puede mancharle, porque no entra en el corazón, sino en el vientre, y va al seceso?”

“Oídmelos todos y entended: Nada hay fuera del hombre que entrando en él puedan mancharle”; esto decía Jesús refiriendo a los alimentos, según los conceptos que se tenía entonces y que no era más que una figura material de lo que vivimos en esta época del espíritu: No es lo que está fuera del hombre lo que le hace cometer pecado, sino el mal espíritu que reside en el hombre, ése es el que le hace pecar usando sus sentidos para el pecado: “Lo que sale, del hombre, eso es lo que mancha al hombre”. Una persona que está purificada del mal, que tenga puros su mente y corazón, puede vivir *dentro* del mundo y nada de lo que hay en el mundo puede manchar su corazón, haciéndole cometer pecado. Pero la persona que desee alcanzar esta “purificación” debe huir del “mundo” para que así el “mal” que está en ella no encuentre como tentarla; es como dejar “morir” de hambre la fiera “cuerpo del pecado”, alimentan con la oración y la negación propia al alma para que robustecida pueda dominar sobre aquél.

“Decía, pues: Lo que del hombre sale eso es lo que mancha

al hombre, porque dentro, del corazón del hombre, proceden los pensamientos malos, las fornicaciones, los hurtos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las maldades, el fraude, la impureza, la envidia, la blasfemia, la altivez, la insensatez. Todas estas maldades, del hombre proceden y manchan al hombre.”

Todas estas maldades están en el hombre como consecuencia del pecado original, y aceptadas por el hombre se convierten en “*pecado personal*”. El hombre no es culpable personalmente de tenerlas, pero si las acepta conscientemente se hace culpable y responsable ante la justicia divina; he ahí el pecado que debe confesar y debe también reparar pagando la deuda.

Cristo vino a borrar ese pecado original, pagando la deuda a la Justicia divina, para liberar al hombre de esa culpa original; pero cada uno debe cooperar con la gracia merecida por Cristo, para quedar libre de esa impureza del mal, pues el hombre es libre de aceptar o rechazar su propia redención. Por esto, para cooperar a su redención, debe renunciar a las obras del “mundo” para ir entrando en la Obra de la Redención, pues no puede pertenecer al mundo y a Cristo al mismo tiempo. Si permanece en el mundo no puede alcanzar su propia redención, pues él mismo se está “atando” al mal.

La misión principal del sacerdote, además de *predicar a Cristo y administrar los Sacramentos*, es la de *formar* la conciencia del pecador para que dirigiéndose por ella no cometa pecado.

EXPULSIÓN DE LOS VENDEDORES DEL TEMPLO

(Jn. 2, 13-25)

“Estaba próxima la Pascua de los judíos, y subió Jesús a

Jerusalén. Encontró en el templo a los vendedores de bueyes, de ovejas y de palomas, y a los cambistas sentados; y haciendo de cuerdas un azote, los arrojó a todos del templo, con las ovejas y los bueyes; derramó el dinero de los cambistas y derribó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: Quitad de aquí todo eso y no hagáis de la casa de mi Padre casa de contratación. Se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume.”

“Estaba próxima la Pascua de los judíos”, la Pascua para el alma es su resurrección a la “nueva vida”; pero para que esa resurrección sea una realidad antes tiene que ser purificado el templo del Señor, que es su cuerpo.

“Y subió Jesús a Jerusalén. Encontró en el templo a los vendedores de bueyes, de ovejas y de palomas, y a los cambistas sentados”. Así están los “templos” del Señor, llenos de mercaderes y de toda clase de animales; esos mercaderes son los espíritus impuros, que traen todos los pecados, para comerciar, con ellos y apropiarse del alma de esos cuerpos. Cada vez que la libertad del hombre acepta ese “comercio” con el mal está poniendo en sus manos su alma que va vendiendo a plazos, y cuando se da cuenta es porque pertenece al Mercader y no al Señor. “Quitad de aquí todo eso y no hagáis de la casa de mi Padre casa de contratación”.

He ahí la misión del sacerdote con aquellos que se acercan a confesarse; “entrar” en aquel templo que se le “abre” y derribar las mesas, y arrojar con los animales, que son los pecados, los mercaderes, que son los espíritus del mal que tiene ese hombre; y “azotar”, amonestar a aquel que con su libertad ha hecho del templo del Señor casa de contratación. No importa si éstos se disgustan y no vuelven a confesarse porque se les amoneste, quiere decir que ya están vendidos al Mercader y no les interesa “desalojar” el “templo”.

Se acordaron los discípulos que está escrito: “El celo de tu casa me consume”. El sacerdote que se ha identificado con Cristo hace suyas estas palabras: “El celo de tu casa me consume” y siente ante el alma del pecador el mismo dolor que sintió Jesús cuando vio el templo de Jerusalén lleno de mercaderes. Y el alma que va buscando con sinceridad el perdón de Dios y la liberación de su pecado, ve a ese sacerdote *en* Cristo y comprende que tiene razón y que ese sacerdote que le amonesta y se preocupa de su alma puede en verdad ayudarlo a desalojar su “templo”, porque su celo es verdadero, ya que más fácil sería, para él no preocuparse.

“Los judíos tomaron la palabra y_ le dijeron: ¿Qué señal das para obrar así? Respondió Jesús, y dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Replicaron los judíos: Cuarenta y seis años se han empleado en edificar este templo, ¿y tú vas a levantarlo en tres días? Pero El hablaba del templo de su cuerpo. Cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que Jesús había dicho.”

“¿Qué señal das para obrar así?” La “señal” del sacerdote para obrar así debe ser su vida de identificación con Cristo, libre de pecado. Porque para poder desalojar los “templos” de otros tiene que haberse entregado él mismo primero a Cristo para ser desalojado su templo de toda mercadería y contratación con el “enemigo”, haciendo de ese templo casa de oración donde Cristo pueda *permanecer* recogiendo a las almas extraviadas por el pecado. “Destruid este templo y en tres días lo levantaré”. Así contestará el mismo Cristo a quien pretenda ir contra aquel sacerdote, “templo vivo” donde El habita cumpliendo la voluntad del Padre, desalojando aquellos otros templos que se le abren, echando de ellos los animales, que son los pecados, derribando las mesas, purifi-

cando la conciencia para que no sean aceptados los malos pensamientos, sacando fuera los mercaderes y cambistas, que son los espíritus impuros; para que el hombre pueda usar bien su libertad dirigiéndose por una conciencia recta y alcanzar así la vida eterna.

A aquellos que viven años y años con su templo ocupado en el comercio con el mal les parecerá imposible que pueda cambiar su vida de un día para otro. “Cuarenta y seis años se han empleado en edificar este templo, ¿y tú vas a levantarlo en tres días?”. El alma que coopera con la gracia para la destrucción de todo aquello que ha “construido” en colaboración con el enemigo verá cómo el Señor realizará la obra de levantar en ella su “templo”, morada del Dios vivo, y encontrará la verdadera felicidad al verse libre de aquel desorden de sus pasiones que le impulsaban hacia el mal.

“Al tiempo en que estuvo en Jerusalén por la fiesta de la Pascua creyeron muchos en su nombre viendo los milagros que hacía, pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues El conocía lo que en el hombre había.”

“Al tiempo en que estuvo en Jerusalén por la fiesta de la Pascua”. Mientras Cristo está actuando en el mundo están “actuando” sus sacerdotes, “administrando” sus sacramentos en aquellas personas que le reciben, pero cuando la Justicia del Padre dé fin al tiempo de la Misericordia entonces no podrá “actuar” más Cristo en el mundo y tampoco actuarán “sus” sacerdotes, porque será el tiempo de la justicia y el “príncipe de este mundo” vendrá con los suyos a consumir la obra de iniquidad, como Cristo ha “consumado” la Obra de la Misericordia. Aquellos que creyeron en el nombre de Cristo, y recibieron con espíritu de fe los sacramentos que administraron sus sacerdotes verán cumplidas en ellos todas las

promesas de Jesús y gozarán del reino de Dios. Pero aquellos que por no tener fe abusaron de esos sacramentos recibiendo-los sin espíritu, y menospreciando a los ministros del Señor recibirán de El su merecido. Pues Jesús conoce lo que hay en cada alma, y aunque hayan podido engañar a sus sacerdotes a El no le puede engañar nadie.

“Jesús no se confiaba a ellos, porque les conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues El conocía lo que en el hombre había”. Hay personas que creen que porque el sacerdote les haya dado la absolución, aunque ellos hayan hecho una mala confesión, con esto están libres de culpa y el sacerdote dará cuenta de ellos a Dios. Están muy equivocados, porque el sacerdote da la absolución de acuerdo a la confesión que han hecho, pero *de lo que hay en la conciencia es la misma persona quien dará cuenta a Dios y aunque haya engañado al sacerdote, a Dios no le ha podido engañar. El sacerdote, absolviéndole de su confesión, puede estar en el cielo y la persona por esa misma confesión *con malicia* puede ir al infierno.

LAVATORIO DE LOS PIES

(Jn. 13, 1-20)

“Antes de la fiesta de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amó. Y comenzada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle; con saber que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que había salido de Dios y a El se volvía, se levantó de la mesa, se quitó los vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó; luego echó agua en la jofaina, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a dárselos

con la toalla que tenía ceñida.”

“Antes de la fiesta de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amó.”

La vida del Hijo de Dios en la tierra es un “Camino”, el camino de las almas; “la Iglesia”, hacia el Padre. “La fiesta de la Pascua” para las almas, como hemos dicho antes, es la resurrección a la “nueva vida”. La Iglesia ha venido recorriendo ese camino desde el día de Pentecostés y las almas que han resucitado a esa “nueva vida”, los santos, se encuentran esperando en Cristo a aquellos que van recorriendo todavía el camino para que todos juntos sean presentados por Cristo al Padre como un solo Cuerpo: El cuerpo de la Esposa. Y así como a Jesús le llegó “su hora” de pasar de este mundo al Padre, así llegará “la hora” en que la Iglesia pasará de este mundo a Cristo para ser presentada por El al Padre: “Habien-do amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extre-madamente los amó...”

Así como él Hijo de Dios es el Camino de los justos hacia el Padre, Judas se hizo “camino” de los réprobos hacia Satanás, haciéndose hijo de perdición: El Anticristo: “Y comenzada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle”; al diablo, Satanás, le interesaba lomar uno de los apóstoles del Señor porque sabía que Jesús les había dado “poder para administrar los Sacramentos, era como hacerles partícipes del poder que a N le había dado el Padre: “Con saber que d Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que había salido de Dios y a El se volvía”, lo dice de Jesús, pero el diablo también sabía que Jesús volvería al Padre y quedaban en la tierra sus apóstoles administrando su poder, y pensó que si él lograba tomar a uno de esos apóstoles podría

apoderarse de ese “poder” y “atraer” hacia él las almas, la Iglesia que acababan de fundar Cristo. Por eso tentó a Pedro para que negase al Señor, pero como Pedro obraba rectamente Jesús pudo orar por él y no cayó en la tentación; pero Judas no obraba con rectitud y Jesús *no podía*, por Justicia, rogar al Padre que lo librase del mal, porque él lo había aceptado en su corazón “Como el diablo hubiese ya puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle”. Aquí empezó la “*iglesia* de la iniquidad”. Esta es la “cizaña” que desde el principio fue sembrada entre el trigo. Así han caminado la “Iglesia de Cristo” y la “iglesia del inicuo”, aparentemente parece que es una sola cosa, porque los “Judas” y los “Pedros” están mezclados, pero sus caminos son completamente opuestos y sólo Dios sabe quiénes van con Pedro y quiénes con Judas, como, también las almas quejes siguen.

Los que van con Pedro son esos sacerdotes que arrepintiéndose de sus pecados llegan a una identificación con el Espíritu del Señor y son “templos vivos” donde actúa Cristo cumpliendo la voluntad del Padre. Son aquellos que han dejado que el Señor desaloje sus templos y no hay en ellos mercaderes ni cambistas, porque se han hecho “casa de oración”. Los que van con Judas son aquellos sacerdotes que permaneciendo en sus pecados no se identifican con el Espíritu del Señor, son templos de mercadares donde el espíritu del mal hace sus negocios y son “casa de contratación” para las almas; estos son muy indulgentes y condescendientes con el “espíritu del mundo” y no pueden “desalojar” los templos de otros, porque no han desalojado el propio, aunque perdonen los pecados, pues para la absolución tienen poder de Cristo y pueden darla, perdonando los pecados a aquellos que van a confesarse, pero para echar fuera los espíritus impuros necesitan estar ellos identificados con el Espíritu de Cristo.

“Llegó, pues, a Simón Pedro, que le dijo: Señor, ¿tú lavarme a mí los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora; lo sabrás después. Dijo Pedro: Jamás me lavarás tú los pies. Le contestó Jesús: Si no te los lavare, no tendrás parte conmigo. Simón Pedro le dijo: Señor, entonces no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús les dijo: El que se ha bañado no necesita lavarse, está todo limpio; y vosotros estáis limpios, pero no todos. Porque sabía quién había de entregarle, y por eso dijo: No todos estáis limpios.”

El lavatorio de los pies es también un símbolo de la confesión, y así como todos los apóstoles recibieron el “lavatorio”, no todos quedaron limpios y de ellos salió un diablo porque su *intención* estaba con diablo, asimismo sucede con la confesión no todo el que se confiesa y recibe la absolución queda libre del mal, sino aquellos que lo hacen con recta intención y verdadero arrepentimiento de sus pecados: “El que se ha bañado, está todo limpio”; el procede con rectitud de conciencia y se arrepiente de corazón de sus pecados confesándolos “no necesita lavarse”, no necesita volver a confesar de los mismos pecados, y mientras su conciencia no le acuse de pecado puede comulgar porque está limpio, en gracia de Dios. '

“Vosotros estáis limpios, pero no todos”. Jesús anunciando que “no todos” estaba limpios, daba una oportunidad a Judas de arrepentirse de su pecado, pero él permaneció endurecido y no se arrepintió.

“Porque sabía quién había de entregarle, y por eso dijo: No todos estáis limpios, Jesús sabía lo que había en el corazón de Judas, pero no podía “obligarle” a confesar y a arrepentirse de su pecado porque él debía hacerlo él libremente. Del mismo modo el sacerdote, aunque sepa el pecado una persona, él puede insinuarle algo, como hizo Jesús con Judas, a ver

si se abre la gracia y se arrepiente, pero no puede decírselo directamente, y aunque le dé la absolución por los pecados de que se ha arrepentido, aquél queda sin absolver si no habido arrepentimiento y propósito de enmienda.

“Cuando les hubo lavado los pies, y tomó sus vestidos, y puéstose de nuevo a la mesa, les dije: ¿Entendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy. Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros vosotros los pies unos a otros. Porque yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho. En verdad, en verdad os digo: No es el siervo mayor que su Señor, ni el enviado mayor que quien le envía. Si esto aprendéis, seréis dichosos si lo practicáis. No lo digo de todos vosotros; yo sé a quiénes escogí; mas lo digo para que se cumpla la Escritura: 'El que come mi pan, levantó contra mí su calcañar'. Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis que yo soy. En verdad, en verdad os digo que quien recibe al que yo enviare, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe a quien me ha enviado.”

“Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros vosotros los pies unos a otros”. Así como Cristo, el Maestro, lavó los pies de sus apóstoles, los limpió de sus pecados, así éstos deben unos a otros “lavarse” por medio del poder que Cristo les ha dado, perdonando sus pecados, y también a las almas que lo requieran. También les estaba dando el Señor un ejemplo de humildad, cómo debían comportarse unos con otros: “Porque yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho. En verdad, en verdad os digo: No es el siervo mayor que su Señor, ni el enviado mayor que quien le envía. Si esto aprendéis, seréis dichosos si lo practicáis”. Los

discípulos Verdaderos del Señor deben comportarse siempre como siervos y nunca como “señores”, pues sólo hay un Señor que está por encima de todos: Cristo. Quien así hiciere será dichoso y recibirá las enseñanzas de su Maestro, porque se mantiene en la humildad verdadera, que es la verdad.

“No lo digo de todos vosotros; yo sé a quiénes escogí”. Sabía él Señor que entre sus apóstoles, no sólo de entonces, sino también *después y ahora*, habría quienes pretenderían tomar el puesto del Señor poniéndose por encima de los otros: “Mas lo digo para que se cumpla la Escritura: El que come mi pan, levantó contra mí su calcañar”. Son muchos los que comen todos los días el “Pan” del Señor y han levantado contra El su calcañar.

“En verdad, en verdad os digo que quien recibe al que yo enviare, a mí recibe, y el que me recibe a mí, recibe a quien me ha enviado.”

Jesús ha enviado a sus apóstoles para administrar sus Sacramentos y quien recibe al “enviado” recibe a Cristo en esos Sacramentos. No que el “enviado” sea “otro Cristo” y que debe recibirse como si fuera El mismo; Cristo es sólo uno y nadie puede tomar su puesto ni representarle tampoco. El sacerdote es “administrador” de sus bienes aquí en la tierra y debe ser también humanidad suplementaria donde Cristo pueda continuar su Pasión, como debe hacerlo todo verdadero cristiano. Quien desprecie al sacerdote y no le reciba, no puede recibir a Cristo en los Sacramentos, porque ellos son los “intermediarios” o administradores de esos Sacramentos.

El acto de la confesión es sagrado y el alma que se acerque al confesionario debe mirar al confesor en Cristo, ya que es El quien perdona sus pecados. Allí no debe hablar más que de las *dudas* de conciencia para que sean aclaradas por el sacerdote, para que el alma, arrepintiéndose de corazón de

haber pecado y haciendo propósito de enmienda, reciba el sacramento. La confesión de sus pecados se hace en el corazón al mismo Cristo y con el confesor se aclaran aquellas dudas que se puedan tener. Así se irá formando la conciencia del hombre para que sea dirigido por ella y no cometa pecado; “Si esto aprendéis, seréis dichosos si lo practicáis”.

“No lo digo de todos vosotros; sé a quiénes escogí; mas lo digo para que se cumpla la Escritura: El que come mi pan, levantó contra mí su calcañar.”

Muchos de los que comen el Pan Eucarístico. Cuerpo y Sangre de Cristo, han levantado contra El su calcañar, como dice la Escritura. Son todas esas almas que no se arrepienten sinceramente de sus pecados ni procuran enmendarse, continuando una vida de “comercio” con el mal, aceptando el “espíritu del mundo”, poniendo obstáculo al Espíritu del Señor. Y los sacerdotes que se han hecho “anticristos”, poniendo sus corazones en el “salario”, las cosas del mundo que reciben del “enemigo”, siguiendo el camino de Judas, van “vendiendo” la Iglesia de Cristo para ponerla en manos del Usurpador, “hombre de iniquidad”, el Anticristo.

Y así como el Hijo de Dios, Cristo, se *entregó* cumpliendo la Voluntad del Padre, para rescatar a las almas del pecado, liberándolas de la esclavitud del cuerpo, así “la Esposa” se *entregará* para que sea consumada la iniquidad de acuerdo a la Justicia del Padre y sea liberado “Su Cuerpo” de la esclavitud de la tierra. “Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que yo soy”.

“En verdad, en verdad os digo que quien recibe al que yo enviaré, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe a quien me ha enviado.”

Quien reciba a Aquél que enviará Cristo, a El lo recibe y quien recibe a Cristo recibe también al Padre: estos tres son

el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. *Tres personas y un solo Dios verdadero.*

CAPITULO XV

ALGUNAS CURACIONES

CURACIÓN DE UN PARALITICO

(Mc. 2. 1-12)

“Entrando de nuevo, después de algunos días, en Cafarnaúm, se supo que estabulen casa, y se juntaron tantos, que ni aun junto a la puerta cabían, y El les hablaba. Vinieron trayéndole un paralítico, que llevaban entre cuatro. No pudiendo presentárselo a causa de la muchedumbre, descubrieron el terrado por donde El estaba y, hecha una abertura, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados. “

Por la fe de “aquellos hombres” que traían al paralítico, como dice el Evangelista Mateo, fue curado el paralítico. Estos hombres lo expusieron todo con tal de conseguir la salud de aquel que no podía valerse por sí mismo: “No pudiendo presentárselo a causa de la muchedumbre, descubrieron el terrado por donde El estaba, y hecha una abertura, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico”. Así debería ser la fe de los apóstoles del Señor, de sus sacerdotes, para conducir hasta El a aquellas almas que no pueden valerse por ellas mismas, porque el pecado las tiene “paralizadas”: Ningún respeto humano, ningún apego propio; aquellos hombres podían haberse caído del techo de la casa mientras hacían la abertura para descolgar la camilla con el paralítico. Pero su fe traspasa todos los peligros y se fija solamente *en Cristo y en el enfermo*; la salud de éste es más importante

para ellos que su propia vida. “Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados”. Y os aseguro que los pecados de “aquellos hombres” que llevaron al paralítico hasta Jesús también leí fueron perdonados. Pues si su fe ha tenido la fuerza para dar la salud a un tercero, no hay duda que esa fe les ha llevado la salud también a ellos.

Del mismo modo, el apóstol que tenga esa fe viva en Jesús y lo exponga todo por llevar las almas hasta El, mientras hace la “abertura” para introducir a esos enfermos por el pecado en Cristo, ellos recibirán la salud no sólo del alma, sino que posiblemente también de sus cuerpos, como le sucedió al paralítico.

Muchas personas bautizadas y en gracia de Dios no *viven* la *gracia del bautismo* porque la “muchedumbre” de las cosas del mundo y el apego a sí mismas no les ha dejado “ver” a Cristo en sus almas y viven ausentes de El. Estas personas necesitan de alguien que les “descubra el terrado” por donde El está y haga la “abertura” para que puedan encontrarle ahí, y comiencen a vivir “adentro” cooperando al crecimiento del Cristo místico, que es cooperar a la gracia del bautismo.

“Estaban sentados allí algunos escribas, que pensaban entre sí: ¿Cómo habla así éste? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios? Y luego, conociéndolo Jesús, con su espíritu, que así discurrían en su interior, les dice: ¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y vete? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra ¡¡ara perdonar los pecados – se dirige al paralítico – , yo te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. El se levantó y, lomando luego la camilla, salió a la vista de todos, de manera que todos se maravillaron, glorificaban a Dios diciendo: jamás hemos visto cosa tal.”

Los “escribas” de hoy, aquellos que viven en la letra y de la “letra” viven, murmurarán de esos apóstoles atrevidos que, identificados con Cristo, se lanzan a todos los peligros impulsados por la fe para llevar las almas a Dios. Pero Jesús, que conoce todo lo que hay en el interior de los hombres, será quien dé testimonio de sus apóstoles cuando llegue el momento de descubrir lo falso y lo verdadero.

“¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y vete?”

¿Qué es más fácil, quedarse cómodamente en casa o en la iglesia esperando que vengan los pecadores a confesarse, para no exponerse a los peligros del mundo, o salir en busca de ellos exponiéndolo todo *por Cristo* y las almas? ¿Qué es más fácil, hacer muchas obras para ser apreciados y reconocidos por el mundo, o renunciar a la propia personalidad, honra y nombre ante el mundo para dejar que Cristo obre, salvando a las almas? ¿Qué es más fácil, criticar al mundo, a los pecadores y hasta a la misma Iglesia, juzgando de acuerdo al propio razonamiento, o dar cabida a Cristo sometién dose a la Suprema Razón para que El mismo remedie el mal y lanzarse en el vacío impulsados por la fe en Aquel a quien no se ve? “Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, yo te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.”

Pues para que veáis que Cristo sigue actuando en el mundo y tiene poder en la tierra y lo ejerce- en sus sacerdotes, no sólo para perdonar los pecados, sino también para preservarlos del mal, siempre que permanezcan en El por una fe viva y operante, yo te digo: Levanta tu corazón de la tierra, identificate con el Señor y cree en el poder que *El mismo* ejercerá en ti y no sólo perdonarás los pecados, dando la salud del alma, sino que posiblemente también la darás del cuerpo y podrás

ver con tus ojos lo que hace Cristo contigo, liberándote para siempre del mal.

Cuando la fe de los sacerdotes del Señor sea tan viva que ofrezca oportunidad a Cristo para obrar *en* ellos y *por* ellos, entonces las obras del Señor saldrán a la vista de todos, de manera que todos se maravillarán y glorificarán a Dios, diciendo: “Jamás hemos visto cosa tal”. Entonces “las muchedumbres” se convertirán de verdad a Dios.

VOCACIÓN DE MATEO

(Mt. 9, 9-17)

“Pasando Jesús de allí, vio a un hombre sentado al telonio, de nombre Mateo, y le dijo: Sigúeme. Y él, levantándose, le siguió. Y sucedió que, estando Jesús sentado a la mesa en casa de aquél, vinieron muchos publicanos y pecadores a sentarse con Jesús y sus discípulos.”

Jesús hubiera podido elegir para sus discípulos a niños o jóvenes para formarlos a su manera, pero no, El eligió hombres conocedores del mundo y entre ellos “públicos pecadores”, como el publicano Mateo, pues esto eran para los fariseos los publicanos: pecadores públicos.

“Pasando Jesús de allí, vio a un hombre sentado al telonio, de nombre Mateo y le dijo: Sigúeme.”

Jesús elige *a quien* quiere y *cuando* quiere; lo hizo entonces y lo hace también ahora. Y quien “escucha su voz” le sigue inmediatamente, pues no se puede hacer otra cosa si se ha “escuchado su voz”: “Y él, levantándose, le siguió”.

Y Jesús no le lleva a su casa para separarle de los suyos, sino que El mismo ya a casa de ese pecador a quien ha

llamado y se sienta a su mesa con sus amigos, los publicanos y pecadores como aquél: “Estando, pues, Jesús sentado a la mesa en la casa de aquél, vinieron muchos pecadores a sentarse con Jesús y sus discípulos”.

Este es el testimonio que da Jesús de aquellos que ha elegido para ser sus discípulos. El sabe que “su llamada” tiene más fuerza que el pecado y que aquel que ha “escuchado su voz” no podrá ya seguir la voz del mal y él mismo se apartará del mundo y del pecado porque aquella “llamada” de Dios penetra profundamente hasta las junturas del alma y el espíritu, poniendo entre esa alma y el espíritu del mundo que antes la dominaba un obstáculo: el Espíritu de Jesús, que irá tomando posesión hasta expulsar totalmente el “mundo” y el mal a medida que la libertad del alma le vaya cediendo el campo.

Mateo, el publicano, quizá no había pensado jamás en seguir al Mesías; él estaba en su negocio en el mundo de los pecadores, pero seguramente que obraba con rectitud de conciencia; por eso el Señor “pasando por allí” se acercó al telonio donde estaba sentado Mateo en sus negocios y le llamó. Mateo no conocía al Hijo de Dios, pero Dios le conocía a él porque le “seguía” ya en su conciencia. He ahí la única condición que requiere Dios para acercarse al hombre y llamarle: Rectitud de conciencia. Por eso fue llamado también Pablo de Tarso cuando se disponía a perseguir al mismo Cristo.

“Viendo esto, los fariseos decían a los discípulos: ¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores? El, que los oyó, dijo: No tienen los sanos necesidad del médico, sino los enfermos. Id y aprended qué significa: 'Misericordia quiero y no sacrificio'. Porque no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores,”

Eran los fariseos de entonces quienes se escandalizaban de que Jesús llamase a los pecadores y comiese con ellos, y son los “fariseos” de hoy, los que piensan como aquéllos, que dicen cuando el Señor llama a un hombre del mundo que ésta es una “vocación tardía”. Ellos creen hacer las cosas mejor de como las hacía y las hace el Señor, llamando por su cuenta a niños que todavía no saben lo que hacen, formándolos de acuerdo a sus conciencias, no dejándoles formar la propia conciencia. El Señor puede sacar de un mal mucho bien y así de esta mala formación El ha sacado muchos y grandes santos; pero ha sido *a pesar* de esa formación equivocada, no que por esa “formación” hayan salido esos santos. A éstos los ha “formado” la “llamada” del Señor, ellos han escuchado su voz y han llegado a la identificación con el Maestro *a pesar de la formación* que les habían dado los hombres.

“¿Por qué vuestro maestro come con públicanos y pecadores? El, que les oyó, dijo; No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos.”

Estos niños que se educan dentro de un convento y no han conocido el mundo llegan a creer que ellos están libres de los pecados del mundo, se consideran “sanos y llegan a concebir *en el subconsciente* que no tienen necesidad de “médico” porque no han “visto” sus “enfermedades”, y se consideran *ellos mismos* médicos de otros enfermos. He ahí la labor fina y sutil del “enemigo”. No es que a esos niños se les enseñe expresamente esto en los conventos; en teoría les hacen ver que son pecadores; pero como ellos están fuera del mundo externo, en la práctica se consideran más “sanos” que “enfermos”. No saben que el pecado del mundo no está fuera, sino dentro del hombre; y cuando empiezan a tener contacto con el mundo comienza la lucha con una “enfermedad” que por no haber sido descubierta a tiempo está ya bastante avanzada, es como un cáncer que no se atacó en su principio, sino que

por ignorarlo fue dejado crecer y a veces el mal no tiene remedio porque cuando se descubre es porque viene la muerte. Esta es una historia muy larga y numerosa que sólo Dios conoce.

“Id y aprended qué significa.: 'Misericordia quiero y no sacrificio'. Porque no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores.”

Los hombres han pensado que Dios prefiere el sacrificio de los hombres a que Le dejen ejercer con ellos la Misericordia. Ninguna criatura puede hacer “sacrificio” grato a Dios si primero no recurre a su Misericordia. El único sacrificio grato a Dios es aquel que sale de un corazón contrito y humillado, dice el Señor por el profeta Oseas: “Pues prefiero la misericordia al sacrificio y el conocimiento de Dios al holocausto”. (Os. 6, 6). Y en Isaías, dice: “¿Sabes qué ayuno quiero yo?, dice el Señor Yahvé: Romper las ataduras de iniquidad; deshacer los haces opresores, dejar ir libres a los oprimidos y quebrantar todo yugo partir tu pan con el hambriento, albergar al pobre sin abrigo, vestir al desnudo y no volver tu rostro ante tu hermano. Entonces brillará tu luz como la aurora, y se dejará ver pronto tu salud, e irá delante de ti la Justicia, y detrás de ti la gloria de Yahvé. Entonces llamarás, y Yahvé te oírás; le invocarás, y El te dirá: 'Heme aquí'”

“Cuando quites de ti el yugo, el gesto amenazador y el hablar altanero...” (Is. 58, 6-9).

Después que el hombre se *reconoce* pecador, por un dolor sincero de sus pecados y se humilla ante Dios implorando su Misericordia, entonces el sacrificio brota como consecuencia del amor a Dios. No por una imposición carente de espíritu, de fe y amor. El pecado no está en el mundo exterior sino en ese “mundo” interior que trae el hombre al nacer desde el pecado del ángel. Dios no puede “edificar” sobre ese mundo

de pecado, el “yo” que se rebela contra la Voluntad Divina, queriendo hacer la voluntad del hombre. Por eso es más fácil someterse a la voluntad de otro hombre que estar sometido a la Voluntad de Dios. Ese “yo” que tiene que ser fustigado fuertemente no por otro hombre, sino por la propia libertad para ser desarraigado por el mismo Dios, con esa cooperación libre del alma. Esta es una empresa muy ardua del alma que llevan a cabo el alma y Dios, donde juega un papel *principal* el demonio y la carne; el demonio ha querido tomar el puesto de Dios, y la “carne”, el “yo”, ha tomado el puesto del alma. Dios sacará al demonio a medida que el alma con su libertad vaya dejando morir por “hambre” al “yo”, la “carne”. El mundo externo es el campo de batalla, pues hacia él deben salir estos dos enemigos, “demonio” y “carne”, para que el alma libre de ellos encuentre su cielo en Dios. El alma, conociendo ese mundo exterior, lo desprecia y no recibe nada de él; así comienza a debilitarse la “carne”, el “yo”, porque de allí le viene su alimento y al rechazarlo el alma para alimentarse ella, de la Voluntad de Dios, muere de “hambre” el “yo”. Cuando se cumple la voluntad de otros hombres, llevados por una falsa obediencia, se le da otra clase de alimento al “yo” y no puede morir de hambre, pues recibe el reconocimiento de los hombres y no pudiendo morir el “yo” no puede entrar Dios y sacar al demonio.

“Entonces se llegaron a El los discípulos tía Juan, diciendo: ¿Cómo es que, ayunando nosotros y los fariseos, tus discípulos no ayunan? Y Jesús les contestó: ¿Por ventura pueden tos compañeros del novio llorar mientras está el novio con ellos? Pero vendrán días en que les será arrebatado el novio, y entonces ayunarán.”

Jesús es el novio del alma, porque posee la plenitud del Espíritu Santo; sus discípulos no podían ayunar, ofrecer sacrificios, porque tenían a Jesús con ellos; era para alegrarse

el alma con la presencia del novio, pero ya vendría el momento en que les sería arrebatado Jesús, el novio, y entonces sus discípulos ayunarían y harían mucha penitencia para morir el hombre viejo y poder recibir, ya no de una forma externa al “novio”, sino internamente en su alma para llegar a una identificación con El, las bodas con el Esposo.

“Nadie echa una pieza de paño no abatanado a un vestido viejo, porque el remiendo se llevará algo del vestido y la rotura se hará mayor. Ni se echa el vino nuevo en cueros viejos; de otro modo se romperían los cueros, el vino se derramaría y los cueros se perderían; sino que se echa el vino nuevo en cueros nuevos; así el uno y los otros se conservan.”

El hombre tiene que hacer penitencia para que pueda desaparecer el “cuerpo del pecado”, el “yo” humano, que tiende hacia sí mismo, para dejar libre el Yo del alma que tiende a su Creador, de quien es “imagen” y debe ser también su “semejanza”. A medida que se va realizando esa purificación, negación propia, Dios va dando al alma la gracia para la resurrección a una nueva vida: “Nadie echa una pieza de paño no abatanado a un vestido viejo”. Mientras permanece ese “hombre viejo”, si el alma no coopera a las gracias que le da Dios para su purificación, no puede recibir las “nuevas gracias” que le darían la “resurrección”, “porque el remiendo se llevará algo del vestido y la rotura se haría mayor”, pues las “nuevas gracias” se perderían como las primeras y la responsabilidad del alma sería mayor.

“Ni se echa el vino nuevo en cueros viejos” ni se le pueden dar nuevas gracias al “hombre viejo”; “de otro modo se romperían los cueros, el vino se derramaría y los cueros se perderían”; se despreciaría la gracia – “el vino se derramaría” – y el hombre se perdería, porque esa gracia no la volvería a recibir, “y los cueros se perderían”; “sino que se echa el vino

nuevo en cueros nuevos, y así el uno y los otros se conservan”. Se da esa gracia de “resurrección” al alma purificada y así el alma está apta para cooperar a ella; tanto el alma como el cuerpo se purifican y, recibiendo el alma por la gracia la vida eterna, participa también el cuerpo y resucita en gloria el último día, “así el uno y los otros se conservan”

CURACIÓN DE LA HEMORROISA Y RESURRECCIÓN DE UNA NIÑA

(Mt. 9, 18-27)

“Mientras les hablaba, llegó un jefe, y acercándose se postró ante El, diciendo: Mi hija acaba de morir; pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá. Y levantándose Jesús, le siguió con sus discípulos.”

Jesús se encuentra “festejando” con sus discípulos la “llamada” del nuevo apóstol Mateo; está todavía a la mesa habiéndoles, pero esto no le distrae de su misión: seguir ejerciendo la Misericordia. “Mientras les hablaba llegó un jefe... diciendo: Mi hija acaba de morir... Y levantándose Jesús, le siguió con sus discípulos”. Jesús estaba ahí a la mesa con sus discípulos, públicos y pecadores, porque esa era la Voluntad de su Padre, y la misma “Voluntad” le hace levantarse para devolver la vida a una niña que acaba de morir. He ahí el *ejemplo* que debe seguir todo apóstol de Cristo: Cumplir la Voluntad de Aquel que le envió. Jesús está identificado con el Padre, por eso conoce siempre su Voluntad; lo mismo hará el apóstol que esté identificado con Cristo; aunque se encuentre entre pecadores estará cumpliendo su Voluntad y Cristo por él ejercerá la Misericordia por donde pase.

“Entonces una mujer, que padecía flujo de sangre hacía doce años, se le acercó por detrás y le tocó la orla del vestido, diciendo para sí misma: Con sólo que toque su vestido seré sana. Jesús se volvió, y, viéndola, dijo: Hija, ten confianza; tu fe te ha sanado. Y quedó sana la mujer en aquel momento.”

Esta mujer sentía vergüenza de su enfermedad y no se atrevía a confesarlo con los labios pidiendo ser curada, pero en su corazón ardía la fe. Las manos de la mujer tocaron la orla del vestido de Jesús, pero su fe tocó el corazón de Jesús, haciendo que de El saliera una virtud para sanarla. Y dice el Evangelista San Lucas que *“Jesús dijo: ¿Quién me ha tocado? Como todos negaban, dijo Pedro y los que le acompañaban: Maestro, la muchedumbre te rodea y te aprieta. Pero Jesús dijo: Alguno me ha tocado, porque yo he conocido que una virtud ha salido de mí. La mujer, viéndose descubierta, se llegó temblando y, postrándose ante El, le dijo ante todo el pueblo por qué le había tocado y cómo al instante había quedado sana. El le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz”* (Lc. 8, 45-48). Así hay personas que están “enfermas” espiritualmente, por pecados vergonzosos que no se atreven a confesar con palabras. Pero si tienen fe y con el corazón lo confiesan a Dios arrepintiéndose de verdad de ellos y deseando alcanzar la “salud”, Jesús será tocado por esa fe del enfermo y éste será curado como aquella mujer. Y entonces, después de recibir la “virtud” del Señor, no sentirá vergüenza de confesar su “enfermedad” y su curación: *“Postrándose ante El le dijo ante todo el pueblo por qué le había tocado y cómo al instante había quedado sana”*. Y recibirá además de la curación de su “enfermedad”, el perdón de sus pecados, la paz para seguir glorificando a Dios: *“Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz”*.

“Cuando llegó Jesús a la , casa del jefe, viendo a los

flautistas y a la muchedumbre de las plañideras, dijo: Retiraos, que la niña no está muerta; duerme. Y se reían de El. Una vez que la muchedumbre que echada fuera, entró, tomó de la mano a la niña y ésta se levantó. La nueva se divulgó por toda aquella tierra.”

Hay niños, adolescentes, que parece han perdido totalmente la gracia de Dios porque viven cometiendo “pecado mortal”. Estos necesitan la fe de sus padres para que intercedan por ellos al Señor; “Mi hija acába de morir; pero pon tu mano sobre ella y vivirá”.

“Cuando llegó Jesús a la casa del jefe, viendo a los flautistas y a la muchedumbre de plañideras, dijo: Retiraos, que la niña no está muerta; duerme”. Además de la fe, es necesario también que esos padres den libertad a Jesús para sacar de “su hogar” a aquellos que “celebran” la muerte de sus hijos, los que viven del pecado de otros; obedeciendo *a todo lo que pida el Señor*, aunque a aquéllos les cause risa y se burlen de su fe: “Y se reían de El”.

“Una vez que la muchedumbre fue echada fuera, entró, tomó de la mano a la niña y ésta se levantó”. Después que los padres, obedientes al Señor, echen fuera de su hogar y también de ellos mismos todo lo que sea impedimento para entrar El, “tomando de la mano” a sus hijos les devolverá la vida de la gracia. Porque esos adolescentes, la mayoría de ellos, como la hija de Jairo, no están muertos por el pecado, sino que “duermen” sobre el pecado, porque sus padres o representantes han perdido la fe y no hacen nada por “despertarlos”. Así estos adolescentes crecen en ese “sueño” y entonces sí que mueren de verdad, porque *conscientemente* llegan a aceptar los pecados que cometieron inconscientes. Y entonces los padres tendrán que entregar junto con ellos cuenta a Dios de esas almas que les fueron confiadas.

CURACIÓN DE DOS CIEGOS

(Mt. 9, 27-31)

“Partido Jesús de allí, le seguían dos ciegos dando voces y diciendo: Ten piedad de nosotros, Hijo de David. Entrando en casa se le acercaron los ciegos y les dijo Jesús: ¿Creéis que puedo yo hacer esto? Respondieronle: Sí, Señor. Entonces tocó sus ojos, diciendo: Hágase en vosotros según vuestra fe. Y se abrieron sus ojos. Con tono severo les advirtió: Mirad que nadie lo sepa; pero ellos, una vez fuera, divulgaron la cosa por toda aquella tierra.”

Estos dos ciegos no son como aquel ciego de nacimiento; éstos representan a esos otros ciegos por “enfermedad”; son esas personas que han sido “cegadas” espiritualmente por sus pecados de soberbia, pero en un momento de gracia, conociendo los milagros que hace el Señor con otras almas, reconocen su “ceguera” y piden al Señor tenga piedad de ellos: “Ten piedad de nosotros, Hijo de David”. Ellos tienen fe en *su* curación, pero aquella fe tiene un límite, no llega más que a creer lo que les conviene: que Jesús puede abrir sus ojos. Verán, de acuerdo a su fe, para caer después en otro mal, la desobediencia, porque les faltó fe en Aquel que les abría los ojos. Jesús sabe; esto y por eso les dice: “¿Creéis que puedo yo hacer esto? Respondieronle: Sí, Señor.

Entonces tocó sus ojos, diciendo: Hágase en vosotros según vuestra fe. Y se abrieron sus ojos.”

Se abrieron sus ojos, pero sus corazones permanecieron cerrados a la gracia. Jesús pudo tocar sus ojos porque ellos creyeron en el poder de sus manos, pero no pudo tocar sus corazones porque en aquella fe no había amor, sino interés; por eso no obedecieron la advertencia del Maestro: “Con tono severo les advirtió: Mirad que nadie lo sepa; pero ellos, una vez fuera, divulgaron la cosa por toda aquella tierra”.

Son esas almas a quienes interesa “ver” y “conocer” para que los demás sepan que “ven” y “conocen”, pero no saben *obedecer* al Señor, y “una vez fuera”, al perder su presencia, hacen, lo que ellos quieren y no lo que les dice Dios. A éstos les valdría más haber nacido ciegos y morir sin haber recibido la “vista”. La soberbia es como un cáncer, el cáncer del espíritu; si no se ataca a tiempo la *raíz* invade toda el alma, si se extirpa de una parte brota por otra: éstos “viendo” al Hijo de Dios no le obedecen como a Dios y mueren porque reafirman su pecado.

LA CURACIÓN DE UN LEPROSO

(Mc. 1, 40-45)

“Viene a El un leproso, que suplicante y de rodillas le dice: Si quieres, puedes limpiarme. Enternecido, extendió la mano, le tocó y dijo: Quiero, sé limpio. Y al instante desapareció la lepra y quedó limpio. Y amonestándole severamente, le despidió diciéndole: Mira, no digas nada a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que Moisés ordenó en testimonio para ellos. Pero él, en partiendo comento a pregonar a voces y a divulgar el suceso, de manera que Jesús ya no podía entrar públicamente en una ciudad, sino que se quedaba fuera, en lugares desiertos, y allí venían a El de todas partes.”

“Viene a El un leproso, que suplicante y de rodillas le dice: Si quieres, puedes limpiarme.”

Este leproso representa a esos pecadores que, no pudiendo ya con el peso de sus pecados, recurren suplicantes al Señor para que los limpie. Jesús, “enternecido” por sus oraciones, les concede la gracia; pero ellos, una vez que se ven “limpios”, se olvidan de la *obediencia al Señor* y no llegan a la “purificación” de esos pecados: haciendo alardes de su

“curación”, se ponen a “pregonar a voces y a divulgar el suceso”, la gracia que han recibido, y como no están purificados de sus pecados, lo que hacen es obstaculizar con su conducta la obra del Señor, no sólo en ellos mismos, sino también en otras almas : “Jesús ya no podía entrar públicamente en una ciudad, sino que se quedaba fuera, en lugares desiertos, y allí venían a El de todas partes”.

Estas personas van limitando la intervención directa del Señor en las almas, porque son motivo de escándalo para los que no tienen fe, y así la “autoridad” toma medidas que por *justicia*, limitan esa *intervención directa* del Señor y *no puede* actuar sino en algunas pocas almas y en aquellos que van hacia El buscándole.

Muchos de los que escriben vidas de santos han contribuido también a esa “limitación” de la intervención del Señor, porque las almas, queriendo imitar la vida de esos santos, han hecho que sé dude de la verdad, porque es una “imitación” falsa, falta del Espíritu que hizo santas a esas almas; pretendiendo hacerse “santos” por sí mismos impiden la intervención del Espíritu del Señor: que tiene para cada santo un sistema diferente, y no como pretenden los hombres, clasificándolos como mercancía de tienda.

“Mira, no digas nada a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y, ofrece por tu purificación lo que Moisés ordenó en testimonio para ellos.”

Jesús, cuando manda a un alma a someterse a la autoridad es para que sea “testimonio para ellos” de que el Señor puede *actuar directamente* cuando quiere hacer gracia a un alma y que ellos mismos conozcan su modo de obrar, que es diferente en cada alma. Pero esas personas se ponen a divulgar la gracia recibida pasando por encima de la autoridad, *desobedeciendo al mandato del Señor*, y entonces no dan el testimonio

que debían haber dado a esa autoridad. Por este motivo la autoridad ha “desconocido”, en cierto modo, la actuación directa del Señor en algunas almas, debido a los errores que se han dado. Por eso no debemos nosotros juzgar los errores de la autoridad, porque cada uno tiene su parte de responsabilidad. Sólo el Señor sabe dónde comienza y dónde termina la responsabilidad de cada uno de aquellos que han *obligado* con su conducta a la autoridad a tomar medidas que han limitado la acción directa de Cristo en las almas.

Jesús, al enviar a esos que curaba a presentarse a los sacerdotes, estaba dando una oportunidad a éstos para que reconocieran al Mesías por las obras que realizaba y pudieran recibir la Misericordia de Dios. Así hoy, Jesús ha mandado a muchas almas a someterse a la autoridad para que éstos reconozcan la *obra directa del Espíritu San-*, lo en las almas y no se aferren, como aquéllos, ensoberbeciéndose con el poder y puedan recibir ellos mismos el *Espíritu Santo*,. Quien los introduciría en la Misericordia, antes que venga su Justicia. Pero ¿no está sucediendo ahora lo mismo que sucedió entonces?

EL SIERVO DEL CENTURIÓN

(Mt. 8, 5-15)

“Entrando en Cafarnaúm, se le acercó un centurión suplicándole y diciéndole: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, gravemente atormentado. El le dijo: Yo iré y le curaré. Y respondiendo el centurión, dijo: Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo; di sólo una palabra, y mi siervo será curado. Porque yo soy un subordinado, pero bajo mí tengo soldados, y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi esclavo: Haz esto, y lo hace.”

Este centurión, teniendo una autoridad, soldados y esclavos bajo su mando, se reconoce “subordinado” ante el Señor y no se considera digno de que Jesús entre en su casa; él tiene tanta fe que está seguro de que con sólo una palabra del Señor su siervo será curado. Esta es la autoridad humilde, que deja actuar a Dios, y la que puede interceder por aquellos que tiene bajo su mando con la seguridad de que El escuchará su oración, porque no es un obstáculo entre el “siervo” y el Señor, sino un “instrumento” de fe por donde puede pasar El: “Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo”. ¡Qué diferente a la autoridad de los doctores de la Ley y también a muchos de los que ejercen la autoridad de Pedro *que* pretenden suplantarse a Cristo, haciéndose ellos “otro Cristo”! “Di sólo una palabra y mi siervo será curado”. Estos no confían en la “palabra” que sale de los labios del Señor, sino en aquella que pronuncien ellos.

“Oyéndole Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que en nadie de Israel he hallado tanta fe. Os digo, pues, que del Oriente y del Occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes. Y dijo Jesús al centurión: Ve, hágase contigo según has creído. Y en aquella hora quedó curado el siervo.”

“Oyéndole Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que en nadie de Israel he hallado tanta fe.”

También hoy el Señor está “maravillado”, pero no por haber hallado más fe que en Israel, sino por todo lo contrario, y así se lo ha dado a conocer a los que le siguen: En verdad os digo que *ni en Israel* encontré menos fe de la que he hallado en mi iglesia hoy y en la mayoría de las almas que se dicen “consagradas” a mi servicio. Y por eso muchos judíos de hoy estarán a la mesa con Cristo, sus apóstoles y santos en el reino

de los cielos, mientras que muchos “cristianos”, bautizados, “serán arrojados a las tinieblas exteriores”. Porque en cada alma se hará “como ha creído”, y los que han creído en un Cristo de acuerdo al mundo, estarán con el Anticristo, que es el “príncipe de este mundo”. Allí en su reino es donde “habrá llanto y crujir de dientes”: “Y dijo Jesús al centurión: Ve, hágase contigo según has creído”.

CAPITULO XVI

LOS FARISEOS Y LOS PECADORES ANTE JESÚS

CURACIÓN EN SÁBADO DEL HOMBRE DE LA MANO SECA (Mc. 3, 1-6)

“Entró de nuevo en la Sinagoga donde había un hombre con una mano seca, y le observaban a ver si le curaba en sábado para poder acusarle. Y dice al hombre de la mano seca: Levántate y sal al medio. Y les dice: ¿Es lícito en sábado: hacer bien en vez de mal, salvar un alma y no dejarla perecer? y ellos callaban. Y dirigiéndoles una mirada airada, entristecido por la dureza de su corazón, dice al hombre: Extiende tu mano. La extendió, y fue le restituida la mano. Saliendo los fariseos, luego se concertaron con los herodianos contra El para perderle.”

Tenemos dos ejemplos que meditar en esta curación realizada por el Señor. En primer lugar, la dureza de corazón de aquellos hombres aferrados a la letra de la Ley, y en segundo lugar, el enfermo de la mano seca

“¿Es lícito en sábado hacer bien en vez de mal, salvar un alma y no dejarla perecer? Y ellos callaban”. Los fariseos observaban a Jesús para ver si curaba en sábado y así tener de qué acusarle, y cuando El les pregunta si es lícito en sábado hacer bien en vez de mal, ellos guardan silencio. Esta es la actitud usual de esas personas que, como aquellos fariseos, no obran con recta intención. A éstos no les interesa la verdad ni

el bien, sólo buscan una conveniencia personal, en este caso, reafirmar su autoridad, y por conseguir el fin que se proponen no vacilan ante la evidencia de los hechos, sino que se endurecen más todavía.: “Saliendo los fariseos, luego se concertaron con los herodianos contra El para perderle”. Ni el amor ni los prodigios de Dios pueden romper la costra endurecida que cubre esos corazones, porque su libertad está puesta al servicio del odio por excelencia, aquel que no tiene corazón para amar, sino “conocimiento” para odiar el bien, Satanás.

Jesús, “dirigiéndoles una mirada airada, entristecido por la dureza de su corazón, dice al hombre: Extiende tu mano. La extendió, y fue restituida la mano”.

El Señor les daba a comprender que sus corazones estaban más secos que la mano de aquel hombre. Este enfermo tenía curación porque teniendo seca la mano conservaba fresco el corazón.

Este hombre de la mano seca representa a esos otros enfermos del espíritu que no extienden su mano para hacer obras de misericordia con el prójimo; tienen también la mano seca, pero no es por endurecimiento del corazón, sino porque no se les ocurre hacer el bien, porque no han tenido un ejemplo en su hogar y desconocen las necesidades del prójimo. Estos pueden ser curados en cualquier momento por el Señor, porque El no deja perecer a un alma que *inconscientemente* padece de un mal que impide recibir la Misericordia de Dios para ser redimida. Jesús dará luz a esa alma para que practique la misericordia con el prójimo recibiendo ella al mismo tiempo la Misericordia de Dios para ser redimida de sus pecados y poder alcanzar la vida eterna.

EL HIDRÓPICO CURADO EN SÁBADO

(Lc. 14, 1-6)

“Habiendo entrado en casa de uno de los principales fariseos para comer en día de sábado, le estaban observando. Había delante de El un hidrónico. Y tomando Jesús la palabra, habló a los doctores de la Ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito curar en sábado o no? Ellos guardaron silencio. Y asiéndole, le curó y le despidió, y les dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cayere en un pozo, no le saca al instante en día de sábado? Y no podían replicar a esto.”

Jesús, había sido invitado a comer a casa de “uno de los principales fariseos en día de sábado”. Estaban allí los doctores de la Ley y otros fariseos; “le estaban observando” para ver si curaba en el día prohibido. El Señor sabe esto, pero a El no le importa más que una sola cosa: Cumplir la Voluntad de Aquel que le envió. Hay allí un hidrónico. Aquel nombre necesitaba la salud del cuerpo y también la del alma, que será “salud” para muchas almas, porque ese hidrónico representa espiritualmente algo más que un enfermo de hidropesía corporal. “¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cayere en un pozo, no le saca al instante en día de sábado? Y no podían replicar a esto”.

Este hidrónico representa a esas personas, que sufren de “hidropesía espiritual”, es tan hinchados de orgullo, llenos de vanagloria, como el hidrónico está hinchado y lleno de agua. Pero cuando esa “enfermedad” es involuntaria, son inconscientes del mal, puede el Señor realizar el milagro de su curación en cualquier momento. Son esas personas que padecen la “enfermedad”, pecado de orgullo y vanagloria más bien por “herencia” que por “contagio”; no es aceptación voluntaria del mal, sino que desde pequeños les hacen creer

que tienen “sangre azul”, que pertenecen a una “raza superior” o que su “apellido noble” les pone por encima de las demás personas, despreciándolas porque pertenecen a una clase social más elevada que otros por tener mejor posición económica, instrucción, etc. Estas personas, desde que nacen van creciendo en ese ambiente de conceptos equivocados y de ello les viene la “hinchazón”, “hidropesía espiritual”, hasta convertirse en una “enfermedad” incurable, si el alma rechaza las gracias que le dará el Señor para curar su mal.

Y a veces, Dios, para salvar a estas almas, las somete a pruebas muy humillantes para, que puedan llegar al estado normal y, como el hidrópico, tienen que someterse a muchos sacrificios para poder alcanzar la salud.

Así como la enfermedad de hidropesía corporal es la acumulación anormal de suero en el cuerpo, esta “hidropesía espiritual” es otra acumulación anormal de vana gloria en el espíritu, en el concepto espiritual de la persona.

No se trata aquí de esa “clasificación” que se ha establecido en el mundo como consecuencia del pecado original y que no se opone a las leyes de Dios, porque cada alma que viene a este mundo nace en el nivel social que le corresponde, de acuerdo a la misión que debe cumplir en la tierra y también de acuerdo a lo que esa alma *necesita* para su redención. Nos referimos a la “superioridad” que las personas se dan a sí mismas, sintiéndose por encima de las demás personas. Este es un estado anormal, y por eso produce “enfermedad” de hidropesía espiritual; el otro es un estado normal y no produce “hinchazón”. Por ejemplo, un alma que ha nacido para cumplir la misión de gobernar una nación viene con sus dotes para realizar esa misión y no es lo mismo que un alma que viene a cumplir la misión de un obrero que debe labrar la tierra. Uno y otro se diferencian por las “dotes” que desarrollan, por el ambiente en que viven para realizar su distinta

misión y purificación, pero no hay ninguna diferencia en sus almas; por lo que no debe el que tiene una misión más elevada sentirse superior y despreciar al otro cuya misión aparentemente es inferior, por haber nacido en un nivel social inferior, y decimos “aparentemente” porque ante Dios puede ser lo contrario. Por tanto, uno y otro deben cumplir con su deber en el “escalón” que les corresponde trabajar, y el que está más abajo no debe mirar con envidia al que está arriba, ni éste despreciar al que está abajo. La verdadera humildad es esta de vivir en la verdad ocupando en su misión el puesto que Dios le ha asignado y *sentirse* en igualdad de almas con todos, mirándolas en Dios por la imagen que de El tienen todas las almas, en la convicción de que lo que a ellas hace a Dios se hace. Este es el verdadero “comunismo de amor” que Cristo nos enseñó con su ejemplo. El, siendo el Hijo de Dios, nació de una familia pobre, de clase media, como se dice hoy, y allí cumplió su misión. Porque Jesús naciera de familia pobre no quiere decir que no son buenos los ricos, aquellos que tienen una posición económica o social más elevada. Lo que es malo es el apego propio, que trae el apego a los bienes de este mundo, la avaricia, el orgullo, ese complejo de superioridad, que es vana gloria, etc. Y esto existe desde la clase más elevada hasta la más baja. Se puede vivir bajo un puente o en una choza y tener el corazón hinchado de avaricia y deseos de gloria humana, como también se puede vivir en un palacio y ser muy humilde. De esto tenemos el ejemplo de los reyes que han sido santos viviendo en una corte y recibiendo una gloria que ellos daban a Dios y no se apropiaban ni la deseaban. Lo mismo han hecho los Papas que han sido santos. Esto no quiere decir que Dios ha *querido* esa vida de opulencia para ellos, sino que, a *pesar* de haber vivido en ella, se mantuvieron en la humildad de corazón, pobreza de espíritu, y por eso son santos. La pobreza no es una condición para ser

santo, sino una *consecuencia* de la santidad. Cuando se empieza a caminar hacia la san-tidad se empieza a amar la pobreza y a despreciar las riquezas de este mundo por una razón lógica: porque conociendo las riquezas eternas todo lo demás pierde valor y se renuncia a éstas para obtener aquéllas. Es como a quien viajando en un asno le ofrecen un avión para seguir su camino; tiene que renunciar al asno para poder tomar el avión porque no puede seguir; el camino con los dos a la vez. ¿Vacilaría éste en hacer el cambio? El que viene siguiendo su camino en el asno puede ser que llegue un día al final de su camino, pero será muy largo y puede “morir” él, junto con el asno, en el camino. El “asno”, que son las riquezas de este mundo, no puede pasar por las puertas del cielo, debe quedarse aquí abajo; así que, de todos modos, el último trayecto tendrá que hacerlo caminando (en el purgatorio). La “pobreza de espíritu” son las alas que se le ofrecen al alma para llegar al reino de Dios.

LA MUJER CANANEA

(Mc. 7, 24-30)

“Partiendo de allí, se fue hacia los confines de Tiro. Entró en una casa, no queriendo ser de nadie conocido; pero no leí fue posible ocultarse, porque luego, en oyen do hablar de El, una mujer, cuya hijita tenía un espíritu impuro, entró y se postró a sus pies. Era gentil, sirófenicia de nación, y le rogaba que echase al demonio de su hija. El le dijo: Deja primero hartarse a los lujos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los cachorrillos. Pero ella le contestó, diciendo: Sí, Señor; pero los cachorrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. El le dijo: Por lo que has dicho, vete; el demonio ha salido de tu hija. Y llegada a casa, halló a la niña acostada en la cama y que el demonio había

salido.”

“Entró en una casa, no queriendo ser de nadie conocido, pero no le fue posible ocultarse”. Esto sucede en aquellas almas que permanecen vigilantes en la oración y no se conforman con la ausencia de Dios, viviendo en la tibieza. Llegándoles el momento de la prueba, aunque Jesús está en su alma se les oculta, “no queriendo ser de nadie conocido”, porque es el momento de oscuridad para el alma, pero ésta no sabe que es el momento de la “prueba” y cree que el Señor se ha ido porque ha sido ofendido por ella, por alguna falta cometida, y le *suplica incesantemente* que tenga piedad de ella, la castigue como merece, de acuerdo a su Justicia, pero que no la aparte de su presencia ni le falte su Amor. A esta insistente oración del alma que así le muestra su amor, el Señor no puede permanecer indiferente, y aunque no quería que fuera conocida del alma su presencia en ella, no le es posible ocultarse. Y así, estas almas pasan pronto y a intervalos esa etapa espiritual de “oscuridad”, cuando & otros se les hace muy larga y prolongada, por no usar la misma táctica del amor y confianza en la Justicia de Dios, sometiéndose a ella con tal de no perder la presencia del Amado. Estas almas sufren” mucho también, pues la purificación es dolorosa y nadie puede librarse de ella, pero su sufrimiento es diferente del de esos otros menos generosos porque no pierden la presencia de Dios, aceptando conscientemente el castigo que merecen y sometiéndose a él por amor a la Voluntad del Amado.

“...En oyendo hablar de El, una mujer, cuya hijita tenía un espíritu impuro, entró y se postró a sus pies”. Esta mujer “era gentil, sirofenicia de nación y le rogaba que echase al demonio de su hija”. Jesús había venido en primer lugar a los hijos de la Promesa, los judíos; primero debía agotar todos los medios para que éstos recibieran la palabra que les traía del

Padre para darles la oportunidad de entrar en la Redención, como primicia del Pueblo de Dios – y así fue con aquellos que le recibieron – ; por eso no podía ejercer sus milagros con los gentiles hasta no agotar esos “medios”, de acuerdo a la Justicia del Padre con relación a la libertad de las almas.

“El le dijo: Deja primero hartarse a los hijos, pues no está bien tornar el pan de los hijos y echarlo a los cachorrillos”. Esta mujer sabe lo que hace, ocupa el puesto que le corresponde de acuerdo a la misión que le toca cumplir en este mundo; es verdaderamente humilde, porque está en la verdad, y no se siente ofendida por las palabras de Jesús, sino que reconoce que dice la verdad y ella responde con esa sinceridad de quien no desconoce el puesto que le corresponde, pero conoce también la Misericordia infinita de Dios. “Ella le contestó diciendo: Sí, Señor; pero los cachorrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos”. Ella sabe que es “cachorrillo” y que su puesto está “debajo de la mesa” en que comen los hijos, y se contenta con las migajas porque sabe que esto basta para ella.

“El le dijo: Por lo que has dicho, vete; el demonio ha salido de tu hija”. La humildad de la mujer expulsó al demonio que atormentaba a su hija; el Señor se lo dice muy claro: “*Por lo que has dicho*, vete; el demonio ha salido de tu hija. Y llegada a casa, halló a la niña acostada en la cama y que el demonio había salido”.

He ahí lo que necesita una persona para alcanzar la gracia de la liberación del mal: La mujer “entró” y se “postró” a los pies de Jesús; “entrar” en su alma y “postrarse” a los pies del Señor – “y le rogaba que echase el demonio de su hija” – ; rogar al Señor que conceda la gracia de liberar su alma del espíritu del mal y tener la humildad para reconocer la verdad que Dios le declare de su posición espiritual. La humildad hará que se realice el milagro y quede libre del mal.

Por la dureza del corazón de aquellos hijos de la Promesa, que rechazaron al Redentor, los judíos, que estaban “a la mesa”, la gracia pasó a los “Cachorrillos”, los gentiles, que estaban “debajo de la mesa” comiendo las migajas de los hijos: La *gracia* adoptó por hijos a los cachorrillos, injertándolos a las ramas naturales, haciéndolos partícipes de la raíz, como dice Sari' Pablo. Ahora deben “hartarse” de la gracia primero estos hijos *de la gracia*, de acuerdo a la Justicia Divina, para que pueda pasar esa “gracia” a los otros hijos y hacer de los dos una sola familia, como dice San Pablo en su Epístola a los Romanos: “Pues así como vosotros algún tiempo fuisteis desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por su desobediencia, así también ellos, que ahora se niegan a obedecer, *para dar lugar a la misericordia a vosotros concedida*, alcanzarán a su vez misericordia. Pues Dios nos encerró a todos en la cárcel de la desobediencia para tener de todos misericordia” (Rm. 11. 30-32).

LOS DIEZ LEPROSOS

(Lc. 17, 11-19)

“Yendo hacia Jerusalén, atravesaba por entre la Samaria y la Galilea, y,, entrando en una aldea, le vinieron al encuentro diez leprosos, que a lo lejos se pararon, y levantando la voz, decían: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Viéndolos, les dijo; Id y mostraos, a los sacerdotes. En el camino quedaron limpios. Uno de ellos, viéndose curado, volvió glorificando a Dios a grandes voces; y cayendo a sus pies, rostro a tierra, le daba las gracias. Era un samaritano. Tomando Jesús la palabra, dijo: ¿No han sido diez los curados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios, sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, y vete, tu fe te ha salvado. “

Estos nueve leprosos que no volvieron a dar gracias a Jesús por la gracia que de El habían recibido representa a esas personas que enviándolas el Señor a presentarse a los sacerdotes o a la autoridad, se quedan con los sacerdotes sometiéndose a los hombres y olvidan al Señor. Estos volverán a caer en el mal y no alcanzarán la vida eterna porque no tienen fe y lo que buscan en esos sacerdotes no es a Dios, sino una “conveniencia”.

Aquel “extranjero”, que además de cumplir el mandato del Señor “presentándose” a los sacerdotes volvió glorificando a Dios y dándole gracias, representa a esas almas agradecidas, de una fe verdadera, que *obedeciendo a Dios* son obedientes a la autoridad y no se quedan con los hombres, sino que permanecen en Dios. Estos reciben, como el leproso samaritano, la absolución de sus pecados y la vida eterna: “Levántate y vete, tu fe te ha salvado”.

Este hecho representa también lo que sucederá antes de venir el fin. Muchos cristianos que han recibido la gracia del Señor y se han quedado con la “autoridad”, permaneciendo sin el espíritu de Cristo, que no han glorificado a Dios, sino que han buscado una gloria humana y mundana, se quedarán con el “príncipe de este mundo” y pertenecerán al “cuerpo” del Anticristo. Mientras muchos “extranjeros”, no cristianos, que recibiendo la gracia del Señor han permanecido en Dios glorificándole y dando gracias, entrarán en el Cuerpo Místico de Cristo y recibirán la vida eterna.

SOBRE LA OBSERVANCIA DEL SÁBADO

(Mt. 12, 1-8)

“Por aquel tiempo iba Jesús un día de sábado por los sembrados; sus discípulos tenían hambre y comenzaron a arrancar espigas y comérselas. Los fariseos, que lo vieron,

dijéronle: Mira que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Pero El les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los que le acompañaban? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comieron los panes de la proposición, que no les era lícito comer a él y a los suyos, sino sólo a los sacerdotes?”

Los fariseos se escandalizaban porque los discípulos de Jesús teniendo hambre arrancaban las, espigas del trigo para comerlas en día de sábado, que era prohibido hacerlo.

Estos hombres, los fariseos, daban más importancia a la “letra” de la Ley que a las necesidades del hombre.

Del mismo modo proceden hoy las personas que, como los fariseos, no han dejado penetrar en ellos el Espíritu de la Escritura y viven aferrados a la “letra”; que, teniendo una autoridad, prohíben a “los pecadores” recibir la comunión, Cuerpo y Sangre del Redentor, privando a esas almas de recibir el alimento que les daría la salud y vida eterna.

“¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los que le acompañaban? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comieron los panes de la proposición, que no les era lícito comer a él y a los suyos, sino a los sacerdotes?”

Ninguna persona debe prohibir a otra recibir el alimento Eucarístico. Porque si esa alma tiene “hambre” de recibir al Hijo de Dios, su Redentor, es porque no se ha cerrado totalmente a Dios y Cristo puede obrar en ella los mismos milagros y más todavía de los que hizo con los pecadores cuando estaba presente corporalmente en este mundo, pues ahora penetra dentro de sus almas sacramentalmente y desde allí puede sanar sus “enfermedades”, expulsando de ellas el espíritu de pecado, siempre que comulguen con fe en Aquel a quien reciben: “Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz”.

Los hombres que tienen en sus manos el poder conferido

por Cristo de “atar” y “desatar” aquí en la tierra, aunque pueden retener los pecados de un alma que no cumple, las condiciones necesarias para recibir la absolución de esos pecados (1 Tim. 1, 20), no pueden ni deben prohibir a esas personas que reciban la comunión, pues son ellas mismas, y no el sacerdote, responsables de sus actos ante Dios y. nadie puede juzgar la *conciencia* de otro (1 Cor. 11, 28-30). Prohibir los sacerdotes a una persona que reciba la comunión es usar el poder que les ha dado Cristo de “atar”, para privar a las almas de recibir al mismo Cristo, quien puede “desatarlas” del pecado mejor qué ellos mismos (1 Cor. 11, 31-32).

Este “castigo” que aplica la autoridad eclesiástica a las almas es igual o peor que si un hombre dejase morir de hambre a otro hombre; esto, ¿no es considerado como un crimen? Y ¿no el más grave hacer lo mismo con la vida del alma?

Todo hombre, por muy pecador que sea, puede y debe recibir la Eucaristía siempre que tenga fe en Aquel a quien recibe y lo haga buscando en El la salud y el perdón de sus pecados. Sólo el que comulga por malicia, sin creer que recibe el Cuerpo de Cristo, busca su propia condenación como Judas; “pues el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación” (1 Cor. 11, 29).

“¿Ni habéis leído en la Ley que el sábado los sacerdotes en el templo violan el sábado sin hacerse culpables? Pues yo os digo que lo que aquí hay es más grande que el templo. Si entendierais qué significa: 'Prefiero la misericordia al sacrificio', no condenaríais a los inocentes. Porque El Hijo del hombre es señor del sábado.”

Los sacerdotes que den la comunión a un pecador y éste se condena no son responsables de su condenación, sino el mismo pecador que recibió a Satanás, como Judas, en lugar

de recibir a Cristo, por haber obrado con malicia entregando en su corazón a Cristo, mientras que con los labios se confesaba su discípulo asistiendo a la Cena. “¿No habéis leído en la Ley que el sábado los sacerdotes en el templo violan el sábado sin hacerse culpables?”

“Pues yo os digo que lo que aquí hay es más grande que el templo.”

También más grande que el templo material, donde está el Sagrario que guarda la Hostia consagrada, es un cuerpo donde está el alma, que es “imagen de Dios”, para recibir la Hostia; y si puede estar el Hijo de Dios Sacramentado en ese templo material que no tiene vida ni libertad para aceptarlo o rechazarlo, ¿cómo se va a prohibir que habite en un hombre que es templo vivo de Dios? Si ese hombre, “templo vivo”, con su libertad rechaza a Dios y recibe al diablo, él y nadie más entregará cuenta a Dios de lo que hizo con su libertad. Pero aquel que prohíbe a ese hombre recibir al Redentor de su alma, puede estar condenando a un inocente y entonces tendrá que dar cuenta a Dios de esa alma, por las “consecuencias” de su prohibición.

“Si entendierais qué significa: 'Prefiero la misericordia al sacrificio; no condenaríais a los inocentes.’”

Así como Dios prefiere que los hombres le dejen ejercer con ellos la misericordia por el arrepentimiento sincero de sus pecados, reconociendo su debilidad e impotencia, a que le ofrezcan y hagan sacrificios, también prefiere que los hombres usen de misericordia con los otros antes que someterlos a sacrificio (Is. 58, 5); porque haciendo misericordia los hombres con sus semejantes le dan a Dios la oportunidad de ejercer con ellos y con los otros Su MISERICORDIA (Is. 58, 6-12), tanto con quién hace misericordia como con quien la recibe, porque dice también el Señor: “Tendré misericordia

con quien tenga misericordia” (Ex. 33, 19). Y porque puede también el Señor hacer misericordia con quien quiere (Rm. 9, 18), porque El mismo es la Misericordia. “Porque el hijo del hombre es Señor del sábado”, y la ley se hizo para el hombre y no el hombre para la ley.

LA CONSPIRACIÓN CONTRA JESÚS

(Mt. 26, 1-5)

“Cuando Jesús hubo terminado estos discursos, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días es la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para que le crucifiquen.”

Las personas que reciben a Cristo en la Eucaristía y permanecen en sus pecados por no identificarse con su Espíritu, son como Judas; están haciendo lo mismo que el discípulo traidor: participan en la cena del Señor y en sus corazones aceptan a Satanás. De este modo están “entregando al Hijo del hombre para que lo crucifiquen”.

“Se reunieron por entonces los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio del pontífice, llamado Caifas, y tomaron consejo entre sí sobre el modo de apoderarse de Jesús con engaño.”

También esos sacerdotes y obispos (“ancianos del pueblo”) que no viven con pureza de corazón su ministerio, que son “hombres egoístas, avaros, altivos, orgullosos, maldicientes, rebeldes a los padres, ingratos, impíos, desnaturalizados, desleales, calumniadores, disolutos, inhumanos, enemigos de todo lo bueno, traidores, protervos, hinchados, amantes de los placeres más que de Dios, que con una* apariencia de piedad niegan su poder” (2 Tim. 3, 2-5). “Que tienen la piedad por materia de lucro” (1 Tim. 6, 5). No hacen más que confabularse contra Jesús, pues Satanás los usa para “apode-

rarse con engaño de Cristo para darle muerte” en las almas que a ellos se confían.

“Pero se decían: Que no sea durante la fiesta, no vaya a alborotarse el pueblo.”

Estos falsos apóstoles del Señor cometen sus pecados ocultamente – “que no sea durante la fiesta” – para que “el pueblo”, la gente que cree en ellos, no se dé cuenta de lo que son: “hombres sucios, corrompidos, se gozan con sus extravíos, mientras banquetean con vosotros. Sus ojos están llenos de adulterio, son insaciables de pecado, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón ejercitado en la avaricia, son hijos de maldición” (II Ped. 2, 13-14).

LA PECADORA ARREPENTIDA

(Lc. 7, 36-50)

“Le invitó un fariseo a comer con él, y entrando en su casa, se puso a la mesa. Y he aquí que llegó una mujer pecadora que había en la, ciudad, la cual, sabiendo que estaba a la mesa en casa del fariseo, con un pomo de alabastro de unguento se puso detrás de El, junto a sus pies, llorando, y comenzó a bañar con lágrimas sus pies, enjugándolos con los cabellos de su cabeza, y besándolos y ungiéndolos con el unguento.”

Este hecho nos muestra lo que puede hacer la presencia de Cristo en un alma. Jesús “entró” a la casa del fariseo y se puso a la mesa; este fariseo era pecador, menos quizá que aquella mujer conocida públicamente como “pecadora”. La mujer “pecadora” tiene oportunidad de encontrarse con Jesús en la casa del fariseo y demostrarle allí su amor, fruto del arrepentimiento de sus pecados. Así un alma pecadora que desconoce al Señor puede encontrarse con El a través de otro pecador

que le recibe en la Eucaristía “a la mesa”, y recibir la gracia para acercarse ella también. Esa presencia del Señor en su alma le llevará tarde o temprano a recibir los otros sacramentos y puede ser entonces ejemplo para otros pecadores que la conocen.

¡Cuántos hombres dejan de recibir al Señor por no confesarse!, y muchos de ellos no porque cometan pecados graves, sino por respeto humano. Si esos hombres pudieran recibir el Cuerpo de Cristo, El mismo les quitaría ese “respeto humano” y los conduciría a confesar sus pecados. Negar la comunión (el Cuerpo del Señor) a las almas *que quieren recibirle* es cerrarle las puertas al Señor para convertir a esas almas. Cristo vino a redimir a los pecadores y nadie debe oponerse a que el Redentor llegue a las almas. ¿No fue para esto para lo que El instituyó la Eucaristía, convirtiendo “su Carne” en pan? Para poder entrar, no sólo en la casa de esos pecadores como lo hacía cuando estaba en el mundo, sino también “sacramentalmente”, que es darles a comer su carne, que es vida del mundo y de las almas. ¡Hombres, no habéis comprendido el amor inagotable de Cristo! ¡No habéis comprendido la Eucaristía!

Esta mujer pecadora sí conoció el amor de Aquel que la había redimido de sus pecados. Por eso ella no tiene respeto humano y hace su confesión públicamente, en un banquete, poniendo al servicio de su Redentor todo aquello que fue para ella instrumento de pecado: el ungüento de perfume que usó para atraer a los hombres que pecaban con ella lo pone a los pies de Cristo junto con su alma y su cuerpo: “con un pomo de alabastro de ungüento se puso detrás de él, a sus pies, llorando, y comenzó a bañar con lágrimas sus pies, enjugándolos con los cabellos de su cabeza y besándolos y ungiéndolos con el ungüento”. Las lágrimas de esta mujer ardiente y sincera son la mejor confesión de sus pecados y arrepenti-

miento de ellos; aquellos labios que antes fueron ofrecidos como incentivo para el pecado ella los purifica besando los pies del Redentor de la humanidad; sus cabellos, del mismo modo, los usa para enjugar sus pies. Ella ha encontrado el AMOR y el Hombre que buscaba en los hombres; por eso su amor no tiene medida; su corazón, fatigado por tantas decepciones, ha encontrado el lugar de su descanso en el Corazón de Jesús.

“Viendo lo cual, el fariseo que le había invitado dijo para sí: Si éste fuera profeta, conocería quién y cuál es la mujer que le toca, porque es una pecadora.”

¡Cuántas veces se razona como este fariseo en situaciones semejantes, cuando Cristo, a través de un alma, se acerca a un pecador público o acepta de éste lo que le ofrece!

Del mismo modo piensan los que prohíben a un pecador recibir la Eucaristía; creen que ellos saben más que Cristo y le impiden llegar a las almas que están en pecado: “Si éste fuera profeta, conocería quién y cuál es la mujer que le toca, porque es una pecadora”. Y como piensan que Jesús no lo sabe, ellos se encargan de cerrarle las puertas a “la pecadora” para que no “engañe” a Cristo.

“Tomando Jesús la palabra, le dijo: Simón, tengo una cosa que decirte. El dijo: Maestro, habla. Un prestamista tenía dos deudores; el uno le debía quinientos denarios; el otro, cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, se los condonó a ambos. ¿Quién, pues, le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Supongo que aquel a quien condolió más. Dijóle: Bien has respondido.”

Hombre, tú, que siendo también pecador, deudor a Dios, y has recibido de El el perdón de tus pecados por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, por el que tú no tienes con qué pagar, ¿cómo te atreves tú a negarle eso mismo a otro pecador que

lo necesita más que tú? ¿No ves que con tus mismos juicios te condenas? Si tú juzgas que ese otro es más pecador que tú y siendo poca tu deuda no tuviste cómo pagar, con más razón debes proporcionar a ese que debe más que tú los medios de recibir a Aquél que puede pagar por él como pagó por ti. “No teniendo ellos con qué pagar, se los condonó a ambos. ¿Quién, pues, le amará más?” ¿Es que ahora, después de haberte sido condonada la deuda, vas a regatearle el amor de las almas a tu acreedor? ¿No piensas que esa debe ser tu retribución: Llevarle a tu Redentor almas que le den más amor del que puedes darle tú?, pues a quien mucho se le perdona mucho ama.

“Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua a los pies; mas ella ha regado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el ósculo de paz; pero ella, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies. No unguiste mi cabeza con óleo, y ésta ha ungido mis pies con unguento. Por lo cual te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho. Pero a quien poco se le perdona, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados.”

“¿Ves a esta mujer? Entré a tu casa y no me diste agua a los pies, mas ella ha regado mis pies con sus lágrimas...; desde que entró no ha cesado de besarme”. ¡Cuántas veces hemos visto a sacerdotes celebrar el Santo Sacrificio de la Misa como quien tiene que terminar pronto de un trabajo enojoso!; pronuncian las oraciones mecánicamente, sin poner atención en lo que dicen, y mucho menos elevan el corazón a Quien lo dicen, Dios. Dan la impresión de estar allí solamente con el cuerpo y deseando poder salir también con él cuanto antes; y ¡cuántas veces para ocuparse de las cosas del mundo y no de las almas!; y cuando un alma necesita de su tiempo, entonces están muy ocupados. Y después de haber tenido en sus manos

y en su alma a Cristo salen sin dar gracias, como quien ha comido un pan cualquiera y bebido una copa de agua o de vino simplemente.

En cambio, vemos a hombres y a mujeres del mundo que después de comulgar parece que se ausentaran de este mundo y no se cansan de dar gracias a Dios por haber venido a su alma el Redentor. “Por lo cual te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho. Pero a quien poco se le perdona, poco ama”.

“Comenzaron los convidados a decir entre sí: ¿Quién es éste para perdonar los pecados? Y dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz.”

“¿Quién es éste para perdonar los pecados?” Así suelen decir los hombres cuando ven que un sacerdote comete pecados, o simplemente por ser un hombre como ellos.

El mundo no puede ser amigo de Cristo, y los hombres, cuando participan del “espíritu del mundo”, se hacen eco de los mismos ataques que entonces hicieron a Jesús, haciéndolo ahora con sus sacerdotes. Por una parte los consideran (como lo son) igual a ellos, en cuanto a la fragilidad humana, pecadores, pero exigen de aquéllos lo que ellos mismos saben que no pueden dar. Por otra parte, pretenden que el sacerdote sea muy comprensivo e indulgente con sus pecados, pero no piensan que deben hacer lo mismo ellos con los pecados de los sacerdotes; éstos, por ser elegidos de Cristo y llevar sobre sí, a semejanza de Cristo, los pecados de las almas (pues no es poco tener que recibir la confesión de los pecadores, donde muchas veces se verán ellos mismos retratados), tienen que ser más tentados por el maligno.

“¿Quién es éste para perdonar los pecados?” Jesús, si hubiese sido simplemente “el hijo del hombre”, no hubiera podido perdonar los pecados; pero en El habitaba el Verbo de

Dios y por esto podía perdonar los pecados. El sacerdote es un hombre como todos, pero tiene el poder que le ha otorgado Cristo para perdonar los pecados.

¿Puede un sacerdote que vive en pecado perdonar los pecados a otro, que tal vez es menos pecador que él? Sí, ciertamente perdona los pecados de aquellos que con fe en el sacramento vienen a buscar el perdón. Su pecado no impide la administración de los sacramentos; le impide a él mismo el recibir la gracia de esos sacramentos si no está en disposición para recibirla, pero nunca será un impedimento para aquellos a quienes los da.

“Y dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz”. Así dirá Cristo a esas almas que se han confesado sin juzgar del sacerdote, poniendo su fe en el sacramento que reciben de éste: “Tu fe te ha salvado, vete en paz”.

LA MUJER ADULTERA

(Jn. 8, 1-11)

“Se fue Jesús al monte de los olivos, pero de mañana otra vez volvió al templo, .y todo el pueblo venía a El, y, sentado, los enseñaba.”

De nuevo Jesús volverá a enseñar a “todo el pueblo” por medio de estas “meditaciones”, abriéndole las puertas de su Misericordia a las almas que le busquen para identificarse con su Espíritu. Estas recibirán directamente sus enseñanzas y el perdón de sus pecados para que se dispongan a entrar por la Misericordia antes que venga la manifestación de su Justicia.

“Los escribas y fariseos le trajeron a una mujer «cogida en adulterio, y, poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. En la Ley nos ordena Moisés apedrear a éstas; tú, ¿qué

dices? Esto lo decían tentándole, para tener de qué acusarle. Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en tierra. Como ellos insistieran en preguntarle, se incorporó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero.” ,

Así como Jesús vino a dar la pureza del cumplimiento de la Ley, que los hombres con sus interpretaciones y tradiciones: habían deformado, del mismo modo el Espíritu del Señor nos está dando hoy la pureza del cumplimiento de su Evangelio para que *lo vivamos*; porque nosotros, quedándonos con la “letra”, también lo hemos deformado, agregando tradiciones humanas a esa Doctrina de Cristo, que es la pureza de la Ley y los profetas, y que ha sido *vivida*, aquí en la tierra, por el Hijo de Dios para que todo el que *la viva como El* tenga la vida eterna.

“En la Ley nos ordena Moisés apedrear a éstas; tú, ¿qué dices?” Aquellos hombres tomaban la Ley dada por Dios a Moisés para tentar al Hijo de Dios y tener de qué acusarle. Del mismo modo el mismo demonio que tentaba a los escribas y fariseos para que tentasen a Jesús, tienta hoy a los hombres que tienen en sus manos la autoridad de la iglesia para que, apoyándose en la “letra” y las “tradiciones”, pongan impedí mentó a las almas para recibir la Misericordia de Dios y así tener de qué acusar a Cristo ante esas almas haciéndoles ver que El es injusto y que pone sobre ellas “cargas insoportables” para el hombre, obligándoles a caer y después de la caída cerrándoles las puertas de su Misericordia, no permitiéndoles recibir su “carne de vida”; así, al mismo tiempo, tienta también las almas para que se alejen de su Redentor: “Esto lo decían tentándole, para tener de qué acusarle”. Para tener de qué acusar a las almas ante Dios.

Estos hombres que tienen en sus maños la autoridad de la iglesia inconscientemente se han hecho instrumentos de ese

mal; por ser inconscientes del “Mal” nadie debe acusarles a ellos de esto, porque aquellos (sacerdotes y obispos) que tengan la humildad y el deseo sincero de ser instrumentos puros al servicio del Bien y la Verdad, recibirán la luz para conocer dónde está el error y ellos mismos “desatarán” lo que habían “atado” por equivocación, pues poder tienen para “desatar” lo que antes habían “atado” y desatado será en el cielo como en el cielo fue atado, de acuerdo a la palabra del Señor. Y el Señor derramará sobre ellos su Espíritu copiosamente, usando con ellos de misericordia y perdonando sus pecados y errores, como ellos usan de misericordia con las almas que van buscando el perdón y la gracia de los sacramentos que administran. Nadie, pues, puede considerarse libre de pecado; todos necesitamos de la Misericordia de Dios para salvarnos. “El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero”.

“E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Ellos, que le oyeron, fueron saliéndose uno a uno, comenzando por los más ancianos, y quedó El solo y la mujer en medio. Incorporándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Dijo ella: Nadie, Señor. Jesús dijo: Ni yo te condeno tampoco: vete y no peques más.”

Jesús, “inclinándose de nuevo, escribía en tierra”. El estaba esperando que alguien condenase a “la mujer” para escribir su nombre, que al ser escrito por El en la tierra sería escrito en el cielo, los “libros eternos”, para condenar a ése el día del juicio por haber condenado a “la mujer”.

Esta mujer representaba ahí a todas las almas en lucha con el pecado: la iglesia “combatiente” o “militante”; en ella estaban representadas las almas de esos hombres que la habían traído ante el Señor para acusarla; aquel que tirase la piedra condenando a la mujer, ése estaba condenando su propia alma. Ellos representaban el cuerpo del “hombre

viejo”. Y así como ese “hombre viejo” (cuerpo del pecado, como dice S. Pablo) es quien acusa a Dios ante el alma haciéndole ver dura y cruel la Ley Divina para inducir al alma al pecado por el conocimiento de la Ley, y tener de qué acusar al alma ante Dios, para seguir dominando él; así estos, hombres acusaban a la mujer ante Jesús para tener de qué acusarle y apartar a las almas de El y seguir dominártelo «líos.- Porque si Jesús decía que le tirasen piedras, de acuerdo a la Ley dada por Moisés, dirían que era cruel, y si decía que no, le acusarían de no cumplir la Ley. Exactamente lo que hace el mundo (instrumento del demonio) con la autoridad de la iglesia: si cumple la Ley dice que es intransigente, y si no la cumple dice que es demasiado indulgente. El demonio trabaja desde todos los ángulos y en diferentes formas. Los hombres que han pretendido coger a Satanás con las manos (usando sus propios razonamientos) han sido aprisionados ellos en sus tentáculos. Los hombres no han comprendido todavía que el espíritu no puede ser vencido más que por el Espíritu, y que para conocer y vencer a su “enemigo”, el diablo, sólo tienen que cumplir la Voluntad de Dios para que El pueda enviar a la tierra su Espíritu Santo que ponga fin a la acción del espíritu de iniquidad.

Tengamos mucho cuidado de no condenar a nadie y mucho menos a la Iglesia de Cristo por los pecados y errores cometidos por la autoridad y sus miembros, porque al *condenar* a la Iglesia estamos condenando la propia alma, porque todas las almas componen la iglesia militante, que son las al-, mas en lucha con el mal, el “Pecado”. Podemos reconocer los errores de esa iglesia militante, como reconocimiento de nuestros propios pecados y errores, pero no acusarla ante Dios sintiéndonos ajenos a ella. Sólo Cristo sabe cuáles son las almas que han triunfado en el combate, cuáles están en combate y cuáles han renunciado a combatir pasándose al “enemigo”, el diablo.

Todas las almas son “adúlteras” desde el momento que han aceptado la acción del espíritu del mal, desde el pecado original. Sólo María, la madre de Jesús, fue fiel a su Creador permaneciendo en el cumplimiento de su Voluntad. Y desde luego no nos referimos al “Hijo del hombre”, Jesús, porque lo damos por entendido.

”Esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio.”

¿Quién puede decir que no ha pecado? “El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero... Ellos, que le oyeron, fueron saliéndose uno a uno, comenzando por los más ancianos, y quedó El solo y la mujer en medio”.

Así saldrán uno a uno los “acusadores arrepentidos” por haber reconocido su pecado en el pecado de “la MUJER”, la iglesia; desde los más ancianos, desde los primeros hasta el último pecador, quedando sola “la Mujer” ante Cristo para ser juzgada por El.

Aquel que se quede para tirar la piedra, condenando a “la Mujer”, será condenado él. Y esos que, arrepintiéndose, salieron uno a uno para no condenar a “la Mujer”, recibirán en ella el perdón de sus pecados. “Incorporándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están? ¿nadie te ha condenado? Dijo ella: Nadie, Señor. Jesús dijo: Ni yo te conde-no tampoco; vete y no peques más”.

Esta “mujer”, arrepentida y absuelta de sus pecados, será la Iglesia purificada que en la tierra esperará el fin para reunirse con la “Iglesia triunfante” y recibir la gloria del Esposo para las bodas Con el Cordero.

CAPITULO XVII

JESÚS, PAN DE VIDA PARA LOS QUE CREEN EN EL (Jn. 6, 25-71)

“Habiéndole hallado al otro lado del mar, le dijeron: Rabbí, ¿cuándo has venido aquí? Les contestó Jesús y dijo: En verdad, en verdad os digo: Vosotros me buscáis no porque habéis visto los milagros, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado; procuraos no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os da, porque Dios Padre les ha sellado con su sello. Dijéronle, pues: ¿Qué haremos para hacer obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: La obra de Dios es que creáis en aquel que El ha enviado.”

“Habiéndole hallado al otro lado del mar,..”. Así encuentran las almas a Cristo cuando pasan al otro lado del “mar” de este mundo. Mientras se está con el corazón y el espíritu dentro del mundo no es posible encontrar a Cristo. A veces se le ve desde lejos, y las almas creen que le han encontrado y permanecen en el mundo sin ir a su encuentro; se quedan con la “sombra” y creen que están con Cristo. Y si pasan “al otro lado” no permanecen con El, porque Le buscan para que les proporcione las cosas del mundo, aquello mismo que tienen que dejar para encontrarle.

“Rabbí, ¿cuándo has venido aquí? Les contestó Jesús, y dijo: En verdad, en verdad os digo: Vosotros me buscáis no porque habéis visto los milagros, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado”. Así hay almas que buscan a Cristo para saciar un deseo de aquello que pueda darles para reafirmarse mejor en el mundo, para ser apreciados del mundo que les rodea, no sólo cosas materiales, sino aquellos bienes espirituales que pueden ser apreciados por una parte de ese

mundo en que viven, por ejemplo, la vida apostólica de Jesús, su sabiduría y su poder.

“Procuraos no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo” del hombre os da, porque Dios Padre le ha sellado con su sello.”

Por mucha sabiduría, conocimiento y poder que tenga una persona, esa sabiduría y ese poder no permanece hasta la vida eterna si no lleva el sello del Hijo de Dios, que es el Amor a la Voluntad del Padre hasta llegar al anonadamiento y al sacrificio propio.

“¿Qué haremos para hacer obras de Dios? Respondió Jesús, y les dijo: La obra de Dios es que creáis en aquel que El ha enviado”. A los hombres nos gusta todo lo que sea complicado. Queremos hacer muchas obras propias y las llamamos “obras de Dios”. Eso de “creer” solamente en Aquel que Dios ha, enviado nos parece algo muy simple y demasiado fácil para “hombres inteligentes”. Eso está bien para los niños; para los hombres, eso está superado, ellos pueden hacer las obras de Dios: ¡Oh, Señor!, cómo te, duele esta clase de ceguera que pretende llamarse “amor de Dios” y no es más que soberbia y orgullo desmedidos. A los hombres no les gusta la fe porque es oscura y ellos tienen muy abiertos los ojos para ver; eso está bien para aquellos ignorantes que no han abierto los ojos todavía. Por eso dijiste; “Señor, que quien no se hiciera como niño no entraría en el reino de los cielos, simple, e ignorante como ellos: “La obra de Dios es que creáis en aquel que El ha enviado”. Para los niños y para aquéllos que se hacen como ellos, ¡es tan fácil “creer”!; por eso entrarán en el reino de los cielos.

“Ellos le dijeron: Pues tú, ¿qué señales haces para que veamos y creamos? ¿Qué haces? Nuestros padres comieron el maná, en el desierto, según está escrito: Les dio a comer

pan del cielo. Díjoles, pues, Jesús: En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dio pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que bajó del cielo y da la vida al mundo.”

Así parecen decirle hoy los hombres a Cristo: Pues tú, ¿qué señales haces para que veamos y creamos? ¿Qué haces? Eres un impotente clavado en una cruz, ocultó en un pedazo de pan; ¿qué haces para que creamos en ti? Nuestros “héroes” libertaron esclavos, defendieron países enteros de sus enemigos, descubrieron tierras, decretaron leyes para que pudiéramos vivir mejor en este mundo. Y tú, ¿qué haces? Los hombres de ciencia han hecho grandes descubrimientos; gracias a ellos somos poderosos en armamentos de todas clases – para destruirnos unos a otros – ; no sólo dominamos la tierra, sino también el mar, el aire y el espacio. Mira todo lo que hemos hecho nosotros, los hombres, por la vida; y tú, ¿qué haces? En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dio pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que bajó del cielo y da la vida al mundo”. En verdad que ninguno de esos hombres hubiera podido hacer nada si no se lo hubiera *permitido* Dios dándoles el “poder” para hacerlo. No quiere decir que esas obras todas hayan sido “*voluntad*” de Dios. Su justicia las permite y al final se sabrá las consecuencias de ellas y la responsabilidad de cada uno. Pero las palabras del Señor suenan en los oídos de estos hombres como cuentos de hadas para distraer a los niños. Ellos han dejado de ser niños para creer en “cuentos”; está bien predicar para que crean otros más tontos, pero eso de “creer” no es para “hombres inteligentes”. Por eso el mundo carece de vida eterna, y Jesús no pudo rogar por él, porque lo componen esta clase de hombres que se han cerrado a la verdad conscientemente; conociendo la Verdad la niegan con sus obras, y no la niegan todos con sus

palabras porque les interesa el “pan material” qu” les produce el nombre y la palabra de Dios.

“Dijéronle, pues, ellos: Señor, danos siempre ese pan. Les contestó Jesús: Yo soy el pan de vida; el que viene a mí, ya no tendrá más hambre, y el que cree en mí, jamás tendrá sed. Pero yo os digo que vosotros me habéis visto y no me creéis; todo lo que el Padre me da viene a mí, y al que viene a mí yo no le echaré fuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite en el último día.”

Y los hombres creen haber engañado a Dios porque faltándoles la fe ellos siguen viviendo igualmente, gozando del pan material que le piden o les produce Su Nombre. Pero Jesús sigue hablando a los que creen en El y éstos van a El y son saciados con el pan de vida, no tienen hambre ni sed de otra cosa que no sea El mismo: “Yo soy el pan de vida; el que viene a mí, ya no tendrá más hambre, y el que cree en mí, jamás tendrá sed”. No importa que otros, viendo, no crean. Esos no son de Cristo, por eso no van a El, sino a sus dones: “Pero yo os digo que vosotros me habéis visto y no me creéis; todo lo que el Padre me da viene a mí...” Porque la voluntad del Padre es que el Hijo no pierda a ningún alma de las que El le ha dado, sino que las resucite en el último día; y hasta que quede en el mundo una de esas almas estará actuando la Misericordia de Dios, para recogerlas a todas, y entonces vendrá la Justicia para aquellos que han abusado de la Misericordia.

“Porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que ve al Hijo y cree en El tenga la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Murmuraban de El los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que bajó del cielo, y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conoce-

mos? ¿Pues cómo dice ahora:

Yo he bajado del cielo? Respondió Jesús y les dijo: No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si el Padre, que me ha enviado, no le trae, y yo le resucitaré en el último día.”

“Porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que *ve* al Hijo y *cree* en El tenga la vida eterna”. Para alcanzar la vida eterna hemos de alimentar con el amor y la oración nuestra fe para que ésta nos muestre al Hijo y “viéndole” obrar en las almas y en el mundo “*creamos*” en El. De lo contrario, viviremos escandalizándonos y murmurando de que El dice y hace en las almas: “¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo dice ahora: Yo he bajado del cielo?” Nos quedaremos con lo externo, aquello que ven los ojos de la carne y conocen los sentidos dominados por esa “carne”. Sin esa *fe viva* no se puede conocer lo que pertenece al espíritu, y Dios es Espíritu.

“Respondió Jesús y les dijo: No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si el Padre, que me ha enviado, no le trae”, Y ¿cómo nos puede “traer” el Padre si no es por medio de nuestra conciencia? El alma que no escucha la voz de su conciencia y la obedece no puede ser “traída” por el Padre, y si Este no la trae hacia el Hijo, no puede conocerle. He ahí por qué, después de veinte siglos, no se conoce al Hijo y se desconoce totalmente al Padre, porque los hombres han dejado la *conciencia* para seguir un camino de “*conveniencia*”, la razón.

“En los profetas está escrito: 'Y serán todos enseñados de Dios'. Todo el que oye a mi Padre y recibe su enseñanza, viene a mí; no que alguno haya visto al Padre, sino sólo el que está en Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: El que cree, tiene la vida eterna.”

“Y serán todos enseñados de Dios”. ¿Cómo van, a ser enseñados de Dios si no oyen la voz de su conciencia, que es la voz de Dios?” “Todo el que oye a mi Padre y recibe su enseñanza, viene a mí”. Nadie ha visto al Padre, sirio el Hijo, “sino sólo el que está en Dios”, y todo el que se identifique con el Hijo verá al Padre, que está en los cielos, y recibirá la vida eterna porque ha creído en el Hijo.

“Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del cielo., para que el que lo coma no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo.”

Jesús es el verdadero alimento del alma, el pan de vida; muchos de los que comieron el maná en el desierto murieron. Jesús no se refiere a la muerte corporal, sino que muchos de esos permanecieron en su pecado y perdieron su alma, porque el maná les alimentaba el cuerpo, pero no daba la vida a sus almas. Del mismo modo, muchos de esos héroes que han recibido “poder” de Dios para triunfar en sus empresas han muerto para siempre, porque se ensoberbecieron con ese “poder” y perdieron el alma. “Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre”. Ese “comer” tiene un sentido mucho más profundo que el de comer con la boca. Muchos pueden recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo y morir, porque *no han “comido”*. Así como el alimento material penetra su sustancia en el cuerpo y la sangre, así este alimento espiritual debe penetrar el alma y el espíritu, por una fe viva en Aquel que se recibe, hasta llegar a una transformación *en* El mismo, algo así como acontece con el pan, que “desaparece” para nosotros hasta “no-existencia” para dar paso a Cristo, a quien recibimos por la fe. La fe nos dice que ese pan es la carne de Cristo. “Y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo”. El “mundo”, en este

caso, es ese “cuerpo del pecado” que traemos con nosotros al nacer. Este participa de la muerte por el pecado y al *identificarse* con la “carne” de Cristo recibe la Vida, porque desaparece el pecado.

“Disputaban entre sí los judíos, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él.”

Estas cosas no las pueden entender aquellos que están aferrados todavía a la materia: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”. Tampoco pueden “comer” la Carne y “beber” la Sangre de Cristo aquellos que se sienten satisfechos con el “espíritu del mundo”. Para “comer” y “beber” la Sangre de Cristo es necesario tener “hambre” y “sed” de otra cosa que no sea lo que “come” y “bebe” en este mundo. Solamente así va penetrando la vida, que es el Espíritu de Cristo, en él alma y ésta, redimiéndose del espíritu del mal, resucita de verdad a esa Vida el último día: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día”. El alma tiene la vida eterna y su cuerpo resucita el último día.

“El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él”. Porque la misma vida de Jesús es la vida del alma y quien “come” su carne y “bebe” su sangre se hace uno con el Hijo de Dios *en su Carne* (su naturaleza humana), *y en su sangre* (su naturaleza divina), *recibiendo su mismo Espíritu*, ¡una sola cosa con Dios!

“Así como me envió el Padre viviente, y vivo yo por mi

Padre, así también el que me come vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el pan que comieron los padres y murieron; el que come este pan vivirá para siempre. Esto lo dijo enseñando en una sinagoga de Cafar-naúm.”

“Así como me envió mi Padre viviente”, Cristo Jesús tiene la misma vida del Padre y así, con su Vida vive, y vive El por el Padre, porque el Padre es la Vida de Cristo. Y esa Vida, Cristo, es el pan bajado del cielo y el que se identifica con El, “comiendo” su carne y “bebiendo” su sangre, tendrá la misma vida que tiene El y vivirá por El como El vive por el Padre: “Y vivo yo por mi Padre, así también el *que me come* vivirá por mí”. Esto no se puede expresar mejor con palabras; para *creer* y *comprender* es necesaria la fe. Es como una planta eléctrica que transmite su energía para dar luz a una ciudad, pero no reciben la luz más que aquellos que están conectados a la corriente. Así, sólo las almas que se unen a Cristo reciben esta vida del Padre y comprenden sus palabras.

“Luego de haberlo oído, muchos de sus discípulos dijeron: Duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas? Conociendo Jesús que murmuraban de esto sus discípulos, les dijo: ¿Esto os escandaliza? Pues ¿qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí a donde estaba antes?”

“¡Duras, son estas palabras! ¿Quién puede oírlas?” A la *dureza* de la carne le parecen duras las cosas del espíritu, y el alma no comprende que la “dureza” está precisamente en esa “carne” que la tiene aprisionada y no la deja “gustar” la “suavidad” del espíritu. Es la “carne” lo que hace que el alma se escandalice de todo lo que no está en conformidad con ella; esa “carne” es “el cuerpo del pecado”, el “yo” ciego, que no ve más allá de sí mismo. El alma libre de la “carne”, el pecado, no se escandaliza por nada, pues todo lo ve con el espíritu que la vivifica, y pasa por encima de lo que pertenece a la muerte y se queda con la Vida; por eso en todo encuentra

algo bueno que aprovechar, porque en toda obra, en toda criatura hay “algo” de Dios, siendo lo importante el descubrir lo que hay de Dios y quedarse con ello desechando todo lo demás. Ni el demonio ni los hombres pueden hacer nada, por sí mismos; ellos pueden poner su *mala voluntad* y hacen malo lo que hubiera podido ser bueno.

“¿Esto os escandaliza? Pues ¿qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí a donde estaba antes?” Las almas que han alcanzado la libertad de “los hijos de Dios”, no se quedan con la “muerte”, sino que ven con anticipación la “resurrección” de todas las cosas. La muerte es consecuencia del pecado, y en todo pecado hay muerte, pero después que vino el Hijo de Dios *en carne* y venció a la muerte y el pecado puede haber también en todo pecado una “resurrección”. Por eso las almas libres del pecado ven más la “resurrección” que puede haber en un pecador que la muerte por el pecado. La muerte acontece cuando no se quiere reconocer el pecado y esto sólo Dios lo sabe cuándo un alma se ha endurecido de tal forma.

Jesús, el Hijo de Dios, vino a “tomar sobre sí nuestros pecados”, para presentarlos a la Justicia del Padre y hacerse Víctima propiciatoria para vencer a la muerte; por eso y porque los hombres no podían ver su divinidad, su cuerpo tenía la “apariencia” de muerte y no la luminosidad de la Vida; por eso los judíos se escandalizaban de sus palabras cuando dijo: “Yo soy el pan que bajó del cielo”; lo mismo hubiéramos hecho nosotros. Sus apóstoles Pedro, Juan y Santiago vieron en la Transfiguración lo que era al cuerpo del Hijo de Dios; así serán los cuerpos de aquellos que se identifiquen con El, cuando los resucite el último día.

“El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida; pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que no creían

y quién era el que había de entregarle. Y decía: Por esto os dije que nadie puede venir a mí si no le es dado de mi Padre. Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y ya no le seguían.”

“El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada”. Por eso las personas que están apegadas a sí mismas no se aprovechan de las cosas del espíritu porque viven de la carne y para la carne, “para sí” y “en sí”; todo lo ven y lo sienten de acuerdo a como les conviene. “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida; pero hay algunos de vosotros que no creen”. Muchas personas seguían a Jesús esperando de El un beneficio propio; por eso no podían creer, lo mismo sucede ahora; como no está Jesús en persona que les diga lo que les dijo a aquéllos, éstos se hacen un Cristo a su manera, de acuerdo a sus intereses y dicen que son sus discípulos y le siguen, porque le encontraron una vez. Pero Jesús ha seguido su camino cumpliendo la Voluntad del Padre y ellos se han quedado en sí mismos. “Por esto os dije que nadie puede venir a mí; si no le es dado de mi Padre”. No pueden seguir a Jesús las personas que obren por “conveniencia”, desoyendo su “conciencia”.

“Y dijo Jesús a los doce: ¿Queréis irs vosotros también? Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios. Respondióle Jesús: ¿No he elegido yo a los doce? Y uno de vosotros es un diablo. Hablaba de Judas 'Iscariote, porque éste, uno de los doce, había de entregarle.”

“Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído.”

Pedro ha seguido la voz de su conciencia, y el Padre le ha dado a conocer a su Hijo, y los otros que han hecho lo mismo

que él, creen que Jesús es “el Santo de Dios”. Pero Judas, que obrando por “conveniencia” buscaba en Jesús un provecho propio, se hace portador del diablo para entregar al Hijo de Dios: “¿No he elegido yo a los doce? Y uno de vosotros es un diablo”.

Toda persona que obre por “conveniencia” buscando un interés personal, tarde o temprano cae en las garras de Satanás, pues es él quien le dirige a “*sí mismo*” para poderle usar como instrumento y luego tomarle él totalmente como hizo con Judas; pues el alma no encuentra donde apoyarse y cae en la desesperación. No sucede así con el alma que se rige por conciencia, pues aunque se equivoque siempre encuentra el apoyo de Dios, aquella “voz” por la cual se guió y no pierde jamás la confianza.

LA ULTIMA CENA
Y LA TRAICIÓN DE JUDAS
(Mt. 26, 17-25)

“El día primero de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron: ¿Dónde quieres que preparemos para comer la Pascua? El les dijo: Id a la ciudad a casa de Fulano y decide: El Maestro dice: Mi tiempo está próximo; quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Y los discípulos hicieron como Jesús les ordenó y prepararon la Pascua. Llegada la tarde, se puso a la mesa con los doce discípulos, y mientras comían dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me entregará.”

“...Se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron: ¿Dónde quieres que preparemos para comer la Pascua?” Ser “discípulo” de Jesús, “acercarse” a El y hablarle no es una garantía

para creer que se *pertenece* ya a Jesús. Se puede estar con Jesús en unos aspectos de su vida y al mismo tiempo *contra* Jesús en otros. Eso hacen las personas que obran por “*conveniencia*”: Están “con” Jesús en aquello que les conviene solamente, pero cuando esa “conveniencia” desaparece están “contra” El. Esas personas no llegan nunca a *identificarse* con el Espíritu de Cristo, por eso no le pertenecen, y en cualquier momento pueden convertirse, como Judas, en un traidor. Pues quien no está *totalmente* con Jesús está contra El: “El que no está conmigo está contra mí”(Lc. 11, 23).

“El Maestro dice: Mi tiempo está próximo; quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos.”

Jesús sabe que entre esos “discípulos” está el traidor, el que unas horas más tarde le entregará en manos de sus enemigos para que le crucifiquen; sin embargo, no le excluye de los doce y va con él a celebrar la Pascua. Jesús está entregado a la Voluntad del Padre. El no se detiene a mirar los “abismos” que encuentra en el camino que le lleva hacia esa Voluntad de su Padre, en la cual vive absorto; pasa por encima de esos “abismos”, porque su mirada y su corazón están fijos en el Padre, que está en los cielos, y hacia El se dirige. El corazón de Judas es un abismo insondable ocupado ya por el diablo y Jesús no lo ignora: “Llegada la tarde, se puso a la mesa con los doce discípulos, y mientras comían dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me entregará”. Judas ya no puede penetrar dentro de su corazón, ocupado por las tinieblas; él sólo sabe que en Jesús no encontrará ya nada de lo que buscaba. Había pensado que su Maestro sería rey y siguiéndole no buscaba más que asegurarse una buena posición en su reinado. Las cosas estaban resultando muy distintas a lo que él se había imaginado y aquella situación era cada día más peligrosa y no le convenía seguir “con” Jesús. Era mejor adelantarse y ponerse “contra” El antes que fuera demasiado

tarde y pudiera comprometerse también por ser de sus “discípulos”; por eso había ido a contratar con los príncipes de los sacerdotes entregarle:

“Entonces se fue uno de los doce, llamado Judas Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me dais y os lo entrego? Se convinieron en treinta piezas de plata, y desde entonces buscaba ocasión para entregarle.”

Como estaba la mirada y el corazón de Jesús fijo en la Voluntad del Padre, que está en los cielos, así la mirada y los pensamientos de Judas estaban fijos en sí mismo buscando *lo más conveniente*; por eso no podía mirar al diablo que ya había ocupado su corazón y alimentaba sus pensamientos para que no saliera de sí; ya llegaría el momento de hacerle ver y entonces en la desesperación le tomaría él. Así procede el diablo con las personas que se dejan guiar por el camino de “conveniencia”.

“En verdad os digo que uno de vosotros me entregará. Muy entristecidos, comenzaron á decirle cada uno: ¿Soy, acaso, yo, Señor? El respondió: El que conmigo mete la mano en el plato, ése me entregará. El Hijo del hombre se va, según está escrito de El; pero ¡ay del hombre por quien el Hijo del hombre será entregado!; mejor le fuera a ése no haber nacido. Tomó la palabra Judas, el que iba a entregarle, y dijo: ¿Soy, acaso, yo, Rabbi? Y El respondió: Tú lo has dicho.”

“El que conmigo mete la mano en el plato, ése me entregará”. Nosotros decimos cuando una persona tiene mucha amistad o intimidad con alguien: “Esos comen en un mismo plato”. Así Judas, como uno de los discípulos del Señor, comía con El en el mismo plato, no sólo porque ésa era la costumbre de entonces, sino porque era uno de “los doce”, “sus elegidos”; en un sentido general era uno de los “íntimos”

del Maestro. Así, pues, tampoco el ser “elegido” e “íntimo” del Señor es una *garantía* para decir que se *pertenece* a El. Sólo las almas que se *identifican* con el Espíritu de Cristo pueden decir que son de Cristo. Se puede estar “con” Cristo, como hemos dicho antes, hasta cierta parte del camino y en el momento más difícil o importante dejarle por “conveniencia”; el Hijo de Dios seguirá su camino y el “discípulo” se quedará en sí mismo.

“El Hijo del Hombre sigue su camino, como de El está escrito; pero ¡desdichado de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado!; mejor le fuera a ése no haber nacido.”

Ya estaba escrito en los Profetas: Isaías 53, 1-12, que el Hijo del hombre sería “traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados”.

Como dice el Señor en un mensaje sobre la verdadera libertad: “Antes de venir a este mundo como Redentor de la humanidad ya había sido rechazado y decretada mi muerte por aquellos falsos seguidores de la Ley... Porque habiendo elegido el hombre la “forma” de redención, faltaba el “instrumento” que *libremente*, entregase al Hijo del hombre en manos de sus verdugos. Judas fue llamado para ser “hijo de Dios”, pero él libremente eligió por padre a Satanás, haciéndose “hijo de perdición”, cumpliéndose así las Escrituras”.

“Tomó la palabra Judas, el que iba a entregarle, y dijo: ¿Soy, acaso, yo, Rabbí? Y El respondió: Tú lo has dicho”. Judas ha entregado ya en su corazón a su Maestro, y diciéndoselo Jesús, todavía no se da cuenta de lo que va a hacer. No se “da cuenta”, porque está invadido por las tinieblas, que no le dejan ver lo horrendo de su traición. A él le parece algo “muy razonable”: Jesús ha dejado de ser lo que él había creído que era y lo “*más conveniente*” es entregarle antes que exponerse

a ser perseguido por su causa. Así trabaja el diablo con aquellos a quienes usa como “instrumentos” para sus propósitos: ninguna duda, ningún temor, actúa seguro de sí mismo y piensa que “sabe muy bien lo que está haciendo”. El momento de la duda, el temor y la desesperación viene después, cuando ha cumplido su misión de “instrumento”, y entonces “conviene” al diablo despertar “la conciencia” de aquél para que en la desesperación pueda entregarle su alma. *“Viendo entonces Judas, el que le había entregado, cómo era condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y ancianos, diciendo: He pecado entregando sangre inocente... Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, fue y se ahorcó”* (Mt. 27, 3-6); así entregó su alma al diablo.

INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

(Mt. 26, 26-29)

“Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y, dándoselo a los discípulos, dijo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo. Y tomando un cáliz y dando gracias, se lo dio, diciendo: Bebed de él todos, que ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados.”

“Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y, dándoselo a los discípulos...”. Así como ese pan se partiría el Corazón de Jesús para entregárenos: “Tomad y comed, éste es mi Cuerpo”. Y dice el Evangelista San Lucas que añadió: “Que. es. entregado por vosotros; haced esto en memoria mía” (Lc. 22, .19). Jesús, al darnos su Cuerpo nos está pidiendo que del mismo modo entreguemos el nuestro: “Este es mi Cuerpo, que es entregado por vosotros”. Así nosotros, por El, debemos “entregarnos”, haciéndolo en su memoria:

“Haced esto en memoria mía”. No costaba nada a Jesús pronunciar estas palabras. Estas palabras, sin el sacrificio que siguió después, carecerían de vida. De igual manera, no le cuesta nada al sacerdote pronunciar las palabras de la Consagración, ni a nosotros el recibir en la boca la Eucaristía. Pero esa Eucaristía, sin el sacrificio propio, no nos dará la Vida.

Dice el Evangelista San Juan que después del bocado, “en el mismo instante”, entró en Judas Satanás. “Y Jesús le dijo: Lo que has de hacer, hazlo pronto”. Judas, el primer sacerdote y comulgante traidor, comulgó el Cuerpo y la Sangre de Cristo y a quien “*recibió*” fue a Satanás: “Después del bocado, *en el mismo instante*, entró en él Satanás”. No es, pues, una garantía ser sacerdote de Cristo ni comulgar todos los días: SI NO ENTREGAMOS NUESTRO CUERPO A CRISTO COMO EL SE ENTREGO A NOSOTROS, PODEMOS SER INSTRUMENTOS DE SATANÁS. *Sólo el sacrificio propio para identificarnos con el Espíritu de Hostia de Cristo nos garantizará que somos de El y recibiremos la vida eterna.*

“Y tomando un cáliz y dando gracias, se lo dio, diciendo: Bebed de él todos, que esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados”. Beber la Sangre de Cristo y no “disponerse” a dar la propia sangre (su espíritu), la vida, por Cristo es una burla que se hace de las palabras del Señor y de ello tendremos que dar cuenta el día de la Justicia, si lo hacemos conscientemente.

“Esta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos...”; y así fue derramada la Sangre de Cristo “por” sus apóstoles³. Porque el apóstol y todo cristiano debe identificarse con Cristo *para recibir su Sangre* y que pueda ser “derramada para remisión de los pecados”. Todos los primeros apóstoles de Cristo derramaron su sangre y con ello

entregaban su espíritu; fueron “hostias” en el sacrificio cruento, y San Juan, habiendo pasado por el martirio no la derramó, siendo también “hostia” en el sacrificio *incruento*, porque esa era la voluntad del Señor: “Viéndole, pues, Pedro, dijo a Jesús: Señor, ¿y éste, qué? Jesús le dijo: Si yo quisiera que éste permaneciese hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú, sigúeme” (Jn. 21, 21). Pedro le siguió y “el discípulo amado” permaneció hasta que Jesús, en la Isla de Patmos, por su ángel le dio el Apocalipsis anunciando su venida:

“Apocalipsis de Jesucristo que para instruir a sus siervos sobre las cosas que han de suceder pronto, ha dado Dios a conocer por su ángel a su siervo Juan” (Apoc. 1, 1). “Dice el que testifica estas cosas – el mismo Jesús – : Sí, vengo pronto. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!” (Apoc. 20, 21).

“Yo os digo que no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros de nuevo en el reino de mi Padre.”

¿Dónde beberá Jesús del fruto de la vid, en el cielo? No, aquí en la tierra beberá Jesús del fruto de la vid, con sus apóstoles, de nuevo en el reino de su Padre, que estará reinando en todas las almas que formarán el reino de Dios en la tierra. Allí estarán todos aquellos que se hayan identificado con el Cuerpo y la Sangre de Cristo por el sacrificio propio, haciéndose “hostia” con la Hostia Inmaculada. Estos recibirán al Espíritu Santo, que permanecerá por siempre con ellos.

CAPITULO XVIII

LA VENIDA DEL REINO DE DIOS

(Lc. 17, 20-35)

“Preguntado por los fariseos acerca de cuándo llegaría el reino de Dios, respondióselos y dijo: No viene el reino de Dios ostensiblemente. Ni podrá decirse; Helo allí o aquí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros. Dijo a los discípulos: Llegará tiempo en que desearéis ver un solo día del Hijo del hombre, y no lo veréis. Os dirán: Helo allí o helo aquí. No vayáis ni le sigáis, porque así como el rayo relampaguea y fulgura desde un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día. Pero antes ha de padecer mucho y ser reprobado por esta generación.”

“No viene el reino de Dios ostensiblemente. Ni podrá decirse: Helo allí o aquí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros.”

El reino de Dios está en cada alma que haya dejado que Dios reine en ella; Este “reino de Dios” en las almas comenzó desde la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Todas esas almas que habiendo recibido la redención por Cristo estaban “dispuestas” de acuerdo a la justicia divina para recibir el Espíritu Santo, porque renunciando libremente a sí mismas, al reino del “yo”, habían elegido por Rey a Dios, recibieron el Espíritu Santo y con Él el reino de Dios. Así recibió la iglesia – aquellas almas que estaban en el Cenáculo esperándole – el Espíritu Santo. Y Este comenzó a actuar “dentro” de las almas porque Cristo con la Redención abrió el camino y abrió en esas almas “la puerta”, porque recibiendo ellas a Cristo – su propia redención – , el mismo Cristo es la Puerta para entrar el Espíritu Santo.

“Llegará tiempo en que desearéis ver un solo día del Hijo del hombre y no lo veréis.”

Mientras está “actuando” Cristo, la Misericordia de Dios en el mundo, estamos viendo los días del Hijo del hombre. Pero cuando la Justicia Divina dé fin al tiempo de la Misericordia, entonces veremos los días del “príncipe de este mundo”, el Anticristo, porque es el momento de la Justicia de Dios, y será la consumación de la iniquidad, “para que se cumpla toda justicia”. No se verá más que tinieblas donde había luz, odio donde había amor y crueldad donde había misericordia, pero todo esto con una “apariencia” de bien. Esto será lo que reinará en aquellas almas que no dejaron reinar en ellas a Dios. Estos serán verdaderos demonios sobre la tierra, disfrazados de bondad, haciéndose pasar por Cristo muchos de ellos. “Os dirán: Helo aquí o helo allí. No vayáis, no le sigáis”. Esto lo harán para confundir a las pocas almas buenas que quedarán en el mundo y serán sometidas a muchas pruebas como las padecieron los primeros apóstoles del Señor antes de recibir el Espíritu Santo. En ellos puede venir la duda y el temor y hasta en un momento negar, como Pedro a Cristo; pero si han procedido con rectitud y no se han vendido al diablo como Judas, recibirán la gracia como Pedro y los otros discípulos para permanecer en la Verdad y recibirán el mismo Espíritu Santo, que les aclarará todas las cosas, confirmándoles en la Verdad y el Amor.

“Porque así como el rayo relampaguea y fulgura desde un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día”. Así será la *manifestación* del Hijo del hombre cuando venga en su reino. Se hará presente en el momento menos pensado, para alegría de unos y terror de otros. Alegría para aquellas almas que le han dejado reinar en ellas y terror para las otras que reafirmandose en sí mismas no le han dejado reinar en ellas. Pero antes de “manifestarse” el reino de Dios

a sus “elegidos”, éstos tendrán que padecer mucho como padeció Cristo y han padecido todos los santos, siendo reprobados por el mundo, perseguidos y despreciados. “Pero antes ha de padecer mucho y ser reprobado por esta generación”.

“Como sucedió en los días de Noé, así será en los días del Hijo del hombre. Comían y bebían, tomaban mujer los hombres, y las mujeres marido, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los hizo perecer a todos.”

“Como sucedió en los días de Noé, así será en los días del Hijo del hombre”. En los días de Noé la gente vivía tranquilamente, comiendo, bebiendo, casándose, teniendo hijos, celebrando sus fiestas y cometiendo sus pecados; nadie veía la “acción” de Dios en el mundo ni se acordaban que Dios existía, porque ellos no veían que hiciera ni bien ni mal. Ellos, los hombres, eran dueños y señores del mundo, hacían y deshacían de acuerdo a sus razonamientos faltos de fe. Sólo Noé, el hombre justo, escuchaba a Dios y sabía lo que estaba preparando Dios para aquella generación, pero en vano trataba Noé de dar a conocer a los demás aquello que él conocía. Y sólo las almas a las que les ha tocado cumplir una misión semejante a la de Noé pueden comprender el sufrimiento intenso y desgarrador que sufría éste al ver la incredulidad de aquellos a quienes quería salvar de la perdición. Noé era oprimido por dentro y por fuera; por dentro le oprimía el conocimiento que tenía de lo que iba a suceder y la testarudez de aquellos que no querían creer y enmendarse de la vida que llevaban, para salvarse. Y por fuera le oprimía el trabajo de la construcción del arca que debía realizar y la falta de colaboración que encontraba en aquellos que debían colaborar en la obra, de acuerdo a los deseos del Señor, retrasándose la obra que debía realizar. Este sufrimiento de uno y otro lado era el *aporte efectivo* que requería la Justicia Divina para poder

salvar un resto. El trabajo material era consecuencia de este aporte espiritual y sin éste, no quedaba realizado aquél. Esa arca representaba lo que sería el “Arca de la Alianza” (Alianza de Dios con los hombres) para poder venir Cristo y fundar su Iglesia. Todo cuanto entró en el arca de Noé tiene un significado espiritual que se cumplió en el pueblo elegido de Israel, y todo cuanto se hizo con el Arca de la Alianza tiene también un significado espiritual, uno y otro para la Iglesia fundada por Cristo, Todo esto entró con Cristo en María. En Cristo fue purificado, redimido del pecado, todo lo creado; fue como una nueva creación en Cristo y por Cristo. El primer hombre, Adán, tuvo por madre a la tierra, porque de ella fue sacado. Dios quiso darnos por madre a una mujer, María, para liberarnos de la tierra, sacando de su seno a Aquel en quien se conformaría el nuevo Adán, Cristo. Los Patriarcas aportaron a la Justicia Divina aquello que debía aportar la humanidad para que pudiera realizarse en Cristo esta “nueva creación”. La humanidad debe entrar en Cristo para que esto se realice en ella; cada alma debe alcanzar su propia redención entrando *libremente* en Cristo. En “los últimos tiempos” habrá también, como en los tiempos de los Patriarcas, almas “elegidas” por Dios para aportar a la Justicia Divina aquello “necesario” para que se “*manifieste*” en la tierra el reino de Dios, cumpliéndose así toda justicia.

Así como se salvaron del diluvio solamente las almas que entraron con Noé en el arca, se salvarán solamente aquellas almas que entren con Cristo y en Cristo, porque El es el Hombre Justo y también, en cierto modo, el nuevo Adán, que abrió su costado para recibir a las almas y presentarías al Padre como su Esposa, la Nueva Eva, su Iglesia, que tiene por Madre a María.

“Lo mismo en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban; pero en cuanto Lot salió

de Sodoma, llovió del cielo -fuego y azufre, que los hito perecer a todos. Así será el día en que el Hijo del hombre se revele-.”

El justo Lot representa también a Cristo. Así como Dios sólo esperaba que saliera Lot de Sodoma para destruirla, está esperando solamente que Cristo, el Verbo, consume su Obra de Misericordia y cuando deje de actuar en el mundo la Misericordia de Dios vendrá la Justicia a realizar el castigo en todos aquellos que se encuentren como los habitantes de Sodoma y que pertenecen al mundo y no a Dios. Se salvarán solamente aquellas almas que hayan salido “fuera del mundo” con Cristo, como se salvaron los que salieron fuera de Sodoma con el justo Lot. “Así será el día en que el Hijo del, hombre se revele”.

Cuando el justo Lot y los suyos estaban saliendo de Sodoma para dejar el dominio al mal y que recibiera su castigo, los habitantes de la ciudad no se dieron cuenta y mucho menos esperaban lo que les venía después. Del mismo modo cuando el Espíritu de Cristo esté saliendo con los suyos del mundo para dejar el dominio al espíritu del mal, que recibirá el castigo de Dios, estos que están en el mundo no se darán cuenta de ello y mucho menos sospecharán del castigo que les vendrá después.

“Aquel día, el que esté en el terrado y tenga en casa sus enseres, no baje a tomarlos; e igualmente el que esté en el campo no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. El que busque guardar su vida, la perderá, y el que la perdiere, la conservará.”

Aquel día se salvarán solamente las almas que tengan una fe viva y que por haber “obrado” en esa fe estarán desprendidas de todo y viven esperando aquel momento en que se revele el Hijo del hombre para seguirle, pues quien en aquel

momento se preocupe todavía por las cosas de este mundo y no esté vigilante, en el momento de la confusión tratará de Salvar o recoger las cosas que tiene y no podrá seguir a Aquél, que, como un rayo, aparecerá a recoger las almas que le pertenecen. (*“Y partiéndose de allí dos de los varones se encaminaron a Sodoma. Abraham siguió estando con Yahvé”* (Gen. 18, 22). “El que esté en el campo no vuelva atrás”. Donde se encuentre en ese momento allí debe quedarse, pues allí será tomado por El. “El que busque guardar su vida, la perderá”. Aunque vea el peligro de morir no debe moverse, pues aunque muera, su alma será tomada igualmente y se salvará: “Y el que la perdiere, la conservará”: “Acordaos de la mujer de Lot”. Tampoco se pongan a curiosear para ver qué está sucediendo, no le vaya a pasar como a la mujer de Lot, que se convirtió en estatua de sal por volverse a mirar lo que sucedía en Sodoma.

La mujer de Lot, la esposa del justo, representa a esas almas que pertenecen a la iglesia de Cristo por el bautismo, pero no han llegado a identificarse con el Espíritu del Esposo, Cristo, porque “curioseando” en el mundo no terminan de desprenderse de él. Estas almas quedarán en el camino, petrificadas, endurecidas por falta, del Espíritu de Cristo y no podrán salvarse en esa hora. Serán un testimonio de la Justicia de Dios, semejante a los condenados en el infierno. Como fue la estatua de sal de la mujer de Lot para el mundo de entonces. La esposa de Lot seguramente amaba más a las cosas que dejaba que al esposo que seguía; como hacen muchas almas, que dejan el mundo para seguir a Cristo y siguen “curioseando” las cosas del mundo buscando al mundo y las cosas que él da.

“Dígaos que en aquella noche estarán dos en una misma cama: uno será tomado y otro dejado. Estarán dos moliendo juntas: una será tomada y otra será dejada. Y tomando la

palabra, le dijeron: ¿Dónde será, Señor? Y les dijo: Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los buitres.”

“En aquella noche”, no quiere decir el Señor que necesariamente esto sucederá de noche, sino que esto sucederá en “la noche” del mundo, cuando reine el espíritu de tinieblas, el mal domine en el mundo. En aquella noche serán tomados aquellos que se han identificado con Cristo, no importa dónde se encuentren.

“Estarán dos en una misma cama, uno será tomado y otro dejado”, quiere decir que aunque estén dos personas juntas será tomado aquél o aquélla que esté identificada con el Espíritu de Cristo, y el otro o la otra será dejada porque pertenece al espíritu del mundo. Aunque sean dos esposos y se consideren “un solo cuerpo”, si los dos no están identificados con el mismo Espíritu uno será tomado y otro será dejado. Es la Justicia de Dios en la libre elección del alma: El que “será tomado” va a reinar con Dios porque ya Dios reina en su alma, y el que “será dejado” quedará en el mundo con el reino de iniquidad porque, rechazando a Dios, eligió al mundo antes que a Cristo.

“¿Dónde será, Señor?” Y les dijo: “Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los buitres”.

Donde esté el cuerpo del Anticristo, el hombre de iniquidad, allí se juntarán los demonios, espíritus malignos, que tomarán posesión de todos esos cuerpos, las almas que han elegido el espíritu del mundo y por eso pertenecen al Anticristo, príncipe de este mundo, y no a Dios. Entonces será el cumplimiento del castigo de Egipto, que es figura de lo que deberá suceder al fin; como dice el libro de la Sabiduría en el capítulo 17 y siguientes: *“Las almas en tinieblas se extraviarán. Pues suponiendo los inicuos que podían dominar sobre la nación santa, quedaron presos de las tinieblas y encadena-*

dos por una larga noche, encerrados bajo tus techos, excluidos de tu eterna providencia.

“Imaginándose poder ocultar sus pecados secretos bajo el oscuro velo del olvido, fueron dispersados, sobrecogidos de terrible espanto y turbados por espectros. Pues ni el escondrijo que los protegía los preservaba del terror, y rumores aterradores les infundían espanto, y espectros tristes y de rostros tétricos se les aparecían; y ninguna fuerza de fuego era capaz de darles luz, ni la llama brillante de los astros podía iluminar aquella horrenda noche. Sólo les aparecía un fuego repentino y temeroso; y espantados de la visión, cuya causa no veían, juzgaban más terrible lo que estaba a su vista. Las ilusiones del arte mágica quedaban por los suelos, afrentosa corrección para los que presumían de sabiduría. Pues los que prometían expulsar los miedos y las turbaciones del alma enferma, esos mismos padecían de un miedo ridículo; pues aunque nada hubiese que les pudiera infundir espanto, aterrados por el paso de los animales y el silbido de las serpientes, se morían de miedo, y ni querían mirar lo que por ninguna vía podían evitar. Que la maldad es cobarde y da testimonio contra sí misma, y siempre sospecha lo más grave, perturbada por su conciencia; pues la causa del temor no es otra que la renuncia a los auxilios que proceden de la reflexión. Porque cuando menor ayuda se recibe del fondo del alma, tanto mayor se cree lo desconocido que atormenta. Ellos, en medio de una noche realmente impenetrable, salían del fondo del insondable hades, durmieron el mismo sueño. Unos agitados por prodigiosos fantasmas; otros, desfallcidos por el abatimiento del ánimo, sorprendidos por un repentino e inesperado terror. Luego, si alguno caía rendido, quedaba como encerrado en una cárcel sin cadenas. El labrador, o el pastor, el obrero ocupado en los trabajos del campo, sorprendidos, soportaban lo inevitable. Ligados todos

por una misma cadena de tinieblas. Fuera el viento que silba, o el canto suave de los pájaros entre la espesa enramada, o el rumor de las aguas que se precipitan con violencia. O el estrépito horrísono de piedras que se despeñan, o la carrera invisible de animales que retozan, o el rugido de fieras que espantosamente rugen, o el eco que resuena en los hondos valles, todo los aterraba y los helaba de espanto. Mientras todo el universo era iluminado por una brillante luz y libremente se entregaban todos a sus trabajos. Sólo sobre aquellos se extendía una densa nube, imagen de las tinieblas que a poco les aguardaban, pero ellos se eran para sí mismos más graves que las tinieblas” (Sab. 17, 1-20).

“Mientras que para tus santos brillaba una espléndida luz, aquéllos, oyendo sus voces sin ver a las personas, las proclamaban felices aunque hubieran sufrido. Y aunque maltratados injustamente, no se habían vengado, antes daban gracias y pedían perdón de ser tenidos por enemigos. Y en lugar de las tinieblas encendiste una columna, que les diste para su camino, guía desconocido, un sol inofensivo para una gloriosa peregrinación. Pues dignos eran de ser privados de luz y encerrados en tinieblas los que guardaban en prisión a tus hijos, por quienes había de ser dada al mundo la luz incorruptible de la Ley. Y a los que habían resuelto dar muerte a los hijos de tus santos, uno de los cuales fue expuesto y salvado para castigo de ellos, les quitaste la muchedumbre de sus hijos y a una los ahogaste en las impetuosas aguas. Aquella noche fue de antemano conocida por nuestros padres; porque sabiendo con certidumbre a qué juramento habían dado fe, tuvieron más ánimo. Y fue esperada por tu pueblo la salud de los justos y la perdición de los enemigos. Pues con lo mismo que castigaste a los enemigos, con eso nos fortificaste llamándonos a ti. En secreto hicieron sus sacrificios los lujos santos de los buenos, y de común

acuerdo hicieron este pacto divino, de que los santos participasen igualmente de los mismos bienes y peligros, cantando antes las alabanzas de sus padres. Entre tanto resonaba el grito discordante de los enemigos, y se oía el triste llanto por los hijos muertos; y con igual pena fue castigado el siervo que el amo, y la plebe padecía lo mismo que el rey. Y todos a una, con el mismo género de muerte, tenían muertos innumerables, y no bastaban los vivos para sepultarlos, pues en un instante sus más nobles nacidos fueron muertos.

“A causa de sus magias no habían creído todos los castigos pasados, pero con la muerte de los primogénitos confesaron que el pueblo era hijo de Dios.

“Un profundo silencio lo envolvía todo, y en el preciso momento de la media noche, tu palabra omnipotente de los cielos, de tu trono real, cual invencible guerrero, se lanzo en medio de la tierra destinada a la ruina. Llevando por aguda espada tu decreto irrevocable; e irguiéndose, todo lo llenó de muerte, y caminando por la tierra, tocaba el cielo. Al ^{instante} visiones de sueños terriblemente los turbaron, cayendo sobre ellos temores inesperados; y arrojados por tierra aquí y allí, manifestaban la causa porque morían. Las visiones que los turbaron les habían advertido, para que al morir no ignorasen por qué sufrían aquellos males. La prueba de la muerte alcanzó también a los justos, y en el desierto se produjo una mortandad en la muchedumbre; pero la cólera no duró mucho tiempo. Porque un varón irrepreensible se apresuró a combatir por el pueblo con las armas de su propio ministerio, la oración y la expiación del incienso, y resistió a la cólera y puso fin al azote, mostrando que era tu siervo. Y venció a la muchedumbre, no con el poder del cuerpo ni con la fuerza de las armas, sino que con la palabra sujetó al que los castigaba, recordando los juramentos y la alianza de los padres. Y caídos los muertos a montones, unos sobre otros, levantándo-

se en medio, aplacó la cólera y le cortó el camino hacia los vivos. Pues sobre sus vestiduras llevaba grabado a todo el pueblo, los nombres gloriosos de los padres grabados en las cuatro series de piedras, y tu gloria sobre la diadema de su cabeza.

“A la .vista de esto retrocedió con temor el exterminador y dio por suficiente la manifestación, de la cólera divina. (Sab. 18, 1-25).

Pero sobre los impíos llegó hasta el colmo la cólera sin misericordia, porque Dios sabía de antemano lo que iba a sucederles; que habiéndose permitido partir y dándoles prisa para que partiesen, luego, arrepentidos, los persiguieron. Aún no habían terminado el luto y aún lloraban sobre los sepulcros de los muertos, cuando se lanzaron a nuevos planes insensatos, y a los que suplicantes habían arrojado los persiguieron como a fugitivos. Una merecida necesidad los arrastraba a este fin, haciéndoles olvidar los precedentes sucesos para que recibiesen el pleno castigo que -faltaba a sus tormentos. Y mientras que tu pueblo hacía una maravillosa travesía, encontraron ellos una extraña muerte; porque toda la creación, en su propia naturaleza, recibió de lo alto,;, una forma nueva, sirviendo a tus mandatos, para que tus hijos fuesen guardados incólumes.

La nube daba sombra al campamento; de las aguas que antes la invadían se vio emerger la tierra seca, y en el mar Rojo un camino sin tropiezos; y las ondas impetuosas dieron lugar a un verde campo, por donde atravesaron en masa los que por tu mano eran cubiertos, después de haber contemplado prodigios estupendos. Pues como potros en sus pastos y como corderos retozones alababan a ti, Señor, que los libraste; y se acordaban de que aún en su destierro, en vez de producir otros animales, produjo la tierra 'mosquitos, y en vez de peces produjo el río multitud de ranas. Al fin vieron

una nueva producción de aves cuando, llevados del apetito, pidieron los placeres de la Comida. Y para su satisfacción subieron del mar las codornices.

“Mientras que sobre los pecadores cayeron los castigos, de que fueron indicio los violentos rayos, pues justamente padecían por sus maldades, los que habían practicado tan detestable inhospitalidad. Porque unos no quisieron recibir a desconocidos que llegaban, y otros pretendieron esclavizar a los extranjeros, sus bienhechores. Y sobre el castigo entonces recibido tendrán otro al fin por haber acogido con tan mala voluntad a los extranjeros.

“Los egipcios recibieron con festivas manifestaciones a los que fueron partícipes en sus beneficios, mas luego los afligieron imponiéndoles crueles faenas. También fueron heridos de ceguera, como los que a las puertas del justo, envueltos en densa tiniebla, buscaban la entrada de la puerta. Y para ejercer en ellos la justicia se pusieron de acuerdo los elementos, como en el salterio se acuerdan los sonidos en una inalterable armonía, como claramente puede verse por los sucesos. Pues los animales terrestres se mudan en acuáticos, y los que nadan caminan sobre la tierra. El fuego supera con el agua su propia virtud, y el agua se olvida de su, propiedad de extinguirlo. Al contrario, las llamas no atacaron la; carnes de los ligeros animales que caminan por todas partes, ni derritieron aquel alimento celestial fusible como el rocío; pues en todas las cosas, Señor, engrandesces a tu pueblo y le glorificas, y no le has despreciado, antes le asististe en todo tiempo y lugar” (Sab. 19, 1-20).

PROFECÍA SOBRE LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO

(Mt. 24, 1-3)

“Saliendo Jesús del templo, se le acercaron sus discípulos

y le mostraban las construcciones del templo. El les dijo: ¿No veis todo esto? En verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra que no sea demolida. Y sentándose en el monte de los Olivos, llegaron a El aparte los discípulos, diciendo: ¿Dinas cuándo será todo esto y cuál la señal de tu venida y de la consumación del mundo.”

Como hemos dicho antes, la vida del Hijo de Dios en la tierra es un “Camino” y todo cuanto El hizo y dijo tiene un significado de lo que se cumplirá en las almas y en el mundo a través del tiempo.

Aquel templo material al cual se referían los discípulos, admirando su construcción, era el templo de Jerusalén y tal como dijo Jesús éste fue destruido y no quedó allí piedra sobre piedra. Sucederá del mismo modo en la iglesia, el templo que se levanta en Roma en la ciudad del Vaticano y todos los templos materiales que han levantado los hombres. Si todavía subsisten esos templos materiales es porque son todavía necesarios cíclicamente a la justicia divina. Pero cuando los que son de Jesús

salgan “del templo”, la figura, para vivir en la realidad y se dé fin al tiempo de la Misericordia de Dios para venir su Justicia, dando lugar al espíritu del mal, y venga el “hombre de iniquidad” a consumir la iniquidad en el mundo, como dice San Pablo, “sentándose en el lugar santo”, entonces no quedará allí piedra sobre piedra. “¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra; todo será destruido”. Lo mismo sucederá en todo el mundo, cuando venga la Justicia de Dios en su manifestación, la tierra toda será devastada, todas esas grandes obras de los hombres, edificios y atrevidas construcciones como la torre de Babel, para protegerse en este mundo, serán destruidas “y no quedará allí piedra sobre piedra” (Mt. 24, 2).

“Viene de tierra lejana, de los confines de los cielos, Yahvé con los instrumentos de su furor para asolar la tierra. toda.

“Lamentos, que se acerca el “día de Yahvé” que vendrá como azote del Todopoderoso, y desfallecerán todos los brazos y se helarán todos los corazones de los hombres; se llenarán de terror y de angustia, y de dolor se retorcerán como parturienta. Se mirarán con estupor unos a otros y se encenderán en llama sus rostros. Ved que se acerca el día de Yahvé, y cruel, con cólera y furor ardiente, para hacer de la tierra un desierto y exterminar a los pecadores. Las estrellas del cielo y sus luceros no darán su luz; el sol se esconderá en naciendo, y la luna no hará brillar su luz. Yo castigaré al mundo por sus crímenes, y a los malvados por sus iniquidades. Yo haré cesar la insolencia de los soberbios y abatiré la altivez de los opresores. Yo haré que sean los hombres más escasos “que el oro fino, más que el oro de Ofir. Yo haré estremecer a los cielos, y temblará la tierra en su lugar ante la indignación de Yahvé de los ejércitos, el día del furor de su ira.

“Entonces, como cierva asustadiza, como ovejas sin pastor, se irá cada uno a su pueblo, huirá cada uno a su tierra. Cuantos fueren habidos serán degollados, cuantos fueren pillados caerán a la espada. Sus hijos serán estrellados a sus ojos, sus casas incendiadas, sus mujeres violadas. Yo despertaré contra ellos a los meaos, que no se cuidan de la plata, que no codician el oro. Y los arcos aplastarán a los mancebos, y no harán gracia al fruto del vientre ni tendrán sus ojos piedad de los niños. Entonces Babilonia, la flor de los reinos, ornamento de la soberbia de los caldeos, será como Sodoma y Gamorra, que Dios destruyó. No volverá jamás a ser habitada, ni poblada en los siglos venideros. No alzaré allí el árabe su tienda ni se apacentarán allí los ganados. Morarán allí las fieras, y los búhos llenarán sus

casas. Habitarán allí las avestruces y harán allí los sátiros sus danzas. En sus palacios aullarán los chacales, y los lobos en sus casas de recreo. Está para llegar su tiempo, no se alargarán mucho sus días” (Is. 13, 5-22).

TIEMPOS DE ANGUSTIA

“Jesús comenzó a decirles: Mirad que nadie os induzca a error. Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy; y extraviarán a muchos” (Me: 13, 5).

“Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy; y extraviarán a muchos.”

Los “anticristos”, aquellos hombres que han pretendido hacerse pasar por Cristo, porque han recibido la tentación del maligno haciéndose “anticristos”, están en el mundo desde que Judas, el primer discípulo traidor, recibió en su corazón a Satanás, introduciendo al espíritu del mal en la iglesia que acababa de fundar Cristo, y lo han recibido todas aquellas almas que han procedido como él. Esos anticristos son también aquellos sacerdotes que amando más las cosas de éste mundo, el “salario”, que a Cristo, han vendido su alma por ese “salario” al espíritu del mal y pretenden tomar el puesto de Cristo en las almas, como dice el Señor en uno de sus mensajes: “Os dije: Muchos vendrán en mi nombre, no les creáis; porque habéis sido avisados. Satanás y sus seguidores se harán pasar por mí, bajo una forma en la cual vosotros no podréis identificarles como usurpadores de mi nombre.: Todos los que han venido antes de mí eran ladrones, y viniendo Yo, el Pastor, salteadores pretenden suplantarme inducidos por el “ladrón” que los tiene seducidos con el salario. Hay quienes saben lo que hacen y hay quienes lo hacen sin saber; éstos por eso son avisados; aquéllos seguirán con el adversario, siendo ellos mismos el pago del salario que

hoy reciben de sus manos, y esto demasiado tarde lo van a comprender”.

“Cuando oyereis hablar de guerras y rumores de guerras, no os turbéis: es preciso que esto suceda; pero eso no es aún el fin. Porque se levantarán pueblo contra pueblo y reino contra reino; habrá terremotos por diversos lugares; habrá hambres: ése es el comienzo de los dolores” (Mc. 13, 7-8).

Ha habido guerras y hay constantemente rumores de guerras; se ha levantado pueblo contra pueblo y reino contra reino, el mundo entero está dividido. Ha habido terremotos por diversos lugares, hay hambre en diversas partes del mundo. Todo esto nos da a entender que el “comienzo de los dolores” está bastante avanzado y que no debe estar muy lejos el fin.

PERSECUCIÓN CONTRA EL EVANGELIO

(Mt. 24, 9-14)

“Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán, y seréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi - nombre. Entonces se escandalizarán muchos y unos a otros se harán traición y se aborrecerán; y se levantarán muchos falsos profetas que engañarán a muchos, y por el exceso de la maldad se enfriará la caridad de muchos; mas el que perseverare hasta el fin, ése será salvo. Será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo, contó testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin.”

Cristo, al hablar de este modo a sus discípulos, se refería a todos sus “discípulos” n través del tiempo. Muchos apóstoles y discípulos del Señor han sido atormentados, martirizados, aborrecidos de todos los pueblos a causa de su nombre. Han sido motivo de escándalo y han sido traicionados por sus

mismos hermanos. Pero todavía vendrá tiempo en que esos “apóstoles de los últimos tiempos” serán atormentados y martirizados más cruelmente de lo que fueron atormentados aquéllos y serán aborrecidos de todos los pueblos a causa de la verdad que *predicarán y vivirán* por el nombre de Cristo; y serán traicionados por sus mismos hermanos de sangre y de religión.

“Y se levantarán muchos falsos profetas que engañarán a muchos”. Todos aquellos que predicán una paz presente o futura, basada en el equilibrio de intereses humanos, son falsos profetas y no hacen más que engañar a las personas ingenuas para que crean que en el mundo reina Dios y que el demonio ya no existe. Cerrando así el camino de la Verdad, fomentando un cristianismo mundanizado. Esos son los profetas del Anticristo que están preparando su reino.

“Y por el exceso de la maldad se enfriará la caridad de muchos”. Hoy como nunca se habla en el mundo de “caridad” cuando el mundo carece casi totalmente de ella. Esa es también la misión de los “apóstoles” del Anticristo: predicar una caridad a su manera y de acuerdo a “sus” intereses para que las almas no se den cuenta del “exceso de la maldad”, ésta es la intención del maligno; los hombres son instrumentos ciegos de ese propósito del maligno, pero son responsables por haber puesto su libertad al servicio del mundo y no al servicio de Dios.

“*Será predicado* este Evangelio del reino en todo el mundo, testimonio para todas las naciones y entonces vendrá el fin”. El Evangelio ha sido ya “*predicado*” en todo el mundo, y el viaje del Papa, jefe de la Iglesia Católica, a las Naciones Unidas no ha sido más que eso: “Testimonio para todas las naciones” de que el Evangelio ha sido predicado en todo el mundo. Aunque oficialmente el viaje del Papa haya tenido otro motivo, en los planes de Dios el motivo ha sido éste. Los

hombres cumplen muchas veces una misión dentro del plan divino sin ellos mismos darse cuenta de lo que hacen.

Todos estos hechos nos indican que el fin se va acercando y que no está muy lejos.

LA PARÁBOLA DE LA HIGUERA

(Mt. 24, 32-35)

“Aprended la parábola de la higuera: Cuando sus ramos están tiernos y brotan las hojas, conocéis que el estío se acerca; así vosotros también, cuando veáis todo esto, entended que está próximo, a las puertas. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.”

Todas estas cosas que anunció Jesús se vienen cumpliendo a raíz de su ascensión al cielo, empezando por la persecución a sus discípulos, las guerras, hambre, etc. Los primeros cristianos vivían vigilantes en esa espera del retorno de Cristo. Y nosotros, que lo tenemos más cerca, a “las puertas”, vivimos distraídos y ni siquiera pensamos en ello: “Cuando veáis todo esto, entended que está próximo, a las puertas”. Esta distracción costará muy caro a cada uno, pues en el momento menos pensado, de una forma o de otra, tendrá que presentarse ante el Juez Supremo, que le pedirá cuenta de su proceder. Y lo más triste es que la jerarquía de la iglesia fundada por Cristo, los cristianos, son los más “distráidos” a éste respecto, dando así un ejemplo de falta de fe a los feligreses.

Tal como lo dijo Cristo así ha sido y aquella generación pudo ver el principio de todo esto; nosotros estamos viendo la prolongación y no estamos seguros de que no veremos también el fin.

INCERTIDUMBRE DEL JUICIO

(Mt. 24, 36-41)

“De aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre. Porque como en los días de Noé, así será la aparición del Hijo del hombre. En los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca; y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrebató a todos. Así será la venida del Hijo del hombre. Entonces estarán dos en el campo, uno será tomado y otro será dejado. Dos molerán en la muela, una será tomada y otra será dejada.”

“De aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre”. Porque esa “hora” depende no sólo de Dios, sino de la libertad de los hombres. Cuando los justos rechacen totalmente a Satanás y los infieles hayan rechazado totalmente a Dios, de acuerdo a Su Justicia, entonces los infieles recibirán el espíritu del mal a quien eligieron y los justos recibirán el Espíritu Santo, el Bien, y vendrá el fin, porque se habrá quitado el “impedimento” en cada alma. Entonces vendrá el inicuo y los demonios invadirán la tierra tomando posesión de las almas que les pertenecen y reinarán con el Anticristo hasta que sea consumada la iniquidad: “Porque el misterio de iniquidad está ya en acción – dice San Pablo – ; sólo falta que el que le retiene sea apartado” (II Tes. 2, 7). Le retiene, impidiendo su venida, el Espíritu de Jesús, la acción del Espíritu Santo en el mundo y en las almas. Cuando Este sea apartado y los justos con El, entonces se manifestará el hombre de iniquidad, y después vendrá el fin, cuando sea consumada la iniquidad.

Como sucedió en los días del diluvio así sucede hoy: la

gente vive distraída y no se da cuenta del “obrar de Dios” entre los hombres y que el tiempo pasa y llegando está el fin. Y así como cuando el diluvio se dieron cuenta después que Noé entró en el arca y no había ya salvación para ellos, porque vino el diluvio y los arrebató a todos, así será el día del fin, cuando sea manifestada la Justicia de Dios; entonces los incrédulos se darán cuenta que ya no pueden hacer nada para salvarse y allí será su tormento y desesperación.

Y no se crea nadie que porque tenga madre, padre, hermanos, hijos o hijas, esposa o esposo entre los justos por esto se va a salvar. Para el juicio de Dios no cuentan los lazos de la carne y de la sangre, ni tampoco de religión o de partidos. Lo único que cuenta es la unión en el Espíritu Santo. Aquellos que estén identificados con Cristo en su mismo Espíritu, esos serán tomados, y los que no estén identificados con El, esos serán dejados, aunque vivan en una misma casa, pertenezcan a una misma religión o partido, trabajen juntos y duerman en la misma cama: “Entonces estarán dos en el campo, uno sera tomado y otro será dejado. Dos molerán en la muela, una será tomada y otra será dejada”. Los esposos, repetimos, aunque sean “uno” en la carne, si no lo son en el espíritu, uno será tomado y el otro será dejado.

“En aquel día, él resto de Israel y los sobrevivientes de la casa de Jacob no se apoyarán ya sobre el que los hirió, sino que se apoyarán con fidelidad en Yavé, el Santo de Israel. ,

“Volverá un resto, un resto de Jacob, al Dios fuerte. Porque, aunque fuera tu pueblo, Israel, como las arenas del mar, sólo un resto volverá. Decretada está la destrucción, que acarreará la justicia. Y este decreto de destrucción lo ejecutará Yahvé de los ejércitos en toda la tierra. Por eso dice el Señor Yahvé de los ejércitos: Pueblo mío, que habitas en Sión, no temas que Asur te hiera con la vara y alce contra ti su bastón como Egipto. Dentro de poco tiempo, dentro de

muy poco, mi cólera llegará al fin, y mi furor los destruirá. Yahvé de los ejércitos levantará contra ellos el azote, como cuando hirió a Madián en la roca de Horeb, y el mar con su báculo, como lo levantó un día en Egipto, y en ese día quitará su peso de sobre tus espaldas, y su yugo de sobre tu cuello,” (Is. 10, 20-27).

LA DESOLACIÓN DE JUDEA

(Mt. 24, 15-20)

“Cuando viereis, pues, la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel en el lugar santo (el que leyere entienda’), entonces los que estén en Judea huyan a los montes; el que esté en el terrado no baje a tomar nada de su casa y el que esté en el campo no vuelva atrás en busca del manto. ¡Ay de las que estén encinta y de las que críen en aquellos días! Orad para que vuestra huida no tenga lugar en invierno mi en sábado.”

“Cuando viereis, pues, la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel en el lugar santo (el que .leyere entienda)”. Esta profecía se cumplió con Jerusalén, pero eso no es todo; “Jerusalén” para Dios es algo más que una nación y el “lugar santo”; el templo, algo más que un lugar. Esto lo comprenden las personas que reciben de Dios el conocimiento del sentido o el espíritu de sus palabras y no la “letra” solamente. “El que leyere entienda”, dice el Evangelista, y ese “entender” del que lee tiene su significado.

Leemos en San Pablo que dice en su epístola a los tesalonicenses: “Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse Dios a sí mismo...” (II Tes.

2, 3-5). Y prosigue el mismo S. Pablo: “Entonces se manifestará el inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida” (II Tes. 2, 8). Entonces será el cumplimiento total de esta profecía.

LA TRIBULACIÓN SUPREMA

(Mt. 24, 21-27)

“Porque habrá entonces una tan gran tribulación cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá, y, si no se acortasen aquellos días, nadie se salvaría; mas por amor de los elegidos se acortarán los días aquellos. Entonces, si alguno dijere: Aquí está el Mesías, no le creáis, porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si posible fuera, aun a los mismos elegidos. Mirad que os lo digo de antemano. Si os dicen, pues: Aquí está, en el desierto, no salgáis; aquí está, en un escondite, no lo creáis, porque como el relámpago que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Donde está el cadáver, allí se reúnen los buitres.”

Tan grande será esta tribulación que no se la podrá comparar ni con el diluvio universal: “Porque habrá entonces una tan gran tribulación *cual no la hubo desde el principio del mundo* hasta ahora, ni la habrá, y, si no se acortasen aquellos días, nadie se salvaría”; porque por la confusión, el sufrimiento y el terror muchos perderán la fe y hasta los mismos elegidos se sentirán desconcertados, por momentos, creyendo que se han equivocado al ver los milagros y prodigios que obrarán los “falsos profetas” y falsos mesías, los anticristos, para inducir a las almas al error y hacerles perder la fe, “si posible fuera a los mismos elegidos”. Porque el “poder”

estará en manos del “hombre de la iniquidad” y los suyos, como dice San Pablo a los tesalonicenses. Y esto por Justicia de Dios en la libre elección de los hombres, que con sus obras, faltas de fe, han puesto ese “poder” en manos del Anticristo por haber querido hacer con el nombre de Cristo lo que pertenece al príncipe de este mundo. “La venida del inicuo irá acompañada del poder de Satanás, de todo género de milagros, señales y prodigios engañosos, y de seducciones de iniquidad para los destinados a la perdición, por no haber recibido el Amor de la Verdad que los salvaría. Por eso Dios les envía un poder engañoso, para que crean en la mentira y sean condenados cuantos, no creyendo en la verdad, se complacen en la iniquidad” (II Tes. 2, 9-12).

Los “elegidos” sufrirán mucho y sólo su fe y el amor a la verdad los escudará. Y por amor a ellos Dios acortará aquellos días.

Se levantarán falsos mesías y por todas partes se dirá aquí está, éste es. Los elegidos que tienen al verdadero Mesías, el Espíritu Santo, en sus corazones, no caerán en el engaño porque conocerán dónde está la verdad y dónde el error y no necesitarán que nadie les diga: Aquí está, porque Le llevarán en sus corazones y saben que su “manifestación” será “como el relámpago, que sale del oriente y brilla hasta el occidente” y que donde se encuentren serán tomados por El.

“Donde está el cadáver, allí se reunirán los buitres”. Donde esté ese cuerpo sin vida, el Anticristo, “el cadáver”, allí se reunirán los demonios, aquellos espíritus que tomarán a esos otros muertos (porque han perdido la gracia de Dios) que acompañarán al Anticristo y que han preparado su reina.

“Porque Yahvé se apiadará de Jacob, todavía escogerá a Israel, y los hará descansar en su tierra; a ellos se unirán los extranjeros, se unirán a la casa de Jacob. Los tomarán los

pueblos y los llevarán a su lugar, y la casa de Israel los tendrá en heredad, como siervos y siervas, en la tierra de Yahvé. Cautivarán a los que los habían cautivado y dominarán a sus opresores. Y sucederá que el día en que Yahvé te dará el reposo de tus fatigas, de tus penas y de la dura servidumbre a que estuviste sometido, entonarás esta sátira contra el rey de Babilonia, y dirás:

“¡Cómo se acabó él opresor y pasó la vejación! Rompió Yahvé la vara de los impíos, el cetro de los tiranos. El que castigaba los pueblos con furor, sin cansarse de fustigar; el que en su cólera subyugaba las naciones bajo un yugo sin piedad. Toda la tierra está en paz, toda en reposo, exulta de alegría. Hasta los cipreses se alegraron de ti, los cedros del Líbano. Desde que yaces, no sube contra nosotros el leñador.

“El ‘sheol’ se conmueve en sus profundidades a causa tuya, para ir al encuentro de tu llegada, y por ti despiertan las sombras, todos los grandes de la tierra; haces levantar de sus tronos a todos los reyes de las naciones. Y todos a voces te dicen: ¿También tú te debilitaste como nosotros, y has venido a ser semejante a nosotros? Ha bajado al “seo/” tu gloria, al son de tus arpas; bajo ti se extienden los gusanos, y gusanos son tu cobertura.

“¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora, echado por tierra el dominador de las naciones? Y tú decías en tu corazón: Subiré a los cielos; en lo alto, sobre, las estrellas del cielo, elevaré mi trono, y me. asentaré en el monte de la asamblea, en las profundidades del aquilón. Subiré sobre las cumbres de las nubes, y seré igual al Altísimo. Pues bien, al “sheol” has bajado, a las profundidades del abismo.

Los que te ven te contemplan, sobre ti piensan: ¿Es este, el que. hacía temblar la tierra, el que trastornaba los reinos y

el que hacía del mundo un desierto, devastaba las ciudades y no liberaba a sus cautivos? Todos los reyes de las naciones reposan con honor, cada uno en su morada; pero tú has sido arrojado de tu sepulcro como rama abominable; revestido de asesinados, de muertos por la espada, con los que descienden a sepulcros de piedra; como cadáver pisoteado, no tendrás con ellos sepultura, porque arruinaste tu tierra, asesinaste a tu pueblo. No se hablará jamás de la raza de los impíos.

Preparad un matadero para los hijos por la iniquidad de sus padres, no se levanten para conquistar la tierra y llenar el mundo de ruinas. Yo me alzaré contra ellos, dice Yahvé de los ejércitos. Yo aniquilaré de Babilonia su nombre y sus restos, su raza y su germen, dice Yahvé de los ejércitos. Yo la haré hura de erizos, fangosa charca, y la barreré con la escoba de la destrucción, dice Yahvé de los ejércitos” (Is. 14, 1-23).

“He aquí que Yahvé devasta la tierra, la asola y trastorna su faz, dispersando a sus habitantes. Y será del pueblo como del sacerdote, del siervo como de su amo, de la criada como de su señora, del que compra como del que vende, del que presta como del que toma prestado, del acreedor como del deudor. La tierra será totalmente devastada y entregada al pillaje, porque Yahvé ha pronunciado esta palabra.

“La tierra está en duelo, marchita; el orbe languidece y se marchita, la clase alta del pueblo se debilita. La tierra está profanada bajo sus moradores, que traspasaron la ley, falsearon el derecho, rompieron la alianza eterna. Por eso la maldición devora la tierra, y son culpables sus moradores. Por eso arderán los moradores de la tierra y quedarán pocos hombres.

“Está en duelo el mosto, y la vid languidece, y suspiran todos los alegres de corazón. Ha cesado la alegría de los

tambores, se acabó el regocijo de los exultantes, ha cesado el júbilo de la cítara. Ya no beben el vino entre cantares, y las bebidas son amargas al que las bebe.

Ha sido quebrantada la ciudad de la confusión, cerradas todas las casas, sin que nadie entre en ellas. Gritería por el, vino en las calles, se oscureció toda alegría, desterróse de la tierra el júbilo. La desolación ha quedado en la ciudad, y la puerta, abatida, en ruinas. Porque así será en la tierra, en medio de los pueblos, como cuando se sacude el olivo, como cuando se hace el rebusco una vez concluida la recolección” (Is. 24, 1-13).

LA VENIDA DEL HIJO DEL HOMBRE

(Mt. 24, 29-31)

“Luego, en seguida, después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y los poderes del cielo se conmovrán. Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus ',de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande. Y enviará sus ángeles con resonante trompeta y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro.”

Esto es antes del juicio final, cuando todos los elegidos donde se encuentren, sea en el purgatorio, en el cielo o en la tierra, serán reunidos para recibir al Hijo de Dios y su reino. “Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande”. Esta es la “manifestación” del reino de Dios en la tierra.

“Y enviará a sus ángeles con poderosa trompeta y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro”. Estos “elegidos” son las almas que han dejado reinar a Dios en ellas y tienen ya consigo el reino de Dios. Las demás gentes verán venir el Hijo del hombre con poder y majestad, y se lamentarán, pero no estarán con El ni gozarán de su reino, porque ellos han elegido el “reino del mundo”, reafirmando en sí mismos y pertenecen a Satanás, el “príncipe de este mundo”. Será como visión para ellos que pasa y volverán a la misma vida, reafirmando y endureciéndose más.

“Y brotará un retoño del tronco de José y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre el que reposará el espíritu de Yahvé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yahvé. Y su respirar será en el temor de Yahvé. No juzgará por vista de ojos, ni argüirá por oídas de oídos, sino que juzgará en justicia al pobre y en equidad a los humildes de la tierra. Y herirá al tirano con la vara de su boca, y con el soplo de sus labios matará al impío. La justicia será el cinturón de sus lomos, y la fidelidad él ceñidor de su cintura.

“Habitará el lobo con el Cordero, y el leo pardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los pastoreará. La vaca pacerá con la osa, y las crías de ambas se echarán juntas, y el león, como el buey, comerá paja. El niño de teta jugará junto a la hura del áspid y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. No habrá ya más daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del conocimiento de Yahvé, como llenan las aguas el mar.

“En aquel día, el renuevo de la raíz de Jesé se alzará como estandarte para los pueblos, y le buscarán las gentes, y será gloriosa su morada. En aquel día de nuevo la mano del Señor

redimirá al resto del pueblo, a lo que reste de Asur y de Egipto, de Pairo, de Cus, de Elam, de Senaar, de Jamat y de las islas del mar. Alzará su estandarte en las naciones y reunirá a los dispersos de Israel, y juntará a los dispersos de Judá de los cuatro confines de la tierra. Y cesará la envidia de, Efraím, y serán destruidos los enemigos de Judá, y Judía no será más enemigo de Eiraim. Y se alzarán contra la costa de los filisteos a occidente, y juntos saquearán a, los hijos de oriente; Edom y Moab les, servirán, y los hijos de Ammon les estarán sujetos y secará Yahvé la lengua del mar de Egipto, y levantará su mano sobre el río, con el terror de su suplo, y herirá sus siete brazos, que podrán pasarse a seco. Y abrirá camino a los restos de su pueblo, a los que quedarán de Asur, como los abrió para Israel el día de su salida de Egipto” (Is. 11, 1-16).

“Aquellos alzan sus voces, lanzan gritos de alegría, desde el mar cantan la majestad de Yahvé. Por eso en el oriente glorifican a Yahvé en las costas del mar, el nombre de Yahvé, Dios, de Israel, tiende los confines, de la tierra oímos cantar: ¡gloria al justo! Pero yo digo: ¡Desgraciado, de mí, desgraciado de mí, ay de mí! Los pérfidos han obrado pérfidamente, los pérfidos han obrado pérfidamente.

Terror, hoy, red sobre ti, habitante de la tierra. Y sucederá que el que huya de la voz de pánico caerá en la hoya, y el que salga del medio de la hoya se enredará en la red, porque ábrense las cataratas en lo alto y -tiemblan los fundamentos de la tierra. La tierra se rompe con estrépito, la tierra retiembla, se conmueve. La tierra vacila como un ebrio, es sacudida como una choza. Pesan sobre ella sus pecados, y caerá para no volver a levantarse.

“Y será en aquel día que visitará Yahvé la milicia de los cielos en la altura, y abajo a los reyes de la tierra. Y serán encerrados presos en la mazmorra, encarcelados en la

prisión, y después de muchos días serán visitados. Y la luna se sonrojará, y avergonzarse el sol, porque Yahvé de los ejércitos reinará en él monte de Sión y en Jerusalén y (resplandecerá) su gloria ante sus ancianos” (Is, 24, 14-23).

EL JUICIO FINAL

(Mt. 25, 31-46)

“Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con Él, se sentará sobre su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo.”

Después de la reunión de “los elegidos”, pasado el tiempo, tendrá lugar el juicio. Entonces se reunirán en la presencia de Dios todas las gentes, los “justos” a la derecha y los “infieles” a la izquierda para recibir la; sentencia final.

“Y dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre; tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo”. Será la culminación de la Obra de Cristo, volviendo las cosas al principio como Dios lo había decretado “desde la creación del mundo”; pero que el hombre, en colaboración con Satanás, había cambiado y que la perfecta Justicia del Creador dejó a la libertad de los hombres. Y por esa misma Justicia reciben el reino aquellas almas que eligieron a Cristo, poniendo a Su disposición su libertad, renunciando así a la tentación de Satanás: “Seréis como Dios...” :

“Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me

disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme. Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis.” Todas las personas que siguiendo la voz de su tendencia, *cumpliendo la voluntad de Dios*, practicaron obras de misericordia con el prójimo se verán a la derecha del Hijo de Dios por haberse identificado con su Espíritu. Estas obras son una consecuencia de su fidelidad al Espíritu de Dios que les conducía hacia la “regeneración”.

“¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudó y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?...” Estos no sabían que en aquellas personas: a quienes ellos socorrían o manifestaban su amor, estaba Cristo, prueba de que sus obras eran una “consecuencia” de su fidelidad a Dios y no un fin, ni siquiera un “medio”, para alcanzar la vida eterna. No como se dice ahora que debemos ver a Cristo en, el prójimo, corriendo el peligro de quedarnos “en el prójimo” y no llegar jamás a Cristo, por no habernos identificado con su Espíritu, sino con el espíritu del mundo. Debemos ver a Cristo en nuestra conciencia, siendo fieles a esa voz, y obrando de acuerdo a ella encontraremos a Cristo en todas nuestras obras, porque aunque caigamos en el error, El saldrá a nuestro encuentro como a Saulo en el camino de Damasco y no nos dejará permanecer en ese error. En las obras dirigidas por “conciencia” no hay peligro de quedarse en las criaturas ni mucho menos en sí mismo buscando una falsa gloria humana por satisfacción personal, como, acontece en ese camino horizontal dirigido hacia el prójimo.

“Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui peregrino, y no me alojasteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y rió me visitasteis. Entonces ellos responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo en prisión, y no te socorrimos? El les contestará diciendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo. E irán al suplicio eterno, y los justos, a la vida eterna.”

Como el reino de Dios fue preparado para las almas, los hombres, desde el principio del mundo, así el fuego eterno del infierno fue *preparado para el diablo y sus ángeles desde el principio de la caída del ángel, Lucifer, y aquellos otros ángeles que le siguieron en su rebeldía*. Es muy triste que tantas almas que fueron creadas a “imagen y semejanza” de Dios para gozar de su reino hayan elegido por *voluntad propia* el fuego eterno preparado para el diablo y los espíritus rebeldes, adhiriéndose a Satanás por sus obras opuestas a la voluntad de Dios: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo' y para sus ángeles”.

Es la Justicia perfectísima de Dios en la libre elección dei alma. Esas personas, aceptando las inspiraciones del Mal que les dirigían hacia sí mismas, el egoísmo y la soberbia, aceptaron a esos espíritus rebeldes convirtiéndose en “templos de demonios” y no de Dios “como fueron creadas; por *Justicia* deben ir al fuego eterno preparado para el diablo y sus seguidores, los ángeles rebeldes.

Así los “justos”, cumpliendo la Voluntad de Dios y no la propia voluntad ni la de otros, se adhirieron a Cristo y recibieron su Espíritu Santo, son templos de Dios y van a

gozar de su reino, preparado para ellos desde la creación del mundo.

“¿Cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión y no te socorrimos?” Estos quizás han hecho muchas obras, y cuántas de ellas a favor de los pobres, “hambrientos”, “peregrinos”, “enfermos”, “desnudos” y “presos”; por eso se sorprenden de las palabras de reproche del Señor, pues tal vez hasta las han hecho *pensando* que allí estaba Cristo; pero ese “pensamiento”, falto del Espíritu, no es amor a Cristo ni amor al prójimo tampoco; no es caridad, porque la caridad es el quehacer del Amor de Dios; esas obras son movidas por una conveniencia personal, amor propio, satisfacción personal, ambición de gloria humana o cualquier otra “conveniencia”; por eso el Rey les dice: “En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis”. Las obras en “favor” del prójimo que no sean guiadas por el amor hacia aquel que se intenta favorecer se quedan en la tierra y no llegan jamás a Dios; es el *amor* el que toca el corazón de Cristo en sus pequeñuelos. Si en las obras no ha habido ese amor verdadero hacia el “prójimo”, las obras iban dirigidas hacia sí mismo y no a los “pequeñuelos” donde se encuentra Cristo: “En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis”. Una palabra, una lágrima brotada del corazón por la necesidad de un pobre tiene más valor ante Dios que la obra más gigantesca para sostener a millones de pobres, que haya sido hecha sin amor. Y estos grandes “bienhechores” para el mundo pueden estar entre los cabritos de la izquierda del Señor y escuchar sus palabras de condenación eterna: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui peregrino, y no me alojasteis; estuve

desnudo, y no me vestisteis”. La necesidad del Dios Omnipotente sé cubre *sólo con amor*, porque Dios es Amor, y sólo de El mismo se sacia. El grado de amor que El ha puesto en nuestros corazones es lo único que tenemos para “saciar” su “necesidad”. Donde hay amor allí está Dios, como el sediento ante la gota de agua, él hambriento ante el mendrugo de pan el caminante bajo la sombra de un árbol o un albergue confortable, etc. Cuanto más puro sea el amor, más rico es el don que presentamos al dador.

“Como al- principio cubrió de oprobio a la tierra de Zabulón y de Neftalí, a lo último llenará de gloria el camino del mar y la otra ribera del Jordán, la Galilea de los gentiles. El pueblo que andaba en tinieblas, vio una luz grande. Sobre los que habitan en la tierra de sombras de muerte resplandeció una brillante luz. Multiplicaste la alegría, has hecho grande el júbilo, y se gozan ante ti, como se gozan los que recogen la mies, como se alegran los que reparten la presa. Rompiste el yugo que pesaba sobre ellos, el dogal que oprimía su cuello, la vara del exactor como en el día de Madián, y han sido echados al fuego y devorados por las llamas las botas jactanciosas del guerrero y el manto manchado en sangre. Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo que tiene sobre los hombros la soberanía, y que se llamará maravilloso, consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz, para dilatar el imperio y para una paz ilimitada sobre el trono de David y su reino, para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y en la justicia desde ahora para siempre jamás. El celo de Yahvé de los ejércitos hará esto” (Is. 9, 1-7):

“En aquel día cantarán este cántico en la tierra de Judá: Tenemos una ciudad fuerte: Por muro y antemuro nos da El la salvación. Abrid las puertas, que entre un pueblo justo, que se mantiene fiel. Su firme ánimo conservará la paz, porque en

ti pone su confianza. Confiad siempre en Yahvé, pues Yahvé es la roca eterna. El destruyó a los que habitan en las alturas, derribó la ciudad soberbia. La derribó hasta la tierra, la arrojó al polvo, y es hollada por los pies, por los pies de los pobres y los pasos de los humildes.

“La senda de los justos es recta, derecho el camino que tú abres al justo. Nosotros ciertamente te esperamos en la senda de tus juicios, ¡Oí Yahvé! Tu nombre, tu memoria es el añilelo del alma. Deséate mi alma por la noche, y mi espíritu te busca dentro de mí, pues cuando (aparezcan) sobre la tierra tus juicios, aprenderán justicia los habitantes del orbe. Si al impío se le hace gracia, no aprende la justicia, y en la tierra de lo recto, hace el mal y no ve la majestad de Dios.

“Aliada está tu mano, ¡Oh Yahvé!; no la ven; verán, confundidos, tu celo por el pueblo, y el luego de tus enemigos los devorará. Depáranos la paz, ¡oh Yahvé!, pues cuanto hacemos, eres tú quien para nosotros lo hace. Yahvé, Dios nuestro, otros señores, que no tú, se enseñorearon de nosotros; sólo por ti celebramos tu nombre. Los muertos no revivirán, no se levantarán las sombras, porque los visitaste y destruiste y borraste todo recuerdo de ellos.

Multiplicaste al pueblo, ¡oh Yahvé!, multiplicaste a la nación, te has glorificado, ensanchaste todos los confines de la tierra. En la angustia, ¡oh Yahvé!, te han visitado, han derramado plegarias cuando tú los castigabas” (Is. 26, 1-16).

“Aquel día castigará Yahvé con su espada pesada, grande y poderosa, al leviatán serpiente huidiza; al leviatán serpiente tortuosa, y matará al monstruo que está en el mar.

“En aquel día se dirá: Cantad a la viña deliciosa; yo, Yahvé, la guardo, yo la riego a cada momento para que no falte su follaje, yo la guardo día y noche sin enojo. ¡Quién me diera espinas y abrojos en batalla! Marcharía contra ellos y

los quemaría juntamente, a no ser que se pongan bajo mi protección y hagan la paz, conmigo, hagan conmigo la paz. Días vendrán en que Jacob echará raíces, e Israel echará flores y retoños y llenará la faz del mundo con su fruto.

*¿Le hirió (Yahvé) como hirió a los que le herían? ¿Le mató como mató a los que le mataban? Expulsándole le ha comba-
tido, echándole con su soplo impetuoso en día de viento solano Por eso, con esto se expió el crimen de Jacob, y éste es todo el fruto del alejamiento de su pecado: Que ponga todas las piedras del altar como piedras calizas dispersadas, de modo que no se levanten asheras y estelas solares” (Is. 27, 1-10).*

CAPITULO XIX

PELIGRO DE LOS JUDÍOS EN DESCONOCER A JESÚS

(Jn. 8, 21-29)

“Todavía les dijo: Yo me voy y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado; a donde yo voy no podéis venir vosotros. Los judíos se decían: ¿Acaso va a darse muerte, que dice: A donde yo voy no podéis venir vosotros? El les decía: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Os dije que moriríais en vuestro pecado, porque, si ño creyereis, moriréis en vuestros pecados.”

El título con que encabeza la traducción que usamos, esta sección del Evangelio de San Juan, no es del Evangelio y dice así: “Peligro de los judíos en desconocer a Jesús”. Este es un “peligro” para todas las almas de todos los tiempos. Cometemos un gravísimo error y nos exponemos a no reconocer a Cristo si vemos al “pueblo elegido”, los “judíos”, como un “pueblo” ajeno a nosotros, echándole las culpas a aquel pueblo y a aquella generación que nos representaba a todos, la humanidad entera, ante los ojos del Hijo de Dios hecho Hombre. Tanto la parte negativa como la parte positiva de ese pueblo nos corresponde a todos. En cada uno de nosotros hay de una y de otra. Lo importante es reconocer el error, la parte negativa que tenemos, y dar calor y vida a la verdad, la parte positiva que poseemos. Con este espíritu es con el que debemos leer la Palabra del Hijo de Dios. El Evangelio fue escrito para esto no para que nosotros nos sintiéramos jueces juzgando a aquellos hombres que no reconocieron en Jesús al

Mesías Redentor. Si el mismo Jesús no les juzgó entonces, mucho menos podemos hacerlo nosotros ahora. Si el Espíritu Santo “recordó” a los discípulos del Señor todos aquellos hechos fue para que nosotros tuviéramos un ejemplo y nos viéramos en aquel pueblo y aquella generación que fue elegida por Dios para recibir la Persona de su Hijo y nos dispusiéramos mejor para recibir su Espíritu; porque el que no haya reconocido en Jesús al Hijo de Dios puede ser perdonado, pero quien no reconozca Su Espíritu, yendo contra El, ése no será perdonado jamás (Mt. 12, 32; Mc. 3, 28-29).

Toda persona que se sienta ajena al “pueblo judío, el pueblo elegido”, se está saliendo de esa “elección” divina, situándose fuera del “pueblo de Dios” y se expone a no reconocer al Salvador de su alma. Difícilmente puede alcanzar la redención si no se siente “culpable” ante el Redentor y reconociendo “su propio pecado” en el pecado de aquéllos, se arrepiente de corazón y se dispone a la “reparación” reconociendo en Jesús a u Salvador.

¿Quién puede decir que no ha negado alguna vez en sus obras a Cristo...? Debe reconocerse en Pedro y todos aquellos que le negaron y después se arrepintieron.

¿Quién puede decir que no ha sentido temor y ha sido cobarde ante las exigencias de su propia conciencia...? Así procedieron los apóstoles del Señor ante su Maestro Crucificado, pero arrepintiéndose recibieron la gracia para poder tener fortaleza y perseverar.

¿Y quién no se ha sentido en un momento de su vida impulsado por el amor, dispuesto a llegar con Cristo al sacrificio y a la muerte? He ahí el discípulo amado del Señor.

Y el ejemplo de la perseverancia total lo tenemos en María; que debe ser nuestro modelo.

Hemos citado la parte “positiva” que encontramos en cada

uno de nosotros; ahora detengámonos en la parte “negativa”.

¿Quién no ha vendido, traicionado, en un momento de debilidad, al Señor.,.? He ahí a Judas. ¿Quién no ha “perseguido” y “juzgado” alguna vez al Señor, para dar prioridad a sus propios intereses? ¿Quién no se ha “lavado las manos” con Pilato al entregar a Cristo para ser crucificado por sus pasiones dirigidas por el mal? Podemos encontrar en nosotros mismos a Caifas, Anas, Pilato, Herodes y todos los enemigos del Señor, si somos sinceros en nuestro juicio con nosotros mismos. Los “escribas” y “fariseos” perviven en nosotros y son éstos los más difíciles de descubrir en el momento de hacer un juicio sobre nuestro prójimo. También en los adúlteros, ladrones, enfermos y endemoniados estamos nosotros.

De nosotros depende que esa parte “negativa” del “pueblo de Dios” se convierta a Cristo o le desconozca crucificándole para nuestra perdición.

De todos estos “enemigos” del Señor, que cooperaron en su crucifixión y. muerte, sólo de Judas podemos decir que se perdió para siempre porque permaneció en su pecado: No teniendo confianza en el Salvador se dio él mismo muerte, aceptando a Satanás, poniendo en sus manos el alma. Y Jesús le llama “hijo de perdición”. Los demás no sabemos si en los últimos momentos de su vida tuvieron la gracia de reconocer a Jesús su Salvador.

Así, pues, en cada uno de los personajes del Evangelio debemos ver una parte de nosotros mismos y decidimos por la Verdad y el Bien si queremos ser salvos, redimidos de ese mal, que reconocemos.

La iglesia Católica ha despertado de un largo sueño, al reconocer injusta la culpabilidad del deicidio que había achacado desde hace mucho tiempo al pueblo judío, liberán-

dole, de esta culpa, injustamente aplicadas una nación. Este hecho tiene para nosotros, católicos y no católicos, un profundo significado. También en la iglesia estamos representados todos, como “pueblo de Dios”, y este “despertar” de la autoridad eximiendo de culpa a los judíos, nos llama a reconocer en nosotros mismos esos pecados que hasta ahora hemos visto en otros., También aquello negativo o positivo que hay en la iglesia, como institución humano-divina, existe en cada uno de nosotros. Lo positivo tiende a la vida divina, que es el fin de nuestra alma, y lo negativo tiende a la vida terrena, que es el principio de lo humano, pero que debe correr hacia el fin del alma, que es lo divino, para que sea transformado de humano en divino. Además, tenemos la parte que corresponde al espíritu del mal, que es el pecado, y éste también tiene su participación en la iglesia terrena, por Justicia Divina, por aceptación del hombre, como la tiene en cada alma. Este, espíritu del mal debe, desaparecer totalmente por libre aceptación de las almas, para recibir el Espíritu Santo y ser así liberada la iglesia con todas las almas que a ella pertenecen.

Del mismo modo que la parte positiva de aquella generación del pueblo judío, los apóstoles y discípulos que reconocieron en Cristo al Salvador salieron de Jerusalén – que representaba la iglesia – , dejando aquella parte negativa, asimismo hoy harán las almas que reconociendo a Cristo se identifiquen con su vida, dejando esa otra parte “negativa” que impide la verdadera unión. Esto con respecto al alma y también será con respecto a la iglesia, quedando en ella todo aquello que debe ser purificado: “Sal de ella, pueblo mío”.

Quien lea entienda...

“Todavía les dijo: Yo me voy y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado”. Esto mismo dice Jesús todavía a esas almas que no se han arrepentido, reconociendo sus pecados; que,

condenando a “la mujer”, la Jerusalén de entonces – el pueblo judío – y la Jerusalén de hoy – la iglesia Católica, los gentiles – , se sienten fuera de ella, no reconociendo en los pecados de “la mujer” sus propios pecados, y permanecen en su pecado conviviendo con el “espíritu del mundo”.

“A donde yo voy no podéis venir vosotros”. Porque Jesús, el Hijo de Dios, vino al mundo para redimir a las almas y conducir las almas al Padre, que está en los cielos, y nadie que esté atado en alguna forma al pecado, “espíritu del mundo”, que es el pecado del hombre (consecuencia de Su adhesión al Mal) puede ir al Padre a donde El va y a donde llevará a las almas que se han identificado con su Espíritu Santo. Y esas almas es la Iglesia purificada que El presentará al Padre como su Esposa: Este es mi Cuerpo.

“El les decía: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.”

Las almas que viven para la tierra solamente y no buscan las cosas de arriba, del cielo, no pueden identificarse con Cristo porque se hacen una sola cosa con el mundo y Cristo no es de este mundo. Quien ha “creído” de verdad en Cristo renuncia al “espíritu del mundo” para hacerse una sola cosa con El. Aquel que no renuncia *prácticamente*, y no de palabra solamente, a esa vida que ofrece el mundo es porque no ha creído en Cristo, aunque le confiese de palabra, y morirá en su pecado, porque no puede ser redimido del Mal si libremente no renuncia al Espíritu del mundo para identificarse con el Espíritu de Cristo. Si no deja al mundo por Cristo es que no ha creído en El y cree en el espíritu del mundo a quien sirve: “Os dije que moriríais en vuestro pecado, porque si no creyereis moriréis en vuestros pecados”. Sólo Cristo puede liberar al alma del pecado original, sujeción al espíritu del mal, para que pueda recibir el Espíritu Santo y pertenecer *realmente* a su Cuerpo Místico.

“Ellos decían: ¿Tú quién eres? Jesús les dijo: Es precisamente lo que os estoy diciendo. Mucho tengo que hablar y juzgar de vosotros, pues el que me ha enviado es veraz, y yo hablo al mundo lo que le oigo a El. No comprendieron que les hablaba del Padre.”

“Ellos, decían: ¿Tú quién eres?” Asimismo dicen con sus obras a Cristo las personas que pretenden estar con Cristo y no terminan de renunciar al espíritu del mundo, pues conociendo sus palabras, el Evangelio, viven una vida completamente opuesta a él: “¿Tú quién eres?” Y continúan “investigando” sobre la vida y la Persona de Cristo, una “investigación”, carente de espíritu, que les permita, vivir mejor en este mundo y prolongar el reino del mal, haciendo ver a las almas ingenuas que se puede vivir con Cristo y al mismo tiempo participar del reino de este mundo. Y Jesús, silenciosamente, contesta su pregunta: ¿Tú *quién* eres? “Es precisamente lo que os estoy diciendo – en mi Evangelio y que vosotros no queréis oír – . Mucho tengo que hablar y juzgar de vosotros”. Y es lo que precisamente; está haciendo el Señor por medio de estas “aclaraciones” de su Evangelio, para que despierten muchas almas que se encuentran confundidas con el error de aquellos que han pretendido .hacer de Cristo y el mundo una misma cosa, cuando El ha dicho qué no es del mundo.

“Pues el que me ha enviado es veraz, y yo hablo al mundo lo que le oigo a El”. Pero, esas almas que no se deciden a renunciar al espíritu del mundo porque no han “creído” en el Hijo de Dios y su doctrina y les parece que ésta no se puede vivir en este mundo, no conocen al Espíritu Santo que les llevaría a la práctica de esa vida y, por tanto, tampoco conocen al Padre, que está en los cielos y a pesar de todas las aclaraciones que se les hagan, seguirán en su pecado. Aquellos judíos no comprendieron que Jesús les hablaba del Padre. Del mismo modo esas almas no comprenden las cosas del

Espíritu y sólo ven las obras de la carne, condenando aquello que ellos no pueden comprender.

“Dijo, pues, Jesús: Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, y no hago nada de mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo: El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque, yo hago siempre lo que es de su agrado. Hablando El estas cosas, muchos creyeron, en El.”

Cuando esas almas, que han pretendido estar con Cristo sin renunciar al espíritu del mundo, consumen su pecado, “crucificando” al Hijo de Dios en ellas, para estar de acuerdo con el mundo y tengan que presentarse ante la Justicia Divina, entonces se darán cuenta de quién es Cristo, muy diferente al Cristo que ellos se habían imaginado: *“Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy”*.

“El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado.”

Del mismo modo que el Padre permanecía con el Hijo, Cristo, porque El hacía lo que era de su agrado, así el alma que cumple la Voluntad de Dios no está sola, porque Cristo permanece con ella, porque hace lo que es de su agrado. Y su Espíritu Santo le da a conocer todas las cosas, dándole también la gracia que necesita para el cumplimiento de la Voluntad Divina.

LOS JUDÍOS NO SON HIJOS DE ABRAHAM NI DE DIOS, SINO HIJOS DEL DIABLO

(Jn. 8, 31-59)

“Jesús decía a los judíos que habían creído en El: Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos y conoceréis la verdad, y la verdad os libraré. Respondieron-

le ellos: Somos linaje de Abraham, y de nadie hemos sido jamás siervos; ¿cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les contestó: En verdad, en verdad os digo que todo el que comete pecado es siervo del pecado. El siervo no permanece en la casa para siempre; el hijo permanece para siempre. Si, pues, el Hijo os librare, seréis verdaderamente libres.”

Así dice Jesús a aquellas almas que han creído en El: Si permanecéis en mi palabra, *cumpléndola*, seréis en verdad discípulos míos y conoceréis la verdad – porque mi Espíritu os aclarará todas las cosas, como lo 'está haciendo ahora en estas “aclaraciones” y más aún las aclarará en vuestras almas – y la verdad os libraré del error y del pecado porque recibiréis mi Espíritu y seréis libres del espíritu del mal.

Y aquellos que por ignorancia no tengan conocimiento de la “esclavitud” en que los tiene sometidos el pecado y digan: “Somos hijos de Dios”, o de algún santo “fundador”, como decían los judíos: “Somos hijos de Abraham, y de nadie' hemos sido jamás siervos”; y pregunten: “¿Como dices tú: seréis libres, si no nos sentimos que estamos sometidos a nadie?” Jesús les contestará; “En verdad, en verdad os digo que todo el que comete pecado es siervo del pecado”. Está sometido: a sus pasiones desordenadas que le dominan, porque están ellas sometidas al espíritu del mal y no a Dios; por eso comete pecado y es esclavo del pecado.

“El siervo no permanece en la casa para siempre”; el siervo, aquel que está dominado por sus pasiones desordenadas, no permanece en gracia de Dios, en la casa del Padre para siempre, porque comete pecado, pierde la gracia, y se aleja de la presencia de Dios. Y no hablemos aquí del pecado mortal, sino de cualquier desobediencia a

Dios, cualquier acto que vaya contra la Voluntad Divina, ya esto basta para “salir de la casa del Padre”, porque en el

mismo instante que hacemos otra voluntad que no es la de Dios, es porque hemos desechado el Espíritu Santo para escuchar al “espíritu del mundo”, que nos lleva hacia nosotros mismos o hacia otro que no es Dios. “El hijo”, el que se identifica con el Hijo de Dios en la Voluntad del Padre, ése es libre porque Cristo le redime del pecado, y permanece en la casa del Padre. Permanece en Gracia ¡de Dios, cumpliendo su Voluntad y no comete pecado, porque es dirigido por el Espíritu Santo y sus pasiones están ordenadas y su libertad las dirige, hacia Dios, obrando con rectitud y pureza de corazón, alcanzado así la verdadera libertad de los hijos, de Dios.

“Sé que sois linaje de Abraham; pero buscáis matarme, porque mi palabra no ha sido acogida por vosotros. Yo hablo lo que he visto 'en el Padre; y vosotros también hacéis lo que habéis oído de vuestro padre. Respondieron y, dijeronle: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Pero ahora buscáis quitarme la vida, a mí, un hombre que os ha hablado la verdad, que oyó de Dios; eso Abraham no lo hizo. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre.”

Y a aquellos que diciendo que creen en Cristo no cumplen su palabra y que por soberbia – no por ignorancia – se consideran libres de la esclavitud del pecado y por haber recibido el bautismo se consideran cristianos, hijos de Dios, El les dirá: Sé que sois cristianos porque habéis recibido el bautismo, “pero buscáis matarme, porque mi palabra no ha sido acogida por vosotros”, y no hacéis lo que os digo. “Yo hablo lo que he visto en el Padre” y eso mandé que hicierais, pero vosotros hacéis lo que habéis oído de vuestro padre, el espíritu de mentira a quien seguís.

“Nuestro padre es Abraham”. Y hoy dirán: Nuestro padre es San Francisco, San Ignacio, San Agustín u otro santo y el mismo Cristo. Y El les dirá como dijo a aquellos judíos: “Si

sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham”; si sois hijos de Francisco, Agustín u otro santo, haced las obras que hicieron ellos. Y si sois hijos de Cristo, cumplid la palabra de Cristo. Pero vosotros buscáis no sólo quitarle la vida a Cristo en vuestras almas, sino, también a todos aquellos que viven y predicán la verdad de la palabra de Cristo; “pero ahora buscáis quitarme la vida, a mí, un hombre que os ha hablado la verdad que oyó de Dios. Eso Abraham no lo hizo”. Del mismo modo esos que rechazan la palabra de Dios persiguen de una forma o de otra a todos aquellos que hablan la verdad que oyen de

Dios. Eso no lo hacen los hijos de Dios, porque conocen el Espíritu de Dios. Lo hacen aquellos que se identifican con el “espíritu del mundo” y escuchan las palabras del espíritu del Mal, haciéndose hijos de éste por la obediencia a sus inspiraciones.

“Dijéronle ellos: Nosotros no somos nacidos de fornicación; tenemos por padre a Dios. Díjoles Jesús: Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a mí; porque yo he salido y vengo de Dios, pues yo no he venido de mí mismo, antes es El quien me ha enviado. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. El es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, porque os digo la verdad, no me creéis.”

“Nosotros no somos hijos de fornicación, tenemos por padre a Dios”, dijeron a Jesús aquellos judíos que no creían en El. Frecuentemente son las personas que están más lejos de Dios por el pecado de soberbia las que se sienten más seguras de ser “hijos de Dios”.

“Si Dios fuera vuestro padre me amaríais a mi...”, contestó Jesús. Porque así como la sangre de nuestros padres carnales nos “une” en parentesco con nuestros hermanos de la carne, el Amor del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo, nos une a Cristo y a todos aquellos que se han identificado en el mismo Espíritu y nos hace “hijos” del .Padre, perteneciendo así a la “familia de Dios”. No podemos sentirnos “hijos de Dios” si no estamos animados de su mismo Espíritu; a medida que seamos fieles a las inspiraciones del Espíritu Santo, cumpliendo la Voluntad del Padre, nos iremos identificando con Cristo el Verbo, el Hijo Unigénito, y podremos “oír” sus palabras y “entender” su lenguaje: ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mis palabras”. Al alma que está habituada al “lenguaje” del espíritu del mundo le parecen duras las palabras de Jesús; otras veces le parecen demasiado simples y faltas de sentido práctico; es que no entiende el, lenguaje del Dios humanado y tampoco entiende su Espíritu, porque no ha prestado oído a sus inspiraciones. Se conoce al Espíritu Santo a medida que vamos obedeciendo sus inspiraciones, pero si nos dirigimos siempre por la razón jamás llegaremos a conocerlo y no comprenderemos el lenguaje de Jesús ni podremos oír su palabra y mucho menos nos sentiremos inclinados a cumplirla. No se puede “gustar” el Evangelio si antes no hemos “gustado” la acción del Espíritu Santo cumpliendo su Voluntad. Porque es el Espíritu Santo la esencia del Evangelio, y es imposible llegar a vivir éste si no estamos identificados con Aquél.

“Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre.”

El diablo, como padre de la mentira que es, no procede abiertamente como procede Dios en las almas, sino que actúa disfrazado de “ángel de luz”, que por haber sido antes dé la caída “ángel de luz” conoce bien el oficio, y así puede

engañar a las almas presentando una “apariencia” de luz cuando sus actos proceden y se dirigen a las más espantosas tinieblas. El diablo dirige a las almas alimentando sus pasiones más vivas para dar calor a sus intentos, siempre con miras a una “conveniencia” personal o colectiva, razonando perfectamente aquello que debe hacer *porque así conviene* en aquel caso que se haga; de este modo el alma nunca se da cuenta de que está cumpliendo la voluntad de “otro” y cree que está actuando con plena libertad, cuando ha puesto su libertad a disposición de aquel que la esclaviza. Esta esclavitud la realiza también de una forma que el alma no llega a descubrir, en este mundo, que es esclava del diablo: La sujeta a sus pasiones desordenadas; primero esto es muy sutil y el alma no se da cuenta de ese desorden de sus pasiones ocasionado por el Mal; luego descubre el pecado y se siente atada por un mal que considera propio; de allí viene el desaliento y la impotencia para desprenderse de aquello que reside en sí misma y termina en el endurecimiento. Así, pues, esa persona hace los deseos del diablo creyendo que está satisfaciendo sus propios deseos. De esta forma usa la libertad que Dios le dio para que eligiese el Bien para sujetar su alma al enemigo de ella, el Mal. De esta forma está traicionando y entregando, como Judas, al Hijo de Dios, porque el alma “imagen de Dios” pertenece a Dios y expresamente a Cristo el Verbo, de quien es imagen y porque El la rescató de la esclavitud, pagando con su vida el precio del rescate. El demonio no deja que la persona se dé cuenta de esto – aunque su alma íntimamente gime por esta esclavitud al mal –, porque como dice el Señor: “El es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él”. Todo lo realiza valiéndose de la mentira, y así dirige a aquellos que le escuchan, haciéndoles ver que *no se puede* decir siempre la verdad y hay que mentir algunas veces y hasta dice que es por

“caridad” y esas son “*mentiras piadosas*”, como si pudieran compaginarse la caridad que procede de Dios y la piedad con algo que es propio del diablo, porque “cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira”. Por esto el alma que sigue sus inspiraciones practicando la mentira se hace hija del diablo.

Cuando una persona actúa movida por el egoísmo, está actuando movida por el diablo, pues él la dirige a sí misma para que no pueda escuchar la voz del Espíritu Santo que la saca de sí misma para llevarla a Dios; por tanto, toda palabra salida de la Verdad le parece inverosímil y no le da crédito más que a sus propios razonamientos porque carece de fe y no cree en la palabra de Dios: “Pero a mí, porque os digo la verdad, no me creéis”. Cristo no engaña; El desde el principio hace ver al alma que debe renunciar a muchas cosas para poder alcanzar la verdadera libertad de los “hijos de Dios”; el diablo le hace ver lo contrario para que se deje esclavizar por él.

“¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Respondieron los judíos y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis a mí. Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue.”

“¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?”

El alma que se ha identificado con Cristo cumpliendo la Voluntad del Padre, por la obediencia a las inspiraciones de su Espíritu, no comete pecado porque vive en la verdad, pues hace lo que oye de Dios: “El que es de Dios oye las palabras

de Dios”. Pero quien sigue las inspiraciones del “espíritu del mundo” no puede identificarse con Cristo porque no cumple la Voluntad de Dios, sino la de los hombres y vive de acuerdo al parecer de los hombres y no de acuerdo al parecer de Dios: “Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios”.

“Respondieron los judíos y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio?”

Cuando los hombres “espirituales” llegan al endurecimiento, cuando se entregan totalmente a ese espíritu de mentira que les ofrece la gloria y bienes de este mundo, ven al demonio en las obras de Dios. Es el mismo demonio que los ciega de tal forma para que no reconozcan el dominio que ejerce en ellos y sigan entregando su alma, pensando que están en manos de Dios y no del diablo.

“Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue”. Del mismo modo que Jesús, el alma que es de Dios no busca su propia gloria, sino la gloria de Dios en todas sus obras. Es el Espíritu Santo quien dará la gloria a cada alma que se identifique con el Hijo de Dios y El también quien juzgará a todos aquellos que han ido contra El.

“En verdad, en verdad os digo: Si alguno guardare mi palabra, jamás verá la muerte.

“Dijéronle los judíos: Ahora nos convencemos de que estás endemoniado. Abraham murió, y también los profetas, y tú dices: Quien guardare mi palabra no gustará la muerte nunca. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murió? Y los profetas murieron. ¿Quién pretendes ser? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada; es mi Padre quien me glorifica, de quien vosotros decís que es vuestro Dios. Y no le conocéis, pero yo le conozco; y si dijere que no le conozco, sería semejante a vosotros, embustero; mas yo le conozco y guardo su pala-

bra.”

Las palabras de Jesús eran un escándalo para aquellos que estaban identificados con el “espíritu del mundo”, no podían entender el lenguaje del Hijo de Dios: “Si alguno guardare mi palabra, no verá jamás la muerte”. Del mismo modo suenan hoy las palabras del Espíritu de Jesús para aquellos que no han “guardado su palabra” *cumpléndola*, y aunque crean en la vida eterna viven para la vida del mundo como si esta es la “vida eterna” que ellos han “gustado”. Esta clase de personas no se distinguen en el espíritu de aquellos judíos que dijeron a Jesús: “Ahora nos convencemos de que estás endemoniado”, aunque no usen la misma palabra y los llamen “apóstatas” o “iluminados” a las almas que siguiendo a Cristo se identifican con El y hablan el lenguaje del Espíritu. “¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham...?” Y pretenden poner un límite a Dios: ¿Acaso eres tú mayor que tal o cual santo? Como aquellos hombres incrédulos y endurecidos, estos de ahora usan los nombres de los santos para reafirmarse en sus propios juicios, pero sin llegar jamás a identificarse con el espíritu de aquéllos; los llevan en la mente, pero no en el corazón, para citarlos cuando les conviene, y en cuanto esto puede darles a ellos alguna gloria en este mundo, y como juzgan de acuerdo a lo que tienen en sus corazones preguntan: “¿Quién pretendes ser?” Respondió Jesús: “Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada...” Todo aquel que se glorifique a sí mismo o de algún modo busque su propia gloria es porque no conoce a Dios y en él no está el Espíritu de Dios, pues el alma que llega a “gustar” su Espíritu no se gloria más que en la cruz de Cristo, buscando el anonadamiento, el desprecio del mundo y de los hombres, pues no desea más que “desaparecer” en Aquél que reconoce como su TODO. Pero habla la verdad que conoce en Dios, y no se disfraza con una falsa humildad. “Y si dijere que no le

conozco, sería semejante a vosotros, embustero; mas yo le conozco y guardo su palabra”.

Y porque “guarda su palabra” dice la verdad y practica la verdad que conoce de Dios.

“Abraham, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró. Pero los judíos le dijeron: ¿No tienes aun cincuenta años y has visto a Abraham? Respondió Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era yo. Entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo.”

Del mismo modo que Abraham y los profetas se regocijaron pensando en ver el día del Hijo del hombre, así también se han regocijado todos los santos pensando en ver el día del reino del Hijo de Dios en todas las almas y su “manifestación”. Los santos sintieron y sienten alegría inmensa en pensar que en los últimos tiempos habrá almas que gozarán de gracias mayores, aquí en la tierra, de las que gozaron ellos, porque vivirán en la época de la plenitud del Espíritu y la consumación del tiempo, y que por la cooperación de todas las almas justas, éstos recibirán esas gracias para colaborar en el advenimiento del reino de Dios.

“¿No tienes aún cincuenta años y has visto a Abraham?” Aquellos hombres “endurecidos” por el espíritu del mundo no podían reconocer en Jesús, el “Hijo del hombre”, al eterno “Hijo de Dios”; no podían ver el alma y el espíritu que guardaba aquel cuerpo que ellos veían igual a todos los hombres. Así son todas las personas que se encuentran en el mismo estado de endurecimiento espiritual, no pueden ver las obras del Hijo de Dios y su Espíritu Santo en las almas que se han identificado con Dios en el cumplimiento de su Voluntad y juzgan sus palabras y sus obras de acuerdo a sus ciegos razonamientos que les llevan a ver la carne solamente, porque

han perdido la fe para descubrir lo intangible que guarda ese cuerpo: el alma y el espíritu que le anima.

“Entonces tomaron piedras para arrojárselas”. Y como fueron entonces contra la Persona de Jesús, del mismo modo van contra su Espíritu en las personas que Le poseen; pero no podrán hacer nada hasta que llegue el momento y la hora de dar testimonio con su vida o con su “muerte”. “Pero Jesús se ocultó y salió del templo”. Así saldrá aquella alma del templo de su cuerpo para recibir la gloria del Hijo de Dios en la eternidad.

“Espantaos, asombraos, ofuscaos y cegaos; embriagaos, pero no de vino; bamboleaos, pero no por los licores. 'Porque derramó Yahvé sobre vosotros un espíritu de letargo, y cierran vuestros ojos los profetas y velan vuestras cabezas los videntes. Y toda revelación es para vosotros como palabras de libro sellado que se da a leer a quien sabe leer, diciéndole: 'Lee, por favor, esto', y responde: 'No puedo, el libro está sellado'. O se da el libro a quien no sabe leer, diciéndole: 'Lee, por favor', y responde: 'No sé leer'.”

“Y el Señor dice: Pues este pueblo se me acerca sólo de palabra y me honra sólo con los labios, mientras que su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es sino un mandamiento humano aprendido. Por eso he aquí que voy a hacer nuevamente con este pueblo extraordinarios prodigios, y la sabiduría de sus sabios perecerá, y la sagacidad de sus prudentes se eclipsará.”

“¡Ay de los que buscan lo profundo para encubrir sus designios! ¡Ay de los que se esconden de Yahvé, queriendo encubrir sus pensamientos, y para sus obras buscan las tinieblas!, y dicen: ¿Quién nos ve? ¿Quién nos conoce? ¡Qué perversidad la vuestra! ¿Es que ha de considerarse como arcilla el alfarero, de suerte que diga la obra a su hacedor:

No me has hecho tú, y la vasija al alfarero: No entiende?”
(Is. 29, 9-16).

*San Giovanni Rotondo (Foggia),
diciembre de 1965 a abril de 1966.*

ÍNDICE

PORTADA	1
---------	---

Parte I

VIVIENDO EL EVANGELIO CON LA MADRE

Cristo en el alma

CAPÍTULOS	PÁGINAS
I. – Anunciación	6
II. – Expectación	8
III. – Nacimiento	10
IV. – Huida a Egipto y Nazaret	14

Parte II

EL PRECURSOR

Preciso es que El crezca y yo mengüe

El alma cede el puesto a Cristo

I. – “Puente” o “canal”	19
II. – Bautismo de penitencia	21
III. – Las bases del “puente”. 1ª Base	23
IV. – Las bases del “puente”. 2ª Base	27
V. – Las bases del “puente”. 3ª Base	30
VI. – Las bases del “puente”. 4ª Base	33

Parte III

VIDA PUBLICA

*Rompiendo las coyundas de su yugo.
El alma en Cristo*

1.- “¡Ay!”	37
Jesús en Galilea	37
Jesús, luz del mundo, atestiguado por el Padre	38
Llamamiento de los primeros discípulos	39
El premio de los apóstoles	40
Los parientes de Jesús	40
Elogio de la Madre de Jesús	41
Condiciones para seguir a Jesús	41
En la sinagoga de Cafarnaúm	43
Recriminaciones a los escribas y fariseos	44
Los escribas y fariseos puestos al desnudo	48
La verdadera sabiduría	50
Dios y las riquezas	53
II. – <i>Bienaventuranzas y preceptos</i>	55
Las Bienaventuranzas	55
Las imprecaciones	57
Reprensión de los fariseos	60
Misión de Jesús con respecto de la Ley antigua	62
Declaración del quinto precepto	64
Declaración del sexto precepto	66
La luz de Cristo, luz del alma	67
La cuestión del divorcio	69

Declaración del segundo precepto	74
La guarda de la continencia	77
Declaración de la pena del talión	78
El amor a los enemigos	79
III. – <i>Algunas parábolas</i>	82
El hijo pródigo	82
La censura de los fariseos	86
La oveja perdida	86
La dracma perdida	88
Parábola de las diez vírgenes	89
Parábola de los invitados a la boda	91
Parábola de los dos hijos	94
IV. – <i>Los “llamados”</i>	98
La pesca milagrosa	98
Varias vocaciones	100
Elección de los doce	102
El peligro de las riquezas	103
Renuncia de los apóstoles y su premio	106
Los siervos enviados a la viña	107
Parábola de los talentos	110
Necesidad de velar	113
V. – <i>El ciego de nacimiento</i>	116
El ciego de nacimiento	116
Discusión del milagro	119
La fe y la ceguera	124

VI. – <i>La resurrección de Lázaro</i>	126
VII – <i>El pastor y el rebaño</i>	142
VIII. – <i>El administrador infiel</i>	155
El administrador infiel	155
El rico Epulón y el pobre Lázaro	159
El fariseo y el publicano	163
IX. – <i>Avisos diversos y advertencias</i>	166
Advertencia a los discípulos	166
Cuidado con la avaricia	170
Confianza en la Providencia	173
Espíritu de benevolencia	177
La calumnia de los fariseos	183
Amenaza contra esta generación	185
X. – <i>Parábolas del Reino</i>	189
La parábola de la cizaña	189
Parábola de la semilla que crece	192
El grano de mostaza	193
La promesa del agua viva	195
La confesión de Pedro y primer anuncio de la Pasión	196
XI.– <i>La justicia, la oración y el ayuno</i>	203
La verdadera justicia	203
Eficacia de la oración. Parábola del amigo importuno	209
Parábola del juez inicuo	213

La maldición de la higuera	215
Modo de ayunar	
y de la solicitud de las cosas temporales	217
XII. – <i>Visita de Nicodemo y otras enseñanzas</i>	220
Visita de Nicodemo	220
Invitación a la penitencia	226
Una curación en sábado	228
La salud de los gentiles	231
La astucia de Herodes	233
Amenaza contra Jerusalén	234
Amenaza a las ciudades infieles	235
Parábola de los viñadores infieles	237
XIII. – <i>La palabra de Dios</i>	241
La parábola del sembrador	241
Explicación de la parábola	242
La razón de la parábola	244
El fermento	246
El tesoro y la perla	247
La red	247
Jesús en Nazaret	248
La resurrección de Naín	249
Curación del ciego Bartimeo	251
Misión de los discípulos en la tierra	253
Curación del sordo tartamudo	255
XIV. – <i>Tradiciones rabínicas</i>	257
Tradiciones rabínicas	257
La verdadera pureza	260

Expulsión de los vendedores del templo	261
Lavatorio de los pies	265
XV. – <i>Algunas curaciones</i>	273
Curación de un paralítico	273
Vocación de Mateo	276
Curación de la hemorroisa y resurrección de una niña	282
Curación de dos ciegos	285
La curación de un leproso	286
El siervo del centurión	288
XVI. – <i>Los fariseos y los pecadores ante Jesús</i>	291
Curación en sábado del hombre de la mano seca	291
El hidrópico curado en sábado	293
La mujer cananea	296
Los diez leprosos	299
Sobre la observancia del sábado	300
La conspiración contra Jesús	304
La pecadora arrepentida	305
La mujer adúltera	310
XVII. – <i>Jesús, pan de vida</i>	315
Jesús, pan de vida para los que creen en Él	315
La última Cena y la traición de Judas	325
Institución de la Eucaristía	329
XVIII. – <i>La venida del Reino de Dios</i>	332
La venida del Reino de Dios	332

Profecía sobre la destrucción del Templo	343
Tiempos de angustia	346
Persecución contra el Evangelio	347
La parábola de la higuera	349
Incertidumbre del juicio	350
La desolación de Judea	352
La tribulación suprema	353
La venida del Hijo del hombre	357
El juicio final	360
<i>XIX. – Peligro de los judíos</i>	
<i>en desconocer a Jesús</i>	367
Peligro de los judíos en desconocer a Jesús	367
Los judíos, Abraham, Dios, el diablo	373
INDEX	385